CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

6



Atención viajeros

atención viajeros

MEXICANA DE AVIACION

ANUNCIA SUS VUELOS DIARIOS CON DESTINO A:

El vuelo "El Internacional" le ofrece el servicio más rápido, lujoso y único sin escalas a Los Angeles en SUPER DC-6 Vuele también por "El Internacional" a La Habana.

LOS ANGELES
LA HABANA - MONTERREY
GUADALAJARA - NUEVO LAREDO
MERIDA - CAMPECHE - CD. VICTORIA
CD. DEL CARMEN - CD. VALLES
CHETUMAL - HERMOSILLO - IXTEPEC
MAZATLAN - MEXICALI - TAMPICO
MINATITLAN - OAXACA - TIJUANA
TUXPAN-VERACRUZ-VILLAHERMOSA
TAPACHULA - TUXTLA GUTIERREZ

M-166

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES O A

MEXICANA DE AVIACION

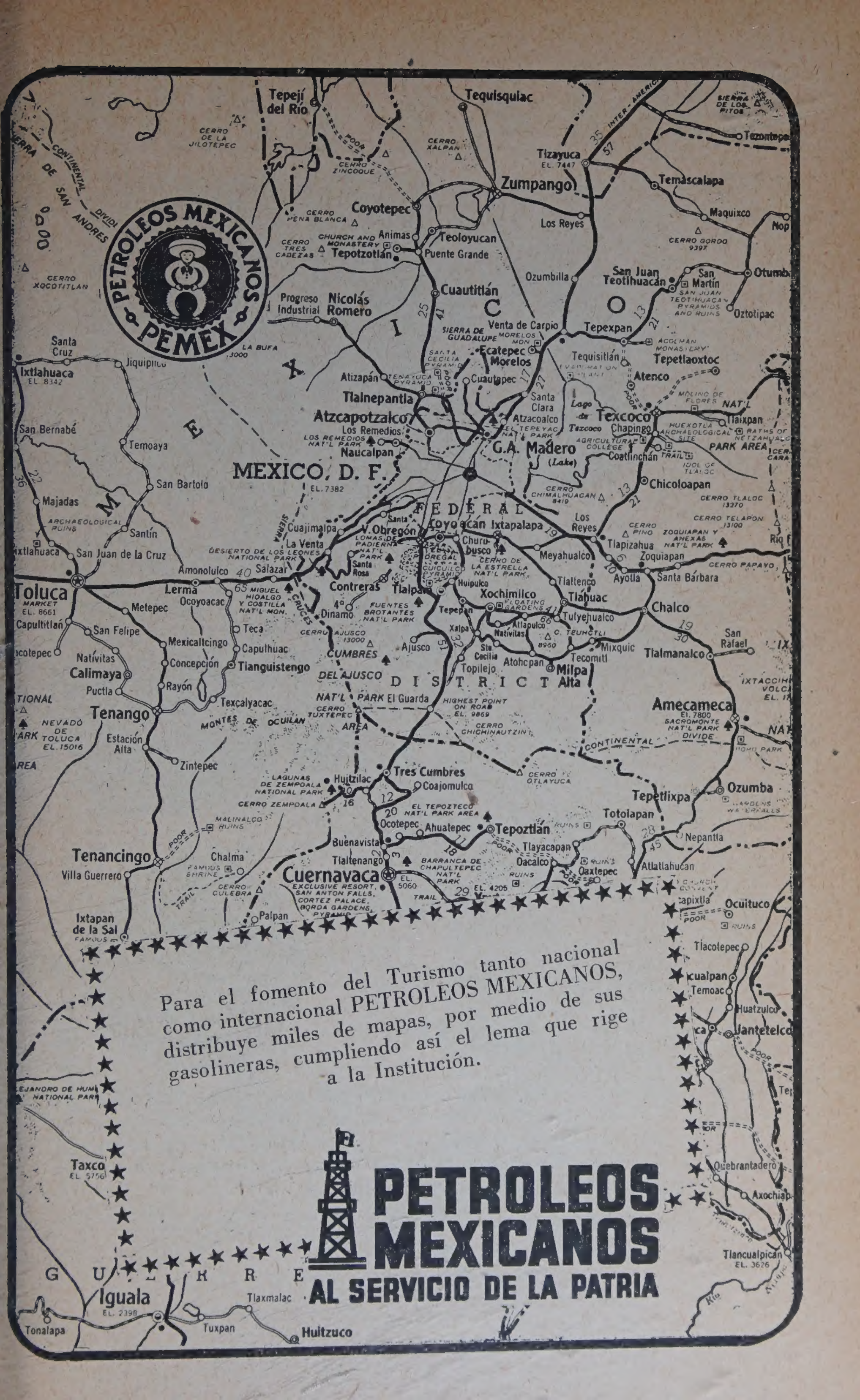
"LA PRIMERA LINEA AEREA DE MEXICO"

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

AV. JUAREZ Y BALDERAS. TELS. 18-12-60 y 35-81-05



Más de medio siglo sirvien
a Méxic
ESTRUCTURA DE A
PARA EL EDIFIC
"LA NACIO
CIA. DE SEGUROS SOB
VIDA, S. A., CON PESO D
TONEL
FABRICADA EN NU
PLANTA DE MONT
CON PERFILES ESTRUCTU
PRODUCIDO
NOSOTROS M
ESTE EDIFICIO
CONSTRUIDO POR EL
MANUEL ORTIZ MONAST
EN LA ESQUINA DE J
Y LOPEZ, DE LA C
DE M
LAS ESTRUCTURAS DE
TIENEN LAS VEN
EN SUELOS
EL DE LA CIUDAD DE M
TANTO DE SU SOLIDEZ
DE SU PESO M
QUE EL QUE REQU
OTROS TIP
ESTRUCT
NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN
LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA
SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIO
Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES
DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICA
PARA PRUEBAS DE MATERIALES)
Cía. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERRE
OFICINA DE VENTAS EN MEXICO: BALDERAS 68 APARTADO
FABRICAS EN MONTERREY, N. L.: APARTADO



PETROLEOS MEXICANOS
PEMEX
Tepejí del Río
Tequisquiac
Tizayuca
Zumpango
Temascalapa
Coyotepec
Teoloyucan
Tepotzotlán
Puente Grande
Cuautitlán
Los Reyes
Ozumbilla
San Juan Teotihuacán
San Martín
Otumba
Oztotipac
Maquixco
Progreso Industrial
Nicolás Romero
Venta de Carpio
Tepexpan
Ecatepec Morelos
Tequisitlán
Tepetlaoxtoc
Atenco
Atizapán
Cuautepec
Tlalnepantla
Atzcapotzalco
Los Remedios
Naucalpan
Santa Clara
Atzacoalco
Lago de Texcoco
Texcoco
Chapingo
G.A. Madero
Coatlinchán
Chicoloapan
MEXICO, D. F.
EL. 7382
Santa Cruz
Ixtlahuaca
Jiquipilco
San Bernabé
Temoaya
San Bartolo
Majadas
Santín
San Juan de la Cruz
Toluca
Lerma
Amonolulco
Salazar
Metepec
Ocoyoacac
Capultitlán
San Felipe
Mexicaltcingo
Teca
Capulhuac
Nativitas
Calimaya
Concepción
Tianguistengo
Puctla
Rayón
Tenango
Texcalyacac
Estación Alta
Zintepec
Cuajimalpa
La Venta
V. Obregón
Contreras
Dinamo
Tlalpan
Coyoacán
Ixtapalapa
Churubusco
Meyahualco
Los Reyes
Tlapizahua
Zoquiapan
Ayotla
Santa Bárbara
Tlaltenco
Tlahuac
Xochimilco
Tulyehualco
Chalco
Mixquic
Tecomitl
Tlalmanalco
San Rafael
Ajusco
Topilejo
Atohcpan
Milpa Alta
El Guarda
Amecameca
Tres Cumbres
Huitzilac
Coajomulco
Tepoztlán
Ocotepec
Ahuatepec
Buenavista
Tlaltenango
Cuernavaca
Tlayacapan
Oacalco
Oaxtepec
Totolapan
Tepetlixpa
Ozumba
Nepantla
Atlatlahucan
Ocuituco
Tlacotepec
Temoac
Huatzulco
Jantetelco
Tenancingo
Villa Guerrero
Chalma
Ixtapan de la Sal
Palpan
Taxco
Quebrantadero
Axochiapan
Tlancualpican
Iguala
Tonalapa
Tuxpan
Tlaxmalac
Huitzuco
Para el fomento del Turismo tanto nacional como internacional PETROLEOS MEXICANOS, distribuye miles de mapas, por medio de sus gasolineras, cumpliendo así el lema que rige a la Institución.
PETROLEOS MEXICANOS
AL SERVICIO DE LA PATRIA


ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA
Tome
Coca-Cola
Bien fría

ALAS EXTRA


se destacan
entre los
de su categoría
ALAS
OVALADOS
ALAS
EXTRA

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre - Diciembre de 1952 Vol. LXVI

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA

Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS *son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*



¿Por qué Arriesgar?
¿Dónde quedó la bolita? ... Tenga cuidado, las rápidas maniobras pueden confundirlo.
No se confunda cuando adquiera licores ... Compre BATEY que usted sabe es EL RON MAS FINO ... Tenga cuidado de aquellas bebidas que puedan confundirlo y en las que usted arriesga ... Recuerde que la calidad de BATEY es única ... ¡ Superior !
YO PREFIERO
BATEY
EL Ron Más Fino del Mundo
RON BATEY

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XI VOL. LXVI

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1952

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1952

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

Fotograbadores y Rotograbadores Unidos, S. de R. L.

Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

LOS PRECIOS Y LAS INVERSIONES DEL ESTADO

Por *Eduardo VILLASEÑOR*

Considero que el problema más importante del próximo período presidencial es el de la estabilización monetaria. Está relacionado a este problema el de los gastos públicos y el financiamiento de las obras públicas. Por tal motivo, tendré que considerarlos.

No creo que haya problema más importante que el de la estabilidad de la moneda, porque la vida económica entera del país está basada en ella. No es que yo pretenda que la estabilidad monetaria debe sobreponerse, *en todos los casos,* a cualquiera otra solución, pero sí considero que, en las actuales condiciones de México, la estabilidad monetaria *tiene prioridad* sobre cualquier otro problema.

No es necesario repetir, porque son bien conocidos, los elementos que influyen en el valor de la moneda. Pero, no es por demás recordar que la moneda tiene un valor interior, en mercancías, que se manifiesta en el nivel de precios y un valor exterior, en divisas, que se manifiesta en el tipo de cambio. Estos dos niveles están relacionados y, aunque pueden distanciarse, hay una tendencia a igualarse.

El valor interior de la moneda ha venido disminuyendo en los últimos años en forma muy importante; no habría más que comparar el precio de los principales artículos de consumo, en diciembre de 1946 y en diciembre de 1951, para comprobar esta afirmación. Según los datos que se han hecho públicos, la pérdida del valor adquisitivo de la moneda es de más de un 30% entre 1946 y 1951, según el siguiente cuadro:

1929	100.0
1946	31.9
1947	33.0
1948	31.2

1949	27.8
1950	24.7
1951	20.0

Esta pérdida de valor es correlativa al aumento de los precios y para referirme solamente al índice de costo de la alimentación sobre 16 artículos principales —siendo 1929 igual a 100— era en 1946 de 416.5 y es en agosto de este año de 706.7.

Aun cuando la reserva actual pueda ser más o menos igual a la que había en diciembre de 1946, la circulación monetaria, que está respaldada por esa reserva, es casi el doble, pues mientras en diciembre de 1946 era de 3,518 millones, en diciembre de 1951 es de 6,411 millones, según el cuadro siguiente:

	Circulación en poder del público	Cuentas de Cheques Mon. Nal.	Circulación monetaria:
1946	1,732.0	1,786.0	3,518.0
1947	1,753.8	1,739.1	3,492.9
1948	2,117.6	1,876.6	3,994.2
1949	2,378.4	2,084.0	4,462.4
1950	2,914.2	3,201.6	6,115.8
1951	3,012.4	3,398.8	6,411.2

Hay que observar que en esta estimación no se toma en cuenta la desvalorización que el dólar mismo ha sufrido y que trae consigo una devaluación correlativa de las monedas que lo siguen.

La tendencia de la desvalorización de nuestra moneda, que no es exclusiva del período señalado sino que se ha venido manifestando de tiempo anterior, sí se ha acentuado en forma muy notable en este último período.

Considero de primera importancia el tratar de controlar esta tendencia hasta nulificarla y lograr una relativa estabilización de su valor. De no ser así, podría repetirse en México el caso lamentable y patético de otros países, en que cada devaluación ofrece un período temporal de alivio, que se manifiesta a la postre en una nueva presión sobre la moneda, que sólo se alivia con una nueva devaluación. En tales casos, la moneda se va por un despeñadero y su caída es entonces catastrófica.

Me he referido en primer lugar al valor interior de la moneda, porque deliberadamente he querido diferenciarlo del valor

nominal exterior, pues parece innecesario recordar que, aun cuando el tipo de cambio permanezca igual, como ha permanecido en los últimos años, la moneda, sin embargo, ha perdido su valor en el interior. Pero, no desdeño de ninguna manera el problema del valor externo de la moneda y al contrario deseo referirme a él en forma específica.

Desde que se formuló la teoría de la paridad del poder de compra como determinante del tipo de cambio exterior, ya casi nadie pone en duda que la tendencia de los cambios es a buscar el nivel en que dos monedas compren la misma cantidad de mercancía. Las causas principales que influyen fundamentalmente en este valor adquisitivo de la moneda son, por una parte, la cantidad de moneda y, por otra, la cantidad de artículos que se ofrecen respecto al consumo. En estas cantidades influyen la política del banco central, por una parte, pero sobre todo la política de gastos del Gobierno nacional.

Hasta ahora, en México las causas inflacionarias han sido provocadas por los gastos del gobierno y la política del banco central ha sido de contrarrestar los efectos del exceso de tales gastos.

Cuando hablo de los gastos del Gobierno, debe entenderse siempre que me refiero no solamente a los gastos hechos con cargo a los ingresos del Estado, sino a los gastos hechos con cargo a financiamiento interno y externo.

Por este camino, nos vemos, pues, llevados a examinar el problema de los gastos del gobierno, ocasionados principalmente por el costo de las obras públicas. Es menester considerar en este capítulo no solamente las obras que hace el gobierno directamente con cargo al presupuesto, sino todos los gastos que efectúan las dependencias e instituciones descentralizadas (Seguro Social, bancos nacionales, ferrocarriles, etc.).

Siempre he estado conforme con la idea de que, cuando en un país de escaso desarrollo la iniciativa privada, por razones económicas reales o psicológicas, se abstiene de llevar a cabo un programa de inversión, o cuando los elementos privados son insuficientes para un programa de acción de tal desarrollo, no queda otro camino a seguir, si se quiere acelerar el progreso del país, que la acción directa del Estado en inversiones importantes, que generalmente se efectúan a través de obras públicas.

En consecuencia, no soy, pues, opuesto, sino al contrario, estoy convencido de la necesidad de la acción del Estado mexi-

cano en un programa de obras públicas, que para ser más correcto deberíamos llamar un programa de inversiones, pero indudablemente que no es, ni puede ser, igual la consecuencia de un programa de inversiones del Estado en un determinado período de atonía de la vida de un país, que en otro período distinto, en que más que atonía hay una tendencia de ascenso o de auge.

En un período de emergencia, como el provocado por las vicisitudes de la guerra, se requiere a veces una acción urgente, que puede ser desordenada, de la autoridad, cuando se trata de resolver problemas urgentes, como por ejemplo el de abastecimientos. De la misma manera, en los períodos de abatimiento de la economía de un país poco desarrollado (que generalmente se presentan como reflejo de los ciclos económicos en los países más desarrollados) puede recurrirse también a una acción enérgica, aun cuando sea desordenada, de parte del Gobierno, para llevar a cabo un programa de inversiones que sirva de estimulante a la economía nacional.

Pero, seguir con esa misma política enérgica y desordenada cuando la economía de un país está en pleno ascenso, es decir cuando la actividad privada está poniendo a su máximo los recursos de que dispone al desarrollo y ampliación de su industria y negocios, no puede sino provocar, tarde o temprano, un desnivel entre la capacidad de consumo y la capacidad de producción, que forzosamente se manifiesta en un alza inmoderada de precios o, lo que es lo mismo, en una acentuada tendencia de desvalorización monetaria.

En este caso, puede hasta provocarse una competencia en el mercado por aquellos elementos que son solicitados por ambos sectores para sus inversiones, que no puede ser grave en el caso de factor trabajo, porque se supone que México tiene una fuente no agotada de mano de obra, pero sí se agrava en el caso de materiales de construcción, tales como cemento, varilla de fierro, etc.

Si esta situación se prolonga o se acentúa y el proceso se repite, no faltarán economistas que aconsejen como solución una nueva devaluación internacional de la moneda, que restablezca provisionalmente el equilibrio; pero la devaluación no puede ser una solución verdadera; es sólo una solución de alivio, que trae consigo una nueva inflación, que provoca una nueva alza de precios y que demandaría, a la postre, una cadena de nuevas devaluaciones.

Por esta razón, me atrevo a decir que *el punto de programa más importante a determinar por parte de la administración pública en el nuevo período presidencial, es el del volumen, graduación y programa de calendario en que deben desarrollarse las inversiones del Estado y dependencias y organismos nacionales, en materia de obras públicas.*

Digo que me parece el punto más importante, porque según la exposición que acabo de hacer, es este factor el que más directamente ha influído ya en el nivel de los precios interiores y, de continuar en la forma en que se ha venido efectuando, vendría a acentuar de tal manera su efecto sobre la capacidad de compra de la población y el nivel de precios, que plantearía, a un plazo no muy largo, la necesidad de una nueva devaluación internacional de nuestra moneda.

Es decir, cuando la capacidad de compra de la población crece más de prisa de lo que crece la producción, los precios aumentan, es decir, la moneda pierde en su valor de compra. Es verdad que en muchos casos, no en todos, las obras que se emprenden tienen por objeto un aumento de la producción, pero como lo ha señalado en especial el profesor Hayek, hay un período en el cual la inversión todavía no provoca el aumento de la producción y ya está provocando el aumento de la capacidad de compra.

De modo que aunque, a la larga, se restableciera el equilibrio (suponiendo que todas las obras tuvieran como consecuencia el aumento de la producción), durante el período de inversión, *habrá una tendencia al aumento de la capacidad de compra, no compensado por un aumento de la producción;* y, si esto es verdad en una economía que podríamos considerar más o menos normal, resulta más evidente cuando quisiera seguirse esa política después de un período en el que se han inyectado sistemáticamente a la economía nacional grandes cantidades de inversiones en obras públicas, en una escala sin precedente en nuestra historia económica.

Hay que advertir, además, que de esta corriente de inversiones realizada en el período presidencial que está por terminar, no todas han sido de carácter directamente productivo y muchas de las que a la larga pueden considerarse de carácter reproductivo están todavía en el período en el que son puramente inflacionarias, es decir que ejercen presión para el aumento de los precios y todavía no llegan a la madurez en que podría

provocar ya un aumento importante de la producción, que viniera a compensar el aumento de la capacidad de compra que han provocado durante su construcción. Y, si el análisis puramente económico se quisiera llevar a un límite de exactitud, habría que considerar, con franqueza, que gran parte del costo de las inversiones realizadas no está representado en obras y que un porcentaje, probablemente superior al que se supone como utilidades legítimas de los contratistas, no está representado en inversiones que desde luego y a la larga pudieran tener efecto en el aumento de la producción, sino que están representadas por lo que podríamos llamar ahorros de intermediarios. (No está por demás decir, de paso, que estos ahorros de intermediarios —que, casi seguramente, no han pagado impuesto alguno— son una enorme carga que se deja al país y que todos los mexicanos tendremos que pagar en lo futuro).

Es verdad que estos ahorros de intermediarios, que se cargaron al costo de las obras públicas, no ejercen presión en los precios de los alimentos, pero sí ejercen presión sobre la reserva cuando se convierten en divisas para exportación de capitales, y el efecto final sobre una posible devaluación es el mismo que el que podrían ejercer si se hubieran reportado realmente como capacidad de compra interior de la población.

Me parece, pues, que, considerando que el problema de inversión en obras públicas puede ser el factor más importante para determinar la tendencia inflacionaria de la moneda, sobre todo porque el problema de los precios se va a manifestar a un grado más acentuado después de terminado el período de inversión del actual gobierno (el alza de los precios no es coetáneo de las inversiones, pero va a la zaga), *considero que el futuro gobierno tendrá que hacer una revisión muy cuidadosa de su programa de inversiones.*

Sin entrar en detalle sobre cuál sería un programa de obras a seguir, sí me parece necesario subrayar que no debemos caer en la ilusión de lo que podríamos llamar las grandes obras espectaculares. Tengo la convicción de que, en muchos casos, los mismos cien millones que podrían gastarse en una gran obra tendrían probablemente mejores resultados si se invirtieran en numerosas obras pequeñas, que resolvieran problemas locales de regiones donde ya existe asentada una población.

No quiero decir que en ningún caso se hagan obras de gran magnitud, lo que quiero decir es que no debemos caer en el

engaño de que sólo las grandes obras tienen consecuencias benéficas para la población. En cada caso hay un *optimumbest* (como dicen los ingleses) que habría que tener en cuenta al decidir un programa.

Es evidente que en muchos casos una sola obra hidroeléctrica resuelve mejor y más económicamente los problemas de energía que varias pequeñas plantas termoeléctricas, pero acaso haya otros en que muchas pequeñas obras de irrigación, sobre un terreno determinado, tengan mejores resultados que una gran obra, en otro sitio donde no hay población, ni comunicaciones y donde, a la postre, puede resultar más costoso, aun cuando teóricamente estuviera previsto como más económico, el aprovechamiento de los recursos naturales.

No estoy, pues, proponiendo un programa, sino un criterio.

Quiero insistir, repito, en que no estoy proponiendo que se suprima el programa de obras públicas, que no estoy proponiendo que se suspenda una política que soy el primero en reconocer aconsejable como factor de progreso en un país de escaso desarrollo, lo que quiero decir, e insisto en ello, es que, dada la gravedad que ha asumido el problema de los precios, a consecuencia de las inversiones realizadas en el actual período, *el nuevo gobierno tendrá que revisar con el mayor cuidado, primero, el monto de las inversiones que se propone hacer y, segundo y más importante, la graduación en que se irán haciendo las inversiones del programa que se haya aprobado.*

Cuando digo revisar con el mayor cuidado el monto de las inversiones, me refiero naturalmente a las inversiones del Estado y de las organizaciones descentralizadas, pero no es por demás decir que para que este examen sea fructífero, es menester realizarlo *teniendo también en cuenta* el monto de las inversiones privadas, de tal manera que las inversiones públicas tiendan a suplir la baja de las inversiones privadas y a disminuir cuando las inversiones privadas aumenten.

Es indudable que no se va a poder seguir un programa desordenado de inversiones en que no se sepa siquiera cuánto costará el desarrollo completo de una región o cuánto costará el desarrollo completo de un proyecto. Siendo limitada la cantidad de inversiones que el Estado puede hacer, es responsabilidad del gobierno próximo el que tales inversiones se hagan en donde mejores resultados puedan obtenerse, desde el punto de vista de la economía general del país. Habrá muchos casos en que el

Gobierno tenga que elegir entre dos o varias obras y, por más doloroso que sea el resignarse a que uno o varios proyectos no se realicen, habrá que tener el valor de hacerlo así, si se quiere salvar lo que, insisto, me parece más importante, que es la estabilización de la moneda y conseguir marcar un alto en la carrera inflacionaria de los precios.

Finalmente, no quisiera terminar sin anotar, una vez más, la reflexión que ya hemos hecho en varias ocasiones, en el sentido de que el programa de inversiones que se adopte debe estar además guiado por una tendencia anticíclica, es decir, que en realidad deberían formularse dos programas:

a) *un programa para realizarlo, si no hay depresión mundial* y

b) *un programa adicional que solamente se pondría en práctica si llegara a manifestarse en el mundo una tendencia hacia la depresión.*

El objeto de este segundo programa adicional sería, pues, compensar la falta de actividad que ocasionara en nuestra economía el reflejo de la depresión de los países más desarrollados, con objeto de mantener, hasta donde fuere posible, el mismo nivel o aún un nivel creciente de ocupación a nuestra población y con objeto de procurar, de esta manera, mantener el ingreso nacional a una altura que aminorara, hasta donde fuera posible, los efectos de la depresión mundial.

No quisiera cansar al lector con un desmenuzamiento de este análisis a numerosos casos concretos, pero no he querido dejar de asentar, en vísperas de iniciarse la nueva administración, una tesis para que sea examinada por los consejeros más cercanos del nuevo Presidente, cuyos antecedentes de estudio y ponderación le harán sentir la responsabilidad de las consecuencias más lejanas de este aspecto de su programa.

En resumen:

1.—No puede seguirse una política desordenada de inversiones del Estado y las dependencias descentralizadas. Debe formularse un presupuesto *de gastos* del Estado y un presupuesto separado *de inversiones* del Estado, tanto del gobierno como de las instituciones descentralizadas.

2.—La política de inversiones debe determinarse a la luz de la tendencia de la economía mundial y del monto de las inversiones privadas en perspectiva en nuestra economía.

3.—En período de alta inversión privada, las inversiones nacionales deben continuarse o mantenerse dentro de un programa limitado, e incrementarse o acelerarse en un período de disminución de la actividad privada.

4.—Dado el auge que tiene actualmente en México la inversión privada, el Gobierno debió haber restringido su programa de inversiones, pues sumarlas a las inversiones privadas es acelerar la tendencia inflacionaria y el alza de los precios.

5.—La tendencia inflacionaria debe contrarrestarse con un plan de impuestos que permita recoger el aumento de las utilidades que la inflación da siempre a los capitales de inversión y, en nuestro caso, a los ahorros de los intermediarios, hasta ahora exentos de impuestos.

6.—Acaso más importante que esta reforma fiscal es el afinamiento de las recaudaciones, pues el instrumento se ha deteriorado de tal manera que acaso bastaría una rehabilitación de los procedimientos actuales para que aun el actual sistema de impuestos tenga un aumento de los rendimientos equivalentes o aún superiores a un nuevo impuesto.

7.—Los fondos que se obtengan por afinación en la recaudación de los actuales impuestos o por la creación de los nuevos, no deben ser sistemáticamente destinados a nuevas inversiones, sino que, en vista de que una gran parte de la deuda está en poder del banco central, deberán ser destinados a amortización. En general, la política a seguir con estos fondos debe ceñirse a la política general de las inversiones, en vista de la situación interior y exterior de la economía.

8.—Parece sana la política actual de sustituir deuda interior por deuda exterior, como política de largo alcance; pero, aparte de que también en esto habrá que seguir una conducta congruente con la política de inversiones, el crédito exterior puede perjudicarse si sigue el actual programa desordenado de inversiones y si no se detiene el proceso inflacionario.

9.—Finalmente, no creo que haya nada más importante para el próximo gobierno que el de atender al problema de la inflación y de los altos precios. De no ser así, sería inevitable una escalera de aumentos de salarios, que tendrá como consecuencia el aumento de costos, que motivará un nuevo aumento de salarios, etc. En resumen, el fracaso de nuestro sistema monetario.

Al iniciarse el nuevo período, la política de inversiones en obras públicas habrá sufrido la restricción natural que impone el deseo de completar el mayor número de obras, antes de terminar la presente administración, lo que puede determinar una suspensión total, aunque temporal, en los primeros meses de la nueva administración.

El nuevo gobierno debe evitar que el deseo de salir rápidamente de este receso le lleve a un programa indiscriminado de inversiones en obras públicas, que no haría sino prolongar y probablemente acentuar, con signos de gravedad, la situación que aquí se examina.

LOS OTOMIES DEL MEZQUITAL [1]

Por *Laurette SEJOURNÉ*

SALIENDO de México por la carretera que lleva a Estados Unidos, se descubre pronto una zona desértica que es la más pobre del país y la que plantea los problemas más espinosos. Durante muchos kilómetros no se ven más que llanuras quemadas y montañas desnudas. Los colores desaparecen y el gris llega a ser tan dominante que parece el matiz mismo de la vida. Cuando se descubren de pronto, un cuadrado de tierra sembrada o un grupo de árboles, son tan inusitados que no parecen formar parte de la naturaleza, sino que nos hacen pensar en un decorado, como un tapiz o una planta en una habitación.

Un gran río perezoso atraviesa esta región estéril haciendo surgir mágicamente un poco de vida sobre sus bordes, y aquí es donde se puede comprender que un río y los árboles majestuosos que le hacen cortejo, puedan convertirse en personajes sagrados a los que se adoran.

Los hijos de esta tierra son tan grises y desolados como ella misma. Se les descubre caminando a pequeños pasos apresurados al borde de la carretera, generalmente encorvados bajo pesadas cargas. Están cubiertos de harapos descoloridos y parecen pertenecer a un mundo de tan grande miseria que se siente uno brutalmente colocado en la categoría de los privilegiados sociales, cualquiera sea la aversión que por éstos sintamos.

En Ixmiquilpan, capital de la región Otomí [2] se ven estas extrañas siluetas circular en gran número por las calles asfaltadas, con el aire intimidado y ausente de seres sobre los que pesa una amenaza. Vistos de cerca, sus vestimentas son tan conmovedoras, que aparecen como pruebas de convicción

---

[1] Capítulo de un libro en preparación.

[2] Ixmiquilpan es una pequeña población comercial de tres mil habitantes aproximadamente, a 156 kilómetros de México.

de un crimen en el cual se siente uno vagamente implicado: son andrajos terrosos que no alcanzan siempre a cubrir el cuerpo entero. He visto mujeres cuya blusa estaba tan raída, que sus senos aparecían completamente al descubierto y la indiferencia de todos ante estas desnudeces que surgen de bajo los harapos, no era el menos sorprendente de los fenómenos.

Entran en las tiendas con el aire tímido e inquieto del perro que espera el puntapié que lo hará huir. La menor compra será largamente deliberada entre ellos en su lengua fresca y cantante, porque todo gasto constituye un acontecimiento que significa casi siempre esfuerzos inimaginables de ahorro, el acercarse a un mundo en el cual son extranjeros apenas tolerados, el peligro de la carretera recorrida por bólidos.

El maguey

De qué manera estos millares de seres [3] dispersados sobre una tierra tan avara pueden sobrevivir, es la pregunta que obsede cuando se entra en contacto con su miseria, y poco a poco se acaba por descubrir que la economía entera de este valle deriva de la única planta que es lo suficientemente vigorosa para arrancar su subsistencia a un suelo puramente calcáreo. Esta planta es el maguey.[4]

En efecto: como una madre desesperada por su pobreza, la tierra del Mezquital parece haberse ingeniado para hacer surgir de su seno magro algo para sustentar a sus hijos, y no hay familia, por pobre que sea, que no tenga algunos magueyes que les proporcionen un mínimo vital. Después de algún tiempo pasado en la región, se acaba por mirar esta planta con una admiración mezclada de agradecimiento y no son ya sus pencas tan perfectamente estilizadas, de bellos matices azulados, lo que entonces se contempla, sino una especie de entidad providencial que está allí para salvar a unos seres humanos en desgracia.

---

[3] Los otomíes del Mezquital son alrededor de 64,000 que viven en la zona árida y 7,000 en la zona fértil.

[4] "La tierra es tan estéril y falta de agua que de puro seca ardía de suyo", "la más es estéril y llueve poco y casi no cojen maíz sino de diez en diez años". *Papeles de la Nueva España, Relación de Zimapán* (Citado por M. O. de Mendizabal, Obras Completas, Tomo VI).

El maguey necesita de cinco a siete años para llegar a su plena madurez. Durante este tiempo desarrolla sus formas potentes y armoniosas sin otro recurso que el aire y la luz y, viéndolo tan magníficamente desarrollado, se pregunta uno cómo se las arregla para no ser influído por el medio miserable en el cual crece.

Para anunciar al hombre, al cual auxilia con una fidelidad conmovedora, que ha llegado a la edad adulta y que en consecuencia se pone a su disposición, el maguey lanza de su centro un tallo de varios metros que se cubre en su extremo con bonitas flores blancas. Este será su canto de cisne: una vez marchita la flor, el maguey comenzará a secarse y no tardará mucho en morir. Acudiendo a este llamado, el hombre se apodera de la planta y la somete a un tratamiento que le permitirá asimilarla totalmente, sin que el menor residuo quede sin utilizar, en operaciones sucesivas que estarán sometidas a severos tabús.

Se comienza por cortar el tallo, y de la herida que resulta surge la fuente del líquido precioso que permite a los habitantes de este desierto no morir de sed y que es además el principal proveedor de vitaminas: el aguamiel, que una vez fermentado se convierte en pulque.

El tallo y las flores que lo coronan, cocidos sobre las brasas, constituyen la única golosina que está al alcance de esta gente; los pedazos del tallo que por su dureza no pueden servir de postre, forman la alimentación casi exclusiva de los animales.

Por otra parte, con un dispositivo elemental pero ingenioso, se raspan las pencas para sacar la parte carnosa que las recubre y dejar al desnudo la fibra que encierran. La raspadura es una substancia jabonosa cuyo uso se recomienda en muchos casos precisos; la gente de la región no conoce otro jabón y esta materia, que al secarse toma el aspecto de una hierba muy fina, se vende en abundancia en todos los mercados de las grandes ciudades bajo el nombre de shishi.

En cuanto a la fibra, es la que constituye la riqueza más grande del Mezquital. Un montoncito de ella sobre la espalda y un huso en la mano, parecen partes inertes del cuerpo del hombre o de la mujer otomíes, porque, bien sea caminando a lo largo de los caminos, o en el mercado, o asistiendo a una fiesta, es siempre hilando como ellos aparecen. En un telar de

modelo precolombino,[5] la mujer convertirá después el hilo de maguey en una tela de formato estandar, de alrededor de un metro cuadrado de superficie y de espesor variable según el uso al que se destina, y son estas piezas tejidas, llamadas ayates, el producto más importante de la economía de la región. Trabajando asiduamente todo el día, una mujer no puede hacer más que cinco o seis piezas por semana, pero la suma de estos esfuerzos individuales y aislados alcanzan cifras insospechables. Por millares, en efecto, se cuentan los ayates adquiridos cada mes por los compradores y distribuídos por todo México para emplearlos como material de embalaje. Frente a una de estas tejedoras, tan concentradas sobre su trabajo, he llegado a sentir un verdadero vértigo haciendo un cálculo muy simple: pensaba que la tela que salía punto por punto de las manos de la mujer y que exige tantas horas de elaboración, terminaría por perderse en un conjunto de realidades determinadas por la máquina [6] y el hecho de que la base de sostenimiento de una población esté constituída por un artesanado de tan pequeño valor comercial, me demostraba, mejor que muchas páginas de estadísticas, hasta qué punto estos seres están al margen de la vida de su país y rechazados por él. Si tiene la suerte de quedarse entre los suyos, el ayate adquirirá una dignidad que no conocerán jamás sus hermanos que se van por el mundo, porque él quedará entonces estrechamente ligado a la familia otomí. Puede ser empleado como pieza de vestido: anudado sobre el pecho cumplirá la función de blusa para mujer; colocado sobre la cabeza se convertirá en chal protector contra la dureza del sol; enrollado en la cintura será un perfecto cinturón para el hombre. El ayate sirve igualmente para el transporte de mercaderías y las mujeres —que tienen entre estas gentes el papel de bestias de carga— llevan comúnmente varios de ellos alrededor de las espaldas y de la cintura conteniendo fardos diversos, uno de los cuales es casi siempre un bebé. Es en un ayate, colgado a una rama del techo de sus chozas donde se acunan los niños o donde se guarda la camisa de cambio, si se tiene la for-

[5] El Códice Florentino, del siglo XVI, reproduce una tejedora y un telar semejante a los actualmente en uso.

[6] Pude comprobar después en la ciudad que el precio de un ayate es exactamente igual al de la misma superficie de grosera tela para costales producida en las fábricas.

tuna de poseerla; es un ayate que sirve de velo a la novia y con ayates se envuelven los cadáveres antes de ser enterrados.

Bien que el maguey, como hemos visto, se haya prodigado ya generosamente, no por ello se han agotado sus riquezas. Puede todavía dar el excelente material de construcción con el cual el otomí hace su choza: sus pencas exteriores, duras y leñosas, ingeniosamente dispuestas sobre una armadura de ramas de mezquite —el arbusto espinoso que da su nombre a la región— forman techos y muros tan compactos que no dejarían filtrarse la lluvia en el caso dudoso en que ella se decidiera a caer. El tronco de la planta es un combustible precioso y su parte central da una fibra muy gruesa que permite la confección de cuerdas y cepillos, que tienen gran demanda en todos los mercados.

No contento con proveerle la base misma de su existencia material, el maguey continuará velando sobre el otomí y le resolverá una serie de delicados problemas. Así por ejemplo, la piel que se desprende de sus pencas, tan ligera como la telaraña, cura la herida sobre la cual se aplica; el aguamiel expuesta a la luz de la luna durante toda una noche, es remedio infalible contra la blenorragia; un poco de excremento diluído en pulque cura la picadura de la araña más venenosa.[7]

Por otra parte, la extremidad puntiaguda y dura de una penca es transformada en aguja, que será muy útil para los trabajos gruesos; con el tallo de su flor el pastor confecciona el instrumento de música que le hará compañía en la triste soledad de las landas, y una rama enrollada sobre sí misma será un estuche ideal para mantener húmeda la palma que el artesano transforma en sombreros. En fin, el depósito que se forma en las cubas donde fermenta el aguamiel se emplea como levadura para el pan, y los gusanos que habitan en el maguey no son solamente apreciados por los otomíes, sino que constituyen también una verdadera delicia para los "gourmets" de las ciudades donde estas larvas suelen venderse.

Aldeas neolíticas

Como la explotación del maguey, los otros artesanos de la región nos muestran una manera de trabajar totalmente ana-

[7] Informe inédito de Raúl G. Guerrero. Biblioteca del Instituto Indigenista Interamericano.

crónica. Ya sea para confeccionar las canastas con los juncos que crecen al borde del río; para tejer la palma y hacer sombreros multicolores y esos encantadores sonajeros en forma de pájaros adornados de plumas brillantes; o para tejer los sarapes o las bolsas ornadas de motivos de una espontaneidad y de una gracia extraordinarias, que se venden en las tiendas elegantes de México a precios que dejarían estupefactas a las tejedoras, los utensilios empleados son siempre de los más primitivos.

Observando la vida de los otomíes, sorprende que este grupo étnico que vive tan cerca de la capital haya tomado tan poco a la civilización a la cual teóricamente pertenece,[8] y perpetúe de una manera tan pura un modo de vida que debe remontarse a millares de años. Nos imaginamos que esta existencia, que parece no haber sufrido jamás modificaciones desde sus orígenes lejanos, no debe diferir mucho de la de una aldea del neolítico inferior. Sin sorpresa, pues se descubren en las crónicas del siglo XVI descripciones que podrían aplicarse a los otomíes de hoy, salvo, sin embargo, en lo que concierne a la alusión de los festines suntuosos que esta gente tenía la mala costumbre de ofrecerse los unos a los otros, hecha por el admirable Sahagún en tono severo. Nos agradaría poder pensar que hubo una época en la cual las comidas estaban de moda entre estos desheredados, pero tememos que aun en los tiempos de Sahagún los banquetes no hayan sido ya más que recuerdos fabulosos incorporados a una leyenda dorada, porque los otomíes estaban entonces, desde hacía mucho tiempo, bajo la dominación de los aztecas y se sabe demasiado con qué genio éstos despojaban a los pueblos vencidos, de los productos de su trabajo, para que podamos conservar la menor esperanza. Si se tiene en cuenta, por otra parte, que los aztecas parecen haber tenido por los otomíes un desprecio muy particular,[9] se llega a la triste conclusión de que el actual régimen alimenticio —que hace pensar en los principios de la agricultura, cuando la caza y la recolección de fru-

---

[8] El etnólogo Sergio A. Morales, en su informe inédito "Modos de vida otomí" (Biblioteca del Instituto Indigenista Interamericano), dice que entre las personas del grupo que él estudió "la mayoría nunca ha oído hablar de los Estados Unidos".

[9] Según W. Jiménez Moreno, la palabra "otomí" es nahuatl y sirve para expresar calificativos tan poco amables como *idiota, ignorante, grosero*, etc. *(Revista Mexicana de Estudios Antropológicos,* Tomo III).

tos silvestres constituían la base de la alimentación— está lejos de ser cosa nueva.

Las raíces, los nopalitos, las tunas, las larvas de las hormigas, los gusanos de maguey o un conejo silvestre que tenga la buena ocurrencia de dejarse cazar por una trampa primitiva, son los únicos elementos que vienen a amenizar algunas veces la tortilla de maíz y los chiles picantes cotidianos.[10]

Los productos del comercio son casi totalmente excluídos a causa de la desproporción que existe entre los precios de compra y el precio del trabajo, y aun los modestos frijoles negros representan para los otomíes un lujo que no se permiten más que en las grandes ocasiones. En efecto, cuando tiene la fortuna de trabajar, un jornalero agrícola no gana lo bastante, con sus nueve horas diarias, para comprarse un kilo de frijoles negros, y para esta misma compra, una tejedora de ayates deberá gastar las tres cuartas partes de su ganancia semanal.

El interior de las chozas, de una pobreza aterradora, pertenece igualmente a una época prehistórica: las piedras del hogar en medio de la pieza; un petate enrollado en una esquina que sirve de lecho a toda la familia; un ayate que cuelga del techo encerrando una criatura que se mece; una mujer sentada en el piso delante de su telar; un cerdo —riqueza única e indispensable— que husmea los cacharros en los cuales come la familia.

El autobús, tan indispensable para recorrer estas tierras incandescentes, no es jamás utilizado porque el precio del pasaje, por módico que sea, está fuera del alcance de la mayor parte de los otomíes, lo que hace que, para comprar algunos puñados de maíz —imposible adquirir más a la vez— una persona puede estar ausente de su casa un día entero.

Mentalidad primitiva

Es claro que la persistencia de semejante modo de vida cerca de grandes centros urbanos no es posible sino a causa de un aislamiento muy real, y que este aislamiento debe, forzosamente, implicar también la conservación de una mentalidad totalmente primitiva. Es, en efecto, lo que se comprueba

---

10 Es conmovedor comprobar que casi todos los cuentos recogidos por Sergio A. Morales en el informe citado, tienen por tema central la búsqueda de alimentos y como hazaña final una buena comida.

tratando a los otomíes o leyendo los trabajos etnológicos que a ellos se refieren.

Es grato descubrir, a tres horas de la gran ciudad deshumanizada, estos seres que viven en armonía con la naturaleza y que manifiestan hacia ella sentimientos de respeto verdaderamente enternecedores. Por ejemplo, por nada del mundo el otomí turbaría el sueño del río que duerme durante la noche, y aguardará hasta el alba, cuando el agua reinicia su marcha, para permitirse apagar su sed. Asimismo, uno está primeramente encantado por los métodos de curación —viejos como el mundo y basados sobre creencias a veces de gran belleza— a los cuales están obligados a recurrir en vista de que el médico es para ellos un desconocido.[11] Pero, si se tiene la lamentable tendencia de tomar las cosas humanas demasiado a pecho, la tristeza viene muy pronto a reemplazar cualquier otro sentimiento, porque no se tardará en percibir que, a pesar de los aspectos positivos que ella contiene, esta mentalidad poética se paga a un precio terriblemente caro. Los otomíes tienen, por ejemplo, una manera particularmente peligrosa de concebir el contagio de la enfermedad. Según una lógica extraña que es difícil de comprender bien, están persuadidos de que la enfermedad es causada a veces por hormigas aplastadas sin quererlo, a veces por el río, cuyo sueño se ha interrumpido, o bien por el fuego, irritado porque se dejó de ofrecerle su bocado antes de comenzar una comida— no contamina a las personas que viven amontonadas en la misma habitación que el enfermo, pero pasa, por el contrario, fácilmente a las cosas. A mi parecer, el uso tan difundido de la llamada "limpia" es una manifestación muy clara de esta manera de pensar. En efecto, la primera operación a la que se somete siempre a un enfermo, ya se trate de un mal de amor o de una neumonía, es la "limpia". Se frota el cuerpo del paciente con un objeto —huevos de gallina negra, ramas de cierto árbol, una gallina negra viva, etc.— hasta que la curandera comprueba que la enfermedad ha abandonado el cuerpo para pasar al objeto. A manera de precaución, y para evitar las

[11] Los otomíes, que se sienten parientes cercanos de todo lo que los rodea, conocen a maravilla las propiedades curativas de las plantas y de los animales. Pero es notable el hecho de que las plantas son poco empleadas en este desierto y que por el contrario los animales son de uso corriente: caldo de zopilote contra la rabia, caldo de orejas de liebre para el alumbramiento, carne de cuervo indicada en muchos casos, etc.

epidemias, se arroja en seguida el objeto contaminado bien lejos de las casas, en un lugar donde nadie pase jamás.

Siguiendo la misma lógica, la hoja de rasurar que ha servido para cortar el ombligo del recién nacido, no deberá ser ensuciada después de la operación si no se quiere que la herida se infecte. Y en caso de que, a pesar de esta medida, hubiera de todos modos supuración, la misma hoja servirá entonces para cortar un trozo de suela de huaraches que será quemada y cuya ceniza curará la llaga.[12]

Felizmente, hay ocasiones en que esta mentalidad no produce consecuencias funestas y en las cuales se puede admirar sin remordimiento la frescura inocente de esa tan estrecha comunión con las cosas. Es lo que ocurre, por ejemplo, en el caso del caminante que siente de pronto gran fatiga: para recobrar nuevas fuerzas, deberá pasar una piedra sobre sus miembros doloridos, porque la piedra —que se deposita después al pie de una de las cruces que se encuentran a lo largo de los caminos— tiene el poder de cargarse del cansancio del que el viajero se verá de este modo liberado.

La religión

Como es de imaginar, las ideas religiosas de los otomíes no están rígidamente estructuradas, y las reminiscencias paganas dan a veces un toque inesperado a los personajes más venerados de la iglesia católica. En ciertas poblaciones, Cristo es considerado como personificación del Sol, y la Virgen María como la de la Luna. Por otra parte, se ha sostenido que Jesucristo y el dios azteca Tezcatlipoca son para los otomíes una misma divinidad. Esta tesis ha sido elaborada comprobando, por una parte, que la mayoría de los pueblos de la región reservan su fiesta anual, no al patrono del lugar, como es costumbre hacerlo en todo México, sino a una imagen de Cristo; y, por otra parte, basándose en la existencia de un detalle muy curioso en el arreglo de las iglesias durante las fiestas de la Pasión.[13] Durante las visitas que hice en Semana Santa a las

---

12 Informe Inédito de Rosalía Guerrero (Biblioteca del Instituto Indigenista Interamericano).

13 Tesis sostenida por el etnólogo R. G. Guerrero. Me encontré después con otro detalle significativo: Jacques Soustelles, en su libro *Mexique, Terre Indienne,* cuenta haber encontrado una escultura de Tezcatlipoca en un pueblo otomí.

iglesias de Ixmiquilpan, me sorprendió mucho, en efecto, el descubrir —al lado de la imagen dolorosa de Jesús y entre las plantas y las jaulas de pájaros cantores con que se había transformado las naves en jardines— grandes espejos, provenientes sin duda alguna de los armarios de las señoras de la ciudad. Recordé entonces que el signo característico de Tezcatlipoca era justamente un espejo, en que el dios podía contemplar el universo, y se me hizo notar que la presencia de estos objetos en las iglesias constituye un importante indicio de la persistencia del culto de la divinidad azteca.

En cuanto a sus creencias relativas a la vida de ultratumba, parecen netamente precolombinas. Ninguna idea de recompensa o de castigo interviene en la determinación del lugar adonde el alma se dirige al abandonar el cuerpo, y es únicamente el tipo de muerte el que determinará su dirección: los que mueren de "desgracia" irán al Sol; las mujeres que mueren de parto y los niños que nacen muertos irán a la Luna y los que mueren de enfermedad irán a la Gloria. Pero la vida del otomí es una experiencia demasiado amarga para que se permita ilusiones y para no saber que sus penas nunca tendrán fin. Por eso dicen que: "... no es bonito ir al Sol, tienen que empujar la rueda del Sol para que camine. El Sol es bueno, no maltrata a las ánimas, pero el trabajo es muy penoso. Por esto nadie quiere ir al Sol... La Luna es un lugar de tristeza... No es bonito ir a la Luna".[14] Sólo la Gloria, reservada sin duda a los privilegiados que la merecen por haber terminado sus días en tormentos particularmente atroces, es "un lugar bonito, donde todos están contentos".

Entre las costumbres que conciernen a la muerte, existe una profundamente conmovedora y que parece dictada por una gran sabiduría: es aquella que hace atar a la cintura del cadáver una cinta de color, a fin de que el alma del difunto pueda llevar más fácilmente la cruz con que irá inevitablemente cargado en el otro mundo. Difícil sería encontrar una imagen más sencillamente desgarradora para expresar la desesperación de vivir en un universo sin salida. Que Cristo esté o no, para los otomíes, asociado a una divinidad azteca, lo

---

[14] Informe de S. A. Morales, ya citado. Este etnólogo relata además, una creencia que viene a apoyar la tesis de R. G. Guerrero: el Sol, que como hemos visto, es una representación de Jesucristo, quiere a los indios, mientras que la Luna, que representa a la Virgen, tiene debilidad por los blancos.

cierto es que la ternura que por él sienten parece el símbolo de la conciencia dolorosa que este pueblo tiene de su calvario.

La soledad penosa

VIVEN olvidados del mundo. El cura no visita sino raramente las pequeñas capillas diseminadas sobre la llanura, y el Ayuntamiento interviene poco.[15] He podido comprobar que este abandono les es penoso y que cuando ellos pueden confiar en alguien, sienten, como niños, la alegría de verse protegidos. Un hombre al que pregunté si había muchos homicidios en su aldea, me respondió sin vacilar: "Antes sí, muchos, pero ahora no hay más", y como le preguntara cuál era la razón, agregó: "Es que ya no se permite", con un tono de orgullo que parecía decir: "Es que ahora nosotros existimos para alguien".[16]

Este mismo deseo de ser arrancados del aislamiento explica, me parece, un hecho que a primera vista resulta sorprendente: en 1937 un representante del gobierno fué comisionado para investigar en el lugar mismo las necesidades más urgentes de la población otomí. De las veintitrés peticiones recibidas en los diferentes pueblos del Mezquital, hubo diecisiete pedidos de escuelas, tres demandas de justicia por los crímenes que un gran personaje de la región cometía entonces impunemente, y sólo tres concernían al mejoramiento de las condiciones materiales.[17]

Muchas escuelas han sido construídas desde 1937, y el maestro rural suele ser, hoy día, la eminencia gris de estas aldeas perdidas. En efecto, aunque generalmente extraños a

---

15 La reciente creación del "Patrimonio Indígena" del Mezquital, integrado por autoridades federales, y del Estado de Hidalgo, permite esperar el cumplimiento de un vasto plan de protección social y económica en beneficio de la población otomí.

16 Esta singular respuesta me fué explicada después por el Secretario del Ayuntamiento de Ixmiquilpan, el etnólogo R. G. Guerrero ya mencionado, que por su profundo interés en los problemas de los otomíes, les había prometido seriamente intervenir para que se hiciera justicia en caso de crímenes.

17 Esta referencia, así como muchas otras acerca de la vida económica de los otomíes, están tomadas del Tomo VI de las *Obras Completas* de MIGUEL OTHÓN DE MENDIZÁBAL, que es, con mucho, el trabajo más completo y documentado sobre el tema. El fué precisamente el comisionado del gobierno que hizo esta encuesta.

la región, se encuentran casi siempre colocados en el centro mismo de las actividades del grupo porque, siendo muchas veces los únicos que saben escribir, tendrán que acudir constantemente en ayuda de los representantes del pueblo, convirtiéndose de tal modo en agentes de enlace entre ellos y el mundo exterior. He conocido varios de ellos, y todos me han parecido de una extraordinaria buena voluntad. Viéndolos actuar con tanto valor en medio de dificultades innumerables, he pensado que constituyen un cuerpo del que se debería estar orgullosos. Su tarea es de las más arduas y de las más desanimadoras que existen, porque se trata cada día de resolver una serie de problemas que inevitablemente han de presentarse de nuevo al día siguiente, porque todos provienen de una misma fuente: la indigencia total en que se encuentran a la vez la escuela, los otomíes y el maestro mismo.

Uno de los problemas más agudos es la falta de útiles escolares. Al mismo tiempo que el edificio, y considerándolos tan indispensables como éste, los útiles figuraban en todos los pedidos de escuelas, porque el otomí se sabe demasiado pobre para poder adquirirlos. Así lo entendió la Secretaría de Educación de entonces, que aceptó la petición y que comenzó por enviar regularmente estas preciosas provisiones. Pero un día, por razones que nadie parece conocer, se olvidó el cumplimiento de este deber y las escuelas —centros tan fundamentalmente importantes para estas poblaciones infelices— cayeron inexplicablemente en el olvido.

Como todo hace falta, no hay un detalle, por insignificante que parezca, que no constituya un problema, y un maestro de escuela me confesó que a veces, no pudiendo comprar la tiza, se ve obligado a buscar en la montaña un trozo de piedra calcárea para poder dar su clase. Un cuaderno es una riqueza tan grande que cuando un niño posee uno lo guarda celosamente y, de miedo de verlo terminarse, escribirá sobre la misma hoja, borrando la tarea anterior, hasta que el papel se hace inutilizable. Los exámenes de fin de año se tiñen siempre de inquietud para todos a causa de la necesidad de comprar, entonces, las hojas especiales en que deben hacerse las pruebas destinadas al inspector, y siempre hay niños que no pueden presentarse por no tener los centavos necesarios para adquirirlos.

Existe también la dificultad del idioma, que entorpece las cosas. Los niños llegan a la escuela sin conocer el español, y el maestro, que no tiene nunca menos de cien a ciento cincuenta alumnos al mismo tiempo —distribuídos en tres clases agrupadas en el mismo local—, deberá, antes de que empiece a enseñar a leer, procurar que comprendan un poco el español, lo que retarda mucho el avance de los estudios.

Otra circunstancia que impide a los niños un buen aprovechamiento de la enseñanza es que todos están obligados a ejecutar pesados trabajos en sus casas antes de salir para la escuela y hacer después largas marchas, a veces de varias horas, para llegar a la clase. Como, además, generalmente no han comido nada, caen extenuados sobre los bancos sin ser capaces, durante largo rato de hacer el esfuerzo de atención necesario para seguir la lección.

Un ambiente inhumano

Analizando las causas de la miseria atroz en que los otomíes están condenados a vivir, termina uno por encontrarse frente a un fenómeno inusitado de nuestros días y que pertenece, él también, a las primeras épocas de la humanidad, en que el hombre estaba oprimido por la naturaleza. En efecto, en nuestro medio, casi totalmente fabricado por el hombre, se olvida que la naturaleza pueda desempeñar todavía un papel tan importante porque estamos habituados a considerar como regla que toda miseria material es consecuencia de los instintos inferiores que impulsan a ciertos hombres a imponer la degradación a sus semejantes, es decir, que se trata de un problema de relaciones humanas. Esta regla está confirmada por algunas raras excepciones entre las cuales figuran los otomíes.

Reconociendo, claro está, que quienes compran su trabajo los despojan intolerablemente, se percibe, sin embargo, que el factor que determina sus sufrimientos no es tanto esta explotación como el medio natural que los rodea. Es desconcertante descubrir un problema que parecía de tal modo superado que la sociología moderna ha dejado de considerarlo y se puede uno hasta preguntar si existen en el mundo otros lugares donde la naturaleza domine tan completamente, porque —aun en los casos más extremos, como son los desiertos, las llanuras heladas o los terrenos batidos por el mar— se ve

siempre al hombre lograr imponer modificaciones que hacen menos penosa su vida.

Estos otomíes fueron obligados a refugiarse en el desierto poco a poco, al ser expulsados de sus tierras fértiles por los conquistadores que se sucedieron en épocas diferentes y entre los cuales figuran los nombres de príncipes aztecas y de nobles españoles. Víctimas de la fuerza bruta, se encontraron en tal desamparo que les fué imposible modificar en lo más mínimo el medio inhumano en el que se les había acorralado y que tuvieron que sufrir pasivamente, como si fueran piedras colocadas sobre un camino.

Para expresar la realidad del Mezquital no parece suficiente hablar de la falta de agua, porque esta tierra es tan completamente árida que termina por convertirse en un elemento extraño y hostil, en el cual parece tan imposible vivir como lo sería, por ejemplo, en el océano o en los aires, sin disponer de los medios apropiados que ha inventado el hombre.

Es difícil hacerse una idea exacta de lo que significa la falta de agua para los otomíes, aun si se examina minuciosamente cada uno de los sufrimientos que este hecho implica. La sequía de la cual estos seres desarmados son víctimas, no puede compararse más que a una catástrofe —terremoto o inundación— que se convirtiera en cosa de cada día. Por eso, cuando se intenta considerar medidas para mejorar su suerte, no es en términos de reivindicaciones de justicia social como se plantea el problema, sino más bien en nombre de la caridad, como cuando se trata de socorrer a las víctimas de un siniestro. Es emocionante, a este propósito, ver que cuando un otomí tiene la oportunidad de hablar públicamente de la situación de su pueblo —es lo que ocurrió en ocasión del Congreso Indigenista efectuado en Pátzcuaro en 1940— lo hace en términos que significan, en realidad, un patético S.O.S. lanzado al país por un grupo que se encuentra en peligro: "Si nosotros tomamos pulque, es porque en muy pocas partes de nuestro estado se encuentra agua. Yo quisiera que algunos de los señores que están aquí presentes fueran a mi estado, que se dieran cuenta de cómo la gente de mi raza tiene que caminar grandes distancias para encontrar un jagüey que tenga agua para apagar su sed. Nosotros hemos llegado a acostumbrarnos a bajar al agua a la hora en que lo hacen los animales, ya

que en muchas ocasiones les disputamos a las bestias ser los primeros para tomar agua..."

Vivir en constante sequía no quiere solamente decir estar privado de bebida, de alimentos, de vestidos y de placeres tan elementales como el de lavarse o ponerse una camisa limpia. Significa igualmente vivir en un universo donde sólo reinan lo inmóvil, lo incoloro y lo silencioso; en un universo que ignora las flores, los follajes, los pájaros, las mariposas, los arroyos.

Como si ellas hubieran sido privadas de sus carnes, las cosas parecen en el Mezquital esqueletos de sí mismas y adquieren un carácter trágico. Un cementerio, por ejemplo, desnudado como lo demás, de todo color, aparece aquí en su significación más brutalmente realista: alrededor de una pequeña capilla azotada por los vientos, aplastada por el sol y perdida en la inmensidad de la landa, se agrupan pobres montículos de tierra blanca, sin inscripciones, sin flores. El único lujo que se ve, de tiempo en tiempo, es una minúscula corona hecha con la parte interna de un cactus cuyo matiz anacarado recuerda el de las conchas marinas. Nada mejor que este lugar para tener idea de ese mundo de desolación.

La fiesta otomí

En ocasión de la fiesta del pueblo que se hace una vez por año, se ve de pronto resplandecer estos lugares solitarios. Como las fiestas se desarrollan siempre en el atrio, es entre las tumbas mismas donde los vendedores instalan sus puestos, los músicos se sientan solemnemente, las danzas tradicionales se ejecutan y crepitan los fuegos de artificio, únicos ramos de colores que los otomíes pueden ofrecer a sus muertos.

He oído frecuentemente hacer comentarios acerca de estas fiestas. Ya sea para probar que los otomíes no tienen más razón que un niño pequeño —y que en consecuencia todas las penalidades que sufren son merecidas y naturales— o con deseo auténtico de acudir en su ayuda, se está siempre de acuerdo en encontrar irracionales los gastos excesivos que se hacen en estas ocasiones. Desde un punto de vista utilitario estrictamente inmediato, puede parecer absurdo que una familia se endeude, a veces durante años, a fin de pagar una

parte del gasto de la fiesta; pero si se reflexiona bien, llega uno a preguntarse seriamente cómo podría el otomí no asfixiarse en esta tierra muerta si no pudiera, una vez al año, respirar el soplo de color, de movimiento y de sonido que le trae la fiesta. Visto desde este ángulo, se percibe entonces que la fiesta representa en realidad el lado más positivo de su carácter, porque se hace evidente que mediante la fiesta es como el otomí se afirma y manifiesta la cualidad más esencialmente humana: el sentido de la rebeldía. La naturaleza es para el otomí el opresor más visible, y contra ella se subleva con sus explosiones de vida.

Pocas cosas he visto tan tristes como una fiesta otomí. Llegan al pueblo desde los lugares más apartados, después de haber marchado a veces varios días y haber dormido, de noche, acurrucados en tierra como animales.

Los entretenimientos, a pesar que hayan consumido los dineros de varias familias, son afligentes y escasos: músicos que tocan con violencia valses escuchados religiosamente; danzantes —un trapo rojo, adornado de tapas metálicas de botellas a modo de cascabeles, enrollado alrededor de la cintura— que giran rítmicamente siguiendo los sonidos que un viejo arranca de un violín inimaginable; y en fin, muy tarde en la noche, los fuegos de artificio —símbolo fulgurante de la fiesta— que los mantienen fascinados durante un instante.[18]

Por la mañana, al llegar, después de haber depositado un pequeño cirio delante de la imagen del santo festejado, salen al atrio, bajo el sol quemante, donde se quedarán largas horas, casi inmóviles, hablando muy poco y en voz baja. Familias enteras de artesanos, sentados sobre el suelo en medio de la muchedumbre, trabajan activamente en la confección de sus productos, al mismo tiempo que se ocupan de su venta. La compra de un ayate, de un sombrero de paja o de una bolsa de lana representan el lado más activo de estas reuniones.

Todos los miembros de una familia examinarán minuciosamente el objeto que les atrae y discutirán largamente

[18] Los fuegos artificiales, muy apreciados en todo México, son para los otomíes de una importancia y una atracción particulares que me parecen llenas de significación. La ejecución de fuegos de artificio y de cohetes constituye uno de los principales artesanados de la región.

La tierra calcinada.

La familia trabajando el maguey.

Tejiendo palma en el mercado.

El cohetero.

sus méritos y sus defectos antes de comprarlo. Las negociaciones a propósito del precio, que parecen formar parte de un ritual muy complicado, serán interminables. El precio provoca siempre pequeños gritos de indignación que hacen pensar en el piar de una pajarera súbitamente perturbada. La vendedora, incomodada, se encierra entonces en un mutismo que todos parecen decididos a no romper jamás, y se quedan allí, sin moverse, hasta que se haga una nueva proposición. Este juego se repetirá varias veces cuando, finalmente, el objeto pase a mano de los compradores, éstos continuarán admirándolo todavía un momento antes de guardarlo con cuidados llenos de ternura.[19]

Al día siguiente, al alba, tomarán el camino del retorno, cargados de las compras preciosas y de los recuerdos de alegrías inefables que les permitirán esperar pacientemente, en la soledad y el silencio gris de su existencia, otra fiesta que vendrá a traerles nuevas razones de vivir.

El rostro de la miseria

YA se deba a una gracia particular acordada a los otomíes por la Providencia, o al hecho de que la miseria toma una cara muy diferente según las causas que la determinan, lo cierto es que esta gente no muestra en lo más mínimo los signos de degradación que se esperaría encontrar asociados a condiciones materiales tan lamentables. La impresión de decadencia que se experimenta viéndolos circular por las calles del pueblo, se disipa completamente cuando se acerca uno a ellos, porque se descubren entonces, maneras de una rara fineza: sus gestos son elegantes, sus voces, que nunca se elevan, armoniosas, y sus relaciones impregnadas de una ternura y una dignidad poco comunes. Siempre recordaré con profundo reconocimiento la acogida amable que me brindaron algunas mujeres cuando aparecí, de pronto, antes sus casas, tan extraña e inesperada como si viniera de otro mundo. Llegaba después de marchar en el polvo blanco y fino donde los pies se hunden como en la nieve, deprimida por el cansancio y por la desolación del lugar, y me encontré como por encanto, delante de una persona que me recibía

[19] Este gasto nunca excederá el precio de una entrada de un cine modesto.

sin sorpresa, dirigiéndome con voz musical, un dulce "Buenos días, niña...", que me calentó el corazón.[20]

Tienen un sentido exquisito de la hospitalidad y jamás dejarán de invitar a la persona que llegue a su casa en el momento de una comida. A su vez, están llenos de atenciones los unos hacia los otros y he asistido a verdaderos duelos de gentileza muda y nada formal cuando se trataba de repartir una porción demasiado pequeña de alimento, lo que ocurre con frecuencia en su régimen de privaciones. Un jarro de pulque, por ejemplo, que yo hubiera podido beber sola, pasó largo tiempo, en silencio, de mano en mano, deseando cada uno que el otro gozara de la última gota del precioso líquido.

Los niños son verdaderos milagros vivientes. Su dignidad, la gracia de sus sonrisas y la vivacidad inteligente de sus expresiones, aparecen como una victoria constante sobre un medio que les es hostil. No mendigan nunca, y cuando se les ofrece algo, no lo aceptan como una limosna, sino como el regalo que les hace un amigo. Un día que había compartido mi almuerzo al borde del río con dos niños que se habían detenido para mirar, los vi regresar después de una ausencia prolongada, cargados de presentes que me ofrecieron, evidentemente con tanta alegría como la que sintieron aceptando mi pan: eran algunas pequeñas nueces recogidas entre la hierba y dos rosas silvestres descubiertas Dios sabe dónde.

---

[20] La palabra "niña" es muy empleada por los otomíes. Fuí llamada de esta afectuosa manera por mujeres mucho más jóvenes que yo.

EL PROBLEMA RACIAL EN AFRICA DEL SUR

Por *Elisabeth GOGUEL DE LABROUSSE*

HACE algunos meses llegó a nuestras manos un libro[1] que contenía una serie de conferencias y artículos, escritos entre 1927 y 1942, sobre el problema racial en Africa del Sur. Es la obra de un liberal ex presidente del "Institute of Races Relations" de Sud Africa. Los problemas que discute este libro tienen honda significación; pero, escrito para un público sud-africano, da por supuesto el conocimiento de hechos generalmente ignorados fuera de su país. Quisiéramos presentar ahora al lector el resultado de nuestros esfuerzos para reunir una documentación[2] que completara el panorama descrito por Hoernlé. No pretendemos haber hecho un trabajo original ni personal, sino un resumen —tan concienzudo como nos fué posible— de una situación que creemos debe hacerse presente a la conciencia internacional, y muy particularmente a la latinoamericana, responsable del precioso privilegio de estar indemne de los estragos morales y espirituales del racismo.

Las diversas fuentes que conseguimos no concuerdan rigurosamente, en particular en lo que respecta a las cifras; pero

---

[1] R. F. ALFRED HOERNLE: Race and Reason, being mainly a selection of contributions to the race problem in South Africa, edited with a memory by I. D. McCrane, Witwatersrand University Press, Johannesbur, 1945, xxxvi-182 p.

[2] ANDRÉ BLANCHET: "Les premiers pas vers l'Apartheid", en *Monde,* selección semanal, 14-20 de septiembre de 1951; p. 1 y 3. JEAN BORDE: "Le problème ethnique dans l'Union Sudafricaine", en *Les Cahiers d'Outremer,* oct-dic. de 1950, p. 319-342. I. S. LLOYD: "Apartheid, South Africa new native policy", en *The poltical Quarterly,* abril-junio de 1949, p. 123-134. M. NICHOLSON: "A problem in colonial government" en *The political Quarterly,* abril-junio de 1949, p. 160-171. N. J. J. OLIVIER: "Problèmes raciaux en Afrique du Sud", en *Scientia,* Nos. VIII-IX de 1950; sección "Lettres des lecteurs", p. 227-232. ANDRÉ SIEGFRIED: *Afrique du Sud,* notes de voyage, Paris, Colin, 1949, 160 p.

estas divergencias son mínimas y pueden explicarse por el hecho de que se basan en estadísticas de años diferentes. Seguiremos, salvo indicación contraria, los datos citados por Jean Borde, que corresponden a la estadística oficial del año 1946. Se puede suponer razonablemente que los cambios demográficos ocurridos desde esta fecha no han modificado sustancialmente la situación.

La Unión Sudafricana tiene una población de 11.258,854 habitantes. En ella los "blancos" o "europeos" son el 20.7% (2.334,460). Aunque se reparten en numerosas categorías —por ejemplo, un 5% de hebreos practicantes— los dos grupos principales son los "afrikaaners" y los "ingleses". Los primeros descienden de los primitivos colonos holandeses o de grupos asimilados a ellos —como los hugonotes franceses— y se definen por el hecho de que su lengua materna es el "afrikaans", un dialecto derivado del holandés. Representan alrededor del 60% de la población blanca, siendo la gente de habla inglesa el 40%. Oficialmente la Unión es bilingüe, pero su caso no es el de Canadá o de Bélgica en donde cada lengua corresponde a una área geográfica particular; simplemente suele predominar el inglés en las aglomeraciones urbanas y el afrikaans en el campo. Desde la toma del poder por el partido nacionalista, que triunfó en las elecciones de 1946, el bilingüismo se observa con particular estrictez, pues el nuevo partido reivindica celosamente las tradiciones afrikaaners frente a todo lo anglosajón, como se manifiesta especialmente en su política escolar. Un observador como Blanchet hasta cree posible la eventualidad de una eliminación final de la lengua inglesa si el partido nacionalista conservara mucho tiempo el poder (las próximas elecciones generales se harán en 1953). Antes del reciente impulso dado al bilingüismo, éste era propio solamente del grupo afrikaaner que manejaba también el inglés, mientras que muchos "ingleses" ignoraban la segunda lengua del país. En la actualidad la nueva reglamentación pone, pues, obstáculos —por ejemplo en la carrera de un funcionario— exclusivamente a la gente de habla inglesa, que suele manifestar un comprensible desgano frente a la necesidad de dominar una lengua todavía elemental. Por cierto que sus defensores se preocupan de un modo metódico por desarrollarla y tornarla más flexible y apta para la abstracción y los matices, y mucho se logró en esta dirección; pero si el afrikaans ha dejado de ser un dialecto tosco

para ascender a la categoría de lengua de cultura, sigue siendo poco comparable con el admirable instrumento intelectual que representa el inglés (Cf. Hoernlé, p. 15-16). Indudablemente en la hostilidad que revela el nacionalismo afrikaaner hacia todo lo inglés hay que ver un resabio del conflicto anglo-boer de antaño. Es tan fuerte esta tendencia que, a pesar de la urgente necesidad de una política de inmigración, el gobierno actual no se decide a estimularla por temor a que los recién llegados sean en su mayoría anglosajones o susceptibles de apoyar el elemento anglosajón. La única inmigración favorecida fué la alemana: en el segundo semestre de 1949 el 70% de los inmigrantes eran alemanes de quienes se espera "una sana actitud" frente al problema racial y cuya lengua sirve de modelo a los filólogos que tratan de enriquecer el afrikaans, porque su preocupación particularista los aparta de una simple vuelta al holandés.

Sin embargo, por reales que sean los motivos de fricción entre los grupos blancos (que corresponden parcialmente a los dos principales partidos políticos, nacionalista y unionista), se revelan muy secundarios en comparación con la tensión existente entre el grupo blanco en conjunto y la masa negra. Todos los autores concuerdan en subrayar la coincidencia de los blancos en una misma voluntad fanática de preservar este carácter y de evitar toda mezcla de sangre. Los indígenas se reparten entre varios grupos, pero el principal es el de los bantus, instalados inicialmente en la zona oriental. Es de notar que el calificativo de "bantu" no tiene significación etnológica alguna, sino meramente lingüística: los bantus pertenecen a diversas razas indígenas y pueden diferir somáticamente de un modo considerable, pero todas sus lenguas son afines. Los negros constituyen el 68.7% de la población total de la Unión: son 7.735,809, y, así como el grupo afrikaaner es más prolífico que el inglés, los indígenas lo son mucho más que los blancos (cf. Borde, p. 327); a pesar de la extrema diferencia de mortalidad —la infantil en particular— que hay entre blancos e indígenas, el porcentaje de estos últimos aumentó ligeramente con el tiempo (1904: 67.4%; 1946: 68.7%).

Los mestizos son 905,050, o sea el 8.1% de la población; están casi todos agrupados en la Provincia del Cabo, en la cual forman una clase ya secular pues su origen nada tiene que ver con los bantus: resultan de antiguos cruzamientos entre blan-

cos y mujeres hotentotes o esclavas traídas de muchas partes para trabajar en la colonia porque su población autóctona (bosquimanos y hotentotes), muy primitiva, había refluído en su mayoría hacia el interior. Medidas legislativas muy recientes (1951) acaban de privar a los mestizos de su tradicional igualdad política con los blancos, de la que gozaban desde hace más de un siglo; conservan el derecho de voto pero no pueden elegir más que a blancos y votan además en listas aparte, lo que favorecerá al partido nacionalista en las próximas elecciones. Esta nueva disposición originó enérgicas manifestaciones de protestas por parte de la oposición (Blanchet).

Por fin el 2.5% de la población es de origen asiático. Entre los 282,535 habitantes de esta categoría, la abrumadora mayoría pertenece a los hindúes, en general nacidos en Africa, y residentes en la provincia de Natal. También ellos, que nunca tuvieron el derecho de voto, se ven alcanzados por diversas medidas discriminatorias, tanto más sensibles porque una apreciable proporción de ellos ha logrado una posición económica relativamente buena; pero merced a la protección de la India no están del todo indefensos y su estatuto será objeto de discusión por parte de una comisión mixta hindú-sudafricana.

La toma de poder por el partido nacionalista del Dr. Malan es reciente y hasta cierto punto sorprendió a los observadores. Pero en cambio la actitud general que propugna hacia los indígenas expresa un carácter tradicional de la Unión Sudafricana; desde los orígenes, los blancos instalados en Sudáfrica optaron "con un fervor casi religioso" (Olivier) a favor de una preservación celosa de su pureza racial y miraron con verdadero horror el otro término de la alternativa planteada cuando conviven dos razas distintas: el mestizaje que en cambio prevaleció por ejemplo en Angola o en Brasil. Por tanto la política seguida desde 1946 no es esencialmente nueva y se limita a intensificar una tendencia siempre dominante entre los europeos de la Unión Sudafricana (cf. Lloyd) que ya desde mucho tiempo atrás se había expresado cada vez que se producían síntomas de una posible ascensión social y económica por parte de los negros. La primera constitución de Transvaal tenía un artículo que rezaba: "No habrá igualdad entre blancos y negros ni en la Iglesia, ni en el Estado" (Lloyd, p. 132; Borde, p. 332). El "apartheid" de los nacionalistas es una forma más

brutal de la política de "segregación", pero ésta inspiró siempre la conducta del blanco sudafricano.

Una primera forma de segregación es la territorial: puesto que no se quiere mezcla de razas conviene asignar a cada una áreas propias, y en las ciudades, zonas propias. Desde el "Native Land Act" que data de 1913 se realizó virtualmente semejante división en el campo. La medida no implicaba expropiaciones inmediatas, pero al prohibir la transferencia de propiedad a negros en ciertas partes, y a blancos en otras, estaba destinada a lograr paulatinamente la separación territorial deseada. La repartición fué decidida exclusivamente por blancos y concedió teóricamente a los indígenas el 12% del país (recordemos que ya en aquel entonces pasaban del 67.4% de la población). Esta distribución leonina puede parangonarse con el hecho de que en 1936 el 74% de la renta nacional correspondió a los blancos, que eran alrededor del 20% de la población.

Leyes ulteriores, de 1936 y 1939 crearon el "Native Trust", una organización oficial, administrada por blancos, que se encarga de acelerar los efectos del "Native Land Act" de 1913, comprando las últimas tierras que se hallaban en manos de blancos en las áreas nativas para alquilarlas después a los indígenas, procurando al mismo tiempo su explotación más o menos racional. Si ya inicialmente eran pobres muchos de los terrenos atribuídos a los bantus, en la actualidad ciertas zonas se tornaron o amenazan tornarse desérticas por efecto de la erosión combinada con un pastoreo intensivo. Sin embargo, difícilmente puede reprocharse a los bantus esta inhábil explotación de sus tierras, pues la provocó la congestión demográfica que reina en las reservas indígenas: desde 1910 hasta 1946 se duplicó la población negra que económicamente se asfixia en los territorios insuficientes donde queda encerrada. Medidas legislativas recientes aumentaron ligeramente las superficies que en teoría se les atribuye: del 12% del territorio nacional pasaron al 13% (Olivier), pero efectivamente están en sus manos por ahora el 10% (Lloyd).

En estas condiciones, las reservas indígenas a lo sumo pueden ofrecer un precario mínimo vital a los bantus, y está fuera de cuestión que les permitan perspectivas de verdadera prosperidad. De hecho, económicamente no subsisten, ni mucho menos, sólo en base a esta agricultura propia, sino también

gracias a entradas que corresponden a salarios ganados en el exterior: gran parte de la población masculina emigra temporalmente —por meses o años— para ponerse al servicio del blanco en la agricultura y sobre todo en las minas y las industrias. Una admirable solidaridad familiar y tribual hace que buena proporción de los salarios así ganados sirva para pagar los impuestos en numerario, exigidos por la administración[3] y es finalmente aprovechada en diversas otras formas por toda la colectividad indígena; pero conviene subrayar que esto significa ingentes sacrificios por parte del trabajador emigrado cuyo nivel de vida es bajísimo debido a sus esfuerzos de ahorro. Por otra parte, el trabajo asalariado tiene por efecto disminuir peligrosamente el número de los hombres válidos en las reservas —en ciertos casos no llega al 50% (Hoernlé, p. 103)— y esto dificulta la explotación eficaz. El "Native Trust" se preocupa muy especialmente de favorecer la organización tribual, tradicional entre los bantus, y por eso no vende ni alquila a particulares. Contribuye así a mantener a los indígenas en este nivel de cultura, tornando difícil una evolución paulatina hacia formas de vida más individualistas. Pero la migración de los jóvenes al exterior —aunque temporaria— opera en sentido exactamente inverso y tiende a derrumbar la estructura tribual;[4] primero porque las instituciones tradicionales no pueden funcionar normalmente cuando faltan tantos miembros jóvenes que deberían pasar por etapas sucesivas de iniciaciones y de responsabilidades; también porque la vida familiar corre graves peligros a causa de separaciones de los casados que llegan a durar años; y finalmente porque los mismos trabajadores, después de un contacto —aunque sea superficial— con la civilización blanca, no pueden dejar de recibir de esta experiencia semillas de individualismo que tienden a destruir en ellos las condiciones psicológicas de una vida tribual.

Pero no sólo la segregación territorial de las razas, establecida en esta forma, adolece de defectos esenciales; además

---

[3] Cf. Hoernlé, p. 141: "una de las finalidades de las imposiciones en numerario puestas a los indígenas era obligarlos a salir de las reservas para emplearse al servicio del blanco, como lo reconoce una Comisión oficial".

[4] Siegfried, p. 69, afirma lo contrario, lo que revela una información singularmente superficial como base de sus "Notas de viaje", pues todos los demás observadores señalan la gravedad del problema.

no logra solucionar más que una parte del problema. Las cifras dadas por Lloyd son decisivas: aun contando a los trabajadores temporarios en el número de los indígenas que viven en zonas propias, en 1946 éstos representan tan sólo el 40% de los negros de la Unión. (En las cifras dadas por Hoernlé que datan de 1936, la proporción es bastante superior —el 66%—). Queda entonces sin resolver el problema del destino de gran parte de los indígenas; algunos extremistas, como Olivier, encaran seriamente la posibilidad de reunirlos a sus hermanos de raza —a pesar de que muchos de ellos han perdido todo contacto con la organización tribual, con el trabajo agrícola y hasta en ciertos casos con las mismas lenguas indígenas. Como observa Hoernlé (p. 102), lo mínimo que podría esperarse de los defensores de tan impracticable solución sería que admitiesen la necesidad de una división territorial completamente diferente y que ampliaría considerablemente las zonas indígenas. Pero, Olivier por lo menos, ni siquiera admite esta evidencia y prefiere afirmar que con una explotación intensiva y racional —difícil de esperar si las tribus son dejadas a sí mismas— bastarían las actuales reservas indígenas. Este autor es un representante de la concepción más extremista del "apartheid", que podría tomar como lema de los blancos "defensa contra el negro antes que opulencia" (Borde, p. 342). Pero como veremos esta solución sería tal vez más desastrosa para los blancos que para los negros.

En efecto la Unión Sudafricana tiene una estructura social y económica típicamente "colonial": consta de una aristocracia de blancos que representan exclusivamente el "cerebro" y no se rebaja a los trabajos manuales "inferiores", reservados para el indígena que tiene el papel de "brazo". De modo que sin el negro el blanco no puede subsistir porque los cimientos de su existencia descansan sobre el trabajo del indígena; por él andan los trenes, se barren las oficinas, se sirven las mesas, se descargan los barcos, se vacian los tachos; por él funcionan las minas y las usinas; él es quien labra el suelo. Aun sin contar a los indígenas temporariamente salidos de las reservas ni a los trabajadores agrícolas sin vínculos, ya con la organización tribual el 23% de los nativos vive de un modo permanente en los suburbios de las ciudades "blancas" y constituye el proletariado. La barrera entre las razas corresponde a la frontera que en nuestra civilización separa al peón, al obrero no calificado,

de los demás; y la Unión como cualquier país que vive del esfuerzo del peón no puede privarse del trabajo del negro.

Pero en Sudáfrica la frontera entre capas sociales reviste una absoluta rigidez: de hecho lo que impera es un régimen de castas. Ya en 1926 el "Colour Bar Act" prohibió a los negros los trabajos especializados, lo que cumplió una doble finalidad. Por un lado, al reservar los salarios satisfactorios exclusivamente a los blancos, evitó al "poor white"[5] (según Hoernlé un 20% de la población blanca) el peligro de una competencia indígena que amenazaba una baja en los salarios. El trabajador negro no estaba bien preparado para la disciplina sindical, y sobre todo los blancos rehusaban dejarlo entrar en sus sindicatos, de modo que de haber competido libremente el trabajo indígena hubiera ocurrido un descenso considerable del nivel de la vida obrera en la Unión. Pero por otro lado la ley compensaba ampliamente los inconvenientes que significaban para el empleador la obligación de pagar automáticamente salarios relativamente altos a todos sus empleados blancos, porque le aseguraba una mano de obra básica automáticamente barata entre los indígenas, y tanto más abundante cuanto que todo trabajador negro, por calificado que pudiera ser, entraba forzosamente en la categoría de peón. Como dice Borde, la ley significó que cualquier nativo, sea cual fuere su capacidad técnica, es por axioma un peón; y en cambio que cualquier blanco, por un privilegio ligado al color de su piel, es un obrero especializado: en efecto, respalda "extravagantes" (Borde, p. 332) desigualdades de salario ya que éste viene a depender del color del trabajador y no de la labor que cumple, asegurando por ejemplo al ferroviario blanco una paga al menos triple de la que recibe el negro por un trabajo idéntico (Cf. Hoernlé, p. 95). La solidaridad racial había vencido la solidaridad obrera. Además la legislación posterior prohibió rigurosamente toda huelga a los indígenas y transformó en delito castigado por ley la mera ruptura de un contrato de trabajo por parte de un negro

[5] Siegfried lo compara de manera muy sugestiva, con el "poor white" del sur de Estados Unidos (p. 79-84). El desprecio por toda actividad manual, dice, hace del "blanco pobre" de Sudáfrica un "desecho humano" (p. 81). Cf. también la otra comparación muy interesante con Australia (p. 48-54) en donde condiciones inversas —la ausencia de una mano de obra indígena— favoreció al contrario una notable laboriosidad.

(Hoernlé, p. 100). No hay ninguna exageración en calificar de esclavitud o por lo menos de servidumbre, y de servidumbre agravada por la estrictez del sistema de castas semejante régimen.

La segregación se aplica en las ciudades mediante una organización muy afín al ghetto. Los salarios que puede cobrar un negro son literalmente salarios de hambre: una comisión oficial reconoció que el 80% de los nativos están mal nutridos (Hoernlé, p. 120, n. 1). Este estado de cosas responde a causas diversas; en las reservas resulta de la superpoblación asociada con métodos agrícolas primitivos y dieta mal combinada; en el caso de los obreros temporarios, se debe a que no gastan para sí mismos un salario ya muy bajo sino que se esfuerzan por ahorrar; en el caso de la población obrera permanece, deriva lisa y llanamente de la insuficiencia de los salarios y se verifica en el hecho de que normalmente en una familia no basta el trabajo del padre[6] (Hoernlé, p. 135 y Borde, p. 336-337). El hacinamiento, los alojamientos espantosos,[7] la ignorancia y la miseria producen en Sudáfrica como en cualquier otra parte su cosecha de enfermedades sociales —tuberculosis en particular— y profesionales, y de vicios, prostitución, alcoholismo, delincuencia juvenil y criminalidad. Estos hechos son aducidos por los blancos en contra del indígena y sirven de aparente justificación para las medidas cada vez más rigurosas tomadas en contra de la población negra, la cual, encerrada de noche en sus *compounds* evoca a los ergástulos romanos. El blanco de las ciudades sudafricanas tiene amplios motivos de sentir miedo frente a la masa negra que lo rodea, y este miedo llevó a medidas que privan al indígena de la libertad de circulación: cédulas, pasaportes internos y controles lo esperan a cada paso. Pero se equivoca evidentemente cuando relaciona esta situación con supuestos caracteres raciales propios al negro: el espectáculo que ofrecen los subur-

[6] Cf. Borde, p. 336: en 1942 un Comité encargado de una encuesta al respecto concluyó que para que una familia negra llevara una vida "decente" las entradas mensuales deberían alcanzar 7 libras y media. Ahora bien, en la misma fecha los salarios de los nativos oscilaban alrededor de 3 libras mensuales.

[7] En los barrios en donde se amontonan los obreros negros, en numerosos casos no hay ni pavimentación, ni luz eléctrica, ni alcantarillado. Por ejemplo Alexandra, suburbio de Johannesburg, agrupa a 80,000 personas en una superficie menor de dos kilómetros cuadrados y en estas condiciones (Siegfried, p. 70).

bios sudafricanos se explica simplemente por una explotación capitalista particularmente brutal y cínica.[8]

No pudimos conseguir muchos datos sobre las condiciones que imperan en la actualidad respecto de la instrucción indígena. Las alusiones de los observadores sin embargo no invitan a creer que la situación difiera mucho de la que nos describe Hoernlé en un artículo escrito en 1938 (p. 123-144). Puesto que al negro no le está abierto sino un porvenir de peón salvo ínfimas excepciones, los establecimientos de enseñanza destinados a los indígenas —en su mayoría escuelas privadas ayudadas por una contribución oficial— son unas pocas escuelas primarias, deficientes en muchos aspectos y que hasta 1941 (cf. Hoernlé, p. 129, n. 1), ni siquiera eran gratuitas; por supuesto su frecuentación no es obligatoria, aun en las ciudades, porque el número de las escuelas es reducido y porque muchos niños negros deben trabajar desde muy temprano. En el presupuesto actual las sumas atribuídas a la enseñanza primaria indígena son la décima parte de las que van a la enseñanza primaria blanca (Borde, p. 332; cf. también Lloyd, p. 128). De modo que no sólo el 80% de los indígenas es analfabeto, sino que la abrumadora mayoría (el 98% según Hoernlé, p. 125) de los que no lo son apenas sabe leer y escribir, y tuvo una escolaridad a la vez muy breve e irregular (Hoernlé, p. 82). A pesar de las dificultades enormes que tuvieron que afrontar, hay un reducido número de bantus que lograron cursar estudios universitarios (Hoernlé cita por ejemplo a doce médicos negros), en general en el extranjero. Aunque no exista siempre una reglamentación explícita al respecto (cf. Lloyd, p. 128, n. 2), por efecto de una poderosa ley no escrita, un indígena no puede sentarse al lado de un blanco en las aulas (Hoernlé, p. 127): luego, a lo sumo, puede conseguir un título universitario como estudiante "libre" y en carreras, como la de Derecho, que no requieren trabajos prácticos. Se cita como rarísima excepción el caso ocurrido hace unos treinta años de un mestizo cuyo "tacto" y resignación le permitieron cursar estudios normalmente (Hoernlé, p. 60), pero lo que ya significa una hazaña en un mestizo sería imposible en un bantú. Felizmente desde 1941 la organización de un hospital indígena, que evita al practicante bantu el contacto in-

[8] Con mucho acierto como punto de comparación Siegfried evoca los comienzos de la Revolución industrial en Inglaterra (p. 67).

admisible con enfermos blancos, permitió a la Universidad de Witwatersrand abrir su facultad de medicina a cierto contingente de estudiantes nativos (Hoernlé, p. 148); pero cualquiera que sea su eventual capacitación, ningún negro puede ocupar en Sudáfrica una posición que coloque a un blanco bajo sus órdenes,[9] lo que cierra al indígena una carrera liberal como la de ingeniero, si bien en contados casos puede trabajar como médico o como abogado entre los suyos. La política escolar que acabamos de resumir es por lo demás perfectamente lógica por parte de un Estado que no abre al bantu asalariado más que la profesión de peón y unos pocos puestos de funcionarios subalternos en la administración indígena. El desarrollo económico actual de las reservas no permite la subsistencia de técnicos indígenas; el cuadro pintado por los segregacionistas de "reservas prósperas con sus médicos, sus escuelas, sus ingenieros bantus" no puede corresponder sino a un futuro lejano, y mientras tanto el único porvenir de la casi totalidad de los jóvenes bantus es el aprisionamiento definitivo en la categoría de obrero extraordinariamente mal pagado o la delincuencia.

Ahora bien, no hay víctimas sin verdugos: el régimen de castas es nocivo también para la casta superior. Los "amos" blancos sudafricanos padecen a su vez de la estructura social que edificaron y a pesar de la solidaridad racial que Siegfried siente con ellos no deja de observar que "el desprecio que tienen los blancos por el trabajo manual puede tomarse como un signo de degeneración" (p. 140). Aun planteando el problema en puros términos de prosperidad material, ella no suele recompensar a los perezosos y estos campeones de la superioridad europea han perdido el factor principal de tantos éxitos materiales logrados por Occidente. Cuando un sudafricano se jacta del nivel económico y social logrado en la Unión, se ilusiona torpemente: como lo repite Hoernlé, un bantu analfabeto, un bantu miserable, es un sudafricano analfabeto y miserable —y simboliza las cuatro quintas partes de la población... La dominación económica y política de los blancos en la Unión se logra mediante un verdadero estado de guerra fría (Hoernlé); la estabilidad de su estructura descansa en última instancia en el hecho de que los blancos tienen las armas y de que los bantús todavía no han

[9] Hay una fuerza policial indígena, pero privada de autoridad sobre las personas de piel blanca.

tomado una verdadera conciencia colectiva de su situación. Pero por más que los privilegiados impidan por todos los medios el despertar de los nativos, un día ha de producirse y todos los observadores concuerdan en considerar esta lejana perspectiva con angustia.

Ahora estamos en condiciones de analizar la significación del "apartheid" en que se resume el programa nacionalista. Consiste en reforzar la tradicional actitud de segregación, no sólo territorial y económica sino también social y política. En un discurso de septiembre de 1948 el Dr. Malan definió su programa en los términos siguientes: "En el país debe haber, por así decir, dos esferas, dos áreas diferentes en donde los europeos y los no-europeos han de estar separados unos de otros. Separación en el plano social: por ejemplo en los trenes. En el político: europeos y no-europeos no deben sentarse juntos aquí en el seno de una asamblea común, pues si lo permitís, si se suprime la frontera entre colores ("colour-bar") ¿dónde lograréis levantarla de nuevo? En ninguna parte. Queremos además una segregación residencial, pero que sea efectiva y no como la que trató de aplicar el anterior gobierno. Y queremos una segregación industrial en toda la medida en que sea aplicable" (citado por M. Nicholson, p. 162).

Ahora bien, todos los hechos citados anteriormente nos indican que los blancos de Sudáfrica no ofrecen a los bantus más que una segregación territorial muy relativa: las reservas indígenas deben ser para el blanco una inagotable fuente de mano de obra barata. Este hecho transforma en hipócrita farsa todo el aspecto aparentemente favorable al indígena que representa el "apartheid" frente a la tradicional segregación, y que consiste en su explícito paternalismo. Porque es típico de los mejores voceros del partido nacionalista subrayar el hecho de que su valoración de las tradiciones tiene un doble sentido: defienden su política haciendo notar que no sólo pretende proteger al blanco contra el negro, sino también a la inversa. Agregan que con ella se ofrece a los indígenas la posibilidad de un desarrollo autónomo en la línea de sus propias instituciones y tradiciones. El "apartheid" no significaría una política de "represión" del indígena por parte del blanco, sino una "exclusión" recíproca de las dos culturas, para mayor beneficio de cada una. Según el Dr. Malan, el liberal que aboga a favor de una política de asimilación traiciona finalmente al negro al ofrecerle

solamente un porvenir de imitador torpe, de "mono" del blanco y de proletario sin perspectivas. Podría decirse que la idea de "apartheid" se presenta así como una especie de "mea culpa" tardía del invasor blanco. Pero aun dejando de lado el postulado de que la apropiación auténtica de una cultura queda misteriosamente reservada a individuos cuya piel tenga determinado color, aun admitiendo la parte de verdad que hay en proponer a los indígenas el cultivo de sus propias tradiciones, subsiste el hecho de que tan sólo 40% de los bantus viven en las reservas y que ni siquiera allí puede cumplirse la separación puesto que tantos de ellos deben salir a trabajar al exterior.

La segregación territorial en áreas nativas y áreas blancas cumple pésimamente, por cierto, la finalidad que se dice favorable al indígena. Pero entonces ¿qué decir de la segregación urbana? Ningún partidario del "apartheid" tuvo todavía la sangre fría de pretender que ésta ofrece las condiciones ideales para el cultivo del "alma bantu".

En el plano económico ni el mismo Dr. Malan logra descubrir un ángulo desde el cual la segregación pueda presentarse favorable al indígena, condenado a la condición del bajo proletariado. Unicamente en relación con el "apartheid" territorial se puede hacer relucir perspectivas alentadoras, en cuanto el desarrollo —futuro— de las reservas está destinado a abrir poco a poco al bantu diversas carreras —ingeniero agrícola, veterinario, etc.— y en cuanto se trata de aplicar el principio de que el nativo trabaje para el nativo, con exclusión naturalmente del "very top" de los puestos administrativos de importancia y de toda responsabilidad política.

Esta última observación nos lleva a la tercera forma del "apartheid". En este terreno también el partido nacionalista no hizo más que acentuar tendencias ya existentes antes de él y que poco llegaron a triunfar frente al relativo liberalismo político asociado con la influencia anglosajona —y por lo tanto especialmente marcado en la provincia del Cabo—. Ya en 1936 el "Native Act" uniformizó a esta provincia en relación con las demás al quitar a 10,000 negros el privilegio que tenían de votar con los blancos, privilegio ligado a ciertas condiciones de fortuna y de instrucción (Hoernlé, p. 96). Se creó una lista especial para estos indígenas, que pueden elegir tres diputados —blancos— a la "House of Asembly", quedando 53 bancas para la raza privilegiada. Hemos visto que a estos negros se les

unen ahora para votar los mestizos. En las demás provincias ni los negros, ni los hindúes tuvieron nunca el derecho de votar para elegir diputados y se mantuvo este estado de cosas. En el Senado, en cambio, cuyas atribuciones son mucho menores que las de la otra cámara (Hoernlé, p. 100), los indígenas de todo el país que puedan satisfacer requisitos muy estrictos eligen por sufragio indirecto a 4 senadores —blancos— sobre un total de 44; y por otra parte, de las ocho bancas cuyos titulares son nombrados por el gobierno, queda entendido que cuatro se atribuirán a blancos elegidos "en razón de su conocimiento de las razas de color y de sus deseos y aspiraciones razonables" (texto constitucional, citado por Olivier y por Borde). En el terreno político el "apartheid" abandona toda pretensión de ofrecer aspectos favorables al indígena, a menos que se interprete un sempiterno estado de tutela como algo favorable. Axiomas racistas postulan que el negro es un "eterno niño", incapaz de autogobierno, y los europeos de la Unión están dispuestos a llevar la "carga del hombre blanco" y a proteger contra sí mismos a sus hermanos más débiles, o sea a lanzar feroces medidas de represión para aplastar sin tardanza cualquier incipiente movimiento que pueda canalizar reivindicaciones o meras protestas por parte del negro.

Desearíamos más datos de los que suministran nuestros autores respecto de la reacción indígena;[10] por lo general se limitan a indicar —lo que no es extraño— que el negro interpreta la política blanca como dirigida fundamentalmente en su contra, como algo duramente represivo. Es significativo ver a dos observadores de tendencia bastante diferente —Lloyd, sudafricano de nacimiento y Blanchet, un periodista francés— coincidir en su testimonio, hallándose ambos en el mismo caso de haber vuelto a Sudáfrica después de varios años de ausencia; notan un cambio marcado en el modo de ser del negro que ofrece ahora al blanco una cara sombría y desconfiada y que ha perdido su legendaria sonrisa amable. Según Hoernlé está naciendo un intenso racismo bantu: el indígena abandona cada vez más distinciones entre blancos racistas y blancos liberales y asimila

---

[10] El libro de Edward Roux, *Time longer than rope,* relata la historia sudafricana desde el ángulo bantu. No reconocemos esta obra —cuyo título reproduce un antiguo proverbio de esclavos— más que a través de una reseña de M. Nicholson *(The Political Quarterly,* 1949, nº 2, p. 186-187).

cada vez mejor la lección de odio racial que le inculcan maestros incomparables (p. 70-72). Pero es significativo que no pueda citarse el juicio de un bantu sobre el "apartheid": casi no hay "leaders" indígenas y los que existen conservan un ominoso silencio. En cambio M. Nicholson cita esta frase de un dirigente mestizo: "avanzamos en la vida con el corazón lleno de odio" (p. 162); y en enero de 1952 los diarios señalaron el arresto del principal caudillo hindú, seguido en marzo por el del hijo de Gandhi, también prominente intelectual hindú de Sudáfrica. Según Hoernlé, no hay que cifrar demasiadas esperanzas en las tentativas de un frente común de no-blancos; pues por una parte los hindúes y mestizos generalmente desprecian al negro, en conjunto semiprimitivo, y tienden a separar sus propios intereses de los del bantu. Por la otra existe bastante hostilidad entre los dos grupos más avanzados de no-blancos; sin embargo la posición que el "apartheid" confiere a los mestizos tiende a combatir su tradicional pretensión de asimilarse a la clase europea y a lanzarlos del lado de los asiáticos, el grupo más consciente y mejor organizado entre los hombres de color desde los primeros esfuerzos de Gandhi.

En el plano social, hasta la fecha reciente la segregación era observada de manera bastante diferente en las diversas provincias de la Unión, pero los nacionalistas acaban de uniformar la Provincia del Cabo con respecto a las demás, al mismo tiempo que refuerzan la reglamentación y las costumbres que significan un trato distinto para las diferentes razas. En la actualidad en toda la Unión impera un estado de cosas semejante al que existe en el sur de Estados Unidos, o peor: en las administraciones, los medios de transporte, los lugares públicos, negros y blancos no se codean. Vale la pena señalar el aspecto más singular de esta segregación que representa la falla peor del protestantismo: la segregación religiosa. El racismo es no sólo aceptado sino formulado como un principio propio por la principal confesión religiosa del país: la Iglesia calvinista holandesa, que agrupa a más de la mitad de la población blanca (Hoernlé, p. 124) y es la única iglesia oficial.[11] Hemos visto que desde el comienzo la desigualdad racial fué axiomática para ella; si bien los

[11] La Iglesia Anglicana tiene pastores negros en pie de igualdad con los blancos (Hoernlé, p. 82), lo que hace estimar a Siegfried que esta Iglesia "tiende a exagerar las concesiones que hay que hacer a la otra raza" (p. 59).

colonos holandeses se preocuparon por convertir a sus sirvientes indígenas, se crearon para ellos iglesias paralelas y subordinadas, cuidadosamente separadas. No es extraño entonces el hecho de que no le haya inspirado la menor objeción la legislación reciente que no sólo prohibe todo casamiento entre personas de razas diferentes —aún entre blanco y mestizo— sino que además disolvió retroactivamente los matrimonios de este tipo ya existentes. Aquí también los nacionalistas afrikaaners se limitaron a acentuar una tendencia que obraba ya antes de su llegada al poder, pues desde 1934 toda unión no legal entre personas de color diferente era un delito castigado por la ley; pero aunque fundamentalmente racista en sus intenciones esta medida podía disfrazarse de moralismo puritano.

Lo singular de la posición de la Iglesia calvinista holandesa de Sudáfrica aparece de un modo casi cómico en el hecho de que si bien sostiene actividades misioneras éstas se despliegan fuera del territorio nacional (Hoernlé, p. 124), aun cuando hay aproximadamente un 40% de negros no cristianos en el país. Algunas misiones extranjeras funcionan en las reservas indígenas, pero indudablemente en virtud de una inconsecuencia: en efecto hay que elegir entre preservar celosamente la estructura tribual y bautizar a los bantus. Si el gobierno del Dr. Malan no es muy coherente al respecto, la Iglesia calvinista tiene más lógica: cree que la sangre de Cristo lava el pecado pero constata que no aclara el color de la piel, y lo último ofende más a los dirigentes calvinistas que lo primero. Según Hoernlé, el pretexto teológico ofrecido es que sería ir contra la voluntad de Dios mezclar razas que creó distintas: ¿acaso no era ir contra su voluntad conquistar sangrientamente tierras en donde no había colocado al blanco?

Los diversos autores que consultamos —y muy particularmente los sudafricanos como Hoernlé, Lloyd y Olivier— a pesar de la oposición entre los dos primeros, antirracistas, y el último, racista, concuerdan en el énfasis con que previenen al lector contra la tentación de interpretar la realidad política y social sudafricana con categorías abstractas e ideas preconcebidas. En Gran Bretaña, en particular,[12] existe cierta tendencia a expresarla con

[12] La Unión Sudafricana sigue forando parte del Commonwealth pero sus relaciones con Gran Bretaña son bastante tensas, en particular

referencia al "fascismo" o al "racismo hitleriano"; Lloyd insiste en que esto lleva a confusiones insolubles. El Dr. Malan no es ningún dictador y respeta cuidadosamente numerosas tradiciones liberales, como la libertad de prensa y la de reunión. Como ya vimos, las formas actuales del "apartheid" no son algo sustancialmente nuevo sino una intensificación de un factor permanente de la mentalidad sudafricana.

En efecto, negar *a priori* el profundo abismo que separa a un occidental de un semiprimitivo e interpretar esta diferencia como algo esencial e imborrable constituyen por cierto dos actitudes de significación moral muy diferente, pero desde el punto de vista del buen sentido significan dos errores simétricos. La mentalidad sudafricana arraiga en la experiencia del contacto entre "civilizado" y bárbaro y no se ganaría nada negando *a priori* la realidad de semejante experiencia: lo necesario es dilucidar su significación. Podría decirse que todo blanco en Africa participa de dos personajes: el "colono" y el "misionero", y que en los mejores casos —que desgraciadamente no son los más numerosos—, cuando el indígena con quien entra en contacto es un primitivo, el "misionero" puede colaborar con el "colono", dando a la conducta general del europeo cierto color paternalista, condescendiente por cierto, pero no unilateralmente desfavorable al nativo. Indudablemente en la psicología de algunos de los caudillos del nacionalismo afrikaaner existe una añoranza por las antiguas condiciones en que el paternalismo era posible (cf. Hoernlé, p. 85) y no les falta sinceridad cuando describen el "apartheid" como una solución que —a la larga— encara el verdadero interés del bantu. Sinceridad, dijimos, pero no lucidez o realismo. Pues, como observa M. Nicholson, "a medida que los africanos ganan en educación y conciencia política, las relaciones raciales se tornan cada vez más difíciles" (p. 164); cuando se vislumbra que podría ser puesta en tela de juicio la axiomática superioridad del blanco —más exactamente la axiomática superioridad del nivel de vida que le corresponde por esencia— entonces el "misionero" desaparece completamente y no queda más que el "colono", y el colono "histérico"

---

porque, en vista de la política racial sudafricana, Inglaterra no quiere aceptar la anexión a la Unión del Bassoutoland, de la vasta parte del Bechauanaland que le queda, del Swaziland, etc.; exige un plebiscito a los habitantes que siendo ellos en su inmensa mayoría indígenas, sería por supuesto desfavorable a la anexión.

(Hoernlé). No pasaron nunca de ser una ínfima minoría los europeos capaces de concebir que un completo desarrollo de los indígenas puede llevarlos a la plena asimilación de la cultura occidental, o a un enriquecimiento de tradiciones propias que tornaría posible un diálogo y una colaboración con el blanco en un pie de igualdad. La reacción usual del europeo frente a signos de progreso por parte del negro es una decidida voluntad de represión. Como lo subraya Hoernlé, entre los nacionalistas afrikaaners, sobre todo considerados en masa, la abrumadora mayoría no tiene otro móvil; los últimos y débiles intentos del "misionero" surgen exclusivamente frente al bantu de las reservas y a sus instituciones tribuales y sirven de coartada a la voluntad de lisa y llana explotación respecto del indígena en contacto con el blanco.

El lector no familiarizado con la psicología colonialista —y muy particularmente tal vez el lector latino— experimenta cierto desconcierto frente a la actitud adoptada por Hoernlé o por Lloyd, pues dejan casi de lado el problema del racismo; combaten el "apartheid" concediendo parte de su base teórica, no como una verdad absoluta, sin embargo, sino como una verdad axiomática para el sudafricano. Sus esfuerzos tienden menos a oponerse a la segregación como a disociar sus diferentes formas: la apoyan en el aspecto territorial (reservas indígenas) y sostienen que puede subsistir íntegramente en el plano social sin extenderse al plano económico y político. Ambos concuerdan en pensar que el núcleo del complejo emocional que domina la psicología afrikaaner es el horror místico al mestizaje y que únicamente reconociendo la autenticidad de este horror y haciendo concesiones para calmarlo puede esperarse una suavización del "apartheid" en otros planos. Para Lloyd hay que demostrar al blanco que en el orden económico es falso el postulado de que todo progreso del indígena se logra a expensas del europeo. Hoernlé a su vez defiende una posición muy similar: siendo un negro miserable un sudafricano miserable, la prosperidad general exige un mejoramiento de la condición del indígena y una política dirigida a mantener en muy bajo nivel económico a la mayoría de los habitantes de la Unión es una política de suicidio. En suma, ambos autores proponen a sus conciudadanos una política que fomente los progresos económicos y culturales del indígena, a la vez como una política de interés bien entendido y como algo que deja incólume la segregación social y sexual.

Todo inclina a sospechar que semejante tesis representa una táctica hábil, dada la mentalidad sudafricana. Por otra parte es posible que el incipiente racismo bantu contribuya por su lado a fortalecer la segregación racial en el futuro; nos apartaríamos de los hechos actuales si concibiéramos para Sudáfrica un porvenir no emponzoñado por el racismo, y según nuestros observadores sería aún más improbable —si es posible— una modificación de la psicología del afrikaaner que su final expulsión del continente negro, la cual, por otra parte, tanto como un fenómeno racial representaría una tentativa de revolución social. Pero aunque todos los adversarios del "apartheid" señalan la eventualidad de una reacción violenta por parte de los explotados, concuerdan en ver en ella algo muy lejano; en la guerra fría que el blanco sudafricano sostiene contra el negro, tendrá por mucho tiempo todas las armas y todas las victorias.

El problema racial en Africa del Sur rebasa en mucho las fronteras geográficas de la Unión o el carácter de una cuestión de "política interior". Por una parte, como lo señala M. Nicholson, su sombra se extiende a toda Africa, por doquier, en Rhodesia, en el mismo Kenya, las minorías blancas se dejan influir por el ejemplo del partido nacionalista afrikaaner y aspiran a fortalecer las barreras raciales ya existentes. Por la otra, plantea un problema a la conciencia internacional: la Unión Sudafricana rehusó firmar ciertos artículos de la Carta de la ONU y, sin embargo, se la dejó formar parte de la organización; es importante que las demás naciones —en particular los países de América Latina— no participen de la hipócrita indulgencia de las potencias coloniales —como Gran Bretaña o Francia— o de la de Estados Unidos. Lo que la India puede significar como apoyo para los asiáticos de la Unión, los países no racistas deben representarlo para los indígenas de Sudáfrica. Todos los observadores concuerdan en señalar que una presión internacional obligaría a una mayor moderación por parte del gobierno sudafricano.

Y en un plano más general ¿quién no ve que lo que el "apartheid" compromete es todo Occidente? El blanco que no exprese su repudio acepta implícitamente salir de la fraternidad humana y ser colocado por cualquier hombre de color, con todo derecho, en la misma categoría que los afrikaaners. Estos se presentan como campeones valientes de la "raza blanca" y es necesario no sólo negar esta pretensión sino afirmar que no tiene sen-

tido. El racismo sudafricano exige del humanista que reivindique los valores esenciales de nuestra cultura, la objetividad científica que ignora la categoría mítica y emocional de la raza y conoce solamente la realidad biológica de la *especie,* y el racionalismo que en el orden ético y espiritual significa universalismo —a la vez respeto del ser humano concreto y respeto del ideal abstracto de justicia[13]—. Por fin, el ejemplo de Sudáfrica nos invita a un examen de conciencia respecto a nuestra misma cultura occidental; acabamos de citar aquellos que creemos constituyen sus valores más preciosos, pero ¿hasta qué punto es ligítimo disociar su conjunto en elementos que valoramos y elementos que repudiamos? ¿No hay acaso algo de verdad en la pretensión de los afrikaaners de ser campeones de Occidente? Haría falta mucha ingenuidad para imaginarse que otros occidentales colocados en la situación de ellos e impregnados de las mismas tradiciones no obrarían de modo muy semejante; la sombría historia colonial de todas las naciones europeas basta para asegurarlo. Al condenar la conducta del blanco sudafricano, no seamos fariseos: sepamos ver que recae sobre todo Occidente.

---

[13] Nos parece inadmisible plantear el problema en los términos que adopta Siegfried cuando dice que no aprueba la "falta de caridad" de la política racial sudafricana (p. 143).

EL NUEVO PERFIL DE CHINA

Por *Elí de GORTARI*

En China, la tierra es vieja y la civilización es cinco veces milenaria. Dentro de una superficie variada y rica en contrastes, con 9.600,000 km.[2] de extensión, sus industriosos habitantes han desarrollado una cultura asombrosa por su hondo sentido nacional y por la continuidad de su trayectoria. Entre sus invenciones se destacan la brújula, el papel, la reproducción de planchas grabadas, los caracteres de imprenta y la pólvora. Es difícil fijar con precisión el momento en que la sociedad esclavista cedió su lugar al feudalismo. Pero, en cambio, si sabemos de cierto que la vida de Confucio (551-479 a.n.e.) transcurrió ya en una época en la cual los estamentos feudales se encontraban bien constituídos. Asimismo, está bien establecido que al mediar el siglo III a. n. e., el señor feudal de Tsin logró someter a la mayoría de las comarcas y fundar, con esta concentración de poder, el imperio chino. Esta estructura social profundizó sus raíces a través de las crisis conducentes al cambio de las dinastías, no fué afectada por las numerosas invasiones —mongolas, turcas y manchúas— y se mantuvo casi intacta hasta el año de 1840. Entonces se inició la era de las guerras extranjeras, siempre con resultados desastrosos para China, que la redujeron a la condición de país semi-feudal y semi-colonial, sujeto al condominio de Inglaterra, Francia, Portugal, Japón, Rusia y los Estados Unidos. Tal situación se prolongó después de la caída de la dinastía imperial, coexistiendo con la primera república. Ha sido hasta fecha muy reciente —el 1º de octubre de 1949, con la proclamación de la república democrática y popular— que China ha recuperado su soberanía nacional, encauzando su organización económica y política dentro de una forma del capitalismo de Estado.

Consecuente con la revolución que le dió origen, la República China tiene constituídos sus órganos de gobierno con representantes de los obreros, los campesinos, los miembros del ejército, la pequeña burguesía, la burguesía nacional, los inte-

lectuales, las diversas minorías nacionales y los chinos de ultramar. Sus propósitos declarados consisten en luchar por constituir una China independiente, democrática, pacífica, unida, próspera y poderosa. Para ello, la República se opone resueltamente al imperialismo, al feudalismo y al capitalismo burocrático. Entre las medidas llevadas a la práctica, se encuentran: la abolición de los privilegios de que gozaban los extranjeros; la confiscación del capital burocrático; la transformación del sistema feudal y semi-feudal de trabajar la tierra, en un régimen capitalista de pequeños propietarios rurales, de tal manera que cada campesino sea dueño de su parcela; el impulso a la propiedad pública de las empresas del Estado y de las cooperativas; el desarrollo de los intereses económicos y la protección de la propiedad privada de los obreros, los campesinos, la pequeña burguesía y la burguesía nacional. Todo esto con la mira principal de convertir a China —que tradicionalmente ha sido un país agrícola— en una nación industrial. Como derechos fundamentales, se han consagrado la libertad de pensamiento, de expresión, de publicación, de reunión, de asociación, de correspondencia, de residencia, de religión y de celebrar procesiones y demostraciones. Respecto al exterior, China orienta su política hacia el establecimiento de relaciones con todos los gobiernos, siempre que acepten el principio de mantener un trato de igualdad, beneficio mutuo y respeto recíproco. De esta manera, sostiene contacto diplomático con Afganistán, Albania, Alemania, Birmania, Bulgaria, Ceylán, Corea, Checoeslovaquia, Dinamarca, Finlandia, Gran Bretaña, Holanda, Hungría, India, Indonesia, Israel, Mongolia, Noruega, Pakistán, Polonia, Rumania, Suecia, Suiza, Unión Soviética y Vietnam.

La sede del gobierno central de China es Pekín. La ciudad ha recuperado así, junto con el rango de capital, su nombre antiguo. Además, como ocurre también en el caso de México, es el centro cultural y educativo del país. Dentro del recinto amurallado de su traza vetusta y en sus crecientes ampliaciones exteriores, a las cuales se llega pasando por alguna de las 17 puertas, Pekín alberga ahora un poco más de dos millones de habitantes. En realidad, tiene muy pocas huellas de la guerra, aún reciente. Esto se explica por el hecho de que la ciudad no fué tomada por la violencia. Hubo acciones de armas en las cercanías, hasta que las tropas del kuomintang decidieron rendirse. De esta manera, por su liberación pacífica, la ciudad

no sufrió daños de consideración, sus pobladores padecieron menos y Fu Tso-yi, el jefe militar que la defendía, se ha convertido en Ministro de Recursos Hidráulicos de la República. A primera vista, Pekín ha cambiado poco. Sigue guardando celosamente la belleza de su arquitectura, el colorido de sus variadas expresiones plásticas y la amplitud de sus jardines, hacia adentro de los altos muros grises o púrpuras que las encierran. Así se encuentran el Palacio de Invierno, la Ciudad Prohibida, el Palacio de Verano, el Parque del Lago Norte, el Templo del Cielo y otras ricas construcciones del pasado. Tal es, también, la situación de la mayoría de las viviendas viejas. Cada manzana es un pequeño poblado, con su propia vida interior y con sus edificios de un piso dispuestos entre patios espaciosos. Sólo unas cuantas avenidas de gran longitud y anchura, que cortan a la ciudad en diversas direcciones, tienen construcciones vueltas hacia el exterior y alojan los abigarrados establecimientos comerciales, con el consiguiente estruendo de los tranvías, los timbres de las bicicletas y triciclos, y el clamor del gentío que a ellas afluye.

Sin embargo, esa impresión primera se desvanece pronto. Pekín ha sufrido cambios notables. En su centro se puede localizar aún el Tung Chiao Min Hsiang, el antiguo "distrito de las legaciones", en donde los extranjeros gozaban de extraterritorialidad y desde el cual sus representantes diplomáticos y financieros ejercitaban un poder superior al del gobierno mismo. Pero, ahora, las alambradas circundantes han desaparecido, las residencias de las embajadas tienen otros usos y muchos edificios nuevos se encuentran en proceso de construcción. También es posible andar por Wang Fu Ching Ta Chieh, mirando la multitud de objetos expuestos en los escaparates, desde valiosas antigüedades hasta modernos instrumentos científicos y vestidos europeos. Sólo que, en la actualidad, esta famosa "Morrison Street" ha vuelto a ser una arteria comercial china, comprendiendo a vendedores y compradores. En ella ya no se ven mendigos plañideros o mudos, durante el día, ni tampoco prostitutas y viciosos, al caer la tarde y por la noche. Fué el 21 de noviembre de 1949 cuando el consejo municipal decidió terminar con la prostitución. Esa misma noche quedaron clausuradas las 237 casas de lenocinio que había en Pekín y sus propietarios y administradores fueron encarcelados. Las 1,290 mujeres sujetas a esta infame explotación, fueron

internadas en una institución formada especialmente para el caso, dentro de la cual se llevó a cabo la paciente tarea de convencerlas, curarles sus enfermedades, enseñarles a leer y educarlas para trabajar conforme a las inclinaciones que en ellas se suscitaron. Como resultado de esta acción, se ha logrado que las 1,290 mujeres se incorporen a la vida ciudadana y, a la vez, que desaparezca por completo la prostitución de Pekín. De manera análoga, se ha conseguido la rehabilitación de 7,419 mendigos. De ellos, los menores ya asisten a la escuela, los ancianos y los inválidos viven en establecimientos de asistencia social y el resto, 5,645 antiguos limosneros, desempeñan trabajos productivos. De este modo, Pekín, se puede enorgullecer de haber eliminado la prostitución, la mendicidad y el bandidaje organizado.

Actualmente se trabaja con tenacidad en la creación de un nuevo Pekín. Hacia el rumbo sudoeste se erigen decenas de millares de viviendas, bien provistas de servicios municipales. En toda la ciudad se reconstruye el sistema de saneamiento y se establecen ampliaciones y redes nuevas. Igualmente, se repara el sistema de abastecimiento, extendiéndolo constantemente y prestando un cuidado esmerado a la conservación de la potabilidad del agua. También se ha mejorado el sistema de circulación que comunica a los numerosos lagos y ríos con que cuenta la ciudad, los cuales, además de servir para recreo de los habitantes, son útiles para moderar y regular el clima. Por otra parte, anualmente se vienen fundando más de 4,000 fábricas y comercios nuevos, únicamente por lo que respecta a empresas privadas, que impulsan la vida de la población. Las escuelas se multiplican sin cesar, en todos sus grados: guarderías infantiles, jardines de niños, primarias, secundarias, nocturnas, invernales, etc. Existen nueve universidades y otras nueve instituciones especializadas en enseñanza tecnológica y artística. Entre tanto, se mantiene intacto el conocido encanto de la ciudad: la proverbial cortesía de sus pobladores, su amor a los árboles, a las flores y a los adornos de seda y de papel, y su intenso regocijo por las pequeñas cosas de la vida. Lo que ocurre es que este encanto se ha ampliado. Ahora, cuando los magníficos palacios y parques son disfrutados por el pueblo, éste tiene mayores oportunidades comunicar su alegría. Es impresionante contemplar el fervor que anima a la población. Por ejemplo, en el mercado de Tung Tan pudimos ver, con harta

frecuencia, cómo los locatarios aprovechan las intermitencias de la clientela para tomar sus cuadernos y libros, poniéndose a estudiar. Por todo esto es que, mientras concentra la atención de centenares de millones de chinos, la capital muestra su pujanza, destierra las enfermedades, eleva cotidianamente el nivel de vida de sus habitantes y aumenta su confianza en el futuro.

Los niños y los jóvenes son quienes reciben la atención preferente de todos. El gobierno les ofrece educación, manera de estudiar y oportunidades para trabajar. Se propone elevar su salud física, mental y moral, para que puedan desempeñar con acierto las funciones que les corresponden en el presente y en el porvenir. A medida que se avanza en las tareas de la construcción económica —reforma agraria, elevación y mejoramiento de la producción, acumulación de capital, aumento de la riqueza nacional, creación del mercado rural y desarrollo de la industria— la generación joven va transformando su vida y experimenta cambios notables en sus aspiraciones. Por su parte, la nueva generación se preocupa intensamente por coadyuvar a la superación de las muchas deficiencias existentes, que constituyen la herencia de la organización semi-feudal y semi-colonial que tuvo la sociedad china. En consecuencia, la juventud se propone conseguir su bienestar, luchando junto con todo el pueblo para llevar la revolución democrática hasta sus últimas consecuencias, y enseñando a los niños la senda que deben tomar. Para lograr tales objetivos, han formado la Federación Democrática de la Juventud China, con más de 7.000,000 de miembros; y la Organización de Vanguardia, compuesta por 3.000,000 de niños. En ambas participan los elementos juveniles de los doce partidos políticos que funcionan en China, la juventud cristiana y los estudiantes. Con ellas se prolonga y cobra nueva vida la generosa rebeldía de los jóvenes estudiantes de Pekín, quienes con su movimiento del 4 de mayo de 1919, dieron principio a la revolución que ha obtenido el triunfo treinta años después.

Por otro lado, las mujeres han conquistado una posición bien distinta a la que anteriormente tenían. La república las ha liberado de la esclavitud y del feudalismo, equiparándolas en todo y por todo con los hombres, en la vida política, económica, cultural y educativa. La nueva legislación sobre el matrimonio prohibe la bigamia, el concubinato y la compra de mujeres u hombres. Establece, asimismo, que los enlaces se deben

contraer y disolver por el libro y exclusivo arbitrio de las dos partes, a partir de los 20 años para los hombres y de los 18 para las mujeres; y protege con amplitud a los hijos, ya sean nacidos dentro de matrimonio o fuera de él. Al entrar en vigor, la nueva ley sobre relaciones familiares fué propagada y explicada por medio de artículos periodísticos, carteles, folletos, películas, discos, obras de teatro, poemas, canciones, conferencias, charlas y transmisiones de la radio. Con esta ley se ha introducido firmemente una nueva moral social y, de acuerdo con el dicho de las propias mujeres, se ha operado una revolución en el amor. Para impulsar su propio desenvolvimiento, las mujeres chinas han organizado la Federación Democrática Femenina, que actualmente cuenta con 76.000,000 de afiliadas. Las mujeres participan en las tareas de la construcción política, económica y cultural de China. En particular, procuran incorporarse a las actividades productivas, porque consideran que sólo tomando parte en la producción es que pueden, realmente, elevar su situación económica, transformar su existencia parasitaria en una vida útil y mejorar sus condiciones sociales y familiares, constituyendo hogares felices, libres del maltrato de los maridos y de las suegras. Por sus esfuerzos, han conseguido que un vice-presidente de la república, dos ministros, varios vice-ministros y numerosos funcionarios de los distintos organismos del gobierno central y de las administraciones provinciales y municipales, sean mujeres. Igualmente, muchísimas mujeres ocupan cargos importantes en las empresas industriales y comerciales, en las organizaciones de campesinos y en las instituciones culturales y de enseñanza.

Por su parte, los trabajadores chinos, que forman la columna vertebral de la república, se agrupan en la Federación Obrera Pan-China. Esta fué organizada en Cantón, el 1º de mayo de 1925. Después de 27 años de luchas incesantes, cuenta en la actualidad con 7.300,000 miembros; o sea, el 56.2% del total de obreros y empleados chinos, dentro de los cuales queda incluído el 90% de los obreros industriales. De acuerdo con su constitución, la Federación persigue los siguientes propósitos: unir a los trabajadores de todo el país, proteger sus intereses, luchar por la liberación de la clase obrera china, pugnar por la liberación de pueblo chino, y salvaguardar la paz mundial y la democracia. Comprende en su seno a 100,000 secciones sindicales y ha logrado la formación de diez sindi-

catos de industria —ferrocarrileros, correos y telecomunicaciones, mineros del carbón, electricistas, textiles, conductores de vehículos, industria alimenticia, educación, municiones y pertrechos, y empleados de comercio—, y tiene en proceso de organización otros diez sindicatos —marineros, industria química, fabricación de maquinaria, metalúrgicos, periodistas, artes gráficas, aviación civil, médicos y sus auxiliares, salineros, y empleados bancarios.

En las condiciones creadas por la república, los sindicatos obreros se han propuesto, dentro de las empresas del Estado, elevar la productividad del trabajo, mejorar la calidad de los productos, reducir los costos de producción e impedir la burocratización; siempre con la mira de que el Estado pueda acumular más capital, para ampliar la producción. En las empresas privadas, los sindicatos obreros apoyan la política de asegurar beneficios mutuos para el trabajo y el capital, impidiendo la explotación excesiva y acrecentando la productividad; para incrementar la riqueza nacional y acelerar la industrialización del país. Todo ello, dentro del estricto cumplimiento de estos principios: pago hecho de conformidad con el trabajo realizado, a mayor trabajo mayor pago, salario mínimo —calculado en mercancías— suficiente para el mantenimiento de dos personas, y, a igual trabajo, pago igual. Estos principios se aplican tanto para el caso del hombre adulto, como para el de las mujeres y los jóvenes. A partir de la fundación de la república, los trabajadores han conseguido aumentar sus salarios en las proporciones que siguen: 27% en 1949, 12.5% en 1950 y 15% en 1951. El problema del desempleo, antes crónico en China, se ha resuelto con rapidez. En junio de 1950 había 1.660,000 obreros y empleados parados, en forma parcial o total; en diciembre de 1950, su número bajó a 600,000; en julio de 1951 había 450,000; y en mayo de 1942, el desempleo quedó eliminado prácticamente. También se ha logrado una disminución acusada en el número de trabajadores que sufren enfermedades profesionales. Las medidas de protección y el mejoramiento de las condiciones de trabajo, han permitido que, por ejemplo, en la industria química, descienda el tanto por ciento de enfermos o accidentados, del 40% que antes se tenía, al 0.5% que existe ahora.

El seguro social fué extendido a la nación entera, desde el 1º de marzo de 1951. Los principales beneficios que re-

cibe el trabajador consisten en: el pago de atención médica, alimentación y salario, en caso de enfermedad; el pago de pensión por incapacidad, ya sea temporal o vitalicia; en caso de muerte, pago de los gastos de inhumación y de una pensión a los familiares, durante el tiempo necesario para que puedan valerse por sí mismos; pensiones de retiro, cuando los hombres llegan a los 60 años de edad con 25 de trabajo, y las mujeres a los 50 años con 20 de trabajo; pago de los gastos del parto y descanso durante 8 semanas; derecho a que los ancianos desvalidos y los hijos huérfanos ingresen a instituciones especiales para su atención. Por lo demás, el presupuesto del seguro social es erogado íntegramente por los patrones, ya sea que se trate de empresas privadas o públicas. En general, es suficiente con que cada empresa aporte un 3% del importe de sus nóminas de salarios para el sostenimiento del seguro, a lo cual deben agregarse los gastos de atención médica, alimentación y pago de salarios a sus trabajadores enfermos. Para conservar su eficacia, el seguro social es manejado por los propios obreros, a través de sus organismos sindicales. A más de esto, los sindicatos se encargan de administrar el fondo de cultura y educación —formado con otra aportación que hacen los empresarios, de 1.5% del importe de los salarios— el cual se destina a costear becas para que los trabajadores y sus hijos estudien carreras técnicas, y para sostener programas de radio, clases nocturnas, conferencias, grupos de estudio, bibliotecas, periódicos y otras publicaciones, campos y equipos deportivos, representaciones teatrales, y centros de recreo.

En los primeros meses del presente año, se ha realizado una campaña para eliminar la corrupción, el derroche y el burocratismo entre los trabajadores, en los órganos del gobierno y en las empresas públicas. La corrupción administrativa, el derroche de los bienes públicos y la rutina burocrática en las funciones estatales, eran casi tan viejas como la propia sociedad china. Los literatos las tenían por "lugares comunes", que a unos servían para entretejer sátiras ingeniosas, y a otros para bordar acerca del "carácter peculiar" del chino. El hecho era que estas plagas agobiaban en forma increíble a la nación. Ni siquiera la conducta, recta hasta el extremo y de bien probada eficacia, del filósofo que preside la república y de sus colaboradores cercanos, fué suficiente para sanear las actividades del gobierno. Entre tanto, la acumulación de capital que es urgente

para hacer avanzar la construcción del país, se veía retardada seriamente por tales fallas. No había duda de que la campaña se imponía en favor del interés público. Para realizarla se hizo un llamado al pueblo entero para que prestara su colaboración activa. Las acusaciones fueron investigadas acuciosamente y se sometieron a discusión pública, en los periódicos, por la radio y en todas las reuniones. Cuando se comprobó la comisión de cohecho, de apoderamiento de propiedades estatales o de especulación; pero el monto de lo robado no era elevado y, además, el delincuente se mostró arrepentido y lo devolvió; entonces, se procedió con gran indulgencia. En cambio, quienes se empeñaron en negar el delito comprobado o se habían enriquecido considerablemente con su puesto, fueron expuestos a la vergüenza pública y recibieron penas severas; independientemente del rango que tuvieran y de la posición que ocuparan dentro de los partidos políticos. Un trato análogo se dió a los particulares que incurrieron en soborno, eludieron el pago de impuestos, usufructuaron las propiedades estatales, emplearon materiales o trabajos de inferior calidad en las obras públicas, o realizaron especulaciones validos de los informes obtenidos en fuentes gubernamentales. Al cabo de seis meses se ha podido apreciar la excelencia del procedimiento sguido. En la actualidad, la corrupción, el derroche y el burocratismo han descendido a un nivel muy bajo —no sólo comparado con el pasado de China, sino con la situación presente de muchos países— y será difícil que resurjan, siempre que la reciente campaña se convierta en una actitud general de atención vigilante, para combatir los nuevos brotes que puedan presentarse; aun cuando es de esperar que se hagan cada vez más raros, como resultado de esta misma atención y de la nueva educación que ahora recibe el pueblo.

Uno de esos hombres extraordinarios que gobiernan China, es Kuo Mo-jo. Historiador, novelista, poeta y autor dramático, es una de las figuras más destacadas de la cultura china contemporánea. Se ha hecho famoso por la intrepidez de su espíritu, el brillo de su oratoria —la entonación del idioma chino, en sus labios, se convierte en una melodía— y su pluma bien afilada y armoniosa. Ha publicado numerosas obras de importancia, entre las cuales podemos mencionar: los dramas "Tribulaciones del pavo real" y "El poeta Kiu Yuen"; los poemas "Las diosas" y "Cieno"; los relatos "Antes y después

del encuentro" y "La sociedad creadora"; las traducciones al chino del "Fausto" y de "La guerra y la paz"; y las investigaciones históricas "Estudios sobre la sociedad antigua en China", "Edad de bronce" y "Ensayos críticos sobre el pensamiento antiguo en China". Preside la Academia de Ciencias y la Asociación de Escritores y Artistas. Es, además, vice-presidente de la Asamblea Legislativa, presidente de la Comisión de Cultura y Educación dentro del Consejo de Ministros, y presidente del Comité del Pueblo Chino para la Defensa de la Paz Mundial. Nació en el seno de una familia de comerciantes, el año de 1892, en lap rovincia de Setchuen, bien conocida por la fertilidad de sus tierras rojas —acarreadas por el Yang-tsé— y por la fama de sus ciudades; Chengtu es considerada como la más bella de China, y Chungking sirvió de refugio al gobierno nacionalista durante la ocupación japonesa. A los veinte años marchó al Japón, estudiando en la Universidad de Kiu-Siu hasta graduarse de médico. Sin embargo, nunca ejerció esta profesión. Las letras y la ciencia de la historia lo atrajeron poderosamente, y a ellas se ha entregado por entero. Kuo Mo-jo explica esta vocación diciendo que, el trabajo literario y la indagación histórica le permiten perseguir la esperanza de poder "inspirar al pueblo para cambiar el mundo". Este significado impartido a toda su obra, le trajo muchas dificultades con el kuomintang. Así, tuvo que exiliarse, de 1927 a 1937, en el Japón, y de 1947 a 1948, en la colonia inglesa de Hongkong. La victoria de la república popular la estima como un triunfo en la camino que conduce a la realización de esa aspiración que presta sentido a la totalidad de sus trabajos. Pero, lo que este triunfo ha producido en su espíritu, es hacerlo aún más sencillo, ante la grandeza mostrada por el pueblo y la magnitud de la tarea que tiene por delante. De todo esto, conversa con una fluidez y animación encantadoras. En su atractivo trato, advertimos sutilmente el hondo contenido de la cultura china y aprendemos la lección más acabada sobre la espontánea modestia de un hombre que ha conquistado el amor de su pueblo.

Otra persona eminente por su actividad y agradablemente modesta, es Li Teh-chuan, trabajadora social y Ministra de Salubridad Pública en el gobierno central de China. Su labor es bien difícil, en un país sumamente poblado y con problemas pavorosos, debido al atraso de su antigua organización social.

Li Teh-chuan la lleva a cabo con tenacidad e inteligencia. Considera que la base para la salud de la población radica en la elevación de su nivel de vida. Pero, es claro que esto solamente es la base; y del mismo modo que nadie construye sobre arena, sin cimientos, tampoco es posible conformarse con la mera cimentación. Entonces, realiza la obra sanitaria con arreglo a tres principios: orientar todo trabajo al servicio del pueblo, concentrando la atención en los obreros, los campesinos y los soldados; dedicar el mayor interés a la medicina preventiva; y estrechar la colaboración y la mutua comprensión de todas las personas que trabajan en el campo de la medicina. Así, ha logrado que el 91% de los distritos rurales y el 100% de los urbanos, cuenten con servicio médico eficiente. Los hospitales y maternidades han aumentado en 294%, desde la fundación de la república en 1949. Las guarderías infantiles se han multiplicado 63 veces, en el mismo período. Ha conseguido terminar completamente con el cólera, desde hace dos años y medio, y reducir la peste a unos cuantos casos. También lucha con gran éxito para prevenir enfermedades tales como la viruela, la tuberculosis, la tifoidea, el paludismo, el tifo, y la fiebre recurrente. La vacuna preventiva universal ha sido aplicada ya a más de 300 millones de personas y se espera tener vacunada a toda la población de China, para principios de 1953. La industria farmacéutica y médica, produce ahora el 48% de las medicinas y de los equipos e instrumentos médicos. Asimismo, los hombres de ciencia han hecho numerosas investigaciones sobre las antiguas drogas chinas, y con ellas se fabrican muchas medicinas nuevas. El ministerio de salubridad extiende su acción hasta los trabajos de higiene industrial, de higiene rural, de cuidar la salud de los niños y de educación para la maternidad. Para impulsar la atención médica y coordinarla desde su formación, el ministerio tiene bajo su control los estudios que se realizan en las universidades y en los institutos especializados. Ante la urgencia de satisfacer las necesidades existentes, ha establecido un sistema de tres grados de enseñanza: el superior, comprende los estudios universitarios completos de la carrera de médico; en el grado medio, se imparten cursos de dos años, después del bachillerato, que dan derecho al diploma de ayudante de médico; en el grado elemental, se estrena durante un año a los "médicos" al antiguo estilo chino, para qu ese incorporen al trabajo de salubridad. En

este año, asisten a las escuelas superiores más de 20,000 estudiantes de la carrera de medicina, unos 56,000 aspirantes al diploma de ayudante de médico, y 180,000 "médicos" empíricos deseosos de obtener una capacitación técnica elemental. Todo esto se desarrolla rápidamente, en tanto que se fortalece la base indispensable para la conservación de la salud: el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo.

En China existe otro problema de gran importancia. Lo plantea su rica composición humana, ya que en el mismo territorio habitan 62 nacionalidades diversas. Una de ellas, el pueblo *han,* constituye una mayoría aplastante, del 95% de la población. El 5% restante está formado, en consecuencia, por 61 nacionalidades minoritarias, cada una de las cuales tiene un idioma distinto, una cultura propia y un desarrollo social peculiar, avanzado hasta un grado diferente. Una de estas minorías la integran los israelitas llegados a China desde el siglo III de nuestra era, quienes conservan su religión, mantienen sus tradiciones y se expresan en lengua china, sólo que escribiéndola con caracteres hebreos. Otras, bien conocidas, son las que forman los mongoles, manchúes, tibetanos, coreanos, turcos y árabes. De acuerdo con la ley fundamental de la república —el Programa Común aprobado por la Asamblea Legislativa— todas estas nacionalidades son iguales entre sí y gozan de obligaciones y derechos idénticos para desarrollar libremente sus dialectos y lenguajes, para desenvolver su cultura y para conservar o modificar sus tradiciones, costumbres y creencias religiosas. El gobierno central se encuentra obligado a ayudarlas en el avance de sus actividades políticas, económicas, culturales y educativas. Muchas de las leyes que rigen para la mayoría *han* —entre las cuales quedan incluídas algunas de las más importantes, como es la ley de reforma agraria— sólo se aplican a las minorías después de que éstas otorgan su consentimiento y de que son adaptadas a sus condiciones y características propias, para no ejercer violencia sobre ellas. En las regiones habitadas preferentemente por alguna minoría nacional, se ha establecido el gobierno autónomo de esa minoría. En las otras regiones, existen organismos autónomos para cada una de las nacionalidades que viven en ellas y el gobierno local se ha formado con representación de las mismas. En todo caso, de lo que se trata es de conjugar a todas las nacionalidades, respetando su carácter, para que se unan y se ayuden

recíprocamente, como en el seno de una gran familia que mantiene relaciones estrechas y posee intereses comunes, sin que se destruya la diversidad de sus integrantes. Por consiguiente, se ha entablado una lucha en contra de las manifestaciones de nacionalismo chauvinista de la mayoría, y son castigados los actos que impliquen discriminación u opresión de un pueblo respecto a otro, o que debiliten la unidad de las distintas nacionalidades. Desde julio de 1951, funciona en Pekín el Instituto Central de las Nacionalidades. En otros lugares de China existen 8 institutos más. En conjunto, cuentan con 3,500 estudiantes, que pertenecen a nacionalidades diferentes, a diversas clases sociales y a ocupaciones distintas. Los estudiantes aprenden las lenguas de otras nacionalidades, la historia de China, sus problemas actuales, la cultura propia y la de otros pueblos. Además, los institutos realizan investigaciones acerca de los problemas de las minorías, su idioma, su desarrollo cultural, su historia, sus condiciones sociales, sus canciones, su pintura, su literatura, su teatro, su música, sus danzas y sus costumbres. Por cierto que, en la exposición de vestidos y objetos típicos, organizada con motivo del fin del primer curso, se podía comprobar la asombrosa semejanza que existen entre algunos vestidos de las minorías nacionales chinas y los trajes regionales mexicanos. Sobre esas bases de su política hacia las nacionalidades, la república trata de hacerlas participar, dentro del impulso de su propio desenvolvimiento y con sus características distintivas, en el fortalecimiento de la patria común, en el conocimiento de las condiciones y de las necesidades del país, en la comprensión de sus problemas y en la construcción de la prosperidad para todas ellas.

Un ejemplo de la conjugación de las nacionalidades para realizar un esfuerzo en común, lo tenemos en las fuerzas armadas. El ejército popular de liberación de China se formó el 1º de agosto de 1927. Ha hecho la segunda guerra civil revolucionaria, entre 1927 y 1936, la guerra de resistencia antijaponesa, de 1937 a 1945, la guerra de liberación nacional, de 1946 a 1950, y la marcha para liberar al Tibet, en 1951. Durante la guerra de liberación nacional, este ejército logró poner fuera de combate a 8.071,350 soldados del kuomintang: .. 4.586,750 prisioneros, 1.711,110 muertos y heridos, 633,510 rendidos, 846,950 pasados a sus filas y 293,030 que aceptaron ser reorganizados por el ejército popular. En las batallas libra-

das, logró capturar al enemigo, de las armas que le había suministrado el gobierno norteamericano: 54,430 piezas de artillería, 319,958 ametralladoras, 3.161,912 fusiles y pistolas, 189 aviones, 200 navíos, 622 carros de combate, 389 carros blindados, 22,012 vehículos de motor, 507.984,800 cartuchos, 5.527,400 obuses y más de 700 toneladas de explosivos. En el curso de la marcha emprendida para liberar al Tibet, el "techo del mundo", el ejército tuvo que ir construyendo los caminos y puentes necesarios para poder pasar. De este modo, la integración del Tibet al seno de China ha quedado garantizada con modernas vías de comunicación terrestre. Dentro del ejército conviven 5.000,000 de hombres de todas las nacionalidades y, también, un número considerable de mujeres. Es curioso advertir que el uniforme militar femenino incluye el uso de la falda, mientras que la inmensa mayoría de las mujeres chinas, tanto en la ciudad como en el campo, se visten con pantalones.

La táctica militar que dió el triunfo al ejército popular de liberación, puede resumirse así: despreciar al enemigo en principio, pero no despreciarlo jamás en las acciones concretas; retroceder cuando avance, acosarlo cuando se atrinchere, atacarlo en caso de que se encuentre cansado, perseguirlo cuando se retire; aislar y aniquilar con grandes efectivos, a un grupo pequeño del enemigo; aislar con fuerzas pequeñas a grupos importantes, hasta batirlos y derrotarlos; no emprender nunca acciones de dudoso resultado; y ganar siempre las batallas iniciadas. Sus reglas disciplinarias han sido: obedecer las órdenes en cualquier circunstancia; no tomar una sola aguja, ni siquiera la punta de un alfiler, de los objetos pertenecientes a las personas del pueblo; entregar todo botín al gobierno. Lo que conquistó a la población en su favor, fué el hecho de que todos los miembros del ejército cumplen estrictamente con los ocho puntos siguientes: hablar con cortesía a las personas civiles, mantener una conducta honesta en todas las transacciones comerciales, devolver los objetos prestados, reparar todo daño causado, no golpear ni reprender al pueblo, no perjudicar las cosechas, no enamorar a las mujeres y respetarlas siempre, y no maltratar a los prisioneros de guerra. Además, se puede observar una gran camaradería entre jefes, oficiales y soldados, que se extiende hasta la discusión de problemas y actividades militares. Ningún superior puede tratar mal, de hecho o de palabra, a sus subordinados; y todos —jefes, oficiales y soldados— reci-

ben la misma alimentación, tienen alojamientos semejantes y reciben un trato parejo.

En la actualidad, las fuerzas armadas participan activamente en la producción agrícola e industrial, prestando su concurso al desenvolvimiento de la nación. En rigor, siempre han dedicado parte de su tiempo a la producción civil, aun en las épocas de mayor intensidad de las guerras. Pero, ahora, se puede estimar que el 75% de los miembros del ejército trabajan directamente en la producción, en tanto que el otro 25% prosigue su entrenamiento militar; y esto, en forma rotativa. De esta manera, el ejército libra nuevamente un duro combate, sólo que su enemigo es ahora la naturaleza, a la cual trata de conquistar para dominar sus fuerzas y ponerlas al servicio del hombre. Para lograr tal objetivo, el ejército ha formado un estado mayor especial, trazando cuidadosamente sus planes y distribuyendo sus efectivos para llevarlos a la práctica con denuedo y tenacidad. Los soldados chinos colaboran decididamente en las industrias y en la agricultura, en íntimo contacto con el resto del pueblo. Al mismo tiempo, se han hecho cargo de actividades específicas, dentro de los renglones siguientes: establecimiento y operación de granjas altamente mecanizadas, que sirvan de modelo y ejemplo para la colectivización futura de la agricultura, cuando los campesinos estén en condiciones de adoptarla de buen grado; fabricación de productos industriales y artesanos, para abastecer las granjas con equipos, herramientas y artículos de consumo; trabajos en las obras de ingeniería civil que son esenciales para la construcción del país y para evitar las calamidades naturales, como son las inundaciones y las sequías; fabricación en pequeña escala, dentro de cada unidad, de los productos necesarios para elevar el nivel de vida de los miembros del ejército. Con sus enormes recursos en fuerza de trabajo humano, el ejército popular sigue adelante en su tarea fundamental de liberar a China, dentro de las condiciones pacíficas que ha creado con sus esfuerzos en la lucha armada.

Todo lo anterior forma parte de ese nuevo perfil que China ha adquirido en nuestros días. Esperamos que los toscos trazos de esta representación no sean demasiado infieles. Lo que más lamentamos es no tener el ingenio y la habilidad de los artistas populares chinos, cuando recortan en el papel esas finas siluetas que todos conocemos.

MALABARISMO PANAMERICANO

Esta nota sobre el libro de don Carlos Dávila[1] se podría alargar indefinidamente; el libro también, porque su tema, la integración de las Américas, es típico sujeto de conversación, y la conversación se caracteriza por su ilimitado vuelo y por su falta de estructura.

Fuerza es reconocer que la obra es un prodigio de concreción, de realismo, de evidencia estadística y de esa rara mezcla de filosofía, de economía y de buena prosa que suele darse en las mentes más claras de Hispanoamérica.

El libro parte de tres premisas y desemboca en tres conclusiones. Son las primeras: Se ha desvanecido el sueño de "un solo mundo"; en realidad hay tres: "Uno es comunista, monolítico, compacto, expansivo y dominado por una disciplina totalitaria mucho más efectiva económicamente de lo que nos inclinamos a admitir. Otro es socialista, basado en monopolios gubernamentales o privados, con economías nacional e internacional fuertemente dirigidas. El libre comercio ya se ha desterrado del primero y cada vez se vuelve más imposible en el segundo". "Nosotros los de las Américas constituímos el tercero. Puede ser que no suscribamos las tendencias prevalentes en los otros dos; pero tenemos que confrontarlos como son en el juego del intercambio internacional".

La segunda premisa es la falsa sustentación del panamericanismo, cuyas consecuencias económicas han sido desastrosas para Hispanoamérica por falta de planificación y por la forma como se han invertido los préstamos y los capitales norteamericanos entre nosotros.

La tercera premisa es la desviación de la política económica norteamericana hacia otras partes del mundo, por una obstinación que le hace desconocer la potencialidad de producción y de consumo en Hispanoamérica y la importancia del comercio que con ella lleva a cabo: en 1948, 6,000 millones de dólares al año; le vende 42% de lo que exporta y le compra 57% de todo lo que importa.

El señor Dávila demuestra la tendencia de las Américas hacia la unidad económica, a pesar de la amarga historia de incomprensiones y de fracasos en materia de estructuración. Contrapone la doctrina Monroe —realista, eficaz, instrumental— al híbrido y endeble panamericanis-

---

1 CARLOS DAVILA, *We, of the Americas*, Ziff & Davis Publishing Co., Chicago y Nueva York, 1949.

mo que en 122 años ha originado 208 conferencias de las cuales una sola —La Habana, 1924, donde se aprobó el Código Sanitario— ha sido suscrita por todas las naciones continentales. Por falta de un sistema de armonía funcional del segundo, el monroísmo se transformó en un expediente del imperialismo norteamericano. La decepción y el justo temor a las inversiones que hipotecan a los débiles, motivaron el silencio hosco que la asamblea panamericana de Bogotá tributó a la oferta del señor Marshall —unos millones más para préstamos—. Todas las tentativas para plantear y resolver el problema económico han parado en "conferencias perdidas".

La obra es particularmente efectiva al analizar la tendencia norteamericana a obtener sus materias primas en los otros continentes; revela sus costos y sus consecuencias en el Oriente, hasta Pearl Harbor. Agudamente sigue la pista a los préstamos norteamericanos en Europa, que en lo que se refiere a producción, están sirviendo para desarrollar en Africa gigantescas explotaciones de casi todo lo que exporta Hispanoamérica, inclusive metales. Esto se debe a que en las naciones iberoamericanas hay cada día más conciencia social y noción de la soberanía, en tanto que en Africa se compra con caramelos a los monarcas de sainete que habilitan a las empresas europeas incontables millares de negros semi-esclavos. El señor Dávila señala este peligro de la competencia africana como uno de los más serios para la producción exportable de nuestros países.

Destruído el mito de que "Europa es el mejor mercado de los EE. UU.", el señor Dávila denuncia la docilidad con que los países iberoamericanos han permitido que se abandonen las soluciones regionales como el Banco Interamericano, para cooperar en las entidades mundiales como el Banco Internacional y el Fondo Monetario Internacional. La falta de capital adecuado, la anarquía en las relaciones comerciales entre las dos Américas, y sobre todo la federación norteamericana y la atomización de la otra parte del continente en muchos países, han determinado nuestro atraso y nuestra miseria. Los mejores capítulos del libro —desde el punto de vista de la diferencia entre las dos culturas— establecen el paralelismo entre las dos Américas a través de los siglos; las cifras que cita el autor para probar que en la actualidad se desarrolla Iberoamérica a un ritmo más rápido que los EE. UU. le permiten calcular la época en que una economía superará a la otra. Entretanto presenta el cuadro del costo de las subsistencias básicas en término de horas-trabajo, y subraya nuestra dramática desventaja.

El libro está lleno de muy penetrantes observaciones sobre la idiosincrasia de unos y otros, y con ecuanimidad señala errores de funciona-

miento interno y ventajas y desventajas de los caminos a seguir. Refiriéndose a la industrialización como método de superación del atraso de los países iberoamericanos, prevé que continuará a paso veloz aun sin la colaboración de los EE.UU., e indica que su mayor riesgo es que la controlen y la posean los menos en detrimento y con exclusión de los más.

Carlos Dávila, breve ex-presidente provisional de Chile, es un reputado economista a quien se considera un excelente conocedor de la realidad continental. Completamente bilingüe, ha escrito este libro en inglés y de una manera obvia, para advertencia y conocimiento del público norteamericano. Su técnica de exposición no es común en esta parte del hemisferio; distribuye las cifras y las sorpresas como un malabarista y los títulos y subtítulos de su estudio son paradójicos a veces, y barrocos casi siempre. El texto tiene una novedad apasionante; se apoya en serias investigaciones, en datos estadísticos, en el conocimiento personal del autor y en una copiosa bibliografía.

La tesis del libro es:

a) *Naciones Unidas* libres de la dominación de las grandes potencias.

b) *Federación mundial* organizada sobre bases "regionales". Y

c) *Nuevo Mundo* económica, política y militarmente integrado, auto-suficiente y auto-protegido de polo a polo.

Como ocurre con casi todos los estudios sobre el panamericanismo en sus formas negativas y sobre todo en sus formas positivas, lo más discutible de la obra son sus conclusiones; nos parece que la exposición general pudo haber llevado a otras con igual validez. Pero en este caso se trata de una posición congruente con la defensa de la integración práctica y realista continental que sustenta el señor Dávila desde hace muchos años con su particular y brillante estilo.

Mario MONTEFORTE TOLEDO.

Aventura del Pensamiento

EL MEXICANO EN SUS CONTACTOS CON EL EXTERIOR

Por *Silvio ZAVALA*

En la construcción del "Mexicano" emprendida no ha mucho en la Facultad de Filosofía y Letras, debiera haber un capítulo de relaciones exteriores.

¿Cómo sería?

México ha tenido vinculaciones con Europa, los Estados Unidos, Hispanoamérica, el Oriente y Africa.

Pero otros pueblos pueden decir esto mismo, y no sería nada característico de México si se expusiera en términos tan generales; más bien se requiere particularizar el género de dichas relaciones.

Comencemos por una afirmación previa. México es un país de contactos difíciles. Ha mantenido relaciones pero no vive en relación. Como veremos, ninguna de sus salidas representa el ejercicio de una actividad normal. Media siempre algún desajuste que no impide finalmente el contacto, aunque sí lo enrarece. Y si, como pretendemos hacerlo, no miramos sólo los hechos sino que nos alzamos a la conciencia de ellos, las huellas de cada esfuerzo de compenetración con el mundo exterior serán más visibles.

I

De los contactos con Africa y el Oriente poco ha quedado. El mexicano de hoy no los tiene en cuenta como presencia viva.

Es indudable que hubo negros en México en la época colonial, de donde provienen rasgos étnicos y culturales que fueron más acusados en unas regiones que en otras. Pero no hay problema negro como en Brasil, Cuba o el sur de los Estados Unidos. El negro es considerado en México como per-

sona y no cual un sujeto agregado a la minoría o raza a que pertenece. Esto se debe, de una parte, a que su presencia no es colectiva, y de otra, a las tradiciones de la sociedad mexicana.

Me ha tocado observar en la ciudad de Monterrey cómo se ensancha la personalidad del turista negro que viene de los Estados Unidos. De una banca en el parque público donde ha podido disfrutar de la sociabilidad con limpiabotas, vendedores y guías, pasa al restaurant donde es atendido con su familia en las mismas condiciones que los demás clientes estadounidenses o mexicanos. Estas penetraciones tímidas, que no vienen seguidas de contratiempos, acaban por infundir la conciencia de una personalidad plena. Y este turista de color, en una distancia territorial moderada como la que media entre el sur de su país y la ciudad norteña de México, descubre al término de su paseo que no ha recorrido simplemente algunas millas de un lado a otro de una frontera, sino que ha entrado momentáneamente en distinto mundo histórico, en extraña comarca de las relaciones humanas. Es su descubrimiento de México a través de una experiencia inmediata que le pone en contacto con un modo de ser social diverso al de su procedencia.

Otro ejemplo de carácter todavía más franco he podido conocer en la ciudad de Guanajuato. Un ingeniero de minas de raza negra al servicio de una compañía extranjera es visto en esa población del interior de México como un profesional situado en una clase económica alta. El color de su piel no posee fuerza suficiente para hacerlo descender de su categoría social ni para rebajar la estimación a su persona, honrosamente tratada con el ceremonioso Don. La hermandad es todavía más franca y fácil cuando el negro proviene de otro país de tradición hispánica; digamos, de Cuba.

Un camino en sentido inverso recorre el mexicano cuando marcha al sur de los Estados Unidos en busca de oportunidades económicas. Los rasgos de raza no europea, la diversidad de costumbres y la pobreza lo introducen en una minoría en la que su personalidad se diluye para ser objeto de una política social de segregación. La víctima se rebela en múltiples formas y sufre las consecuencias de ello, mientras el grupo dominador actúa sin percibir la entraña del problema psicológico del que brota el desacuerdo. Entonces el mexicano constituye un problema social parecido al del negro, no obstante ciertas dife-

rencias entre uno y otro caso, por ejemplo, en cuanto al idioma y la organización en defensa de los derechos minoritarios.

Esta primera salida del mexicano hacia la frontera, si bien no está exenta de dificultades, es favorable en cuanto descubre la posesión de una tradición generosa. Sin haber entre nosotros minorías raciales segregadas del conjunto social, podemos anotarnos una actitud más comprensiva que la existente en otras partes. La valoración de la persona y la posibilidad de su asimilación, así sea lenta y laboriosa, se sobreponen a la singularidad racial. Y aun cuando no deje de haber prejuicios sociales, no son los mismos que amargan a otras naciones. Más vale, en suma, un matiz en la coloración de la piel que una clausura en el espíritu.

En cuanto a los orientales, cabe el recuerdo de la procedencia asiática de los primeros indios de América. Esta vieja emigración es acaso la que induce a los viajeros a descubrir rasgos de aproximación entre el Nuevo Mundo y las razas y culturas de Asia, aunque los siglos transcurridos envuelvan estos orígenes en una atmósfera de vaguedad histórica. La religión, el comercio, los pasajeros y el arte, a través de la vía de Filipinas, crearon otros vínculos en la época colonial. Y en la contemporánea no han faltado emigraciones de trabajadores que han engendrado problemas de asimilación económica y de resistencia del nativo frente al competidor extranjero que altera las situaciones establecidas. Cuando el asiático logra alejarse del grupo de emigración para desenvolverse individualmente, su integración por medio del mestizaje y su ascenso social se facilitan, como ocurre con los hortelanos coreanos y los lavanderos chinos entre los mayas y mestizos de Yucatán. Parece que este problema ha sido más áspero en los estados del noroeste de México, pero no conozco de cerca los términos en que se hallaba planteado.

Los contactos diplomáticos o intelectuales con el Oriente son escasos. La presencia de Rusia actúa por la vía del mundo Atlántico y no por el Pacífico. Hay un leve interés histórico por Filipinas alimentado por la documentación que conservan los archivos mexicanos. En fin, el Oriente se asocia a una impresión de lejanía o exotismo. No hay una conciencia marítima desarrollada por el lado del Pacífico que pueda compararse a la que existe en Chile, a menos que querramos exagerar

la estela que dejan las lanchas de bañistas en la bahía turística de Acapulco.

Una concepción reciente acerca de México y en general de la América hispano-indígena ha querido presentar esta parte del mundo como un puente entre el Occidente y el Oriente. Como antecedente histórico podría recordarse a los misioneros del siglo XVI que auguraban la extinción próxima de los indios y creyeron que la tarea final sería evangelizar la China; idea que se unía a la de la peregrinación del cristianismo de Oriente a Occidente. En nuestros días ha renacido la profecía acerca de la peregrinación de la cultura en la dirección señalada por los textos antiguos, mas la preocupación primordial en torno de estas ideas es política. Se trata de la "alineación" de la América Latina entre los grandes bloques de la política mundial encabezados por las potencias de Occidente y Oriente. No nos hallamos, en consecuencia, ante una inquietud autóctona de Latinoamérica o un tema capital de su historia ideológica.[1]

II

El contacto de México con los países hispanoamericanos ya no es exótico porque media una hermandad que ofrece las más ricas posibilidades comparativas. Sin embargo, el intercambio humano es flojo, a no ser por el alimento bastante regular del exilio, tenue la sustentación económica, escasos los conocimientos reales y recursos de bibliotecas.

La base de la comparación descansa en orígenes históricos que admiten el paralelo. Existe una federación de cultura sin correspondencia política ni económica. Las desigualdades regionales, que no faltan, no son tan pronunciadas como para perder la gana de llevar a término la exploración del conjunto. El cuadro histórico hispanoamericano puede dotar a México de puntos de referencia que le permitan escapar de una condición anormal de aislamiento.

Hay una cronología válida que gira en torno del surco trazado por el descubrimiento del Nuevo Mundo. Cierta simi-

[1] En un inteligente ensayo de E. Espinosa Prieto, *Una desorientación occidental*, México, 1951, que he leído después de haber redactado estas líneas, encuentro un alumbramiento inesperado de la significación del Oriente para América. Prefiero dejar al lector el gusto de leerlo sin tratar de incorporar aquí sus enseñanzas.

litud brota del pasado indio, aunque visto más de cerca presente altibajos tan notables como los que separan a las altas culturas indias de México de las nómadas de la pampa argentina; junto a ello, mezclas variables con gentes de procedencia africana u oriental, según hemos visto. La comunidad de origen hispánico abarca la raigambre étnica, el idioma, la religión, las costumbres, los hábitos mentales.

Existen movimientos históricos sincrónicos de colonización, independencia, eclecticismo ideológico, vaivén político entre la tradición autoritaria colonial y las aspiraciones democráticas, invasión capitalista y progreso material, comercio internacional subordinado a las demandas y ofertas de áreas industriales extranjeras, inquietudes sociales en el campo y la ciudad que responden a la conciencia educativa y económica contemporánea.

En fin, influencias mutuas y relaciones por medio de viajes, libros, películas, música, pensamiento, problemática histórica, corrientes literarias y artísticas.

Este campo de trabajo permite situar al mexicano más allá de su marco histórico nacional, no para desvirtuar o desdibujar su fisonomía, sino para que pueda andar por la historia acompañado o en familia.

La contemplación de apariencias tolerablemente semejantes permite descubrir mejor la propia. El mexicano obtiene una idea más justa de sus puntos de partida, de las circunstancias en que se ha desenvuelto su vida histórica y de sus capacidades creadoras mediante esta inserción en un esquema que le rodea de una sociabilidad normal en reemplazo a la soledad agreste o a la caída en órbitas desmesuradas de comparación.

Y, al mismo tiempo que gana aplomo y conciencia de su función general —que alterna con la de otras naciones prominentes en algún momento o cariz en Hispanoamérica—, descubre sentidos y aspectos que ahondan los resultados de la investigación patria, acercándose sin saltos en el vacío a la dimensión histórica del Continente y, por medio de ella, a la historia universal. Basta citar un ejemplo entre varios de fácil memoria: al consumarse la independencia de México al mismo tiempo que la de las otras colonias españolas, surge un conjunto de naciones a la vida internacional; el hecho mexicano queda enmarcado dentro de la crisis de América, y de lo que ésta representa para la historia del mundo en aquel período.

La hispanoamericana es, en suma, una salida al exterior más bien prometedora que real, impulsada por un anhelo instintivo y no por una planeación sistemática. Sus frutos, por el momento, parecen lejanos y son de índole espiritual antes que práctica; mas el cultivo no parece hallarse expuesto a un corte brusco y puede ser progresivo.[2]

III

En lo que respecta a los Estados Unidos, el punto de partida es una impresión de diferencia racial, lingüística, de modos de cultura. Al mismo tiempo se hace presente una vecindad inescapable, no sólo en el aspecto geográfico, sino también en el humano que abarca tantos matices políticos, comerciales, industriales y de costumbres. Es lo que reconocía no ha mucho un hombre público mexicano al decir: puesto que no nos podemos mudar, es preciso que tratemos de entendernos. Frase que no carece de expresiones equivalentes del lado norteamericano. Entonces la relación aparece como una fatalidad que los dos extremos se ven obligados a tomar en cuenta, ya sea para lamentarla, ya para hacerla mutuamente menos engorrosa o más tolerable.

En los últimos tiempos —gracias al turismo, las comunicaciones y el intercambio económico y técnico mayor— la presencia de los Estados Unidos se advierte en el interior de México y no exclusivamente en la frontera. El país se "apocha". Y ello abarca una doble dirección, la del progreso moderno y desarrollo técnico, y la de pérdida de características propias frente a las ajenas, ya sea que éstas se admiren o se resientan. México deja de ser pintoresco para acercarse al tipo universal de la civilización mecánica de nuestros días. Ello apena a los mexicanos prendados de su tradición, a los europeos que recelan la dominación de México por los Estados Unidos y a los

---

[2] Una meditación reciente sobre "esta inmensa porción del Continente donde más de cien millones de hombres hablan Español", es la de M. Picón Salas, *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana,* Caracas, Cruz del Sur, 1952. Obsérvese que el disperso mundo hispanoamericano se reúne y conoce más fácilmente en centros foráneos (Madrid, París, Washington), que en las ciudades de su propio territorio. Esto va cambiando a medida que crecen las capitales hispanoamericanas, como lo demuestran los ejemplos de Buenos Aires y la ciudad de México.

norteamericanos cansados de su sociedad industrializada que buscan la placidez romántica del país vecino y su colorido folklórico cual un remanso. De otra parte son los mexicanos quienes miran a los Estados Unidos como una salida hacia el nivel de vida moderna que les parece deseable.

La norteamericana es influencia real, en crecimiento; a diferencia de la hispanoamericana antes analizada, que si bien descansa sobre fundamentos históricos o aparece como culturalmente deseable, es débil, a pesar de que aumenta ciertamente el tráfico con Centroamérica y Cuba, y no pocas veces el visitante sudamericano que va a los Estados Unidos conoce de paso el país "azteca".

Entre los Estados Unidos y México media un recuerdo histórico de conflicto territorial que ha pasado a los manuales escolares y que afecta al corazón de la nacionalidad. Menos visible, pero asimismo importante, es la ayuda histórica, aunque no haya sido desinteresada, que los Estados Unidos han prestado a Hispanoamérica para consolidar su autonomía frente a la Europa metropolitana, para orientar su organización política republicana y para robustecer el sentido de una comunidad americana de pueblos que afirma su presencia sobre el suelo del Nuevo Mundo. La llamada "discriminación" en las regiones fronterizas aviva el mal entendimiento y lastima el orgullo del mexicano que no se considera nacido para la servidumbre. La desigualdad en la riqueza y en el desenvolvimiento técnico produce reacciones de molestia ante el vecino omnipotente, con capacidad para la civilización progresista moderna, que unas veces es admirado y otras visto como un peligro creciente. La historia diplomática recoge los incidentes penosos a lo largo del siglo XIX y en el actual. En fin, la imagen que puede acercarse más a esta situación, vista en su conjunto, es la de un rascacielos que se yergue junto a la casa menor vecina, que la resquebraja y amenaza, convirtiendo la vecindad en una constante tarea histórica, en un apuntalamiento penoso del propietario pequeño que no quiere renunciar a su predio, y que aparece siempre en el momento de las reclamaciones como deudor y no como acreedor del vecino poderoso.

Al mismo tiempo existe en los cuadros más inteligentes y sensibles de los mexicanos así como en la psicología popular, la idea de que el norteamericano medio es ingenuo, mal orientado en cuestiones vitales, no cuajado históricamente, poco

penetrante en su comprensión humana. El mexicano culto tiende a situarse frente a él, como suele hacerlo el europeo de semejante rango —y aun ciertos norteamericanos "sofisticados" ante sus compatriotas—, en actitud de hombre refinado que contempla al que carece de cultivo, juzgándolo desde el punto de vista de las relaciones humanas como un recién llegado que no inspira respeto. Se le concede sin dificultad la categoría de un *homo faber* eficaz y hasta superior en buen número de casos; pero se le regatea el carácter de *homo* sin adjetivos, es decir, del hombre pleno y logrado en la tradición humanista de occidente. Y, por este camino, se llega a simplificaciones y caricaturas que descuidan los matices y las diferencias, y se pierde una actitud serena que permita hacer justicia a las posibilidades intelectuales morales y artísticas de los habitantes de los Estados Unidos.

Estos son los aspectos espinosos de esta relación, prominente en los contactos materiales, por ejemplo, la invasión de industrias que ayudan a usar lo que no hemos descubierto ni fabricado y que modernizan o elevan el nivel de vida del pueblo técnicamente menos desarrollado en medio de la querella económica que contrapone la manufactura al suministro de materias primas; pero humanamente difícil, por el peso de los desacuerdos pasados y presentes, y por la falta de armonía y congruencia entre caracteres y cualidades en contraste visible.

Sin embargo, esfuerzos inteligentes de política y cooperación técnica realizados en los últimos años, más las interrogaciones que las guerras mundiales y la crisis económica han llegado a plantear al optimismo nacional de los Estados Unidos, a lo que se une la paz interna y el progreso social y cultural de México en los últimos años, han creado condiciones más favorables para la buena vecindad.

Teóricamente se ha llegado a proponer que las virtudes de unos y otros, si la generosidad mutua permitiera reconocerlas, se complementarían. Esta frontera ideal se distinguiría por la armonía, la cooperación de hombres diversamente dotados, la realización de altas empresas comunes. Y no por el desajuste y la enemistad que han surgido en las fronteras reales anglo-hispanas, que llevan por nombre Puerto Rico, Texas, Nuevo México, Panamá.

La disparidad entre el ideal y la realidad es explicable, ya que las tendencias propicias al entendimiento requerirían

para actuar la remoción de obstáculos que surgen de una y otra parte. Por ejemplo, en lo que respecta a los Estados Unidos, el abuso en el cálculo pragmático, la ignorancia de los cuadros de la preocupación ajena, los movimientos impremeditados, el culto preferente del poder o del interés, la complacencia para juzgar lo propio y su extensión a una actitud tutorial o misionera, el orgullo simple que se funda en las proezas técnicas y que menosprecia las cualidades humanas ajenas. Y en cuanto a Hispanoamérica, el resentimiento del agraviado, la desconfianza del más débil, la ironía que lleva a negar la espiritualidad del estadounidense y no concede interés a una amistad con hombres de distinta constitución íntima o que se mueven por otros impulsos culturales, de donde toma origen ese extremado juicio crítico que propende a olvidar las virtudes constructivas y los rasgos meritorios humanos de los vecinos.

Los Estados Unidos constituyen, por ello, nuestra ventana hacia el exterior más próxima y socorrida, y al propio tiempo la más difícil.

Ahora bien, gracias al conocimiento forzoso que nace de la vecindad —no obstante deficiencias graves en el estudio sistemático de la civilización estadounidense, v. g.: por ser poco intenso el cultivo de la historia del país vecino en nuestras universidades y centros de investigación—, el mexicano se encuentra en aptitud, con el canadiense, pero más a fondo que éste a causa del contraste original, de comprender y expresar una idea del norteamericano que tenga aplicaciones cada día más universales. Ello es así a medida que las influencias y los contactos de los Estados Unidos se generalizan por el mundo, del cual se convierten rápidamente en vecinos como hoy se advierte en Japón y en Alemania.

El más próximo y antiguo colindante se encuentra entonces en aptitud de penetrar a fondo en la caracterización de los Estados Unidos. La experiencia histórica de la vecindad presta a su voz resonancias universales que no tenía cuando el coloso de América carecía de rango mundial.

En otros términos, la historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos adquiere un valor general en cuanto ilumina ciertos aspectos del carácter de este pueblo y ayuda a interpretar su posición en el mundo contemporáneo.[3]

---

[3] Dos obras recientes muestran el esfuerzo que se realiza en los

IV

EUROPA es en el comienzo lo español, mas también lo que a través de España llega del conjunto de la experiencia occidental, campo mucho más vasto de lo que usualmente se piensa.

Es indudable que las preferencias políticas y religiosas de España —históricamente tan discutidas— fueron impuestas o imitadas en la Hispanoamérica colonial. Pero la cultura escolástica no era exclusivamente española; las órdenes religiosas contaron con maestros formados fuera de la península, las bibliotecas recogieron los frutos de la cultura general clásica y católica, los impresores trajeron la tradición tipográfica alemana a través de su ramificación en Sevilla; en suma, el hombre culto colonial tuvo en cuenta ideas e inventos que no eran originarios de la metrópoli.

En el siglo XVIII la modernidad penetró en España e Indias, y el pensamiento católico, en lo que aceptaba y en lo que rechazaba, volvió a tener presente al mundo exterior.

La independencia permitió el desarrollo libre del eclecticismo. Las nuevas naciones —interesadas en apartarse del pasado hispano— se inclinaron a tomar las ideas y las técnicas de variadas fuentes europeas o norteamericanas.

Ahora bien, dada la intimidad que distingue a la vinculación de Hispanoamérica con España, conviene examinarla como capíulo particular dentro del conjunto de las relaciones del Nuevo Mundo con Europa.

Algunas de las observaciones ya hechas con respecto a las relaciones de México con otros países hispanoamericanos podrían ampliarse a la España europea. Mas no es completamente semejante el vínculo de la antigua metrópoli con cualquier país hispanoamericano, que el de éstos entre sí como miembros de una hermandad de cultura en América. Por ser un pueblo situado geográfica y cronológicamente en el Viejo Mundo, con su grandeza mundial y su ocaso, y por su antigua función como centro del imperio y fuente de cultura, España introduce

---

Estados Unidos para comprender su propia civilización y hacerla comprensible a los demás: *Foreign Influences in American Life,* Princeton, N. J., 1944, y *Changing Pattern in American Civilization,* Philadelphia, 1949; ambas por varios autores. Algunos logran una percepción crítica fecunda, otros permanecen en la complacencia ingenua que hace poco atractiva o extraña la lectura de sus escritos por hombres de otras latitudes.

matices diversos del estrictamente hispanoamericano, aunque éste no se conciba históricamente sin aquél, como basta para demostrarlo la más leve reflexión filológica, literaria, histórica o artística.

Acaso la temprana división entre criollos y europeos ha fundado con el paso del tiempo cierta diversidad entre lo hispánico de Europa y lo hispanoamericano. Esa diversidad coexiste con los lazos y los sentimientos de unión que derivan de la comunidad histórica, bien que el pasado común haya servido tanto para fomentar la amistad como para suscitar discrepancias en torno de fenómenos particulares, como se advierte en la historiografía del españolismo y antiespañolismo de la América hispana.[4] Obsérvese, finalmente, que las quejas históricas de los países de América frente a la España europea no son las mismas que las proferidas entre unos y otros países hispanoamericanos vecinos; estas últimas obedecen por lo común a disputas fronterizas.

En ocasiones bajo la forma de un esfuerzo conservador frente al liberalismo en Hispanoamérica, otras veces como un anhelo de preservación de los valores de origen hispánico frente al poderío anglo-sajón en el Continente, existe desde la independencia una escuela histórica con cultivadores en México (Alamán, Pereyra, Esquivel Obregón) que procura revalorizar la obra de España en América. La crítica científica a la leyenda negra se asocia a este esfuerzo de filosofía histórica profesada, pero no son idénticas ambas escuelas. La una y la otra cuentan con prosélitos en los Estados Unidos, lo que no es extraño, pues este país posee territorios colonizados originalmente por los españoles y cultiva la historia hispanoamericana en general. Cierto matiz en el tratamiento histórico del pasado colonial surge en México y otros países de Hispanoamérica: aquel que revaloriza cuanto tenga mérito humano en el período hispánico —aun cuando sea lo opuesto del espíritu conservador— como una manera de conciliar al hispanoamericano con su pasado y de fortalecer sus raíces históricas.

Al margen del problema histórico, en el mundo contemporáneo puede un país como México reconocer su vinculación

---

[4] Sin entrar en la abundante literatura de la leyenda negra, véase a este respecto el incipiente pero bien planteado ensayo de R. Barón Castro, *Españolismo y Antiespañolismo en la América Hispana,* Madrid, 1945, y L. Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanomérica,* México, 1949.

histórica y cultural con la España europea y, al mismo tiempo, por interés en los valores del mundo moderno, buscar las innovaciones de la ciencia o del gusto en otros países de Europa, como Francia, Inglaterra, Alemania; o de América, como los Estados Unidos. En esto procede como se siente impulsada a hacerlo la España europea en sus movimientos eclécticos (recuérdese la admiración española por la cultura alemana), y no es imaginable ya ni en Europa ni en América un apego tan fiel a la tradición que pretenda el sacrificio de esta actitud optativa en beneficio del abolengo hispánico, que sería insuficiente frente a las demandas totales de la complicada vida de una nación moderna.

Añádase, por otra parte, que Hispanoamérica no es tan sólo una España trasplantada al suelo americano, como hemos visto anteriormente, al mencionar los elementos indígenas, africanos y orientales que entran en su composición social, sin olvidar a los inmigrantes de otros pueblos europeos. Estos aspectos, que en los últimos años han ganado prominencia en la concepción de la antropología y la cultura de América (indigenismo mexicano o peruano, africanismo cubano, porteñismo argentino), diferencian la población de una y otra parte, surgiendo situaciones de vida y de cultura que no son comunes.

Por último, la contingencia histórica contemporánea estrecha o afloja, según los casos, los vínculos del pasado. Porque pueden las orientaciones políticas de España y de alguna de las naciones americanas coincidir o discrepar ante valores fundamentales de la vida moderna. Recuerdo a un cubano que fundaba su despego hacia España en que ésta no había sabido dar a su propio pueblo ni libertad ni justicia social. Es más, lo que acerque a España a un país americano que siga tendencias parecidas a ella, puede apartarla de otro de signo distinto. Y lo mismo ocurre, dentro de un país dado, con las preferencias y los repudios de clases sociales o individuos.

La posibilidad de una España moderna, culta, liberal, como la expuesta en la prédica de Rafael Altamira, atraía un interés americano semejante al que suscitaban otras naciones progresistas de Europa; pero la interrupción de ese curso por los acontecimientos últimos marchitó aquella afición.[5]

---

[5] Véase del autor, "El Americanismo de Altamira", en *Cuadernos Americanos,* X, 5 (septiembre-octubre, 1951), 35-49.

La emigración de españoles que siguió a la guerra civil de 1936, bien acogida en ciertos países y sectores de América, perseguida en otros, ha representado un contacto singular dentro de la historia de las relaciones hispanoamericanas. Ha dotado a una generación de españoles de una experiencia directa de América, y ha provocado en las sociedades americanas la convivencia con europeos que se distinguen del emigrante habitual por su mayor cultura, por su sentido liberal de la vida y porque su paso a este continente fué debido a una contingencia ideológica o política y no a una urgencia económica original.

Finalmente, bajo el manto del hispanismo de raíz histórica, la España oficial que triunfó en la guerra civil ha ensayado una serie de proyecciones sobre la América hispana en busca de fuerzas afines o para suscitarlas. Es un movimiento más restringido y pragmático que la causa que le sirve de amparo, y tal vez sólo en la medida en que amplíe sus miras o gane en desinterés inmediato podrá tener repercusiones perdurables en América.

V

VEAMOS ahora cómo la cultura occidental influye sobre América y de qué manera es vista desde ésta.

Sea que se piense en España o en el conjunto de Occidente, la influencia europea aparece conformando hondamente nuestra fisonomía cultural. Para que esa huella aparezca en su alcance amplio, basta recordar el descubrimiento, la conquista, la evangelización, la colonia; el papel de Francia, dos veces madrina, en el alumbramiento ideológico de la independencia y en la reforma —liberal y positivista— a la estructura conservadora; la emigración de hombres, capitales y técnicas en el período nacional, las escuelas intelectuales y artísticas. Aun la influencia cultural de los Estados Unidos es a veces reflejo de la europea original; por ejemplo, en el estudio arqueológico del pasado indígena.

Europa es el agente interno de un desarrollo trasplantado y al mismo tiempo una construcción venerable que suele cobrar particular sentido cuando se piensa en una empresa humana seria o en un logro de cultura perdurable.

Sin embargo, la actitud del hombre americano frente a Europa no ha sido siempre imitativa o de admiración. A veces proclama su apartamiento del mundo antiguo, censura el espíritu occidental de dominación, afirma la caducidad de Europa, exalta un nativismo que aspira a crear una civilización independiente y libre de cualquier culpable rezago de colonialismo mental. En parte el europeo participa de esta opinión cuando descubre un ritmo distinto entre las ciudades viejas de Europa y las nuevas de América que cambian cada diez años de piel, como si acá estuvieran la juventud, la vida y el progreso, y allá la vejez y la parálisis. Otras veces coexiste en el americano el reconocimiento vital de los valores y hallazgos occidentales con el rechazo oratorio de ellos y la proclamación de ese anhelo de crear un mundo original y distinto. De hecho, el europeo que visita América descubre en ella las huellas occidentales, pero también siente la diversidad del marco natural, de las experiencias sociales, de las instituciones políticas, del cuadro de la cultura. Cabe pensar, de otra parte, en lo que América ha dado a Europa y cómo ha contribuído a modificar la vida del Viejo Mundo. En ello se incluyen lo mismo los tesoros de oro y plata de la época colonial y los productos ultramarinos (papa, tabaco, maíz) que las nuevas ideas geográficas o el exotismo literario. La preeminencia del influjo europeo sobre América hizo olvidar que se trataba de un proceso en doble sentido; mas también lo americano queda comprendido y asimilado por Europa y se convierte en factor universal.

Europa alaba en ocasiones al mundo americano por su novedad o por su juventud promisoria; en otras, lo mide con impaciencia desde la torre alta de su secular cultura, y lo encuentra fuera de la historia, colonial o secundario. Esta perspectiva sufre variaciones temporales: la sensación de extrañeza ante la novedad predomina en el siglo XVI, a diferencia de la actitud crítica del XVIII que lleva a las polémicas acerca de la naturaleza, las especies animales y los hombres del Nuevo Mundo.

Periódicamente, bibliógrafos pacientes o ensayistas ligeros intentan la comparación cultural euro-americana. Eguiara a principios del siglo XVIII, Beristáin un siglo más tarde, forman catálogos de hombres y obras para justificar la realidad de la cultura americana y para presentarla con prudencia a la "vieja y sabia Europa", a fin de que ésta abandone la idea de que en América no existe el cultivo del espíritu. Más tarde, las nega-

ciones súbitas que parten de Europa o las afirmaciones agresivas de América quedan como huellas de la preocupación ponderativa que suele tomar el cariz de un certamen desigual o justa de capacidades.

La comparación es difícil a causa de la diferencia entre los puntos de partida y los términos de referencia. Son dos ritmos distintos a pesar de haber entre ellos influencias recíprocas y un tronco secular común. Porque la novedad de la vida en América no es tanta que aparte al emigrante europeo de las raíces de su tradición, sino que éste las acarrea consigo, de donde imprenta, universidad, religión, política, inventos materiales, toman impulso en el Nuevo Mundo. Este, a su vez, ofrece la experiencia secular india o acepta la africana. La novedad no radica propiamente en el hombre o en la civilización del continente americano, sino en que la vida se desenvuelve en otro cuadro natural, en sociedad distinta y en nuevo crucero de influencias y creaciones de cultura. Lo propiamente americano consiste en el descubrimiento y circulación de los valores indígenas, en la adaptación de los europeos al medio extraño, en la solución de problemas de frontera que ofrecen matices propios. De ahí una tarea dual en que la tradición y la novedad desempeñan papeles paralelos. La juventud de América es, por lo tanto, relativa. El hombre europeo del siglo XVI que emigra es culturalmente viejo, y los indios y los negros lo son asimismo a su manera. Hasta puede ocurrir que la vida colonial sea "arcaica" o regresiva con respecto al ritmo coetáneo de la metrópoli europea. La novedad, sin embargo, existe en cuanto a las tareas de adaptación y resolución de las situaciones peculiares que se presentan. Es más, el matiz colonial no impide el surgimiento de estilos y gustos propios, lo que impide confundir a Puebla con Sevilla. Más bien se da la gracia de la creación múltiple. De suerte que por el camino de la peculiaridad de la problemática histórica americana, que es diferente e irreductible a la situación de la metrópoli, actúa lo europeo como elemento de creación y de tratamiento de esta realidad, y lo colonial alcanza por este camino la independencia creadora y la personalidad en sí misma atractiva y valiosa. Este hallazgo del germen de la creación independiente dentro del marco colonial subordinado a Europa es más difícil que el reconocimiento obvio del exotismo americano indígena o negro; pero corresponde a la situación mestiza en que se desarrolla

la cultura americana una vez que la separación indo-europea concluye por el descubrimiento.

Es de observar que la relación entre el Viejo y el Nuevo Mundo presenta matices diferentes según se vea desde los Estados Unidos o de otro país de América. En principio se trata de un problema entre continentes y no peculiar de una sola nación americana. Hasta ocurre que frente al desafío cultural europeo se tienda a una curiosa generalización de los valores americanos para echar en el peso de la balanza tan pronto un santo peruano, como una poetisa mexicana o un inventor estadounidense. Se llega a un sentido general del Nuevo Mundo que olvida o relega a segundo término las diferencias internas para ponderar los triunfos dondequiera que surjan, pues resulta evidente que la comparación de las naciones singulares de América con la tradición cultural europea resulta tan abrumadora, que no puede dar lugar sino a conclusiones desorbitadas, desplantes ligeros y otras manifestaciones psíquicas que alejan de la esencia del problema. Más atinado es el planteamiento en términos de historia de continentes y aun de historia universal, teniendo en cuenta el papel que la expansión del Occidente representa dentro de ésta.

Ahora bien, esta amplitud no borra naturalmente los matices peculiares según la región de América de que se trate. He frecuentado en los últimos tiempos la ruta México, Estados Unidos, Europa, en viajes rápidos que permiten yuxtaponer las imágenes y calar el sentido de sus diferencias. El paso por el norte americano se asocia a impresiones de activismo, expansión y eficacia técnica. Europa ofrece conservación, acendramiento, un exterior de vejez que encierra una interioridad humana todavía rica. México brinda su nativismo, sus tendencias inacabadas y prometedoras. Se le ve próximo a la fase nueva y moderna del mundo por su vecindad con los Estados Unidos, pero poseído de una concepción indo-europea de la vida que le acerca más a Europa que a su vecino inmediato. Es una clara sensación de tercer término que satisfaría a nuestro nacionalismo si para afirmar el ser propio bastara con saberlo diferente. Mas es la creación de valores típicos y al mismo tiempo generales la clave que decide la posición de las culturas en la historia. Ellos se logran en la intimidad nacional, pero deben tener una significación humana más amplia —cualquiera que sea

el momento o la coyuntura en que así se descubra— si han de conservarse en el recuerdo de la historia del mundo.

Este planteamiento exigente obliga a echar mano de todo: la escultura y las invenciones indígenas, la arquitectura colonial, la pintura moderna, el mestizaje y la aculturación creadora; en fin, aquello que en nosotros parezca valioso e interesante asimismo para los demás.

En este sentido Europa es desafío, carga y preocupación, pero al mismo tiempo un instrumento que invita al refinamiento y la universalización de los valores propios.

La dificultad radica en el reconocimiento modesto de estos hechos, y a la vez en conservar el optimismo creador de la obra americana que conforma el mundo propio, tarea esta última que no realiza Europa y que se presenta ante nosotros orientada hacia perspectivas vastas y originales.

Así como veíamos que frente a lo europeo se forma un espíritu general americano que engloba los valores de cualquier parte del Nuevo Mundo, pensemos también que Europa, al invitar a la universalidad, sitúa la dualidad de los Estados Unidos y México en un marco humano más amplio. Lo estadounidense adquiere otra proporción cuando aparece acompañado de las aportaciones europeas. No se trata solamente de una posibilidad política o económica de mayor equilibrio porque la fuerza de Europa modere y temple la de los Estados Unidos cuando opera sobre Hispanoamérica, sino de que la diversidad económica, técnica y cultural que se advierte en la frontera norte de México sea menos aplastante cuando el cuadro se enriquece con las siluetas de los países viejos de Europa que reparten las actividades de la vida según otras proporciones. Merced a este enriquecimiento cosmopolita de los horizontes comparativos, el mexicano descubre y afirma sus intuiciones frente al género de la vida estadounidense, gana en seguridad y asocia su propio juicio al de los pueblos que en otro momento han guiado el curso de la historia universal. Al situarse como observador de las relaciones peculiares del hombre de los Estados Unidos con el del Viejo Mundo, se da cuenta de que en esa comunidad general su caso es distinto y que sus vertientes occidentales corren con más facilidad en muchos aspectos que las del vecino. No necesita copiar con anacronismo el arte gótico, sino insertar en el cuadro universal el recibido en el momento histórico del descubrimiento. No

encuentra extraña la sensación de una cultura vieja quien trae sus orígenes de la ancestral civilización indígena o africana injertada en el tronco de los europeos que emigraron desde fines del siglo XV o principios del XVI, como se ve en Santo Domingo o en México. Ni tiene que sufrir las crisis de la ruptura desdeñosa o de la entrega frenética al mundo antiguo quien no lo descubre desde la frontera recién domeñada, sino desde un marco urbano de raigambre secular. Entonces la tarea es más sencilla; es de emparejamiento, de ajuste, de entonación.

Por eso a quienes se regocijan con la idea de que Europa está acabada, y de que es mejor que así sea para que lo de acá luzca y funcione con más brillo, cabe oponerles la visión universal que descansa sobre la conciencia tranquila de las diferencias entre continentes y la dedicación profunda a las tareas del espíritu bajo la confianza en las posibilidades creadoras de todos los hombres y pueblos. Es la herencia humanista a la que debemos ser fieles, no a un nacionalismo engañoso que se resolviera en clausura interna o en fuga de lo universal.

Aceptemos lo europeo como marca y contribución humana, ya sea histórica, ya actual, con el mismo sentido deportivo con que los atletas de todas partes marchan a las olimpíadas mundiales. Y en el caso de un hundimiento próximo de Europa, no olvidemos a quienes miran a Hispanoamérica como una esperanza —así sea prematura— de salvar la herencia de ese espíritu humanista en cuanto nos es afín.[6] Entonces nuestro papel en el Nuevo Mundo será más difícil pero también de mayor importancia para el destino de la cultura universal.

Sin conciencia aguda del exterior, mirando a su trama interna, México descubre la variedad de los contactos que ha entablado al correr de su historia, y al captar la flexibilidad y la fuerza del proceso de amalgama que le ha hecho posible, puede cobrar fe en sus relaciones plurilaterales, situarse apropiadamente en el mundo y precisar los contornos de su posición en el futuro.

---

[6] Es el mensaje de un europeo que conoce bien esta otra parte del mundo: P. Rivet, "Sur l'Amérique Latine. Propos d'un Ami", en *Annales. Economies. Sociétés. Civilizations,* París, oct-dic., 1948, p. 400, "si, par malheur, la vieille Europe venait à sombrer, son héritage de culture, d'humanisme, de libre critique et de libre création trouverait en Amérique Latine des dépositaires dignes de le préserver et de le faire fructifier".

LEONARDO Y LA FILOSOFIA DEL RENACIMIENTO

Por *Francisco ROMERO*

HAY tres nombres que ostentan en la historia del espíritu un magnífico prestigio y que se asocian para componer una constelación de brillo incomparable: Renacimiento, Italia, Leonardo. Si pensamos en el Renacimiento, no podemos dejar de pensar en el país donde floreció en manera más completa y cabal; si recordamos la Italia renacentista, la primera gran figura que casi involuntariamente evocamos, como su encarnación más perfecta, es la del varón extraordinario que conmemoramos ahora, al cumplirse el quinto centenario de su nacimiento.

Estos tres nombres ilustres se nos presentan con una aureola de entusiasmo, de fuerza, de juventud. Una juventud que, paradójicamente, arraiga y triunfa sobre signos, apariencias o condiciones de senilidad. El Renacimiento pretendía restaurar la vida, el pensamiento y el arte de la Antigüedad, es decir, las formas y los valores de una edad remota; y, sin embargo, fué un movimiento juvenil. La Italia del Renacimiento era aquella Italia sobre la que había pesado en otros tiempos la más grave faena histórica, la de conquistar y organizar jurídicamente una gran porción del Planeta, y hubiera podido —como Grecia, por ejemplo— quedar aplastada por su tradición, sobrevivirse apenas, agotada y decrépita; pero, muy lejos de eso, resurge en el Renacimiento niña o adolescente, con sus potencias vírgenes, rebosante de vitalidad y de gracia. Y el Leonardo cuya gloria celebramos y que se nos ofrece como símbolo de inmarcesible juventud, no es el mozo en la flor de su edad, sino el hombre maduro y aun anciano, pletórico de fuerzas creadoras, nuevo a cada instante e introduciendo sin descanso novedades en el mundo. Sobre el Renacimiento, con sus propósitos restauradores o retrospectivos; sobre la Italia del laborioso pasado y la tradición multisecular; sobre el Leonardo cargado de años y de afanes, el

destino puso esa estrella de la juventud que es el signo acaso más patente e inequívoco de elección y de triunfo.

Por lo que toca al Renacimiento, en pocas coyunturas se ha sentido la humanidad más fresca y juvenil. Cierto que se puso, como su gran tarea, la de revivir en sí la Antigüedad y asimilarse sus logros y contenidos más insignes. Pero, de hecho, los propósitos arcaizantes, indudables en muchos de sus hombres más representativos, el empeño en repetir los esquemas de vida y de pensamiento vigentes en los grandes siglos de Grecia y Roma, no era sino una de las dimensiones de la época, y aun se conjugaba bien con su tendencia más amplia y general, que era la de renovar la vida del hombre en todos sus aspectos y direcciones, la de instaurar el reinado del hombre sobre la tierra. El hombre renacentista, después de la larga cerrazón medieval, aspiraba a todo lo que hasta entonces le había sido prohibido, a todas las libertades del alma y del cuerpo, así a las lícitas como a las ilícitas, así a las que desembocaban en el libertinaje y aun en el crimen, como a las que habrían de ir configurando, a lo largo de una lucha de varios siglos, la rica y compleja existencia moderna, los más puros y nobles caracteres del mundo nuevo. El espíritu de creación y el espíritu de libertad —que es casi decir, simplemente, el espíritu— tuvieron su ocasión privilegiada en ese lapso, y, como escenario por excelencia, el suelo de Italia.

Fué una época de hallazgos sorprendentes. La inteligencia, la energía física, la convicción de que todo lo existente debería ser conocido y utilizado por el hombre, promovieron grandes empresas de colonización de la realidad, en impulsos que rompían todas las barreras y pasaban por encima de todos los obstáculos tradicionales. Esa colonización apuntaba a todos los rumbos de la acción y de la cultura, movilizaba todas las posibilidades humanas. Era anhelo fervoroso de saber, busca de nuevas formas en las artes, reconocimiento efectivo de la superficie terrestre, apasionado trajín político y conatos de reforma social. El hacer era muy importante sin duda; pero acaso parecía más considerable y urgente el descubrir. El Renacimiento es la edad descubridora e inventora. Descubre el universo, los espacios infinitos que se extienden inconmensurablemente más allá de los límites establecidos por la cosmología de los antiguos; se funda así un nuevo sistema del mundo, el copernicano, que no sólo abre insospechables perspectivas cósmicas, sino que

obliga a revisar todo lo que se creía sobre la naturaleza y el hombre. Descubre la imprenta, que da alas al pensamiento y rompe la esclavitud de la transmisión oral. Descubre la tierra como habitáculo humano que debe ser explorado y aprovechado, e inicia la nueva ciencia de la naturaleza, que hallará su camino seguro con Galileo, como un saber conjuntamente racional y experimental, capaz de dar satisfacción a la inteligencia y de posibilitar innumerables aplicaciones prácticas. Muchas cosas descubre el Renacimiento, y todos estos descubrimientos se cifran y confluyen en el descubrimiento del hombre, de su dignidad intrínseca y de su poder; en un designio de acción humana intensa y libre, fecunda e ilimitada, que dará el tono en adelante a todo el Occidente, persuadido de que la cultura y la historia son procesos encaminados a la dicha de la humanidad y al triunfo del espíritu.

El interés apasionado por la Antigüedad ocupa mucho sitio en las preocupaciones de la época. La negación de la Edad Media, la firme resolución de dejarla definitivamente atrás, no podían hallar su fórmula en el plan de una espiritualidad nueva, todavía inexistente en cuanto sistema definido de vida y de pensamiento. Se recurría a la Antigüedad clásica no sólo en busca de modelos y de inspiraciones, sino también en la intención de reanudar una línea de alta y libre cultura que se suponía lamentablemente interrumpida durante el período medieval, en la de revivir en lo posible un pasado embellecido por la ilusión y la lejanía. Puesto aparte todo lo que hubiera de exceso y de autoengaño en estos ensueños de resucitar un pasado irrevocablemente fenecido, la proyección amorosa hacia los siglos clásicos estaba muy en su lugar dentro del cuadro general de los anhelos renacentistas. Era aquella, como se dijo, una época descubridora en todos los sentidos imaginables, y resulta bien comprensible que uno de sus descubrimientos máximos fuera el del pasado, el de aquel pasado que se le manifestaba con una singular evidencia y un prestigio sin paralelo, vivo y palpitante en los recuerdos insignes, en las realizaciones eminentes del pensamiento y de las artes, en los sucesos políticos de notable resonancia y en personalidades de extraordinario relieve cívico y moral, muchas de las cuales, en aquellos tiempos deslumbrados por toda grandeza, adquirían un sentido de ejemplo y paradigma, pero ya en el seno del naciente movimiento renacentista el culto de la Antigüedad provocaba tensiones encontradas, por-

que la adhesión reverente a ese pasado, profesada por muchos, suscitaba la resistencia y aun la franca oposición de otros, más atentos a escudriñar los nuevos horizontes que se vislumbraban hacia adelante, que a complacerse en las glorias pasadas y procurar remedarlas.

Leonardo se inserta en la fase inaugural del Renacimiento; tiene oportunidad, por lo mismo, de darle tanto por lo menos como recibe de él. Llegaba a la madurez cuando se descubrió América y Vasco de Gama reconoció la costa africana, en la épica expedición inmortalizada por Camoens. Aunque siempre sea mero artificio cómodo la elección de una fecha precisa para señalar con ella el comienzo de una época histórica, el caso es que los historiadores suelen tomar el año 1453, que es el de la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos, como principio de la era moderna, y no lo habrán hecho sin razones valederas. Leonardo nació un año antes de este resonante acontecimiento, en 1452, que es como decir que nace al mismo tiempo que el mundo moderno. Conviene tener en cuenta su temprana implantación en la escena renacentista, para apreciar con justicia el sentido y el valor de sus aportes, y su papel de adelantado y aun de precursor de muchas cosas. Las grandes figuras que en la filosofía y en la ciencia personifican el Renacimiento son todas posteriores a Leonardo; algunas de las mayores guardan con él un intervalo de cien años o más. A la distancia aproximadamente de un siglo lo siguen Giordano Bruno, Campanella, Galileo, Copérnico, Kepler, Francisco Sánchez, Montaigne, hombres que en gran medida dieron perfil y consistencia al pensamiento de la época y desarrollaron su peculiar ideología. Es importante retener que cuando muere Leonardo, ninguno de estos renacentistas típicos y por excelencia que acabo de nombrar —salvo uno solo, Copérnico— había nacido. Los coetáneos de Leonardo no fueron los renacentistas maduros que expresaron en el lenguaje de las ideas el espíritu de la nueva época, sino algunos humanistas y platonizantes, como Marsilio Ficino y Pico de la Mirandola. Algo anterior a él es Nicolás de Cusa, preanunciador del Renacimiento más que rigurosamente renacentista, filósofo en el que ciertos temas propios del pensamiento nuevo aparecen mezclados con otros de marcado cariz medieval, y un poco posterior, Paracelso, el extraño médico aventurero, alquimista y filósofo, quien, entre fantásticas lucubraciones muy propias de aquellos siglos, formuló atinadas con-

jeturas científicas y realizó más de un importante descubrimiento en el campo de la química y de la medicina. El balance de toda esta compulsa de fechas nos muestra que Leonardo aparece cuando el cuerpo de ideas que se suele atribuir al Renacimiento dista mucho de haberse constituído.

El único gran pensador de la época anterior a Leonardo es, pues, el Cardenal Nicolás de Cusa, quien le precede en medio siglo. Pero el Cusano, como he dicho, no es un renacentista típico, sino más bien uno de los antecedentes inmediatos, uno de los precursores del Renacimiento. Con mucho de medieval, por su gusto por la especulación abstracta de sabor escolástico y sus preferencias por los temas teológicos, avanza resueltamente hacia los tiempos nuevos de maneras diversas. El neoplatonismo que profesa se flexibiliza y aun se quiebra en él, se encamina en la dirección del naturalismo y del humanismo. Su doctrina de la "docta ignorancia' es, a su modo, un aporte a la nueva metodología, y su insistencia en la noción de infinitud, que significa un alejamiento tanto del finitismo griego como del intelectualismo medieval, se concierta bien con tendencias que triunfarán en el Renacimiento. El viejo tema del microcosmos —caro a Leonardo— halla en él uno de los vehículos que lo transportarán a la ideología de la época, donde ocupa tanto lugar. Aparece en él un ansia de religiosidad nueva y libre, cuyas posibilidades revolucionarias no advirtieron sus contemporáneos, pero que vino a descubrir su sentido histórico más tarde, cuando estalló la Reforma. Varios otros fundamentales temas renacentistas reconocen en él sus orígenes, como el de la unidad de los contrarios y el de la dignidad del hombre, y aun va más allá de sus inmediatos sucesores con su tesis de que la naturaleza es el conjunto de las cosas producidas merced al movimiento. Y en todo él alienta un poderoso soplo de renovación, de regeneración, de vuelta a la ingenuidad natural, de valoración de la espontaneidad; el saber está, en potencia, en todos los hombres, y la verdad —dice— grita en las plazas. Con un hombre así bien podía coincidir Leonardo, que fué ante todo una gran fuerza innovadora y renovadora.

El parentesco de Leonardo con el Cusano se ha señalado más de una vez; quede omitida aquí, por impropia de la oportunidad, la cuestión de cuál es la parte que corresponde al débito estricto y cuál aquella otra, mucha mayor sin duda, en que se trata de mera coincidencia y concordancia en temas y propen-

siones que iban constituyendo la atmósfera intelectual y pasional de un período a cuya fase inicial pertenecen ambos. Diferencia capital, los intereses mundanos preponderaban en Leonardo, y aunque no escaseen en él las indicaciones que atestiguan una íntima religiosidad —como no escasearon en Goethe, con quien guarda tantos puntos de similitud— él también hubiera podido decir, como dijo Goethe alguna vez: "Yo soy un hombre muy terreno".

Notables investigadores del problema coinciden en buscar en el Cusano una de las fuentes del pensamiento de Leonardo. En los memorables estudios de Duhem se establece que fueron muchos los temas que del primero pasaron al segundo, y Cassirer, al adherir a ese parecer, cree poder indicar el fundamento último de esta relación histórica. "Si Leonardo —escribe Cassirer— proviene del Cusano, si en muchos problemas recoge por decirlo así, su herencia, esto pudo ocurrir porque se hallaba de acuerdo con él *en lo que concierne al método.* El Cusano era para él, no tanto el representante de un nuevo sistema filosófico, como el representante de una nueva dirección y de un nuevo método de investigación. Y así se puede también comprender cómo la relación que vino a establecerse sobrepasó los límites de lo puramente individual. El Cusano llega a ser en cierto modo el exponente de aquel mundo que, en la Italia del siglo XV, al lado de la cultura escolástica, que marchaba a su ocaso, y de la naciente cultura humanística, organizaba una tercera forma, específicamente moderna, de saber y de *voluntad de conocer.* No se trata aquí de fijar y concebir científicamente un determinado contenido religioso, no se trataba de tornar a la gran tradición antigua y de buscar en ella la renovación de la humanidad, sino que más bien se partía de faenas concretas, técnicas y artísticas, mediante las cuales se iba en demanda de una *teoría*".

El interés científico, el artístico y el filosófico componen en Leonardo una compacta unidad. Nuestra civilización de hoy, madura y dueña de una vasta experiencia, con todos los quehaceres perfectamente definidos y encasillados, y cada uno de ellos provisto de su régimen propio y bien asentado y de un código firme de prescripciones metódicas, difícilmente puede engendrar un hombre como Leonardo; digamos más precisamente que ello resultaría imposible. El único personaje genial que se le pueda equiparar en universalidad, en fechas próximas

a las nuestras, es Goethe. La comparación puntual entre ambos sería sobremanera interesante e instructiva, pero no resulta oportuno emprenderla aquí, salvo muy levemente y sólo en algunos respectos. Goethe fué ante todo un artista, un poeta; sus curiosidades filosóficas nunca pretendieron desembocar en la creación personal, y él mismo reconoció sus limitaciones en este terreno y aun voluntariamente se las impuso; sus afanes científicos, aunque lleven la impronta de la genialidad, nunca aspiraron tampoco a concretarse en una actividad regular que equilibrase en magnitud e intensidad la formidable faena literaria en la que reside su mayor mérito y de la que proviene su renombre. Los cauces de la acción espiritual, ya muy diversificados en su época, no hubieran permitido a nadie llevar de frente entonces una actividad paralela y de iguales niveles en lo artístico, lo científico y lo filosófico. Comparada con esta cultura adulta y escindida en ramas bien diferenciadas, la del Renacimiento inicial era una masa indivisa, una confusión de aspiraciones y gérmenes; podemos decir que nuestra cultura es como un sistema solar, y aquélla era como la nebulosa originaria. Leonardo surge en el instante en que la cultura europea, al renunciar a los métodos y los contenidos de la Edad Media, procura reemplazarlos y asume la obligación de sentar bases nuevas. Casi por entero en la filosofía, en la ciencia, en las artes, en la vida, el mundo nuevo exige una cultura nueva. Casi todo está por hacer, y ni siquiera están muy claras las orientaciones según las cuales habrá de proyectarse la acción renovadora o re-creadora. La Epoca Moderna, recién nacida en los días de Leonardo, busca; Leonardo es ante todo un ser que busca, una mente poderosa e insaciable tendida hacia la novedad, hacia la averiguación, hacia la invención. La universalidad de Goethe es la de un excelso espíritu, rebosante de energías y de capacidades, que, al lado de su esencial ocupación poética, ejerce otras altas funciones intelectuales y en todas pone un destello de la luz de su alma. La universalidad de Leonardo reside en la contraseña, común a todos sus empeños, de la búsqueda osada y tenaz, del avance por los nuevos caminos descubiertos o entrevistos. Su misma obra de artista lleva ese sello y entra así a integrar armoniosamente la unidad de su esfuerzo y de su vida, que fueron una cosa sola, porque en él son inseparables los ensueños de la fantasía, la meditación de la inteligencia y la labor de las manos. Si recorremos su biografía y la serie de sus empresas, sorprende

la cantidad de sus tentativas truncas, de sus fracasos: la gran pintura mural de la batalla de Anghiari, las monumentales estatuas ecuestres de Francesco Sforza y de Gian Giácomo Trivulzio y otras obras proyectadas o emprendidas y nunca terminadas; la máquina para volar, que fué su obsesión durante gran parte de su existencia y a la que consagró tantos estudios y esfuerzos, y que no voló jamás; innumerables obras de arquitectura y artificios de ingeniería civil y militar, que imaginó con fertilísima inventiva, y quedaron en el planteo, en la realización inconclusa o en la anticipación genial. Para estimar con justicia la significación y el papel de Leonardo, para aquilatar su gloria, creo yo que hay que tomar también en consideración la cantidad y la dimensión de sus fracasos, que una admiración corta de vista suele escamotear más o menos conscientemente, como faltas que pueden y deben ser olvidadas. Poco valdría la humanidad, poco camino habría hecho la civilización, sin la generosa prodigalidad de los mejores, que nunca se atienen al cómputo prudente y un poco mísero del resultado seguro y del éxito descontado de antemano. Toda siembra espiritual afronta una importante proporción de fracaso previsible, y es como la del labrador, que se cumple a pesar de la posibilidad de la sequía y del granizo, y que entierra en el surco muchos granos que no han de fructificar. En el primer tramo del Renacimiento, que fué su tiempo, apenas si se sabía que habían de intentarse caminos nuevos, apenas columbraba el sentido del avance. Leonardo era un auténtico buscador, un audaz, un inventor. Muchos eminentes logros hemos de anotar sin duda en su haber, un riquísimo legado de realizaciones y de experiencias. Pero la cuenta no estaría completa sin estipular la parte de la frustración, ocasionada muchas veces porque los recursos materiales no estaban a la altura de sus propósitos o porque la situación le fué desfavorable. En su conjunto, su tiempo era así, y no debe olvidarse que la mayor hazaña geográfica de la época, el descubrimiento de América, fué en realidad el fracaso del intento de llegar a las Indias orientales por un derrotero inusitado. El Renacimiento era el amanecer de un mundo nuevo; se trabajaba en una gran construcción cuyo plano se poseía por adelantado y que sólo se fué diseñando a medida que se ponían los cimientos y se levantaban los primeros pilares del edificio. Fué en suma el Renacimiento una gran aventura, y sus varones más insignes y representativos, los que soportaron sobre los hombros la tarea y la

responsabilidad de fundar la cultura y la vida modernas, llevaron todos marcado en la frente el signo de la aventura y fueron aventureros notorios, destinados muchas veces al fracaso que suele acompañar a la aventura, que en unas ocasiones fué el fracaso de la obra o de las ideas, y en otras el de la propia existencia, desconcertada y peregrina, consumida en las prisiones o quebrada en el suplicio. Sobre todo, en esta sazón inicial que fué la de Leonardo, ni siquiera la gran aventura renacentista estaba organizada y constituída, como lo estuvo más tarde, en tiempos de Bruno, de Montaigne, de Sánchez, de Campanella; era, pues, la ocasión de la aventura radical, de la aventura hacia la aventura, del buscar el camino hacia el camino, de los tanteos a oscuras, de las osadas adivinaciones. En circunstancias tales, acertar era mérito extraordinario, pero errar era en muchos casos un honor.

Para merecer con absoluto derecho el título de filósofo, le faltó a Leonardo la consagración plena a la especulación y la proyección metódica y sistemática hacia el orden de problemas que, según el habitual consenso, componen la trama de la filosofía. Más bien que filósofo fué un espíritu dotado de gran sentido filosófico, que meditó incansablemente sobre el arte, la ciencia y la vida; que convirtió en problema todo aquello sobre lo cual se detuvo su atención. Mucha sustancia filosófica hay en sus anotaciones dispersas y en algunos pasajes de su libro sobre la pintura, y, en general, su postura es muchas veces la del filósofo, sin que nunca llegue a organizar en un conjunto doctrinal sus ideas ni a afrontar a fondo la consideración de las cuestiones últimas. De aquí que unas veces se lo incluya en las grandes historias de la filosofía y otras se lo omita, sin que ni la una ni la otra de estas dos actitudes deje de tener motivos a su favor. Lo que parece indiscutible es que, en una concepción amplia de lo filosófico, si extendemos el área del interés y, más allá de la rigurosa filosofía, nos importa el cuadro total del pensamiento de su época en cuanto reflexión profunda y veraz sobre las cosas, el nombre de Leonardo no puede estar ausente, y aun se le deba atribuir una notable significación. Mucho tiene que ver con esto una circunstancia especial. Sus preocupaciones científicas, extraordinarias por la intensidad y la amplitud, en aquel momento histórico en que se redescubría el universo natural y se pugnaba por encontrar los recursos para su mejor conocimiento, forzosamente debían adquirir un sentido

filosófico, porque toda la naturaleza se ofrecía como un gran problema global, y no, como para el científico posterior, en los términos de una serie de problemas particulares y perfectamente delimitados. Su ansia de conocimiento, verdaderamente fabulosa, asumió así una generalidad que confina con la filosofía y en muchas ocasiones penetra en ella. Ante esta naturaleza como problema total, la cuestión del conocimiento, las vías de la indagación, eran otro problema planteado por la situación de los tiempos, por la reconocida inanidad de los métodos medievales y por la inquietante presencia de ese complejo natural ante el cual sentía el hombre una curiosidad infinita, una admiración reverente y hasta un conmovido terror. La naturaleza se le presentaba entonces al hombre con nuevos prestigios y rebosante de enigmas, y no valían ya para comprenderla e interpretarla los caducos esquemas anteriores, respaldados por el dogma y por la autoridad de Aristóteles. Ante esa realidad enorme, contemplada con los ojos frescos del naciente hombre moderno, estaba la inteligencia sola, que debía empezar por forjarse sus instrumentos y que acometía valerosamente la ímproba labor que había de abarcar los grandes siglos modernos.

No faltan en el pensamiento de Leonardo ideas que puedan referirse a la Edad Media; las había en sus más esclarecidos coetáneos y extendieron algunas de ellas su vigencia a los siglos posteriores. Algunas de esas ideas, como la concepción del hombre como un pequeño universo, un microcosmos que se corresponde con el universo total, con el macrocosmos, no eran propiamente medievales, pues venían de la Antigüedad más remota. El Renacimiento mostró especial predilección por esta interpretación del hombre, que se encuentra en grandes pensadores de la época. Leonardo adhiere a ella, consciente de su vetustez. "Los antiguos —escribe— llamaron al hombre un mundo menor, denominación justa porque se halla compuesto de tierra, de agua, de aire y de fuego como el cuerpo terrestre, y se le asemeja. Si el hombre tiene sus huesos para servir de armadura y sostener la carne, el mundo tiene sus rocas que sostienen su tierra. . .", etc. Siguen otras comparaciones por el estilo entre el cuerpo humano y el globo terrestre, pero anotando que el mundo carece de nervios y que esto lo diferencia del individuo humano, indicación que acredita su reserva crítica, pues lo común es que quien se lanza a establecer analogías de este género no se detenga a tiempo y lleve las correspondencias hasta

el final. "Pero para todo lo demás —expresa, recapitulando— el hombre y el mundo son semejantes". En otro pasaje sus reflexiones se mueven sobre el mismo terreno, pero apuntan a un fin concreto: a la aspiración metafísica de todas las cosas y del hombre mismo a volver a sus fuentes, a resolverse en sus elementos y a reingresar en sus matrices. Como va la mariposa a la llama que la devora, todo tiende a su primera patria, al caos originario; este anhelo es la quintaesencia que acompaña a toda la naturaleza, y el hombre participa en él, y así se explica que de continuo espere con impaciencia la nueva primavera, los nuevos meses, los años venideros, e imagine que las deseadas cosas se retardan, sin reparar en que lo que así procura es su destrucción. De esta manera coincide el hombre con la naturaleza, porque el hombre "es el modelo del mundo". Acaso hemos de ver en estas reflexiones, de tan solemne tono metafísico, el eco de las horas de cansancio y renunciamiento en que el formidable trabajador, que tantos obstáculos tuvo que superar y tantos contratiempos hubo de sufrir en su existencia, buscaba el apaciguamiento y el reposo en la idea del retorno a los senos de la madre naturaleza. Pero su índole combativa y tenaz aparece con mayor fidelidad en otras reflexiones contrapuestas, también de alcance metafísico, que sostienen algo muy diferente: la persistencia de toda cosa en su ser, el afán universal de perseverar y resistir. "En el universo —dice— todo se esfuerza en conservarse en su modo propio. . . Naturalmente, toda cosa desea mantenerse en su esencia". Aquí, en estas palabras, reconocemos mejor al Leonardo que nos es familiar, al que en cada instante se confirmaba en sus propósitos y parecía un vencedor después de cada derrota, al que parecía nacer de nuevo cada mañana. Digamos que en estos puntos de vista sobre las cuestiones últimas, la contraposición no equivale necesariamente a la pura contradicción; las supremas razones de la realidad y de la vida no siempre caben en aserciones tajantes, y él mismo nos advierte que "la naturaleza está llena de infinitas razones que jamás se dieron en la experiencia". El ansia de perseverar, en quien mucho perseveró en su existencia, tolera que se la compagine con un correlativo afán de reintegro al gran todo del que todas las cosas proceden y al que todas al final vuelven. Si hubiera sido un filósofo, por decirlo así, profesional, podríamos exigirle que se pusiera de acuerdo consigo mismo y nos resolviera esta duplicidad. Un libre meditador, como él era, cumple con darnos sinceramente

su verdad de cada día, aspecto parcial o faz de la verdad total e infinita. Leonardo es un fragmentario, un anotador de meditaciones, que a veces suele consignar en términos sucintos y aun indescifrables, como para él mismo únicamente. No es lícito suponer que cada una de sus tesis exprese por sí el fondo último de su pensamiento sobre la cuestión, con todas las implicaciones que sólo pueden ser enunciadas en un desarrollo articulado y completo. A la luz de otro pasaje suyo, quizás sea posible conciliar los dos encontrados y al parecer incompatibles puntos de vista que he recordado. Dice así: "Todos los elementos salidos de su lugar natural desean retornar a él, y sobre todo el fuego, el agua y la tierra". Cada cosa, cada complejo de elementos, pues, tiende a perseverar en su ser, a conservar su esencia; pero cada uno de sus elementos componentes tiende también, del mismo modo, a perseverar en su esencia, y por lo tanto a volver a su nativa libertad y unidad, de que gozaba antes de entrar a componer las cosas y los seres compuestos que forman el múltiple universo. La contradicción, pues, no estaría en el pensamiento de Leonardo; sería más bien una especie de contradicción constitutiva del cosmos o ínsita en él. Todo tiende a perseverar: los elementos —tierra, aire, agua, fuego— por un lado; las cosas y los seres, compuestos de elementos, por el otro. Cuando las cosas y los seres quieren mantener su ser, obedecen al mismo principio que los elementos cuando aspiran a restituirse a su unidad fundamental, mediante la destrucción de esos seres y esas cosas en los que habían entrado como componentes.

De aquella intuición de la similitud entre el microcosmos humano y el macrocosmos, a la de la total animación, a la concepción vitalista de toda la realidad, no hay más que un paso. El Renacimiento, como es sabido, sostuvo la continuidad universal e imaginó el universo como un maravilloso ser vivo, un animal complicado y enorme, cuyas partes son literalmente miembros y órganos adaptados cada uno a su correspondiente función y todos ellos al servicio de una vida común, la del gran todo: concepción resueltamente panteísta, que atribuía al mundo la perfección, la bondad absoluta y la soberana belleza, en cuanto realidad a un tiempo corporal y divina. No sé que Leonardo haya aceptado del todo esta doctrina metafísica, pero en algunos puntos anda cerca de ella, y no es de extrañar, porque en aquella oportunidad encarnó la postura —simultáneamente filosófica, religiosa, estética y científica— de los hombres ante la

varia y desconcertante naturaleza, que se les revelaba como un inconmensurable prodigio. "Podríamos decir —escribe— que la naturaleza posee un alma vegetativa... El calor del alma del mundo es el fuego infuso en la Tierra, residencia del alma vegetativa que en diversos sitios se exhala en aguas termales, en yacimientos de azufre, en los volcanes, en el Mongibello de Sicilia y en otros muchos lugares". Y los pasajes en que se refiere al finalismo de la naturaleza, a una adecuación como de medios a propósitos que le parece indudable y aun planeada, abundan en sus apuntes. En alguna relación con este finalismo acaso pueda ponerse su tesis de la extrema simplicidad de la naturaleza, que es para él una especie de axioma. "Ninguna acción natural —anota— es susceptible de ser abreviada, porque la naturaleza genera del modo más simple que sea posible imaginar". Queda, pues, sentada aquí la convicción de la sencillez natural, que más bien se concilia con otro orden muy distinto de consideración científica, con la interpretación mecánica, que emprendió la explicación de la realidad física por su reducción a un número muy limitado de motivos fundamentales, y en el fondo por los de masa y fuerza. Y, en efecto, este principio de la radical sencillez llegó a ser capital en el pensamiento de Galileo, quien decía que "la naturaleza hace mucho con poco". En nuestros días, cuando la concepción mecánica ha sido reemplazada por teorías que aceptan una complejidad de los hechos insospechada antes, Poincaré ha comentado así este principio: "No es seguro que la naturaleza sea sencilla. Hubo un tiempo en que la sencillez de la ley de Mariotte era un argumento invocado en favor de su exactitud... Hoy las ideas han cambiado mucho, y sin embargo, los que no creen ya que las leyes naturales deban ser sencillas se encuentran obligados todavía a obrar como si lo creyeran". La tesis de Leonardo tenía, pues, ante sí un dilatado porvenir, y cuando la física actual la desmiente, sigue siendo, según se ve por la autorizada opinión del sabio francés, un principio metódico del que difícilmente se podrá prescindir.

Todas aquellas teorías de las correlaciones entre el microcosmos y el macrocosmos y de la animación universal, que el Renacimiento puso en el centro de su filosofía, y a las que parcialmente vemos que asintió Leonardo, llevaban tras sí un confuso acompañamiento de fantásticas creencias y arraigadas supersticiones, provenientes del fondo más remoto de la historia

humana y profesadas en todo tiempo y lugar, que el Renacimiento acogió con fervor y practicó con entusiasmo. Las llamadas ciencias ocultas, la magia de diversos colores, la astrología, la alquimia, florecieron entonces con vigoroso impulso, al calor de una filosofía que, por sostener la continuidad del todo, la correspondencia orgánica de sus partes y la finalidad, se prestaba a admitir la existencia de toda clase de secretos influjos, de maravillosos efectos; de portentosas claves capaces de dominar potestades, de apartar los males y de prodigar bienes de todo género. La creencia en estas imaginaciones se infiltró en los sitios más inesperados: muchos años más tarde, Campanella, perseguido por su filosofía y condenado, probablemente debió su salvación a su fama de mago, que le atrajo la benevolencia de la sede más elevada de la época y del Occidente. Leonardo no cayó en estos errores, tan frecuentes a su alrededor y hasta en altas inteligencias. Los criticó y repudió con una lucidez específicamente moderna. "En todas las cosas —advierte— suele uno equivocarse cuando se atiene a su juicio, sin otra prueba. La experiencia lo pone de manifiesto continuamente, ella que desmiente a alquimistas, nigromantes y otros espíritus imbéciles". "De todas las cosas de que hablan los hombres, la más necia es la creencia en la nigromancia, hermana de la alquimia". Contra estas supersticiones apelaba, como se ha visto, a la experiencia, y también otras veces a las evidencias de la matemática.

Por singular paradoja, este hombre que enérgicamente reniega de errores tan difundidos en su contorno (aunque alguna vez cayera en la debilidad o en la inconsecuencia, por otro lado tan humana, de hacerse decir la buena ventura), fué tenido por muchos de sus contemporáneos en opinión de mago, de un hombre docto en las prácticas del ocultismo, diestro en evocar y utilizar poderes tenebrosos. Incansable en imaginar artefactos de ingeniería, habilísimo en producir efectos insólitos, a veces se recreaba en construir artilugios para el ornato de fiestas cortesanas y para su propio gusto, con una aplicación en la que no faltaban unos granos de esa ingenuidad y aun pueril travesura no raras en las grandes mentes ajenas al prosaísmo de los intereses prácticos. Le gustaba suscitar la sorpresa y el estupor con juguetes asombrosos, cuyos efectos parecían a las gentes obtenidos mediante manipulaciones mágicas; consta que él mismo preparaba con maña y a conciencia el desconcierto de los espectadores, disponiendo las circunstancias adecuadas. En general,

había en aquel tiempo un ímpetu de juventud que con frecuencia revestía los signos ingenuos de la niñez; los hombres se resarcían de la larga y dura disciplina medieval, sentida como un anquilosamiento de senectud, asumiendo los caracteres de las edades en que el hombre es todo él frescura, impulso libre y desbordante vitalidad. Pero en Leonardo se agregaba la puerilidad del sabio, del artista, del filósofo, hombres que en la cumbre de la edad mantienen y desenvuelven hacia nobles fines la tendencia innata e imperiosa que lleve al niño a llenar paredes y cuadernos con representaciones gráficas; a urdir eso que los mayores denominan mentiras infantiles, y no son sino novelas y poemas; a romper sus juguetes para ver lo que tienen dentro, en auténtica propensión científica; a abrumar a los padres con la continua interrogación de los *porqués,* primera e indudable manifestación de la desinteresada e inagotable inquisición filosófica. Lo más desagradable en los niños, lo que en ellos suele ser francamente odioso, son sus conatos de imitación de los mayores; lo más puro y hermoso en los mayores es la cantidad de niñez que albergan en el alma. Este gran Leonardo fué un niño toda su vida, un niño que llevó a los términos de la excelencia genial los motivos fundamentales de la niñez. Las arrugas de la frente, el rictus de la boca y las barbas pluviales de la imagen que trazó de sí mismo y que tantas veces hemos visto, se nos antojan una careta bajo la cual se esconde el rostro cierto de una niñez sempiterna.

Lo que en él haya de precursor de la cosmología heliocéntrica y de la mecánica galileana, y como autor de hallazgos científicos, queda fuera del ámbito de esta exposición; su discusión sólo corresponde a quien goce de autoridad consagrada en esos asuntos. Me he de limitar, en lo tocante a los problemas del saber, a lo que guarda relación con la filosofía. Lo primero, sin duda, es la posición de Leonardo respecto a los problemas del conocimiento y de sus métodos. Está contra aquel ciego respeto a las llamadas autoridades intelectuales que profesó la Edad Media y que se prolongaba en su época a la sombra de la desmedida admiración por todo lo clásico; respeto que fomentaba la pereza mental y era grave rémora para el progreso del saber. Estaba también contra la muerta erudición, que viene a ser lo mismo, pues, a las nuevas verdades que va revelando la libre meditación y el trato despreocupado y próximo con las cosas, opone el prestigio multisecular de lo ya dicho y la reve-

rencia a las fórmulas librescas. Participó eficazmente en la gran batalla renacentista por el saber autónomo, y al mismo tiempo protestó contra lo que en el humanismo de su época era apego exagerado a los textos y superstición de la palabra escrita. Acudió a los grandes filósofos y científicos del pasado, leyó sus obras y las aprovechó, pero nunca se sometió pasivamente a sus ideas, ni creyó jamás que algo fuera verdad inconcusa porque cierto autor lo hubiera escrito o estuviera impuesto por determinado dogma; su atrevimiento fué extremo en más de un caso, cuando juzgó que su verdad brotaba de comprobaciones seguras. Al lado de esta independencia intelectual han de ponerse sus sátiras contra quienes desmentían con su conducta, con su avaricia y desenfreno, el decoro eclesiástico de sus investiduras, repudio en que lo acompañaban por cierto muchos severos y piadosos varones de entonces. Leonardo hubiera podido ser calificado, con la expresión que corre acuñada para Cervantes, de "ingenio lego", es decir, de hombre desprovisto de versación consumada en los clásicos. Amaba y estudiaba los libros, pero no creía que la realidad entera debiera contemplarse y vivirse al trasluz de las páginas escritas. La página vale lo que el hombre que la escribió, y depende también de las circunstancias en que fué redactada. "Las buenas letras —dice— nacen de un buen natural; y como la causa es más digna que el efecto, un buen natural sin letras vale más que un letrado sin natural". "Como no soy letrado —escribe en otro pasaje— ciertos presuntuosos se creen autorizados a censurarme, alegando que no soy un humanista. Esa gente estúpida no sabe que yo les podría responder, como Mario a los patricios romanos: Aquellos que se enorguellecen de los esfuerzos de los otros no quieren reconocerme los míos". En la misma dirección, argumenta que sus obras provienen de la experiencia y no de las palabras ajenas, y que siempre la experiencia fué la adoctrinadora de todos los que escribieron bien; así, deben ser tenidos en más los inventores y descubridores, intérpretes y mediadores entre la naturaleza y la humanidad, que los recitadores y declamadores de las obras de los otros; diferencia que es como la existente entre los objetos y sus imágenes reflejadas en el espejo.

El recurso a la experiencia, que aparece en estos pasajes, es tema capital en el pensamiento de Leonardo, pero no ha de deducirse de su insistencia en la primacía del saber experiencial, que sea lisa y llanamente un empirista, un pensador persuadido

que todo saber empieza y acaba con los datos de la llamada percepción sensible. En su decidida predilección por la experiencia funcionan dos motivos: la urgencia de la época en constituir un saber fundado sobre datos ciertos, por un lado; por otro, la nativa inclinación del artista y del constructor a advertir lo real bajo las especies de la forma y el color; de los relieves plenos de la escultura; de la combinación arquitectónica de superficies y volúmenes; de los mecanismos ingenieriles, en los que las fuerzas se materializan en palancas y poleas. El filósofo de la pintura, con su elogio del ojo humano y su apología de la visión, va en él de la mano con el filósofo propugnador de la experiencia en lo científico, porque la experiencia es ante todo visual, porque el primer requisito para toda verídica experiencia es tener los ojos bien abiertos, saber mirar y distinguir con rigor lo percibido de lo supuesto, lo efectivamente visto de lo imaginado.

El equilibrado maridaje de experiencia y razón, esta última en gran parte como razón matemática, lo pone sobre la vía que seguirá después la Edad Moderna y lo convierte, también por este lado, en un precursor de Galileo. La ciencia, para serlo, debe remontar a los primeros principios, a las supremas razones. La experiencia es madre de toda certidumbre, y no hay saber científico cuando su origen, promedio o fin no pasan por los sentidos: el ergotismo de tipo escolástico no merece el nombre de ciencia. El fondo de su pensamiento parece ser que la realidad es un orden racional, una estructura regida por leyes estrictas en las que reina la necesidad. El movimiento es causa de toda acción y motor de toda vida. La naturaleza va de las razones a los hechos; el conocimiento humano, que ignora de antemano esas razones, está obligado a seguir la dirección opuesta: de los hechos a las razones, de la comprobación a la demostración y la generalización. "Acuérdate —se recomienda a sí mismo— de aducir primero la experiencia y en seguida la razón". Su amor por la experiencia se contrapesa con su fervor por la matemática; no hay para él el conocimiento digno de este nombre sin la ingerencia del cálculo matemático. "Ninguna investigación humana —expresa— puede titularse ciencia verdadera si no pasa por la demostración matemática". La modernidad de Leonardo se confirma, como es reconocido, por sus preocupaciones técnicas, que tanto lugar ocuparon en su existencia. Pero nunca desconoció el papel primordial de la teoría, como puro

saber y como inexcusable fundamento de toda técnica de alto vuelo, que aspire a ser más que una ciega aplicación de recetas tradicionales. "Toda práctica —enuncia— debe hallarse fundada sobre la recta teoría".

Conocidas son sus largas y pacientes averiguaciones en el campo de la biología. Hombre de múltiples intereses y curiosidades, fueron varios los estímulos que lo condujeron a estudiar, en cuerpos animales y humanos, los misterios del funcionamiento orgánico. Concurrieron en estas investigaciones su afán de descubrir el mecanismo del vuelo de las aves, el deseo de poseer toda la información anatómica posible para la representación artística, su vasto apetito de saber, que no reconocía fronteras, y que, en estos problemas, no se satisfacía con perseguir lo meramente vital, sino que se extendía a querer comprender las conexiones entre lo corporal y lo anímico. No escatimó trabajos ni sacrificios, ni aun acaso peligros, en estas experiencias, y su cuantiosa serie de disecciones no es la parte menos admirable de la sorprendente empresa de conocimiento que fué, vista desde este ángulo, su atareada existencia. Del trato científico con la vida —que tenía que ser necesariamente trato efectivo con la muerte— extrajo un respeto y una reverencia por la vida que es uno de sus méritos. Su época amaba la vida; corría la vida a torrentes por aquellos tiempos, con una pasión sin vallas por los goces terrenales y la aventura, que en los poderosos, en los que se lo podían permitir todo, llegaba a extremos de ambición, crueldad, violencia y lujuria que hoy, cuando los encontramos referidos en las historias, nos infunden pavor y nos producen indignación. El furioso amor a la vida acarreó el supremo desprecio de la vida humana. Inclinado sobre los cadáveres, separando en la alta noche músculos, venas y nervios, Leonardo supo aprender, además de la lección científica, una lección que vale más, una lección de estremecida humanidad. Los órganos enfermos, la carne en descomposición no le inspiraron únicamente una repugnancia teñida de piedad; no reparó en primer lugar, como muchas veces sucede al anatomista, en la flaqueza del cuerpo humano, en la miseria de la enfermedad, en la angustia de la muerte. Percibió sobre todo la vida, y, dentro de la asombrosa realidad vital, el valor absoluto de la vida humana, contribuyendo así a la formulación y la afirmación de este capital principio de la civilización moderna, admitido ya por todos aunque no siempre practicado. Son varios los pasajes

en que se refiere a la dignidad del hombre y a la santidad de la vida humana; transcribo aquel en que más elocuentemente expone su pensamiento. "Y tú, oh hombre, que examinas en esta labor mía las obras maravillosas de la naturaleza, si piensas que sería criminal destruir esta obra suya, reflexiona cuánto más criminal es quitar la vida a un hombre; y si ésta, su forma externa, te parece maravillosamente construída, recuerda que no es nada en comparación con el alma que habita en esta estructura, pues ella, en verdad, sea lo que sea, es una cosa divina. Déjala, pues, que habite en Su obra a Su beneplácito, y no permitas que tu ira o tu maldad destruya una vida, pues, ciertamente, quien no la estima no la merece".

Como todos los trabajadores incansables, no tuvo mucho tiempo para condolerse por anticipado del final inevitable, que alguna vez se le apareció como el descanso merecido. Y cuando meditó en la muerte, también pensó en ella en función de la vida; puso virilmente la muerte bajo el signo de la vida, y no la vida bajo el signo de la muerte, como prefieren ciertas filosofías cansinas de nuestro tiempo. El tema del esfuerzo le gusta más, surge en él con frecuencia y en ocasiones el de la muerte se le subordina. "Tú, oh Dios —dice— tú vendes todos los bienes a los hombres al precio del esfuerzo". La fatiga le parece un adelanto de la muerte, y agrega: "Yo no me canso de servir, yo no me canso de ayudar". El reposo excesivo lo juzga una disminución, un acortamiento de la existencia; y recuerda que en Toscana se usan las cañas para sostener los lechos, y que es como un símbolo que la levedad e inconsistencia de las cañas sostengan el instrumento de la pereza y de los vanos ensueños del ocio. Otras indicaciones suyas llevan dentro el mismo motivo, como cuando llama desdichado al discípulo que no supera a su maestro y anota que es buen signo la insatisfacción ante la propia obra. "¿Qué es aquello —se pregunta— que nunca se da y que si se diera no sería?" Y se contesta: "El infinito". Leonardo vivió en una perenne persecución de lo infinito, e hizo suya la sentencia bíblica según la cual "la verdad es hija del tiempo", que él no podía interpretar sino en el sentido de que es producto del trabajo sin tregua, de un trabajo que cada generación debe reanudar en el punto en que lo dejó la anterior. Quien concibe la existencia como trabajo y creación constantes, la concibe también referida, en lo próximo, al trabajo y la creación de los que vendrán tras él, y en lo lejano, al infinito: ese

infinito que, como él sabía, no se da nunca y dejaría de ser si efectivamente se diera, pero que es el faro y el puerto de la interminable navegación del hombre, una meta ideal que los mejores hacen suya cada día por la heroica voluntad de alcanzarla. Este glorioso insatisfecho, por serlo, vivió todos sus días en intención de infinitud. Y fué esta conciencia de realizarse a cada instante en la continuidad de la obra la que le dictó su apotegma de que la vida larga es la vida bien colmada, y le inspiró su filosofía de la muerte, condensada en estas palabras: "Así como una jornada bien empleada produce un dormir agradable, también una vida bien ocupada proporciona un grato morir". Es que él sabía, como todos los grandes creadores, que sólo la obra en el tiempo se alarga en los tiempos y adquiere sentido de eternidad.

MEDITACIONES SOBRE EL FEDERALISMO

Por *Juan CUATRECASAS*

La península ibérica es un mosaico de pueblos que a través de los siglos se mantienen generalmente aislados; nos dicen los historiadores que, desde los tiempos más remotos, dichos pueblos no se enlazaban por ningún vínculo social ni político. Pi Margall subraya que "si algún día los junta la necesidad, con la necesidad desaparece la alianza". No es, pues, de extrañar que en esta tierra hayan germinado más fuertemente que en ninguna otra las ideas llamadas federales.

Ni es de extrañar, que los hombres nacidos en suelo ibérico se sumerjan de vez en cuando en sendas meditaciones sobre este magno problema psicológico. Si por añadidura el protagonista de tales meditaciones es catalán, encontrará en sus vivencias histórico-ambientales una subjetiva experiencia que le servirá de enseñanza. Porque "los pueblos no son esencias metafísicas sino historia", dice Américo Castro. Y la historia ha hecho de nuestra bella península una reunión de diversos pequeños pueblos.

¿Será verdad que son los pequeños pueblos los que han empujado la propagación de las grandes ideas? ¿Podrá siempre hallar en un pequeño país su refugio la libertad? ¿Será preciso mantener aislados los pueblos vecinos o debemos desear su convivencia? ¿Hasta qué grado es compatible el polimorfismo cultural con la unidad de los estados? ¿Qué porvenir reserva la historia a los pequeños y a los grandes estados? El problema no es localista sino universal. He ahí, como, lejos de haber envejecido, el concepto de federalismo se ha actualizado. Y se ha también vitalizado.

Breve recuerdo histórico de las doctrinas federalistas.

ETIMOLÓGICAMENTE, federalismo procede de *faederare* o *faederatio,* pactar, hacer alianza contractual. Se sobrentiende que se trata de pactos entre entidades de igual jerarquía, es decir, entre entes colectivos que gozan del derecho pleno de su libertad para establecer un nexo que no subordina uno al otro sino que los correlaciona, *creando* una nueva estructura, que es superior a las dos anteriores, pero distinta de ambas y en cierto modo supeditada a ambas, toda vez que constituyen su base. Esto es el caso teórico y esquemático de que se trate de dos entidades federativas, que es lo mínimo. Aunque generalmente son varias las individualidades que componen una federación.

La idea de federación nace, como todo progreso humano, con aureola borrosa y con intuición certera, a través de la historia cuando los pueblos comienzan a darse cuenta de sus derechos naturales y políticos; cuando comienza el hombre a despojarse de sus concepciones teocráticas del poder; cuando se comienza a comprender la dificultad de mantener los pueblos en la esclavitud a medida que éstos conocen las fuentes de su fuerza colectiva; en una palabra, cuando las víctimas no quieren ser más cómplices de los verdugos, para emplear la vieja frase de Fernando Garrido, uno de los portavoces del federalismo ochocentista español, cuya campaña ardiente representa una etapa histórica interesante de las doctrinas federativas, estrechamente ligada al despertar rebelde de la conciencia social de muchos pueblos.

Pero la expresión proteiforme del sentimiento federalista se traduce al fin en formas concretas, cristalizando en figuras legales. Se afirma generalmente que la consolidación formal de la organización federal surgió en 1776, con la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica; y en la evolución de dicha Confederación se puede ver planteado un problema estructural: el de la preponderancia del derecho de soberanía de los Estados primarios o bien del poder del organismo federal. Este poder, al principio de carácter embrionario, iba perfilándose y consolidándose.

La llamada doctrina de Calhoum sostenía que la constitución federativa es el resultado de pacto entre iguales y por lo tanto no puede considerarse como una ley y carece de fuerza obligatoria. Del mismo modo deduce que la acción separada

de comunidades individuales no puede crear un nuevo ser y como consecuencia de ello no existe una nueva entidad política y la soberanía quedaba radicada sólo en los Estados. Como vemos, esta interpretación de Calhoum era la negación del federalismo; la negación doctrinal del federalismo, aunque formulariamente lo consagrara.

Y la organización federal del Estado se aplicó prontamente a varios países ibero-americanos, tales como la República Argentina, México, Brasil y Venezuela; y en 1848 a la Constitución suiza; en 1867 y 1871 a las Constituciones alemanas (Alemania del Norte y II Reich).

Durante los siglos XVIII y XIX creáronse las condiciones psicológicas adecuadas para la germinación de los conceptos federalistas. La floración de teorías políticas y sociales que siguió a la llamada "Revolución industrial" desde Saint-Simón y la "rebelión estética" de Mattew Arnold al socialismo utópico y al anarquismo filosófico de Owen, Fourier, William, Godwin, J. Proudon, y tantos otros, tenía un cierto carácter utópico a lado de un matiz práctico de aplicación inmediata. Y entre toda esta proteiforme manifestación ideológica del progreso social, comienza a plasmarse, en el siglo XIX, un tipo más positivista de doctrinas, las cuales poseen mayor plasticidad biológica por partir de la individualidad humana estableciendo interrelaciones entre los individuos y grupos cada vez más amplios, llegando a la progresiva integración del concepto de organismo social. Augusto Comte y Herbert Spencer habían formulado ya la analogía entre el organismo individual y el social.

Lilienfeld desarrolló después, (1873 y 1881) la concepción organicista de la Sociedad, en forma tan entusiasta y amplia, que le consideran algunos como el "extremista del organicismo" (Barnes y Becker). Así nos dice Lilienfeld: "En todo grupo social pueden encontrarse tres esferas fundamentales de actividad: económica, jurídica y política. Corresponden éstas a las esferas morfológica, fisiológica y unitaria de los organismos animales. La vida política es así una fuerza unificadora de la jerarquía de fuerzas sociales, y puede denominarse al gobierno cerebro del organismo social: órgano de coordinación". Schäffle admitía un organismo psíquico; Mackenzie la unidad armónica del organismo social basada en la interacción psíquica; y Worms expone la noción de super-organismo social, como "agregado duradero de seres vivos que realizan en común todas sus activi-

dades". Y Fouillée combina estas doctrinas organistas con el concepto de contrato. Según Fouillée, la sociedad es, además de una organización natural de individuos, una cristalización artificial por contrato, de los mismos. Sería, pues, un organismo *contractual.* Y el mismo Fouillée, siguiendo a Spencer, señalaba las características orgánicas de una sociedad humana: concurrencia de elementos semejantes; sistematización de los mismos con una distribución funcional; vitalidad de los elementos constituyentes; espontaneidad de movimientos; y evolución hacia el desarrollo cíclico. Pero así como Spencer creía preferentemente en esta evolución automática de la vida social, Fouillée sostenía que la sociedad humana podía realizar la empresa de una elaboración dirigida del organismo colectivo.

La organización federal responde a una necesidad de equilibrio político de las soberanías preestablecidas cuando se trata de integraciones amplias de los Estados. Por eso hizo posible la organización de los grandes Estados partiendo de las relaciones de paridad entre los diversos núcleos que los componen, sin que tengan que sufrir ninguna subordinación unos a otros. Se recuerda con frecuencia la frase de J. R. Seeley, historiador inglés de finales del siglo XIX, que equiparaba la invención del Estado federal a los del vapor y de la electricidad en su trascendencia respecto a la creación posible de los "estados altamente organizados y de gran extensión".

Mas como afirma muy justamente Manuel García-Pelayo (Derecho Constitucional Comparado, pág. 199): "el estado federal no solamente responde a la necesidad de adecuación entre una organización política firme y la amplitud del espacio, sino también (e independientemente de la amplitud espacial) a la integración de unidades autónomas en una unidad superior. En este aspecto, la organización federal es particularmente adecuada para salvaguardar la existencia de naciones culturales en el marco de una organización estatal o nación política, pues, aquí, cada grupo cultural posee, simultáneamente a su patrimonio histórico, un cierto grado de organización política, a través de la cual puede salvaguardar su propia existencia nacional: tal es, por ejemplo, el caso de Suiza y el de la Unión Soviética".

Los tratadistas de Derecho comparado han desarrollado sobre la reglamentación del Estado Federal numerosas teorías y diversas formas jurídicas que tienden a armonizar las dos rea-

lidades que dan contenido a la federación, la diversidad psicogeográfica y la unidad superior integrativa.

Al sintetizar este conjunto de teorías jurídicas, M. García-Pelayo en el citado libro (donde aborda este problema con erudita claridad) las reduce a seis, que mencionaré solamente a título recordatorio, pues lo que nos interesa primordialmente en este ensayo es el aspecto político y no el técnico-jurídico de la doctrina federalista. 1º) La teoría de la *cosoberanía* o de la doble soberanía que se nutrió de las discusiones habidas al promulgar la constitución norteamericana de 1787, y de las ideas de Tocqueville y de Weitz en Europa. 2º) Negación de la realidad jurídica del Estado federal, considerándolo como una confederación o asociación supranacional de Estados sin verdadera personalidad jurídica soberana. 3º) Teoría que asigna únicamente al Estado Federal la realidad jurídica y, por tanto, la fuerza legal de la soberanía. Desarrollada en Alemania por Ph. Zorn (1895) y posteriormente por H. Heller, quien afirmaba que "en el Estado Federal sólo el conjunto de éste tiene facultad de decisión universal, puesto que el Estado Miembro carece de decisión en última instancia". 4º) Teoría de Laband, que asigna la soberanía al Estado Federal y a cada uno de sus miembros con la misma plenitud. 5º) Teoría que concibe al Estado Federal como una forma avanzada de descentralización, desarrollada por Hans Kelsen, Kunz, Ch. Durand y otros. Y 6º) Las teorías de la *complejidad* de Estado Federal, según las cuales ni en la unidad federal ni en los estados miembros que la componen reside la total realidad jurídica, sino que debe introducirse un *tercer término,* que es el coordinador, donde se revelan los verdaderos resortes jurídicos del Estado federal, que constituyen la *síntesis orgánica* del mismo. Es tan interesante para nosotros esta concepción, que volveremos en seguida sobre la misma.

Mas previamente deseo hacer resaltar la importancia de los problemas planteados por las mencionadas teorías 1º y 5º que reflejan la lucha de un dualismo jurídico y hasta político. Esta pugna se halla bien patente en todas las manifestaciones políticas del federalismo ibérico. En efecto, todos los ensayos realizados para resolver el problema del mosaico nacional ibérico han sido matizados, y a veces triturados, por la diversidad de interpretaciones jurídicas, con exigencias inapelables por parte de distintos sectores que tenían su propia doctrina federal. Desde la pálida descentralización administrativa que fué propug-

nada en España por Antonio Maura, hasta el criterio irreductible de los llamados *separatistas* o *nacionalistas* catalanes y vascos, podemos hallar diversas gradaciones pasando por el *regionalismo* y por el *autonomismo.* La solución autonomista que la II República Española daba al problema federal era una conjunción (más que una transacción) de ambas doctrinas opuestas; participaba de la *cosoberanía* y de la *descentralización,* conceptos que interpretados de modo distinto por los realizadores, crearon a veces verdaderos problemas políticos y hasta jurídicos. También padecía esta matización la estructura propuesta por Pi Margall en la I República.

Es por ello que las modernas concepciones jurídicas de carácter orgánico sobre el federalismo tienen un gran valor práctico y permiten comprender los errores de cuantos se colocan en actitudes irreductibles, bien sea partiendo de la realidad única de la soberanía del estado-miembro, bien sea haciendo progresivas concesiones a la descentralización. En cambio, si consideramos la trascendencia del *tercer elemento,* que es la correlación inter é intraestatal, concebimos la vitalidad orgánica de la federación y llegaremos a conocer un hecho nuevo. Porque el federalismo supone la creación de un nuevo fenómeno estatal, dinámico y evolucionado. En este sentido nosotros concebimos el federalismo y creemos que esta realidad es la que se impone biológicamente como necesidad en el progreso actual de la vida colectiva de los pueblos.

Aun cuando Gierke (1883) y Haenel (1892) habían esbozado aquella teoría jurídica de las *tres entidades estatales,* la doctrina floreció con los trabajos de Nawiasky en 1920, quien consideraba al Estado Federal como una Confederación ampliada en torno a un Estado Central pero señalando que éste no está por encima sino junto a los Estados-miembros; y por lo tanto sus relaciones no son ni de supra ni de subordinación, sino de *coordinación.* Y esta noción de la coordinación que dan los juristas corresponde a la de *correlación funcional* que tenemos los biólogos. Esta correlación es una trama funcional que establece una interacción entre unos y otros órganos de un organismo. Y en este caso, este mecanismo coordinador es por sí mismo una jerarquía nueva, que caracteriza la ascensión de los seres en la escala del progreso vital.

Y otro de los juristas adscritos a dicha teoría, Kelsen, lo explica bastante claramente. Según Kelsen, el orden jurídico de

los Estados miembros y el orden jurídico del Estado Central (o Confederación) son ambos órdenes parciales, fragmentarios. Los dos se hallan subordinados al orden coordinador, al orden conjunto, "y quien, por tanto, en virtud de poseer la competencia de las competencias, es el soberano" (García-Pelayo). He ahí como este nuevo elemento funcional, viene a ser el que jurídicamente debe ocupar un primer plano en una estructura federal. Y este fenómeno es difícil de comprender y de asimilar todavía por los integrantes de las partes que intervienen en toda federación. El concepto de superestructura debe ser impuesto cada vez más claramente a la conciencia política del mundo moderno.

El federalismo de Pi Margall

MIENTRAS en el mundo se destacaba en sus distintas formas el federalismo doctrinal y jurídico, en España se forjaba la más recia concepción política federal partiendo de una necesidad histórica. El panorama político del suelo ibérico en la primera mitad del siglo XIX era el más apropiado para que germinara en toda su pureza una concepción orgánica de los derechos políticos, como reacción vital del sentimiento popular y de la conciencia social frente a la crueldad inquisitorial de Fernando VII y después al seudoliberalismo de sus sucesores Ma. Cristina e Isabel II. El desarrollo del federalismo como doctrina política va ligado a la figura de Pi Margall.

Y el valor de la doctrina federalista ibérica estriba no sólo en que la historia de España en los últimos siglos ha sido una perpetua lucha entre el centralismo y federalismo, sino en que Pi Margall lo hizo brotar de la misma realidad psicológica y política. Porque Pi Margall no aprendió el federalismo de Proudhon ni de Lilienfeld. Le bastó el estudio de las realidades sangrantes de su tiempo y analizarlas a la luz de la razón y de la ciencia. Sólo después de años de meditación y de aprendizaje llegó a cristalizar su clara convicción federalista, la cual constituía un aspecto de una gran concepción doctrinal armónica de un hombre que basaba siempre sus convicciones políticas en concepciones filosóficas. Veamos la enorme proyección de estas palabras: "Aún hoy contamos con dos medios de suplir la guerra: los Congresos y los arbitrajes. Trabajemos por generalizarlos en tanto que las naciones se confederen y pongan término

a las luchas a mano armada por medio de un poder federal latino o un poder federal europeo". (Las Nacionalidades, 1876).

Toda la obra política de Pi Margall armoniza con su concepción integral de los derechos humanos. Por algo la ordenación completa de los derechos del hombre (personales y sociales) establecida en el proyecto de la Constitución federal de 1873 era una amplia visión del problema, que se acercaba a lo que hoy constituye una adquisición jurídica magna promulgada por la ONU. La influencia de las ideas estéticas cultivadas en su mocedad, que modelaron un espíritu artístico, asociada a una formación filosófica hegeliana, tenía que traducirse en una profunda y clara doctrina política, armónica en todas sus facetas. Quizás sea esta la superioridad del federalismo pimargalliano frente a las teorías estrictamente juristas que dieron lugar a tantos tratados de derecho y a tantas discusiones académicas.

La soberanía política arranca del hombre individual para integrarse sucesivamente en organizaciones cada vez superiores. Mas este principio tan sencillo encierra la complejidad de lo vivo y lo dinámico, y por ello no es comprendido por todos.

Y por esto Pi Margall no pudo aceptar nunca la monarquía, a la que calificaba de institución verdaderamente monstruosa, en abierta pugna con las leyes naturales civiles y políticas de todos los pueblos cultos. Y por esto mismo acusaba de inmovilidad a la teocracia, porque "toda religión se opone a todo pensamiento de progreso". Y en economía profesaba las más avanzadas ideas de su tiempo. Y al par de todo ello esbozaba la necesidad de una integración escalonada de las nacionalidades: "derribar y no levantar vallas debe ser el fin de la política. Tengo para mí que aún siendo aplicable a la formación de las naciones alguno de los criterios de que me hice cargo, debería rechazársele como por él hubiésemos de separar más a los pueblos. Por grandes que fuesen hoy nuestros afanes, no habríamos de conseguir que el hombre tomase la humanidad por familia y la tierra por patria; abstengámonos, por lo menos, de hacer nada que contraríe la realización de este bello ideal de la vida".

Ahí se plantea a fondo el problema que divide empíricamente a tantos hombres al considerar la razón de ser de las fronteras. Lo utópico de la universalidad de la patria reside en lo imposible de la uniformidad. Mientras que los caracteres

diferenciales psicográficos no deben ser considerados como antagónicos sino como simplemente distintos. Se adelanta sutilmente a la moderna noción del estereotipo nacional y a la necesidad de su desaparición.

El interés de esta filosofía natural federalista reside en que no basa la estructura federal de los estados en cuestiones artificiales o convencionales como vienen a ser los contratos; sino que la basa en el derecho natural, en la jerarquización de soberanías. Por esto exclamaba: "no pensemos en organizar ni a la humanidad ni a Europa mientras no tengamos definitivamente formadas las naciones".

Lo cual quería decir que la estabilidad democrática de éstas, debía ser la base para edificar más tarde la federación europea y la federación mundial. En este sentido, concebía que el equilibrio de las nacionalidades debía relacionarse con un orden de intereses superior a los nacionales, los cuales forman categoría aparte y reclaman un orden especial de leyes. Es decir, que la existencia de los problemas supra e internacionales reclamaba una estructuración localizada estrictamente en su nuevo plano. Y por esto preguntaba: "dado el sistema, ¿no sería lógico crear un poder internacional que, conociendo exclusivamente de esta clase de intereses, dejase intacta la autonomía de las naciones?". Y era esta la suerte que la historia deparaba a las concepciones federalistas, toda vez que es en esta zona internacional donde tendrían que desarrollarse las nuevas estructuras políticas funcionales cuya magnitud llegara a deparar la importancia de las naciones, sin modificar ni atropellar su contenido.

He ahí el verdadero nudo del problema. No es sólo un problema de localización espacial, sino de actividad funcional y de jerarquía de poder. Estos tres elementos, que son de orden biológico, permiten comprender mucho mejor que cualquier doctrina estático-jurídica el problema de las integraciones federativas.

Así, por ejemplo, en los organismos animales hay una notable diferencia entre el tejido conectivo que rellena los espacios intercelulares (aunque su papel fisiológico sea trascendente) y las formaciones nerviosas que en forma de plexos y de sistematizaciones cada vez más complejas intervienen muy activamente en la regulación funcional de las células y de los órganos. Esta función neural, a medida que avanza el progreso

biológico, se hace más indispensable y su jerarquía llega a adquirir un primer plano, sin que su función pueda superponerse a las funciones elementales de los tejidos. Nuevas funciones son nuevas vidas creadas.

Las corrientes neo-federalistas actuales

Es una realidad la existencia de grandes obstáculos que turban la elaboración de las relaciones federativas, pero frente a ellas se alzan otras fuerzas, viejas y nuevas. Frente a la voracidad hereditaria de las grandes potencias hallamos, hoy más que nunca, la poderosa razón sentimental de existencia de los pequeños pueblos, con personalidad cultural y perfiles espirituales propios. Así lo advertía Pi Margall: "Confieso que no estoy mucho por las grandes naciones, y estoy menos por las unitarias. Los vastos imperios de Oriente han sido todos regidos por déspotas. Asia no conoce aún la libertad de que gozan ha tiempo Europa y América. Sus pueblos están atrasadísimos". Y añadía que "el empuje, el movimiento y la propagación de las ideas han venido siempre de los pueblos pequeños".

Han pasado los años y Asia ha despertado. Y simultáneamente vemos el renacer de pequeños estados con irresistible empuje: Filipinas, Indonesia, Corea, Israel, La India, Egipto, Persia, etc., etc. El antiguo Imperio Británico se transforma en una federación de grandes estados como Canadá, Unión Sudafricana, Australia y Nueva Zelandia, y tiene que aceptar la creación de otros pequeños estados tales como el Eire, Birmania, Ceilán o el Paquistán. En el oriente europeo, el vasto territorio que fuera un imperio unitario y feudal se ha transformado en una especie de federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Las dieciséis repúblicas soviéticas tienen su personalidad propia y poseen una representación proporcionada en las Cámaras legislativas de la autoridad supranacional de la Unión, que es la más alta autoridad representativa.

El nacionalismo puro y absolutista ha ofrecido, por otra parte, una triste experiencia de arbitrariedades, cuyo remedio se busca inesperadamente en las nuevas fuerzas de regulación interestatales. M. Serra y Moret en un enjundioso ensayo (Reflexiones sobre el futuro de Catalunya; "Germanor" de Chile, octubre, 1951) expone el interés actual de esta transformación política casi imperceptible, haciendo resaltar que ciertos estados

demasiado fuertes realizaron la *dilución* de las esencias democráticas, y que las manifestaciones de irresponsabilidad e ignorancia que sus dirigentes vendrían a representar *accesos apopléjicos* que reclaman o aconsejan cambios de régimen. Y añade Serra Moret: "por eso se habla tanto de los Estados Unidos de Europa, de grupos regionales y de federaciones de federaciones. Hemos pasado por la prueba de la Sociedad de las Naciones y la más actual de las Naciones Unidas, ensayos imperfectos y decepcionistas, pero indicadores de las finalidades hacia las cuales queremos encaminarnos, sedientos de superación y de hallar ondas de comunicación más directa entre las comunidades naturales, las naciones y el universo de la fraternidad, de la seguridad, del derecho y de la justicia". Bella expresión de un fenómeno observado en la realidad contemporánea por el fino espíritu del citado ensayista.

A pesar de todas las resistencias a la adopción de los principios postulados en las nuevas organizaciones internacionales, un fuerte espíritu de cooperación internacional informa las grandes corrientes democráticas del mundo: el respeto al hombre como individuo, el respeto a la civilización como afirmación de libertad, el respeto a la diversidad topográfica de psicologías. La Convención de la Unesco firmada en Londres el 16 de noviembre de 1945, contiene la siguiente cláusula: "Una paz fundada exclusivamente en los acuerdos políticos y económicos de los gobiernos, no podría obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos y, por consecuencia, esa paz deberá basarse sobre la solidaridad intelectual de la humanidad".

La doctrina del progreso cultural preconizada por la Unesco sostiene que el camino de la paz y de la fraternidad humana no se puede buscar en una abstracta simplificación de las culturas históricas. El camino se halla hacia la solidaridad y la convivencia progresiva de todos los pueblos de la tierra. La diversidad de culturas debe concebirse como pluralidad armonizada de estructuras sociales sucesivamente jerarquizadas.

El proceso federativo permite una progresiva coordinación de los grupos humanos que puede llevarlos a una unidad política mundial sin que esta unidad sea incompatible con las libertades y los temperamentos de cada grupo o de cada gradación de organismos políticos. La unidad política mundial a que necesariamente se ha de llegar en fecha próxima no puede

ser la *uniformidad.* La uniformidad es lo más opuesto a la vida. Ni siquiera hemos de aspirar a una identidad de civilizaciones para todos los países del mundo. Una de las preocupaciones de la Unesco es el estudio de la diversidad de formas de vida. Hay contenidos inmanentes en ciertos grupos humanos que no deben perderse. Es necesario convivir, y convivir bien. Es necesario conservar el folklore y muchos otros valores que son consubstanciales con los habitantes de cada país. Es más. Si se lograran borrar tales expresiones mentales específicas, la geografía las volvería a crear. El clima es un factor modelador del carácter colectivo.

Este hecho es bien conocido y nada tiene que ver con la llamada *geopolítica.* Ghandi, como exponente de la filosofía del país indostánico, nos brinda simultáneamente una experiencia y un símbolo político de la perennidad de los valores diferenciados.

En los más diversos medios geográficos, sociales y políticos, va germinando durante los últimos años la idea-proyecto de basar el equilibrio de los estados, o de las aglutinaciones regionales de estados, en la orientación federalista. Y así, por ejemplo, en septiembre de 1946 se había formado un comité internacional para el estudio de asuntos europeos integrado por numerosas personalidades del campo científico, político y económico que incluía a gentes tan dispares como Lord Vansitart, E. Herriot y Alexander Fleming. El informe redactado por dicho comité llegaba a la conclusión de que la única solución de los problemas mundiales "consiste en una federación de Naciones, con plenos poderes, tanto legislativos como judiciales y ejecutivos". Y en el mismo informe se denunciaba que la mayoría de las promesas hechas a los pueblos durante la guerra no han sido cumplidas".

Por la misma época, Smuts afirmaba que la paz mundial podría depender en último término de la formación de un supergobierno que comprenda y se asiente en las bases de los gobiernos nacionales. Y en mayo de 1948 se celebró en La Haya el gran congreso federalista que se denominó Congreso de Europa. En él figuraban las más notables figuras de las diversas tendencias políticas de dieciséis países europeos. Esta reunión fué presidida por Winston Churchill, quien pronunció un brillante discurso, por cierto no muy acorde con su conducta política frente a determinados problemas. Mas esto no interesa en

este momento. Lo que interesa es que en dicha Asamblea se aprobó una resolución de diez puntos en los cuales se propone la creación de una asamblea federal europea como paso hacia una estructura federativa. Reconocen que las naciones europeas no pueden sobrevivir más tiempo como unidades políticas y económicas aisladas, incapaces de garantizar la seguridad y el progreso social de sus pueblos. Este hecho puede aplicarse a todas las nacionalidades del mundo actual, porque la antigua noción de soberanía se halla sujeta a una experimental revisión toda vez que no puede ya concebirse una autosuficiencia económica militar y técnica.

Una evolución insensible del concepto de la soberanía nacional se produce indiscutiblemente en tal forma que se pierde aquella noción del gregarismo primario de la sociedad para comprender la necesaria concatenación y jerarquización de grupos estructurados. El biólogo debe observar estos fenómenos bajo un criterio antropológico y naturalista, y así los comprende mucho más fácilmente que el observador superficial y formulista.

Recordemos que hay dos clases de colectividades animales: coloniales y sociales; es decir, que no es lo mismo una colonia que una sociedad. La primera es una aglomeración de individuos sin estructura, es un rebaño. La segunda es una organización estructural basada en distintas fuerzas biológicas o psicológicas. Mas no hay tampoco relación directa entre la jerarquía zoológica y el desarrollo social. Esta depende del desarrollo cerebral.

El concepto de gregarismo nacional primitivo podría llevarnos a una falsa creencia de la llamada soberanía, de sus límites, de su carácter absoluto, de su estabilidad e invariabilidad. Nada de eso es cierto. No hay que confundir los conceptos de *convivencia* con los de *masa* y de *sociedad*. De ahí lo frágil de las pasadas teorías de Gustavo Le Bon sobre la llamada "psicología de las masas" y de Ortega y Gasset sobre el "hombre-masa', a la que hemos dedicado hace algunos años un ensayo crítico (Biología y Democracia; 1942) en el que condiserábamos el problema bajo este mismo prisma más complejo de la biología. Recientemente, Walter Hageman abunda en análogos conceptos en un libro sobre el mito de las masas (Vom Mytus der Masse; Heidelberg, 1952). De ahí que los límites de cada grupo social constituído durante la evolución

de las especies, son siempre relativos y subordinados al progreso de sus propias estructuras.

Además, para la especie humana, es interesante el hecho reconocido por sociólogos como F. Tonies, Max Weber y su escuela, y otros, de que la "*conciencia colectiva*" no es un sentimiento biológico elemental, sino un producto de la *cerebración social*. Y esta noción es importante para explicarnos el modo del progresar histórico de la *conciencia social*, porque en la especie humana adquiere una jerarquía casi específica. La comunidad humana actualiza una serie de valores intelectuales o espirituales que forman el sustractum de dicha conciencia social, independientemente de la adaptación del organismo del individuo.

Así como en ciertas sociedades animales (insectos) la división del trabajo conlleva una adaptación de estructura orgánica, el hombre realiza la creación social como un epifenómeno de su actividad cerebral. En la especie humana no puede haber castas, en el sentido genotípico, como las hay por ejemplo en la sociedad de las abejas o de las hormigas, con diferenciaciones orgánicas. El hombre ofrece una plasticidad que le da una capacidad de estructuración social evolutiva de origen puramente psíquica. Y esto es muy trascendente para examinar sin ningún prejuicio el problema del progreso colectivo de la especie.

En el caminar histórico de este progreso, los nombres a veces importan poco. Nuevos fenómenos, nuevas etiquetas, nuevos conceptos. Pero la evolución plástica de las estructuras sociales hacia una concatenación cada vez más amplia, es la norma de nuestra época, como una nueva versión de lo que en su tiempo se dió en llamar federalismo.

Nos hallamos en un momento crucial de la evolución política del mundo. Se ha esquematizado demasiado en base a la terminología económica: capitalismo, marxismo, sindicalismo, obrerismo. Se ha también esquematizado partiendo de los conceptos simplificados de *guerra* y de *paz*. Existen, además, los obsesionados de la guerra; se ha inventado la guerra fría. Y hasta la concepción focal de la guerra, que tiene también un nombre prestado por la patología (absceso de fijación) revela el progreso doctrinal realizado en este terreno, el más abstruso de los terrenos humanos. El fantasma de la clásica guerra destructiva, perfeccionado con los materiales modernísimos, sirve

todavía de espantajo a muchos, de encandilador a otros y de ilusión a algunos hombres.

Pero no sólo es este peligro el que perturba la esperanza de la humanidad actual. Hay otros males tan graves como la guerra, que contienen los gérmenes de la violencia reivindicativa. La esclavitud de unos pueblos por otros y la opresión de un pueblo por un grupo tiránico. Este problema debe ser previamente resuelto al de la integración federalista, porque su solución se engloba en el conjunto de la formación de superestructuras federativas.

Por esto en un primer plano debemos colocar el básico respeto a los derechos individuales, como fundamento del nuevo sistema de estructuración política mundial. Así lo reconoce la moderna declaración sobre Derechos Humanos proclamada por las Naciones Unidas: "el Hombre hizo su aparición en la playa internacional". *Nosotros los pueblos,* equivale a *nosotros los hombres.*

No basta haber proclamado que los pueblos podrán elegir libremente su forma de gobierno. Es necesario garantizar las condiciones ambientales que permitirán asegurar tales derechos. Y tales condiciones deben ser exigidas en la organización de la democracia. Hace pocos años lo decía André Gross: "Si los demócratas no saben organizar el mundo, si ellos mismos han perdido la fe en la democracia, la lucha está ya perdida. El peligro para la democracia es más bien interior que exterior". En efecto, la estructuración interna de una sociedad democrática es la base para la sucesiva asociación de las nacionalidades.

En todo este mecanismo debemos desechar cualquier solución estática. De ahí que no se ha llegado todavía a una realización eficiente, la cual vendrá por la vía de la dinamización. Julián Huxley, en sus ensayos biológicos, lo ha reiterado de modo certero: "La democracia requiere una revisión de ideas en relación con el mundo que cambia. Una buena parte de lo que consideramos la esencia de democracia resulta aplicable únicamente a un aspecto parcial de la democracia; o únicamente al período determinado del que ahora estamos saliendo". Porque Huxley recuerda que mucha gente comienza hoy a descubrir que ha estado viviendo una revolución sin darse cuenta. Y la revolución de nuestros días entraña una profunda transformación del concepto nacionalista unida a una vinculación cada

vez más específica entre los distintos países, aun aquellos que son más distantes.

En la actualidad, la orientación de los estadistas europeos se dirige francamente hacia un sistema federativo. Aun cuando la organización propugnada oficialmente no obedece a un criterio lógico dentro de una concepción democrática, la verdad es que es unánime la convicción de que hay que llegar a constituir la federación europea del Occidente. Ahora bien: cuando se quiere constituir una Europa federal empezando por un ejército y por un consejo designado a espaldas de los pueblos, el fracaso es ineludible. Mas dicho fracaso se refiere al procedimiento, porque él mismo llevará al verdadero camino, que es el de una representación auténtica de los pueblos, con una sucesiva jerarquización de poderes.

A pesar de los obstáculos mencionados, la doctrina federalista va abriéndose paso en los trabajos preliminares que se realizan. Es muy interesante, a este respecto, la reunión de cancilleres que integran la llamada *Comisión del Consejo de Europa,* celebrada en París en marzo de 1952. En esta reunión se propuso ya una rectificación de procederes, desde luego insuficiente, pero que traduce el reconocimiento del craso error que acabo de mencionar. Fué el mismo A. Eden quien hablaba de integrar en una sola entidad de cooperación europea los distintos órganos creados hasta ahora tales como el Consejo de Europa, el plan Schuman y el Consejo de Defensa (Ejército Europeo). Pero Schuman iba algo más lejos: declaró que en lugar de incluir al Consejo de Europa dentro de la estructura de la Comunidad de Defensa Europea, debiera tratarse de someter este organismo militar bajo el control del Consejo de Europa. Pero además, en dicha reunión se aprobó un anexo al plan de la Organización por el cual se creara una Corte Suprema europea destinada a proteger las libertades básicas en los Estados miembros. Es este un paso trascendente, aun cuando sus efectos no sean percibidos inmediatamente. Y además se requiere a las naciones del Pacto que realicen elecciones libres a intervalos razonables y se obliga a sus gobiernos a respetar los derechos humanos.

En mayo de 1952, la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa, reunida en Estrasburgo, acordó por gran mayoría acelerar la formación de una federación continental que esté capacitada para fiscalizar al ejército europeo y a la comunidad de-

fensiva. Si bien es verdad que tales acuerdos se han tomado bajo la presión de una atmósfera militarista que parece nutrirse de la neurosis belicista reinante, también cabe reconocer que aún en plena neurosis los estadistas europeos han debido reconocer la supremacía de la organización política sobre el ejército federal en vías de organización.

Pero además, dicha asamblea votó entusiásticamente la estructuración del *organismo político supranacional* para el Occidente de Europa. Un numeroso grupo de delegados, encabezados por Spaak, preconizaron la convocatoria de una Asamblea Constituyente europea, designada por sufragio popular. Esta idea va prosperando en las esferas oficiales de Francia, las cuales tienden cada vez más claramente a preconizar la formación de un parlamento europeo que pueda servir de base para un organismo político con autoridad supranacional. Así se llegaría pronto a la creación federativa de los Estados Unidos de Europa.

En la actualidad, estos proyectos van tomando forma más orgánica en las reuniones celebradas en Luxemburgo, donde la idea de una integración política de Europa gana terreno entre los artífices de la vida internacional. El nexo entre los distintos organismos supranacionales creados en la Europa Occidental (económicos, militares, técnicos) se está perfilando cada vez más, y la convocatoria de la asamblea constituyente europea presidida por Paul Henri-Spaak parece ser una realidad inmediata. En Estrasburgo (septiembre, 1952), Konrad Adenauer declaró solemnemente que estos proyectos tienden a constituir un parlamento supranacional europeo y unas bases para los Estados Unidos de Europa. Falta mucho camino que recorrer; mas debemos tener presente que nunca se hacen de una vez los grandes progresos de este tipo integrativo, sino por esbozos parciales que con el tiempo se van articulando y perfeccionando.

Así se está preparando el camino hacia la federación mundial. Las Naciones Unidas constituyen sólo un paso hacia esta meta. Aun cuando actualmente el funcionamiento de la ONU sea deficiente, constituye un estadio de transición indispensable. Por otra parte, son muchos los intelectuales eminentes que piden la formación de un gobierno federativo mundial. En un mensaje publicado el 10 de octubre de 1945, un grupo de personalidades norteamericanas protestaban de que disfrutemos de la

paz por obra del azar. La paz por la ley es lo que quieren los pueblos del mundo.

Al buscar la regulación de las relaciones entre los grupos humanos para su convivencia armónica, se piensa en el federalismo. En el aludido manifiesto (entre cuyos firmantes figuran Einstein, Thomas Mann, Tucker, etc.), se afirma que "ningún sistema de ligas intentado jamás en la historia de la humanidad pudo evitar el conflicto entre sus miembros. Debemos abogar, pues, por una constitución federal del mundo y un orden legal mundial, si deseamos impedir la guerra mundial atómica".

La revolución actual del mundo parece dar un salto en el vacío. Al otro lado del despeñadero se divisa el peligro inigualado de la guerra atómica. Este mismo peligro ha de ser acicate de la evolución. Dardo Cúneo nos lo dice muy gráficamente: "las crisis obligan; a mayor conmoción que ellas suscitan, más ambicioso será el programa que las enfrenta: a mayor riesgo que ellas importan, más tensa e intensa la sustentada fe. Las crisis son la prueba de los fuertes. Y es en el drama de las grandes crisis donde se dan los júbilos de las grandes construcciones". Sólo que en esta crisis actual el esbozo de la gran construcción no se hace visible más que para aquellos que saben mirar hondamente al futuro.

Cuando se reprocha al racionalismo del siglo XVIII su carácter demasiado reformista, o su idealismo que se pierde en lo abstracto, quizás se comete el mismo error de perspectiva que cuando hoy, en nombre de un pragmatismo objetivista nos empeñamos en desconocer el gran papel histórico de esta nueva filosofía dinámica internacional. También parece abstracta, imprecisa, la actual tendencia a una estructuración federativa del mundo. Pero responde a una necesidad percibida desde los más variados horizontes políticos. Las soluciones parciales provocadas en contra de los derechos populares no son tales soluciones. Los grandes problemas del mundo conturbado exigen un equilibrio dinámico, basado en las auténticas democracias nacionales y en sucesivas superestructuras internacionales, cuya elaboración es obra del futuro inmediato.

EL HOMBRE, LA EDUCACION Y NUESTRO TIEMPO

Por *Luis REISSIG*

La educación no es una marcha hacia atrás. Se puede educar para el crimen, para la corrupción, para la muerte; pero el hombre, ni en su conjunto ni en la inmensa mayoría, aceptaría esa educación; no por bondad, sino por necesidad; y hasta por incapacidad. El hombre necesita y quiere sobrevivir, desarrollar sus posibilidades, ensanchar y enriquecer su mundo. El crimen, la corrupción, la muerte son momentos negativos inevitables; pero a los que el hombre no se consagra. Los últimos cincuenta años parecieran dar un mentís a esa afirmación, pues el crimen, la corrupción y la muerte han sido notas sobresalientes; pero, ¿no han sido más los esfuerzos para abatirlos o alejarlos? El ejemplo que está dando y ha dado la humanidad no es del retorno al mundo del megaterio, sino la realización del mundo del hombre, es decir, de un mundo entendido como de superación de etapas.

El hombre continuará avanzando hacia un mundo mejor; cada vez descubre, construye, se capacita, adquiere conciencia, se fusiona con su mundo, se civiliza, accede a una nueva cultura. Lo extraordinario del hombre es su posibilidad de superar todas las crisis vitales que hasta ahora se han presentado. De todos los seres vivos es el que hasta ahora ha dado más pruebas de competencia en su mundo para interactuar en cualquier campo complejo. Va venciendo tenazmente las dificultades que se oponen a su completo dominio de la naturaleza: temperatura, atmósfera, provisión de energía. A justo título puede considerarse el *homo sapiens*.

Pero no debe descuidarse; tiene un patrimonio genético envidiable; dispone de un mundo que le permite vivir como el gran potentado cósmico; sus posibilidades para hacer de la naturaleza lo que quiera para su beneficio son inconmensurables; pero el universo no está funcionando para el hombre,

ni ha sido hecho para el hombre, ni nadie, sino él, lo salvaría de una derrota biológica.

El hombre debe estar siempre a tono con la marcha del tiempo cósmico, no solamente del tiempo solar. Su interacción con su mundo debe ser constantemente vigilada y mejorada. La naturaleza, el mundo, el hombre pueden desaparecer algún día; pero la vida seguirá su curso. La desaparición del hombre no será más que un episodio.

Lo que más distingue al hombre de otros animales, es la mayor frecuencia de su proceso de interacción. Es el que más cambia, el que más diversidades presenta, y por lo tanto, el que más posibilidades tiene de sobrevivir. Quien más interactúa, más participa, más vive. Las especies pasivas, incoherentes o incapaces de responder a las solicitaciones del medio, desaparecieron o están en trance de desaparecer.

El mundo del hombre no es el mundo del elefante o del camello, de la hormiga o la mariposa, del roble o del junco. Cada forma de vida tiene su forma de mundo. "¿Qué no daríamos —se ha dicho— para poder ver el mundo con el ojo a facetas de una mosca o con el cerebro rudo de un orangután?".

El hombre no nace; se hace. Lo que nace es una estructura biológica en un ambiente pero en ese momento "el hombre" está todavía por hacer; es a partir de ese momento cuando entran a jugar su papel nuevas interacciones. Las propiamente humanas, las que constituyen su historia, pues también había otras interacciones, las biológicas, en su gestación intrauterina. Y ¿qué duda cabe que según el ambiente es el hombre?

El problema educativo consiste, pues, en la organización de un ambiente adecuado. No se educa en las aulas sino en la vida y a través de la vida. La función del ambiente es la de provocar un cambio de actitud en el hombre. Un cambio de actitud es parte esencial del proceso educativo. El aprender algo sin modificar el comportamiento, la actitud, es solamente instruirse; el llegar al cambio de actitud es educarse. Esa es la diferencia neta entre educación e instrucción: si hay o no hay cambio de comportamiento.

La forma de actuar es sobre el ambiente con el hombre y sobre el hombre con el ambiente; pero no sobre el hombre con el hombre. Es el planteo educativo correcto. La educación vigente todavía en muchos países, y que llamaremos clásica, no

ignoraba el ambiente, pues tenía pruebas sobradas de que las posibilidades de rendimiento de cada educando dependían del medio de que provenían; pero la excluía como factor preponderante; confiaba en la acción directa sobre el alumno. "La letra con sangre entra" se decía; y también se hacía sangrar; el castigo era, con frecuencia, el vehículo de acceso de la letra. Miguel de Montaigne, en carta a la condesa de Gurson decía: "Visitad un colegio a la hora de clases y no oiréis más que gritos de niños a quienes se martiriza; y no veréis más que maestros enloquecidos por la cólera". Un profesor alemán se jactaba de haber aplicado, durante el tiempo que ejerció el magisterio, 2.227,302 golpes. Hoy en esos mismos países, se oyen menos gritos y se dan menos golpes; acaso ninguno; pero se persiste en usar el procedimiento de "introducir" la letra. La instrucción avanza, pero la educación no; falta el cambio de actitud, falta la intervención decisiva del ambiente.

El hombre se manifiesta a través de condiciones ambientales, que a su vez refluyen sobre él. Según el ambiente, el hombre; según el hombre, el ambiente. Basta entrar a una casa para saber quién vive; basta ver cómo un hombre come o se viste para saber bastante de ese hombre. Cuanto mayor es la diferencia de niveles entre el que observa y el campo de observación, más clara es la percepción. Si no hubiera diferencia, la percepción sería nula. La pluralidad en el ambiente facilita la percepción, la comprensión, despierta el estímulo, posibilita el cambio de actitud. Enriquecer el ambiente es enriquecer al hombre. La regla educativa de "sacar" del niño o del adulto lo que se llama sus "potencias", inexpresadas, escondidas, por acción directa, persuasiva o conminativa, es inoperante. Nadie tiene nada "dentro"; ni fuera: todo es una interacción. Nada está "preparado" ni "listo" en la vida, todo se va haciendo mientras se vive.

El hombre es una incógnita, pero no en el sentido de lo que guarda y esconde, sino de lo que no es todavía por carencia de nuevas interacciones. El hombre de la prehistoria seguramente difería bastante del actual; también su ambiente. Si tuviéramos que optar entre la "reconstrucción" física del hombre de la prehistoria o de su ambiente, sería preferible esto último; el hombre en sí nos diría muy poco en relación con su obra y su habitáculo; en cambio con la reconstrucción de su ambiente conoceríamos su saber, su poder, su civilización, su cul-

tura. La forma de su cuerpo, sus funciones no dejarían de interesarnos, pero no arrojarían ninguna luz sobre lo que fué el hombre, es decir, sobre lo que fué su interacción con su ambiente y la huella que en él quedó grabada.

Lo que hace superior al hombre sobre toda la fauna es su posesión de un sistema de vida más complejo y rico. Los descubrimientos que se han hecho acerca de la "inteligencia" de los animales o de las plantas revelan la infinita lentitud de su proceso de interacción, la pobreza de sus recursos, la fatigante repetición. Las abejas de Egipto o de Grecia construían sus panales, libaban su miel como hoy en día; pero los hombres de hoy hacen maravillas si se los compara con los que vieron construir el Partenón o las pirámides. ¿Y qué son seis mil años en la vida del hombre? La sentencia "nihil novi sub sole" es falsa. El sol no alumbra dos veces la misma cosa. El hecho de no haber sido superadas formas pretéritas de la literatura, la religión o el arte griegos o egipcios, no quiere decir que el hombre de hoy no ha avanzado con relación al de entonces. El hombre siempre avanza como tal, aunque pueda no hacerlo con respecto a algunas de sus manifestaciones. Pestes, podredumbre, hambre, miseria, degradación han roído la humanidad; y sin embargo el hombre permanece en tensión. Miles, millones de hombres pueden sumirse en el relajamiento. Pero la humanidad no.

La desigualdad de oportunidades es lo que más distingue a los pueblos y a los hombres. También distingue los ambientes. Puede decirse: según el trato, el resultado. Todo hombre puede ser elevado o rebajado de nivel humano hasta límites inconcebibles a priori. La sumisión o el orgullo, el miedo o la osadía, la pureza o la lacra no dependen del hombre sino de las condiciones en que se configura.

El rostro del hombre es el rostro del medio en que el hombre vive: burócratas, tahures, predicadores, horteras, saltimbanquis no han nacido tales; se configuran mientras viven. El hombre es hijo del hombre y de su medio.

Cuando se examinan las estadísticas, que señalan con el patetismo de sus cifras cómo vive el hombre, y, en consecuencia, qué es hoy, todavía, la mayor parte de la humanidad, no cabe dudar que la mejora del medio es previa a la mejora del hombre. Los tres cuartos de la población del mundo, insuficientemente alimentados, padecen de hambre o semi-hambre crónicas;

no tienen vivienda ni abrigo adecuados; sufren enfermedades endémicas y epidémicas; viven pocos años; la inseguridad, la promiscuidad, el temor, la servidumbre, la desintegración social, la corrupción forman su trasfondo. Esa misma proporción de bajos niveles de vida se traduce en formas efectivas de ignorancia: solamente en punto a alfabetización —y no es lo más grave— los dos tercios de la población del mundo no saben leer y escribir correctamente; algo más de la mitad no lo sabe hacer de ninguna manera. "Sin cárceles ni alambradas —ha dicho hace poco Torres Bodet, director de la Unesco— más de 1,200 millones de hombres y mujeres viven en el calabozo invisible de la ignorancia". Se refiere a que sobre 2,500 millones que forman la población del mundo, la mitad es analfabeta. En América Latina, sobre 140 millones de habitantes, en números redondos, más de la mitad es también analfabeta, pues a los 70 millones de adultos analfabetos, hay que agregar 19 millones de niños que no asisten a las escuelas. ¡19 millones que no asisten contra 13 que asisten! Esto sólo basta para comprender la gravedad del mal. ¿Qué es lo apremiante para remediarlo? ¿Escuelas? No: elevación de niveles de vida. Sin niveles adecuados que la mantengan, la escuela se hunde. Hablo de la escuela clásica, tal como la conocemos. La escuela del futuro, acaso del futuro inmediato, será un instrumento de transformación del medio, mas no con métodos escolares, sino sociales. La escuela típica actual es para niños y adolescentes. Los niños y adolescentes no transforman el mundo. Sólo el adulto, la comunidad pueden hacerlo. La educación en el propio seno de la comunidad es la escuela del futuro.

Hay un viejo pleito acerca de lo que deben reservarse el hombre y la sociedad; es un pleito tan viejo como el alma y cuerpo, hombre y mundo. Los hombres de ciencia, los artistas, los escritores han sido blanco de las objeciones; casi siempre de índole político-social. Unos han dicho sí, y otros no, a las diversas cuestiones planteadas; generalmente mal planteadas; y hasta planteadas de mala fe. Se ha querido arrancar respuestas que no eran respuestas a la cuestión explícita —la que resultaba del texto— sino a la cuestión implícita —la que resultaba del sobrentendido. En realidad nunca se quiso llevar a la reflexión sino a la decisión, lo que suponía haber tomado de antemano el camino de la militancia, no el de la interacción. Por el camino de la interacción todo hubiera sido claro; impo-

sible negar que el hombre se debe a su tiempo y a su medio; nadie puede sustraerse a esa relación; pero por el camino de la militancia sobrentendida el problema se tornó agrio y oscuro. Estamos —es visible— en una época de militancia aguda. Pero es una época que pasará, aunque dure mil años. Lo que hay que cuidar es que el hombre conserve y amplíe su capacidad de interactuar. Que los hombres piensen negro o blanco interesa, desde luego, a los que optan por uno u otro color; pero cuando se opta por el hombre, lo que interesa es que piense, que siempre pueda pensar, que no renuncie a ello.

Hombres de ciencia, artistas, escritores, son también responsables de haber contribuído a enturbiar el campo, al negar la necesaria intervención de lo político y lo social en la ciencia, el arte, la literatura. Cuando han dicho sí o no, aceptando o rechazando los planteos, han dado respuestas a la cuestión implícita pasando por alto la cuestión explícita. Sabían que se les planteaba el decir sí o no a una interpretación y acción político-social determinada; pero tuvieron miedo de afrontar la ira catequística y divagaron acerca de la independencia del arte, la ciencia y las letras y los derechos inalienables de la libertad de investigación y creación.

La ciencia, el arte, la literatura, como toda expresión del hombre, no pueden sustraerse a las condiciones del medio en que esa ciencia, ese arte, esa literatura se producen. Las condiciones del medio, incluso las políticas y sociales determinan contenidos y formas. ¿Sería acaso posible sostener que la física, la poesía, la pintura del siglo XX hayan podido ser las del siglo I? ¿Qué otra cosa que condiciones de vida han fijado sus límites y dado su pauta? La economía, la política, la civilización, la cultura, ¿no están dependiendo una de otra y de todo el conjunto? ¿Qué hay que pueda señalarse como abstinente de toda participación? Y así como es legítimo aceptar que toda condición social y política tiene derecho a "su" ciencia, "su" arte, "su" literatura, porque son vías naturales de su propia expresión, es legítimo aceptar que "la" ciencia, "el" arte, "la" literatura, tienen derecho a crear e investigar libremente; es decir, derecho a tener expedita la vía de sus contactos e interacciones por encima y por fuera de las restricciones sociales y políticas. Y las dos clases de ciencia, arte, literatura serán válidas, y podrán contribuir a elevar la vida humana si llevan un contenido válido de ciencia, arte y literatura. Además ¿pue-

de ignorarse la influencia profunda que sobre procesos políticos y sociales han tenido siempre la ciencia, el arte, la literatura? Todo el proceso económico, político, y social que se está desenvolviendo en el mundo moderno, ¿es ajeno, acaso, al punto de desarrollo en que se encuentra la física nuclear? La lucha gigantesca, como nunca conocida, por la conquista en total o en gran escala de la energía, es ajena a la fisión del átomo? ¿Qué otros campos de acción social y política serán abiertos si la genética puede, a su vez, abrir nuevos rumbos para la creación de nuevas estructuras y funciones? Y ¿qué duda cabe que la energía atómica liberada y la genética se sirven de las interacciones de sistemas sociales y políticos que les brindan oportunidades, o bien padecen las interacciones de otros?

Nuestro tiempo es un tiempo de rectificación y nivelación, más que de perfección de formas. No muestra aún su verdadero rostro; nos deja con la pregunta y la mirada. Se comporta como tiempo de transición. Y lo es. Los problemas básicos que plantea exceden casi siempre toda posibilidad de realización inmediata. Los sueños de los que hace un siglo imaginaron el mundo para cuando llegara el año 1950, parecen hoy una frágil y pueril aventura del pensamiento.

Tiempo de transición, que, por lo tanto, no proporcionará al hombre un sistema de vida perdurable. El nacimiento de la era atómica no puede, tan de comienzo, fijar el contenido y la forma del sistema de vida, de la cultura de nuestro tiempo. La obra de hoy es labor sin gloria, aunque con esperanza. Trabajamos para un mundo que no hemos de ver; para un mundo que nos ha de ignorar. Pero el tiempo y las condiciones del medio nos acosan. Nada tiene, en verdad, reposo. Los que fuimos testigos del comienzo idílico del siglo XX —y no es mucho decir— sabemos y sentimos la ruptura de dos mundos, que acaba de cumplirse. Ante esta ruptura el problema del hombre y su interacción se convierte en el primer problema. ¿Qué es el hombre? ¿Qué puede esperarse de él? ¿Qué vale, qué quiere, para qué vive? Durante los siete mil años de su historia ha sembrado el mundo de crímenes y de hazañas, de miseria y de riqueza; abyecto y sublime, ha derribado y construído; genio del mal y del bien, con el mismo fuego ha arrasado y forjado.

¿Podría el hombre, algún día, sembrar el mundo de hazañas y no de crímenes; inundar de riqueza y abatir la miseria;

ser sublime, construir y forjar una humanidad que no esté recluída en lecho de dolor y de podredumbre?

La respuesta ingenua sería: podrá. La respuesta reflexiva sería: es preciso que pueda. Nuestro siglo, mejor dicho la vida, han quebrado para siempre las varitas mágicas. Nada aparece si las condiciones no están dadas, si el hombre no hace un esfuerzo. Su gran esfuerzo es el de la reconstrucción del mundo, su profunda y nueva interacción con su mundo.

La cuarta parte de la superficie de la tierra está constituída por zonas áridas o semi-áridas. Profetas de antaño dijeron: "En el yermo surgirán y correrán las aguas, y en el desierto habrá corrientes. Y las arenas calcinadas se transformarán en laguna, y la tierra sedienta, en fresca corriente de agua. . . Y habrá allí un camino".

Pero las tierras áridas o semi-áridas del mundo, mayores hoy que hace siete mil años, no serán modificadas por la voz de los profetas. Un día —qué duda cabe— hasta el Sahara florecerá. El Sahara, el mayor desierto del mundo, será reconquistado para el hombre y por el hombre. Vastos mares de agua subterránea hay en casi todas las zonas del mundo, aun en los desiertos. Vastos mares de energía hay en todas las zonas del hombre. El hombre y su mundo constituyen un continente en continua formación. ¿Qué puede saberse del hombre cuando apenas vive, apenas sabe, apenas actúa? La humanidad es, todavía, una masa muda, ciega, sorda, maniatada y sufriente. Su mundo es todavía un mundo yermo, indescifrado. Desierto e ignorancia, miseria y dolor privan en ambos.

El nuevo proceso educativo de nuestro tiempo es el de volver al hombre a la más completa integración con su mundo. El aumento de su ración educativa es sólo un postulado social. El aumento de su participación integral en la construcción y rumbo del mundo, es el desiderátum. El hombre solitario, impotente, frustrado, hastiado, fatigado, temeroso, mudo, vencerá la soledad, la impotencia, la frustración, el hastío, la fatiga, el miedo; es decir, recuperará al hombre. Y recuperará el habla. La recuperación del hombre por el hombre para la construcción de su mundo sobre nuevos niveles sería su hazaña. Todo temor, toda disminución habrían sido vencidos. Su serena y potente osadía de saber, habría penetrado en las entrañas de su mundo.

Y por primera vez se habría hecho la luz sobre las tinieblas.

UNA FILOSOFIA DE LAS FORMAS SIMBOLICAS[1]

Ernst Cassirer, en 1923-29, publicó tres volúmenes que tituló "Filosofía de las Formas Simbólicas", aun no traducida al español, no obstante el empeño del Fondo de Cultura Económica, por dar a conocer las obras del eminente filósofo alemán. La consideración que hace Cassirer en el prólogo a "Antropología Filosófica", en 1945, de ser esta obra, resumen de aquélla y contener rectificaciones a ideas expuestas, veinte años atrás, no justifica la omisión ni repara la falta que hace obra tan fundamental, como "Lenguaje y Mito", segundo volumen de la "Filosofía de las Formas Simbólicas".

Por ahora el libro de Wilbur Marshall Urban "Lenguaje y Realidad", cuyo autor parece servir en la Universidad de Yale, donde Cassirer pasó sus últimos años, pretende replantear rigurosamente los supuestos y condiciones de una filosofía de las formas simbólicas, para alcanzar sus más largas y significativas consecuencias. Así el Dr. Urban se coloca en primera fila, como discípulo y tenaz continuador de las doctrinas de Cassirer. En los momentos más decisivos, el Dr. Urban invoca, en forma casi infalible, la alta autoridad de Cassirer, así para determinar el sentido y forma del lenguaje, como para resolver las difíciles relaciones que surgen entre el lenguaje, la lógica, el arte, la ciencia, la religión y la metafísica. Más de una vez se dice explícitamente que las ideas de Cassirer han sido el hilo conductor en la estructura y desenvolvimiento de su filosofía de las formas simbólicas.

La obra, como lo indica el subtítulo, tiene dos grandes partes que abordan la filosofía del lenguaje y los principios del simbolismo.

Para Urban, la filosofía del lenguaje "se ocupa de la valoración del lenguaje como portador de sentidos, como medio de comunicación y como signo o símbolo de la realidad" (pág. 29).

Una cualidad muy apreciable en el autor es la precisión con que plantea sus problemas y la fidelidad con que subordina su trabajo a ellos. El enunciado de los fines propios de una filosofía del lenguaje

---

1 WILBUR MARSHALL URBAN: *Lenguaje y Realidad.* "La Filosofía del Lenguaje y los Principios del Simbolismo". Traducción de Carlos Villegas y Jorge Portilla. Fondo de Cultura Económica, 1952. 638 pp.. México.

anticipa los puntos de su estudio, en los que descansará indefectiblemente su doctrina.

Desgraciadamente, el autor no tiene una prosa fácil ni amena. En esta parte, pasa y repasa, una y otra vez, hasta el cansancio, la posición de la escuela que llama empirista, algunas ocasiones, neonominalista o nominalista otras, o también behaviorista, para contraponerla, punto por punto, a su doctrina, que denomina idealista o trascendental. La empirista es algo así como el contrapunto de toda esta parte del libro, por lo demás, rica en análisis, minuciosa y aun detallista, en cuanto aspecto pueda influir en el programa propuesto. La obra de Ogden y Richards "El sentido del sentido" es tan puntualmente analizada y combatida que no sólo parece haber sido considerada en su totalidad, sino aún utilizada para el ordenamiento de los temas estudiados ahí.

Sin embargo, esta parte parece innecesariamente aumentada, por esta preferente atención crítica prestada a la escuela empirista, sobre la que se esgrimen argumentos tan convincentes que bien podría haberse abandonado, digamos, a las cien páginas.

Cuando Carnap declara sin sentido y como seudoproposiciones, aquellas que no corresponden a un sentido empirista, afecta naturalmente amplias zonas verbales de lo artístico, lo religioso y lo metafísico. La consideración de que si la referencia de toda proposición fueran entidades estrictamente observables, la mayor parte del lenguaje carecería de sentido, se asienta y se discute más ocasiones de las que la tolerancia aconseja.

Uno de los estudios, empero, mejor logrados es la refutación de aquella tesis sostenida por Demócrito y que tan bella y finamente expuso Anatole France en estas palabras: "¿Qué es el lenguaje humano sino el grito de las bestias de la selva o de la montaña, complicado y corrompido por arrogantes antropoides?".

Esta tesis interjectiva, sobre el origen del lenguaje, deja paso a la doctrina del sentido autónomo. La movilidad de los signos verbales, que pasan de una a otra significación, las etapas imitativa, metafórica, analógica y simbólica del lenguaje, en las que está, por decirlo así, planificado su desarrollo total, demuestra como hay un ascenso gradual, en el caudal significativo de las lenguas, desde lo concreto y lo físico hasta lo abstracto y espiritual.

Una afirmación central de la filosofía del lenguaje del Dr. Urban reside en la inseperable unión que se establece entre expresión e intuición. Si por un lado, el lenguaje no puede atenerse a la exigencia empírica de la indispensable referencia a entidades observables, y por

otro, toda expresión lleva consigo una proyección plástica o imagen del objeto que menciona, aunque éste sea de aquellos que no permiten una representación intuíble; se ve desde luego la imprescindible necesidad de justificar este arrastre intuitivo o imaginativo del lenguaje, en una teoría de los símbolos, que precisamente mientan objetos no intuíbles, al través de aspectos de objetos de la intuición, que por su semejanza o relación hacen posible esa referencia metafórica o analógica. Por lo mismo, puede afirmarse, taxativamente, que todo lenguaje específico, ya sea el del arte como el de la ciencia o la religión, deben traer, aunque sea implícitamente, una imagen cósmica, una revelación plástica de la vida, cuya última justificación descansa en una teoría metafísica.

A pesar de que el autor cita a Husserl, tal tesis parece hacer poco honor a la intuición de las esencias de este filósofo que afirma la capacidad del espíritu humano para ver, bajo ciertos requisitos, lo puramente eidético de las vivencias. Pues, en síntesis, lo que se afirma es que no es posible la captación de significaciones ideales, si no es al través de representaciones de carácter estrictamente sensible. Este es tal vez el reparo más obvio que levanta la tesis del Dr. Urban.

Los aspectos de una filosofía del lenguaje, como son su genética, su sistema estructural, y las doctrinas como el historicismo, el sociologismo, el espiritualismo, etc., que como en tantas otras ciencias del espíritu, exigen consideración especial, están desgraciadamente muy superficialmente tratados.

El análisis lógico del lenguaje forma una zona muy importante en el desarrollo de esta parte. Fundamentalmente, se hace mención de la tesis empirista, que resulta fácilmente desechada, no sólo por la preferente atención dispensada antes, sino al mostrarse la necesidad de que sea vehículo de referencias indicativas o denotativas, significaciones teóricas o lógicas y sentidos emocionales o valorativos.

La afirmación de que la lógica no puede ocuparse del sentido de un término o de una proposición, ya que tiene que darlos por supuestos, resulta, sin embargo, muy discutible. Porque si alguna tarea parece imperativa a la asepsia del espíritu que proporciona la lógica, es ésta de discernir entre los varios sentidos de un término o una proposición, para optar por alguno de ellos, en razón de expresas y cuidadosas fundamentaciones. De otro modo, no se entendería la pretensión de la ciencia de constituir una lengua especial, por el fino análisis de su terminología, característica admitida en la obra del Dr. Urban.

Un problema, cuidadosamente tratado, es la relación del sentido idiomático y de la verdad. Se discute la verdad en lo que el Dr. Urban

considera sus clases más sobresalientes: la verdad por simple contacto (¿verdad por aprehensión simple, señores traductores?), verdad por descripción y verdad por interpretación.

La verdad por simple contacto es una verdad solipsista, que no necesita comunicación y que se verifica por una sola persona. Su refutación no parece convincente. Comprobar o verificar el color de un cuadro, la existencia de un sonido determinado, etc., parece enteramente posible, sin la comunicación, es decir, porque una sola y misma persona puede llevarla a cabo.

Pero lo importante es la afirmación de que la verdad es expresión adecuada, o su desarrollo más amplio, de que la verdad reside totalmente en el discurso. Esta tesis de Cassirer parece que ha recibido un matiz diferente. Lo que el filósofo alemán parece haber dicho en su "Antropología Filosófica" es que ninguna tesis puede comprobarse, fuera del trasfondo objetivo de fundamentaciones de la ciencia correspondiente, ya que ésta le presta no sólo sentido, sino base y fuerza lógica. Pero no sucedería así, si por discurso se entiende, además, todo el residuo mítico y poético o el arrastre intuitivo del lenguaje, cuyos aspectos son tan claramente defendidos por el Dr. Urban.

Pero únicamente una doctrina de los símbolos puede juzgar e interpretar la verdad simbólica del lenguaje y su pretensión de captar y conocer la realidad. Sin embargo, ella sale de los límites propios de una filosofía del lenguaje, pues forma la materia de la segunda parte destinada a los Principios del Simbolismo o a una Filosofía de las Formas Simbólicas.

Juzgo como la parte más fácil, más fértil en sugestiones, más rica en matices, más interesante por todos conceptos, ésta dedicada a desarrollar la función simbolizadora en las esferas del arte, la ciencia, la religión y la metafísica.

Se establece un esquema claro y rígido en el estudio de estos lenguajes específicos: se estudia la lengua correspondiente y sus símbolos característicos; la expansión del símbolo o lo que dice explícitamente; lo que dice en realidad o su interpretación de lo implícito; sus consecuencias metafísicas, por ser todos ellos "metafísica disfrazada".

La contraposición de lengua poética y científica, le parece a Urban, y con razón, de mayor fuerza que la usual entre poesía y prosa, y aún le permite perfilar la "vis poética" con mayor precisión. Naturalmente la metáfora, cuyo sentido es esencialmente simbólico, hace posible una fácil caracterización, junto con la conocida deformación de todo lo estético, para acentuar su peculiar apreciación de valores.

Pero el dualismo de lengua dramática y lengua científica acaba por disolverse en la afirmación de la primacía de aquélla, por ser el medio específico de la metafísica, que balancea todos los saldos y dice la palabra definitiva sobre los universos de discurso de la cultura. Es la lengua de la acción, de la personalización, la única que parece inteligible al hombre, y toda filosofía, dice el Dr. Urban, no es otra cosa que las posibilidades de toda comunicación inteligible.

Si el arte es una humanización del universo, la ciencia es una deshumanización, ya que sus fórmulas matemáticas o relacionales prescinden *ab initio* de los aspectos valorativos de la realidad, que sin embargo han de ser recogidos por la metafísica.

De singular valor son los análisis dedicados a la lengua científica, y en gran parte aceptables. La observación de que toda fórmula matemática, para tener sentido, ha de ser traducida al lenguaje común, y de que toda teoría científica puede decir implícitamente una imagen cósmica, una figura plástica sobre el mundo, son indiscutiblemente de gran importancia. Se palpa el alejamiento de la ciencia físico-matemática de toda visión natural del mundo, la cual sin embargo ha tenido siempre su asiento privilegiado en la esfera del arte. Y este esencial alejamiento de la ciencia de nuestra realidad más cotidiana, le fuerza a valerse de símbolos, que no son únicamente ilustrativos, sino a veces verdaderos modelos, regulativos de su investigación y su construcción. Entre la realidad inmediata y las proposiciones netamente científicas, hay todo un complicado universo de discurso, cuya coordinación hacen posible los símbolos. El hombre no tiene ya, en su visión del mundo, sino sólo una forma simbólica.

El estudio de la religión aparece, sin embargo, como el menos convincente. La teología parece enriquecerse con un nuevo argumento, pues se confirma la existencia de Dios, por la mera referencia idiomática de las expresiones religiosas. Por iguales motivos, se había asentado antes que todos somos realistas, epistemológicamente hablando, por el mero sentido y uso del lenguaje.

Hay una referencia trascendente que es la única que hace inteligible al discurso religioso y es la referencia a Dios. El sentido de lo santo, tomado del magnífico estudio de Rodolfo Otto, permanece como el supuesto indispensable de estos análisis.

Es hora de llamar la atención sobre el sentido más profundo que tiene el estudio del Dr. Urban. Las pretensiones de una filosofía de las formas simbólicas hacen honor a los intentos especulativos más importantes en la historia de la filosofía. Tienden a unificar los dispares y separados sectores de la cultura y a ofrecer una síntesis teórica,

bien armonizada pero trabajosamente organizada. Si algo justifica la tarea de la filosofía es la pretensión de formular una interpretación inteligible y uniforme del panorama cultural de una época. Su tendencia a la síntesis, a la unificación, a la simplificación, acerca este estudio de Urban a los mayores intentos en filosofía.

Si todo conocimiento es simbólico, aunque sea en parte (pues admite el conocimiento què `diríamos literal), y los sentidos inteligibles posibles se refieren a sus símbolos específicos y a su verdad simbólica, una teoría o filosofía de las formas simbólicas equivale a una fundamentación del conocer en lógica, arte, ciencia, religión y metafísica y, al expandir o desarrollar sus símbolos, a una interpretación de lo que cada esfera de la cultura dice en verdad sobre la realidad. La filosofía de las formas simbólicas pretende nada menos que establecer las posibilidades más radicales para un conocimiento y comprensión totales de la realidad. Y ésta es indudablemente la más alta tarea que puede imponerse, en cualquier época, todo intento serio y de largos alcances del filosofar.

En el desarrollo de este propósito fundamental de una filosofía de las formas simbólicas hay, sin embargo, ambigüedades que no pueden pasarse por alto, aun en un comentario tan breve como éste.

Las interpretaciones que permiten establecer la verdad simbólica en los diferentes sectores culturales se hacen no sólo en función del sentido que tienen los símbolos en ellos, sino en virtud de principios y verdades fundamentales tomadas en las ciencias, en su sentido literal.

Así, para fijar la relación de la lengua y la lógica, la epistemología ha dado la mayòr ayuda, pues se ha supuesto que todos somos "realistas", para hacer inteligible el discurso; una teoría ontológica de los valores ha resultado necesaria como fundamento del arte, en el lenguaje poético; la característica lógico-formal-matemática de la ciencia, deducida de los estudios de los especialistas y la existencia de la divinidad y el sentido de lo santo han hecho posible el desarrollo de la función simbolizadora en estos territorios espirituales. En fin de cuentas, los principios fundamentales de la epistemología, de la lógica, de la axiología, de la teología, en su sentidos literales y no simbólicos, hacen posible una filosofía de las formas simbólicas, cuando una actitud más consecuente hubiera exigido precisamente lo contrario.

Y aquí encuentro la fundamental divergencia entre Ernst Cassirer y Wilbur Marshall Urban. El Dr. Cassirer parece partir del supuesto de que el lenguaje es un medio transparente, que no nos impide mirar directamente los objetos, ideas o entidades, referidos o mencionados

en el lenguaje. Trata directamente con los fenómenos de cada esfera cultural y determina sus categorías en función de la realidad aprehendida y construída científicamente. Sus afirmaciones no están deducidas puramente de los sentidos idiomáticos, sino pretenden fincarse en lo objetivo, en la realidad que se da en la intuición y en los supuestos científicos.

En tanto que para el Dr. Urban, el lenguaje crea el universo de sentidos cognoscitivos, la inteligibilidad misma del mundo es una función idiomática, y el espíritu es algo así como la conciencia objetivante del propio lenguaje. Hay entre la realidad y nosotros un medio denso, refractario, que nos aleja de ella y que es el lenguaje y sus sentidos cognoscitivos. Parece que en resumen la obra del Dr. Urban pretende decirnos que la cultura no es más que una función estructurada por las formas lingüísticas, y que toda filosofía, verdaderamente radical sobre la realidad, es una filosofía del lenguaje.

Sin embargo, el Dr. Urban reconoce un sentido literal y un conocimiento no simbólico, al que sin embargo, le da un escaso y pobre papel. La metafísica la define en los siguientes términos. "Encontramos que la metafísica era esa actividad fundamental por la cual completamos nuestra experiencia por medio de la postulación de entidades metaempíricas" (pág. 552). Si se examina esta definición, habrá de admitirse que sus términos, en su sentido literal, dan un significado total, adecuado y coherente. Además se cae en la cuenta de que, en definitiva, no son los símbolos los que hacen posible la comunicación inteligible y con ello los universos de discurso de la lógica, el arte, la ciencia y la religión, sino justamente la "postulación de entidades metaempíricas".

Por lo demás, la metafísica misma está subordinada al análisis que de sus símbolos hace precisamente la filosofía de las formas simbólicas, dependiendo el valor de su conocimiento, en grado sumo, del valor que se asigne a esta teoría de los símbolos.

El desarrollo de la obra del Dr. Urban hacía esperar que fuese la metafísica la que finalmente decidiera de lo que dicen en verdad sobre la realidad, el arte, la ciencia y la religión, tanto más cuanto que la verdad simbólica de estas actividades culturales fué referida finalmente a ella, a través de toda la obra.

Y así el lector se encuentra, al término de ella, ante el dilema de dar la primacía a una metafísica, que sigue las tendencias naturales del lenguaje o a una filosofía de las formas simbólicas, que pretende analizar y justificar la función simbolizadora, que a su vez legitima la faena total de la cultura, en todos sus ámbitos.

Estas y otras graves interrogantes levanta la atenta lectura de la obra del Dr. Urban. El tiempo que a ello se consagre no será, por lo mismo, en vano, no sólo por la riqueza de análisis, atisbos y extraordinarias sugerencias, sino en gracia a las radicales aporías que toda filosofía, de grande alcance, tiene que plantear necesariamente, si trata de comprender la totalidad de la experiencia.

Raúl CARDIEL REYES.

Presencia del Pasado

INVESTIGACIONES ARQUEOLOGICAS EN PALENQUE

Por *Alberto RUZ LHUILLIER*

En los confines meridionales del llano boscoso que se extiende desde la costa de Tabasco hasta la sierra de Chiapas, sobre la vertiente del Don Juan, aprovechando una explanada natural que forma peldaño a cien metros encima del nivel de la llanura, los antiguos mayas edificaron una ciudad sagrada que puede considerarse sin exagerar como el punto culminante de la civilización más esplendorosa que haya creado la América autóctona: Palenque. De esta ciudad, tragada por la selva desde hace mil años, sólo conocemos una mínima parte, pero sabemos que se extiende por lo menos seis kilómetros al oeste y dos al este del núcleo ceremonial actualmente visible.

Difícilmente podía haberse escogido sitio más apropiado para realizar una obra digna de los dioses. Esta obra gigantesca, que presuponía la eliminación del imperio de una selva al parecer invencible, da la medida del desarrollo social alcanzado por los palencanos, ya que un grupo humano no logra tal hazaña si no cuenta con suficientes recursos económicos y con técnicas a la altura de sus necesidades, si no constituye un cuerpo fuertemente organizado y si no lo anima el impulso irresistible de una mística colectiva. Los llanos fértiles, cruzados por ríos, arroyos y lagunas, permitían el asiento de una población agrícola extensa y densa, a la que no faltaría ni la tierra ni el agua; el bosque vecino suministraba la madera y la palma para las casas, y el cerro las piedras para los templos; las especies animales abundaban, terrestres y acuáticas, proporcionando carne, piel, plumas, carapachos y conchas. La feracidad del suelo aseguraba no sólo el sustento de la población agrícola, sino el de la numerosa clase sacerdotal y guerrera, cuya misión era interpretar los propósitos de las divinidades, vigilar el paso de los astros, determinar las épocas de las labores agrícolas, asegurar la cohesión y el funcionamiento de la maquinaria social, defender las fronteras contra pueblos enemigos. En

cuanto a la ciudad sagrada, sus monumentos eran visibles a larga distancia, enraizados sobre los cerros en que moraban las fuerzas sobrenaturales de la tierra y del agua, erguidos hacia el reino de las deidades celestes. En su retiro serrano, próximo a grandes centros de población, protegido por su situación estratégica, Palenque fué durante seis siglos santuario y necrópolis, centro científico y artístico, capital política y bastión inexpugnable.

Sin embargo, a la llegada de los españoles, su recuerdo sólo subsistía vagamente entre los escasos grupos que vegetaban en la región, indígenas de la familia "chol" emparentada con los lacandones y lejanos descendientes de los constructores palencanos. A fines del siglo XVIII se empiezan a mencionar las ruinas de Palenque en los informes que rindieron a la Capitanía General de Guatemala, en 1784, el presbítero Ramón Ordóñez y Aguiar y don José Antonio Calderón. Pocos años más tarde, los planos del arquitecto Bernasconi y los dibujos que hizo Almendáriz para el informe del capitán Antonio del Río, revelaron gráficamente al mundo los monumentos y relieves palencanos. El siglo XIX trajo un redescubrimiento de la América indígena; numerosos exploradores y artistas recorrieron las ruinas de Palenque: Dupaix y su dibujante Castañeda, Waldeck quien asombró a Europa con la reproducción del tablero que desde entonces quedó bautizado con el nombre de "Beau Relief", Stephens y Catherwood, Charnay, Maler, Holmes y sobre todo Mausdlay, cuyos planos, dibujos y fotografías no hemos superado todavía. Al principio del siglo XX, visitaron Palenque los primeros maestros de la ciencia americanista: Seler, Tozzer, Spinden y Morley. Durante el segundo decenio del siglo, el Gobierno de México, liberado por la revolución de prejuicios coloniales sobre la cultura autóctona, comprendió que los vestigios arqueológicos no debían seguirse considerando como simples curiosidades expuestas a la codicia de anticuarios y museos extranjeros, sino que constituían un valiosísimo patrimonio elaborado por los propios antepasados a través de centurias, el testimonio de sus esfuerzos y experiencias, de sus descubrimientos y progresos técnicos, de sus conocimientos científicos, creencias y sensibilidad artística, la huella imperecedera de su vivencia y de su contribución a la cultura universal. En 1923, la Dirección de Antropología comisionó a Frans Blom para que hiciera un reconocimiento general de la zona de

Palenque, y poco tiempo después inició Miguel Angel Fernández una lenta labor de muchos años, durante los cuales marcó el alto a la selva, descubrió magníficas obras de arte y restauró algunos monumentos, en medio de privaciones y enfermedades, con un entusiasmo inalterable que sólo la muerte pudo aniquilar, en 1945.

Para entonces el grupo central de la zona había sido desmontado y los principales edificios eran accesibles al público. Entre éstos se destacan los siguientes: el Palacio, impresionante conjunto de galerías, cuartos y patios, construído sobre una plataforma de 100 metros de largo, por 75 metros de ancho y cerca de 10 metros de altura; el Templo de la Cruz, desmantelado y altivo, cuyo famoso tablero, ahora en el Museo Nacional de Antropología, de México, había sido llevado a Washington a fines del siglo pasado; el Templo de la Cruz Foliada, acosado por la exuberante vegetación que cubre el cerro al que se encuentra adosado: el Templo del Sol, pequeña joya de piedra, cuyo santuario, como el anterior, conserva el bajorrelieve al que debe su nombre; el Templo de las Inscripciones, o de las Leyes, majestuoso sobre el fondo selvático, cuya denominación se deriva de los grandes tableros cubiertos con jeroglíficos que adornan los muros del templo; los Templos del Norte, que se extienden, muy destruídos, en la orilla del acantilado que limita el centro ceremonial; finalmente, la equilibrada masa del llamado (nadie sabe por qué) Templo del Conde.

En 1949, una nueva fase se abrió en la historia de las exploraciones de Palenque. El donativo del Sr. Nelson Rockefeller, completado por el subsidio de la Secretaría de Educación Pública, dió el impulso necesario para que esa zona recibiera por primera vez una atención semejante a la de otros grandes sitios arqueológicos de México. Pero la falta de comunicación hacía difícil la labor en gran escala y costosas las obras de restauración, hasta que en 1950, la inauguración del Ferrocarril del Sureste y la construcción de una carretera que une las ruinas con el pueblo y la estación, permitieron que se iniciara el resurgimiento de Palenque. La visita que con motivo de esa inauguración hizo a la zona el señor Presidente de la República, dió origen a un subsidio especial con que el Instituto Nacional de Antropología e Historia pudo incrementar notablemente los trabajos desde el año pasado.

El ciclo de exploraciones que comenzó en 1949, no sólo marcó para Palenque una nueva era, sino también para la arqueología mexicana, ya que desde entonces y por primera vez, los trabajos de campo más importantes que se realizan en México fueron confiados a quienes representamos la nueva generación de arqueólogos. Honrado por la Dirección de Monumentos Prehispánicos con la comisión de dirigir las obras, conté con valiosos auxiliares —Lauro Zavala, César Sáenz, Agustín Villagra, Rafael Orellana, Arturo Romano, Héctor Manzanedo, Laurette Sejourné, Sergio Vargas, Jesús Núñez— todos ellos graduados, pasantes o estudiantes de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Los resultados satisfactorios de 4 temporadas se deben fundamentalmente a esta institución docente, considerada como modelo en el mundo científico, en la que pudo formarse, aprovechando la sabiduría de los mejores maestros, la generación de técnicos que ahora soporta sobre sus hombros el mayor peso de las investigaciones antropológicas en México.

En el curso de estas temporadas, se comenzó el estudio de los distintos tipos de estructuras arquitectónicas: palacio, templo, juego de pelota, acueducto, montículos funerarios y terrazas probablemente defensivas. Varios períodos de construcción fueron definidos, los que marcan etapas del desarrollo de la ciudad y sus relaciones pacíficas o belicosas con otros pueblos. Los datos suministrados por un primer examen de la cerámica[1] ilustran sobre la época de ocupación de la ciudad y la extensión de su radio de influencia dentro del área maya. La epigrafía se enriqueció con nuevos elementos jeroglíficos, de los que el más sabio especialista, J. Eric Thompson dedujo importantes conclusiones. Objetos de gran valor artístico fueron hallados, los que confirman el alto grado de adelanto alcanzado por la escultura y el modelado entre los palencanos. Algunos de los principales monumentos, el Palacio y el Templo de las Inscripciones, se encuentran en proceso de restauración, tanto de sus elementos arquitectónicos como de sus motivos ornamentales.

Debido a la extraordinaria riqueza de Palenque en obras de interés científico y artístico, y al hecho de que pese a ser conocido desde hace más de siglo y medio, nunca había sido

[1] Estudio previo de los señores Robert y Bárbara Rands.



Templo del Sol. *Foto Limón.*



El Palacio, conjunto de galerías y cuartos agrupados alrededor de cuatro patios hundidos. *Foto Limón.*

investigado en gran escala, cada temporada fué marcada por alguno o algunos descubrimientos de verdadera importancia. En 1949, fué el gran Tablero del Palacio, que lleva esculpida una escena de ofrenda acompañada de 262 jeroglíficos. La fecha inicial de la inscripción (correspondiente al año 672 d. C.) está expresada en un tipo de escritura que los mayas emplearon muy raras veces: los jeroglíficos de cuerpo entero en lugar de los signos convencionales o de las variantes de cabeza. Los numerales están representados por individuos, y los períodos cronológicos por animales mitológicos; cada pareja (personaje y animal) registra una cantidad precisa de baktunes (ciclos de 400 años), katunes (períodos de 20 años), tunes (años), uinales (meses) y kines (días), cuyo conjunto mide el tiempo transcurrido desde la fecha-era. Además, la combinación de las figuras dió pretexto al artista para que realizara con la mayor soltura y sobriedad, pequeñas escenas de admirable composición en las que el hombre y el tiempo aparecen íntimamente unidos. En 1950, el hallazgo del Tablero de los Esclavos ofreció una nueva reproducción de la escena de ofrenda que contenía el Tablero del Palacio, escena clásica en la temática palencana, en la que un personaje central recibe obsequios de otros dos. La escena podría conmemorar un acontecimiento histórico —advenimiento al trono, ceremonial de vasallaje—, pero más probablemente encierra un contenido mitológico: la exaltación del joven dios del maíz por parte de las deidades que rigen las fuerzas germinativas, a saber el sol y la lluvia. En este último tablero, los personajes descansan sobre seres humanos o semi-humanos: dos esclavos para la figura central, un individuo con cuerpo de hombre y máscara del dios solar, y un ser también con cuerpo de hombre pero con cabeza de venado. En 1951, debajo del escombro del Palacio, aparecieron nuevas piezas esculpidas, tales como un altar, en las galerías inferiores llamadas "subterráneos" y pequeñas lápidas. El altar lleva en sus bordes una inscripción jeroglífica de la que desciframos la "Rueda Calendárica" 12 Ahau 8 Ceh, conocida en otro monumento de Palenque en asociación con la fecha 9.11.0.0.0. (652 d. C.); dos de las pequeñas lápidas también presentan signos cronológicos, y otras dos completan unos fragmentos hallados por Miguel Angel Fernández, que caracteriza un grabado sumamente fino, ejecutado con insuperable maestría en una piedra muy suave. Aparte de esas piezas típica-

mente palencanas, se descubrieron en el curso de la misma temporada numerosos objetos de piedra granítica que se conocen con el nombre de "yugos" algunos, y de "hachas votivas" los demás, procedentes de la llamada "cultura del Tajín" en la región totonaca, y cuya presencia en Palenque resulta del mayor interés histórico. También en 1951 y en el escombro del Palacio, aparecieron abundantes elementos modelados en estuco pertenecientes a las fachadas de los edificios, entre los cuales una sección de friso todavía *in situ* y muchas máscaras que casi siempre representan al dios solar, a veces bajo los rasgos realistas de ceñudo sacerdote, y otras veces como ser humano y felino al mismo tiempo, o aun como simio. En la ductilidad del estuco, los palencanos encontraron su modo más apropiado de expresión y lo emplearon profusamente, siempre modelado con absoluto dominio de la composición y de las formas, mediante un relieve de contornos elegantes y planos suaves, en el que la gracia de las líneas no resta firmeza a las actitudes ni fuerza interior a los rostros.

Una de las tareas más elementales para quien explora los monumentos arqueológicos de México, es buscar debajo de un edificio, otro que por su misma situación resulte más antiguo, en vista de haberse comprobado en casi todos los sitios la costumbre de construir monumentos encima de los que ya existían, sirviéndose de la construcción anterior como basamento para la nueva, y aprovechándose en lo espiritual de que el lugar estaba ya consagrado como residencia divina. El proyecto de investigaciones en Palenque comprendía naturalmente excavaciones tendientes a aclarar la existencia de edificios más antiguos que los actualmente visibles, y con este propósito escogí en 1949 el templo cuya pirámide, por ser la más alta, presentaba mayores probabilidades de contener una estructura interior: el Templo de las Inscripciones. Dicho edificio era evidentemente de gran importancia, como lo sugería la presencia de grandes tableros esculpidos que encierran una de las mayores inscripciones jeroglíficas mayas; además, su piso compuesto de grandes losas difícilmente removibles ofrecía la máxima seguridad de no haber sido violado.

La exploración de dicho piso iba a conducirme al descubrimiento sensacional de hace pocos meses. En efecto, llama la atención en el cuarto central una losa que forma parte del pavimento, la que presenta una doble hilada de perforaciones

que cierran sendos tapones de piedra. Al tratar de investigar la posible función de la losa, aprovechando una cavidad hecha por probables buscadores de tesoros (quienes no insistieron en su intento por haber tropezado con un fuerte núcleo de piedras), observé que los muros del templo se prolongaban debajo del piso, indicio evidente de que otra construcción existía a un nivel inferior. Se inició la excavación y a poca profundidad apareció una bóveda y después los peldaños de una escalera interior.

Una larga y ardua tarea nos esperaba, y fueron necesarias cuatro temporadas de exploración para llegar al desenlace de la investigación. La escalera interior había sido inutilizada intencionalmente mediante piedras acomodadas con tierra arcillosa que formaban un relleno compacto y resistente; todo el pasadizo, que se adentra en la pirámide, estaba así cegado, desde los peldaños hasta el cierre de la bóveda. En la temporada de 1949, se llegó a una profundidad de 8 metros, habiéndose descubierto 21 escalones, y quedándose dos más ocultos debajo de la losa perforada (el descubrimiento de la escalera reveló que dicha losa servía de tapa para cerrar aquélla; para abrirla se pasarían cuerdas por los agujeros destapados, y mediante fuertes maderos y un número suficiente de hombres, se alzaría la losa, desplazándola lo necesario para librar el paso). En la segunda temporada, se hallaron otros 23 peldaños y se llegó a un descanso que da vuelta. El año pasado se vaciaron dos galerías angostas que sirven de respiraderos y que llevan al descanso algo de luz, desde un patio situado al oeste de la pirámide; también se descubrieron 13 peldaños de un nuevo tramo, habiéndose alcanzado una profundidad de 18 metros desde el piso del templo.

Al poco tiempo de empezar la temporada de 1952, encontramos una tosca pared de piedras y tierra, y algunos metros detrás, un muro de piedras con mezcla de cal. Una caja de mampostería conteniendo una ofrenda apareció, adosada al muro; por la situación del muro que cerraba el corredor (los escalones ya no seguían), a 22 metros debajo del templo es decir sensiblemente al nivel de la plaza, y por la calidad de la ofrenda (platitos de barro, hermosas piezas de jade y una preciosa perla), era de suponerse que faltaba poco para llegar al final de la exploración y que se trataría de algo importante. En efecto, después de demoler un macizo de piedras amarradas

con cal, el 13 de junio nos detuvimos frente a una gran losa triangular, colocada verticalmente para cerrar la entrada a un recinto secreto. Al pie de la losa yacían los esqueletos muy destruídos de seis sacrificados, entre los cuales se hallaba el de una mujer. Dos días después, se hizo girar la losa sobre su base, y penetré en la cripta, acompañado de mis colegas César Sáenz y Rafael Orellana, quienes me ayudaron en los últimos días de la exploración, así como del Sr. Eduardo Noguera, Director de Monumentos Prehispánicos, entonces en visita de inspección, y del Sr. Lorenzo Gamio, encargado de las zonas arqueológicas de Oaxaca.

Después de haber tenido que demoler, piedra por piedra, centenares de metros cúbicos del relleno que obstruía la escalera, la primera impresión que me causó la cripta fué la sorpresa de encontrar un espacio vacío, una especie de enorme cueva, que por la reciedumbre y regularidad geométrica de sus planos, parecía tallada en la roca, o más bien en el hielo, debido a las formaciones calcáreas producidas por la filtración de la lluvia a través del núcleo de la pirámide. Luego me di cuenta de que grandes relieves adornaban los muros, y que un colosal altar esculpido ocupaba la mayor parte de la cripta. En el momento de pasar el umbral, tuve la extraña sensación de penetrar en el tiempo, en un tiempo que se había detenido mil años antes. No era ajeno a esta impresión el hecho de que la cripta había permanecido igual a lo que era entonces, salvo las estalactitas y estalagmitas añadidas por los siglos, y que en ella nada se había movido, ni nadie había entrado, y que lo que nuestros ojos eran los primeros en descubrir era lo mismo que había visto el último sacerdote maya al retirarse.

La cámara se encuentra a 24 metros debajo del templo, es decir a 2 metros más bajo que el nivel de la plaza; mide 9 metros de largo por 4 metros de ancho, incluyendo una entrada más angosta provista de gradas. Para techar un espacio mucho más amplio que cualquiera otra construcción maya, y para soportar el tremendo peso de la pirámide, los arquitectos palencanos levantaron una bóveda mucho más alta que de costumbre, hasta casi 7 metros del piso; además la reforzaron con gruesas vigas de piedra empotradas, y sobre todo aligeraron la carga, que consideraron excesiva para una sola bóveda, añadiéndole dos bóvedas secundarias que cortan transversalmente la principal. Sobre los muros, 7 bajorrelieves de estuco mode-

lado representan una procesión de 9 sacerdotes, realizados a tamaño mayor que el natural, de los que pueden admirarse, tras el cortinaje de estalactitas y estalagmitas, los suntuosos tocados de plumas de quetzal, las capas de plumas, las joyas y los atributos de su función o jerarquía, tales como el cetro serpentiforme con máscara del dios de la lluvia y el escudo redondo con los rasgos del dios solar. Se trata posiblemente de los "Bolon-ti-Ku", los señores de las tinieblas, de los nueve mundos inferiores.

Lo más notable de la cripta, su probable razón de ser, es un enorme altar que comprende los siguientes elementos: una lápida monolítica de 3.80 mts. de largo por 2.20 mts. de ancho y 0.25 mts. de espesor; un imponente basamento que sostiene la lápida, hecho de un solo bloque de piedra y que mide 3 mts. de largo, 2.10 mts. de ancho y en promedio un metro de espesor; 6 gruesos soportes de piedra que a su vez reciben el peso de los dos monolitos (cerca de 20 toneladas). Todos estos elementos están esculpidos, salvo 2 soportes centrales; la decoración del basamento no puede apreciarse, en vista de que unos contrafuertes laterales fueron adosados para evitar que el bloque de piedra, parcialmente cuarteado, siguiera destruyéndose; los soportes llevan en sus caras externas la representación de cabezas humanas.



Fig. 1. Inscripción jeroglífica esculpida en el altar. (Calca de A. Villagra).

La lápida superior ofrece en sus bordes unas inscripciones jeroglíficas, con un total de 54 signos, repartidos a razón de 18 en los lados este y oeste, 12 al sur y 6 al norte. Curiosamente, un monumento de la importancia de este altar no presenta ninguna fecha completa o de "Serie Inicial", pero sí 13 fechas abreviadas o de "Rueda Calendárica", a saber: 8 Ahau 13 Pop, 6 (u 11) Etznab 11 Yax, 2 Cimi 14 Mol, 5 Caban 5 Mac, 7 Cib 4 Kayab, 9 Manik 5 Yaxkin, 7 Ahau 3 Kankin, 11 Chicchan 3 Kayab (registrado con numeral 4), 2 Eb 0 Ceh, 3 Chuen 4 Uayeb, 4 Oc 13 Yax, 1 Ahau 8 Kayab, 13 Cimi 4 Pax. Esta clase de fechas no puede situarse con exactitud en el calendario maya, debido a que cada una recurre después de 52 años; sin embargo, dos de las que figuran en el altar pueden relacionarse con otras inscripciones palencanas expresadas en términos de tiempo absoluto. En efecto, la "Rueda Calendárica" 8 Ahau 13 Pop aparece esculpida en una escalera del Palacio (Edificio "C"), asociada a la "Serie Inicial" 9.8.9.13.0 (603 d. C); y otra "Rueda Calendárica" 1 Ahau 8 Kayab se encuentra registrada en uno de los tableros del Templo de las Inscripciones, relacionada con la "Serie Inicial" 9.10.0.0.0 (633 d. C.). Esta última fecha marca el fin de la primera mitad del Baktun noveno, y como entre los elementos secundarios esculpidos sobre la placa del altar figuran los glifos que significan "terminación" y "medio-período" (a cada lado de la cruz), consideramos muy posible que la fecha de dedicación del altar sea precisamente 9.10.0.0.0 1 Ahau 8 Kayab, de gran importancia en la cronología maya.

La lápida representa una escena enmarcada por signos astronómicos y cabezas humanas; entre aquéllos, se reconocen los del sol, de la luna, de venus y de la estrella polar; cada cabeza se encuentra dentro del símbolo del cero, o mejor dicho del vencimiento de un plazo, aquí probablemente la expiración de la vida. El motivo central es un hombre joven, adornado con ricas joyas, sentado con el cuerpo ligeramente echado hacia atrás, encima de un mascarón que simboliza el monstruo de la tierra. Este mascarón aparece a su vez enmarcado por elementos que evocan una monstruosa boca, con la mandíbula descarnada y provista de dientes, colmillos y barba, tal vez para reforzar el significado macabro del mascarón, duplicando la mandíbula ósea, o para expresar la ubicación del monstruo de la tierra dentro del mundo inferior. La gran mandíbula

exterior, no sólo sirve de marco al mascarón del monstruo de la tierra, sino que, prolongándose hacia arriba, parece atrapar también, como entre tenazas, al joven personaje central. En cuanto al citado mascarón, lleva en la frente la flor de 4 pétalos que simboliza al sol, y remata con varios signos, dos de ellos asociados con la muerte (la concha o corte de caracol y el que se parece a nuestro "%") y los otros dos por el contrario símbolos de germinación y vida (la semilla del maíz —sobre el eje longitudinal de la lápida— y la flor o mazorca). Encima del personaje, se alza una cruz idéntica a la del famoso Tablero de la Cruz, sobre la que descansa un pájaro quetzal cuya cara es la del dios de la lluvia. Sobre los brazos de la cruz, ondula una serpiente cuyos extremos terminan ambos por una cabeza de la que brota un pequeño ser con rasgos del mismo dios de la lluvia. Los brazos laterales y superior de la cruz se prolongan bajo forma de cabezas de serpientes enjoyadas y de trazos geometrizados. Los espacios que los elementos principales de la composición dejaban vacíos, fueron rellenados con motivos secundarios, entre los cuales reconocemos los siguientes: 2 escudos o mosaicos que probablemente representan al sol; varias corrientes de sangre, expresadas como lo hicieron después los mexicanos, mediante la asociación del signo de agua con el disco o cuenta de jade (líquido precioso); algunos adornos de jade y hueso; 11 grupos de 3 discos; los glifos ya citados que registran el "cero" o "terminación de la cuenta", y el "medio-período".

Una lápida de la belleza de ésta, parte principal de un altar único en su género, construído en el interior de una cripta extraordinaria, debajo del templo más importante de Palenque, debió ser un monumento trascendental para los mayas, y la escena que lleva esculpida sintetizaría para ellos lo más esencial de su religión, su "misterio" por excelencia. Los elementos de que se compone dicha escena son todos conocidos en la iconografía palencana o maya en general y pueden interpretarse con bastante verosimilitud. Tales elementos son: la faja de jeroglíficos de los astros, que sirve de marco a la composición como el cielo a la existencia humana; el monstruo de la tierra, símbolo del destino fatal de todo lo que vive; el motivo cruciforme, que a veces es un árbol y otras la planta del maíz; finalmente un pájaro, que según los casos puede ser un macabro zopilote, una guacamaya como representación solar, o el quetzal.



Fig. 2. Motivo esculpido en la lápida superior del altar. (Calca de A. Villagra).



Bajorrelieve de estuco en una galería del Palacio. *Foto Ruz.*

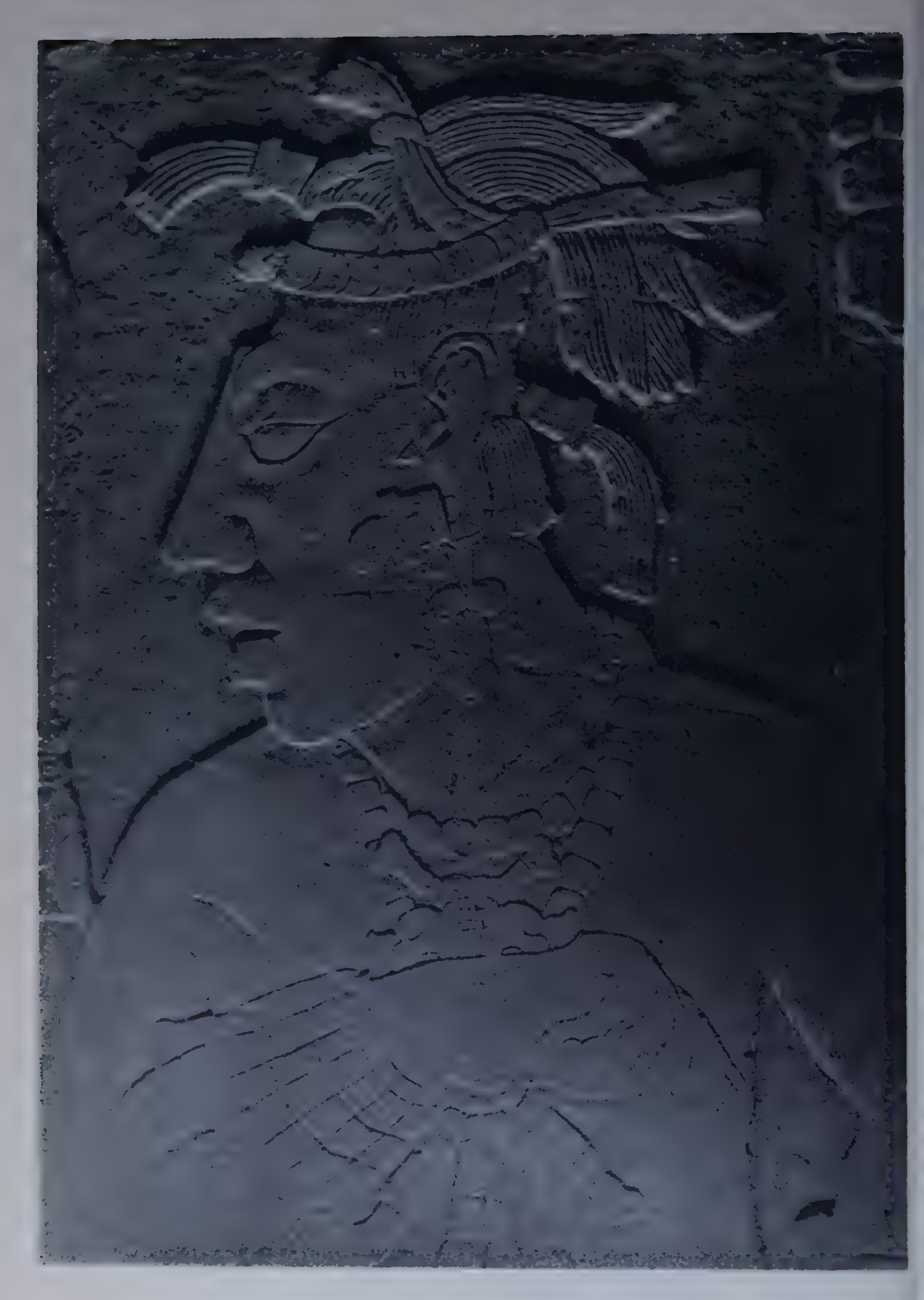
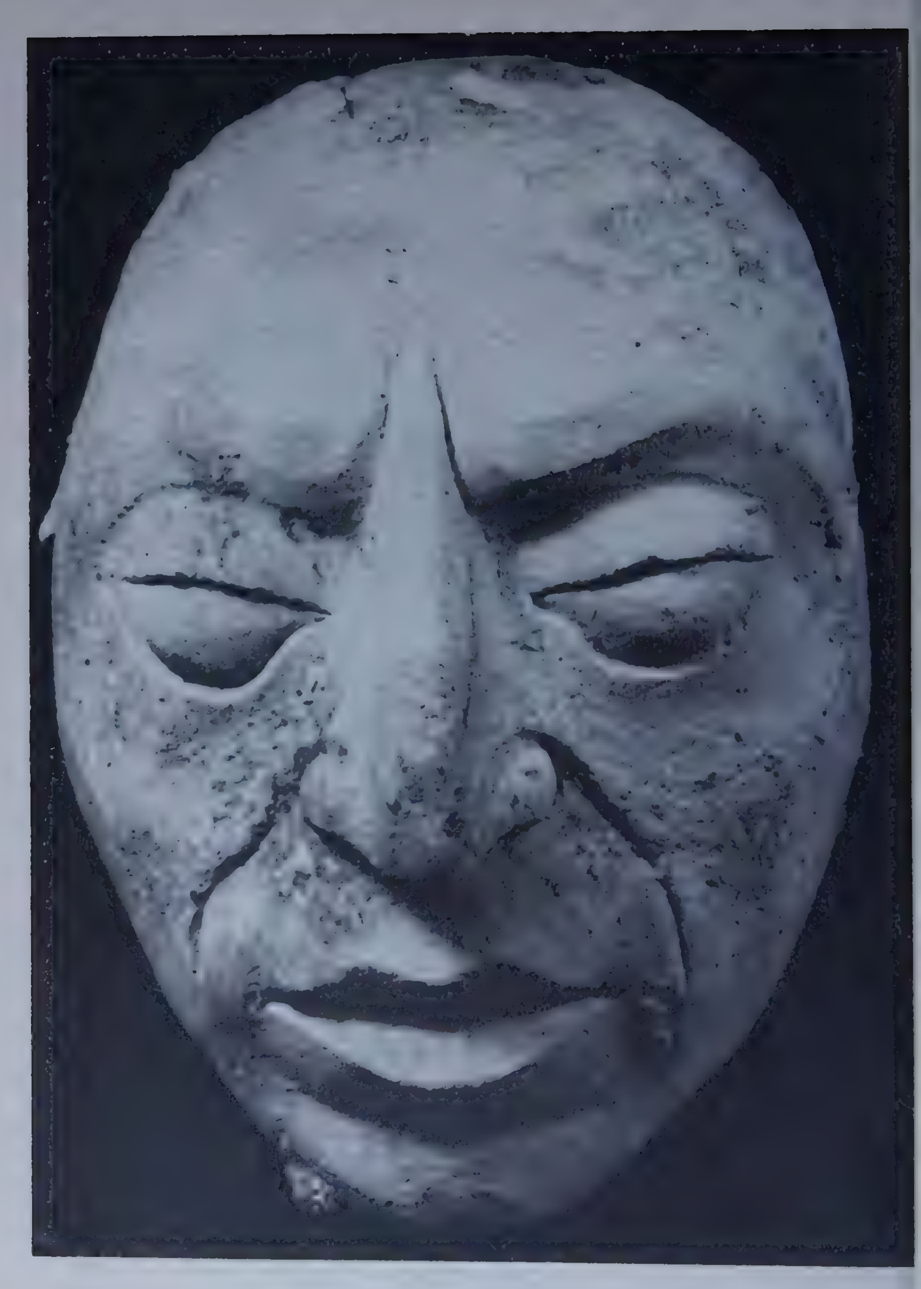


Figura central del tablero de los Esclavos. *Foto Ruz.*



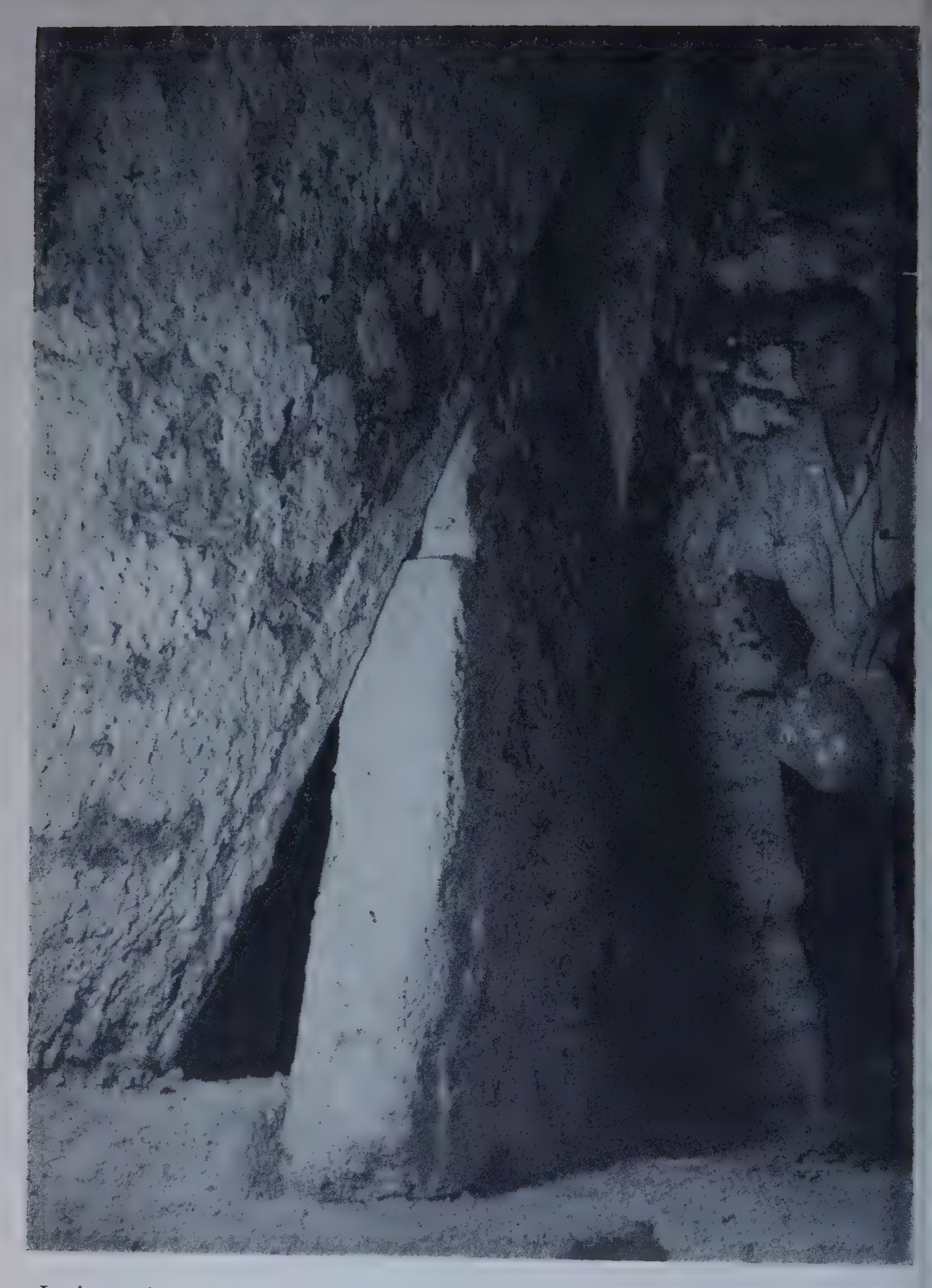
Hacha votiva procedente de la región totonaca, hallada en Palenque; representa una cara de anciano con yelmo de tortuga. *Foto Ruz.*



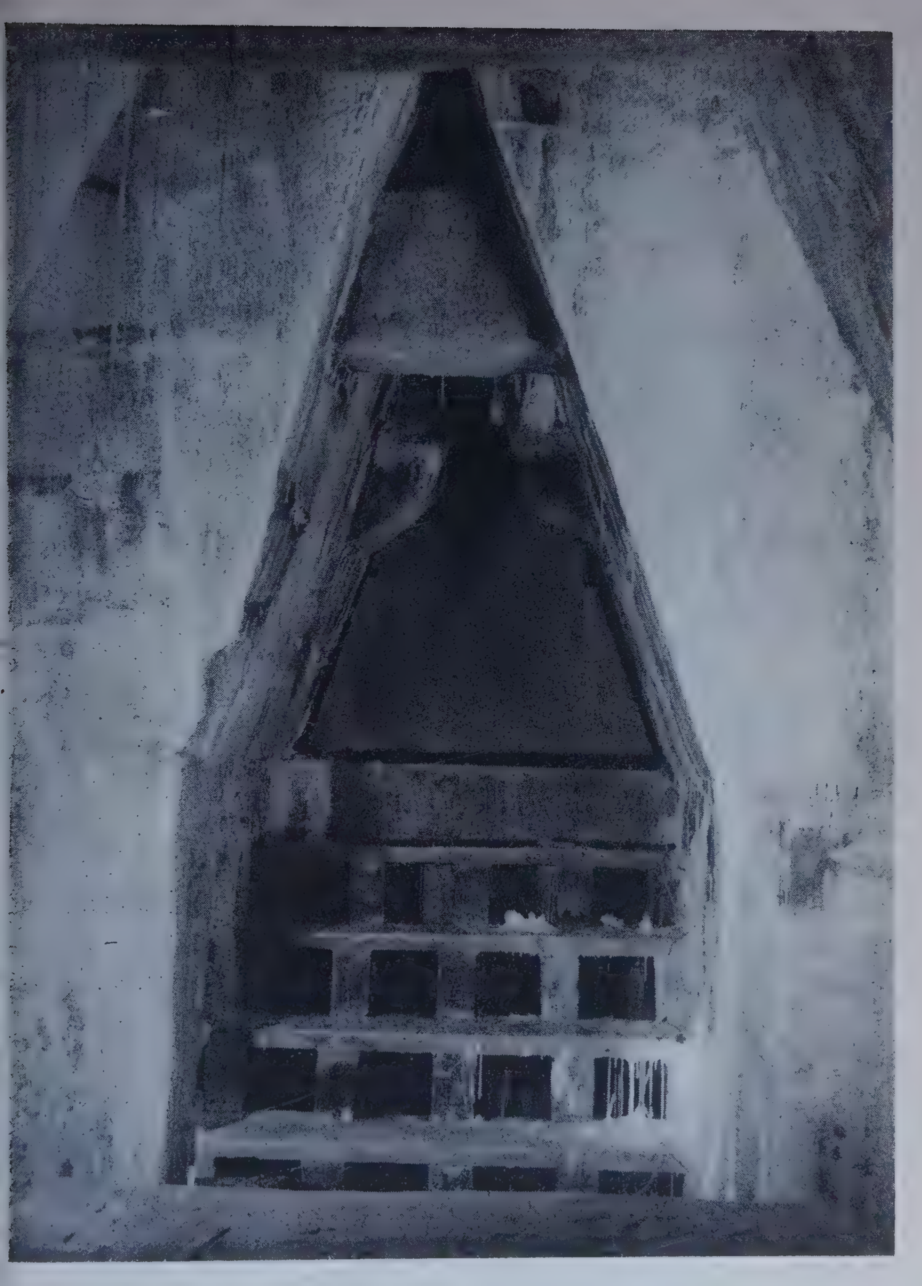
Máscara de estuco que representa probablemente al Sol bajo los rasgos realistas de un sacerdote. *Foto Romano.*



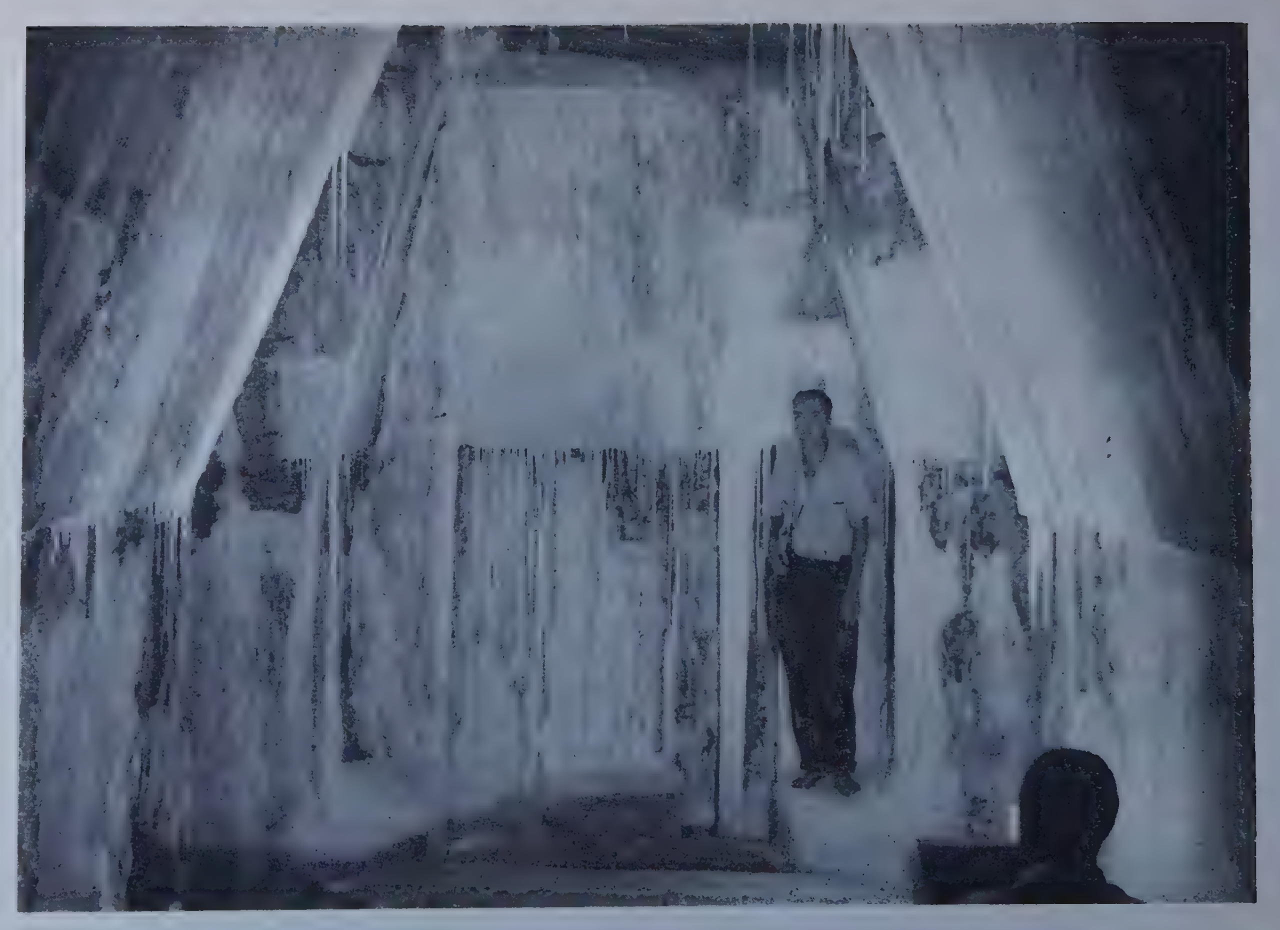
Al investigar la función de esta losa perforada se descubrió la escalera interior que conduce a la cripta.
Foto Leonard.



La losa triangular que cerraba la entrada de la cripta pocos instantes antes de ser removida. *Foto Ruz.*



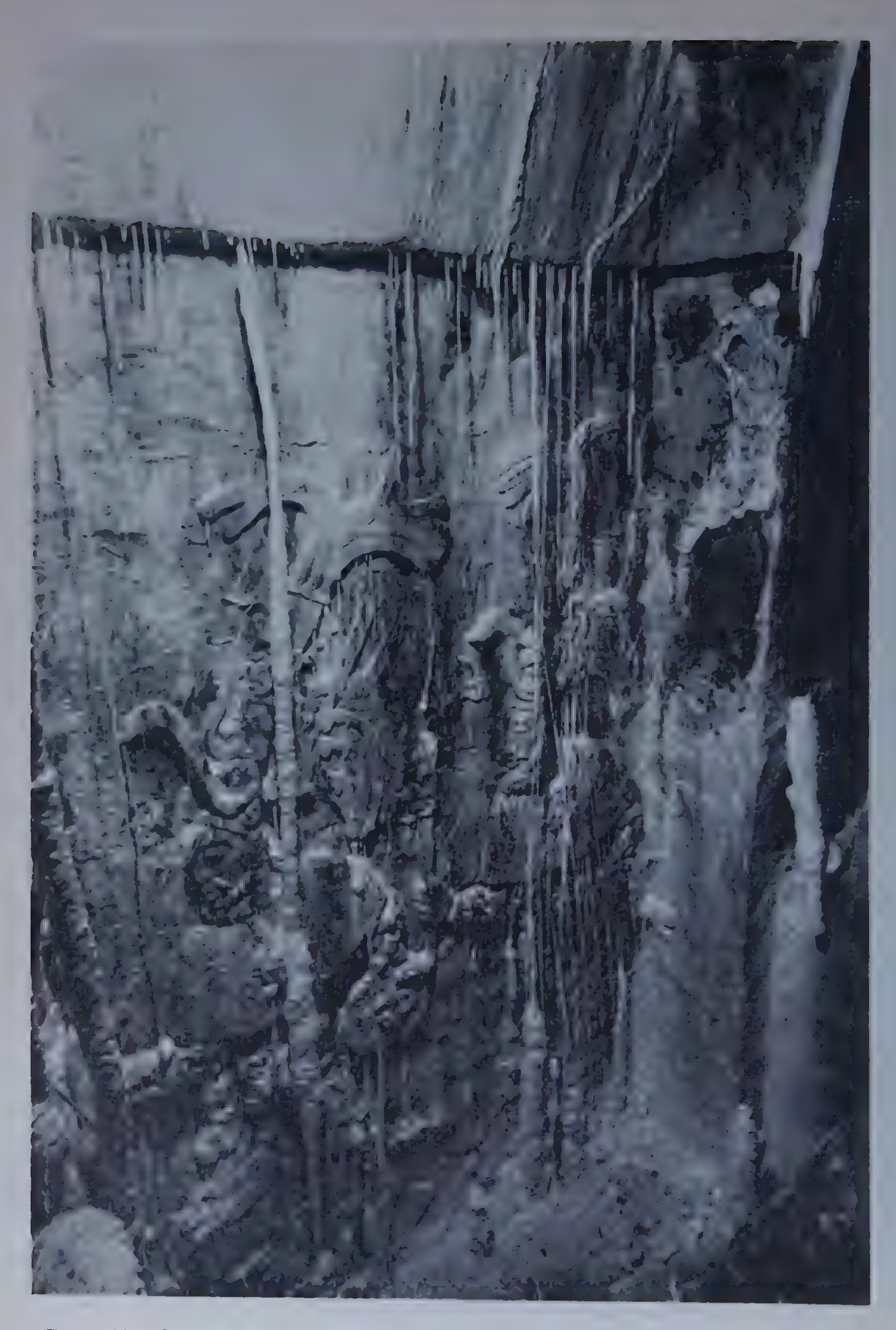
Entrada de la cripta vista desde el interior, con la losa que la cerraba al fondo y las gradas de acceso. *Foto Ruz.*



Vista de la cripta pocos momentos después de ser abierta, con bóveda y muros cubiertos por las forma-



Lápida superior del altar que ocupa gran parte de la cripta *Foto Leonard.*



Procesión de sacerdotes modelados en estuco sobre los muros de la cámara interior. *Foto Limón.*



Detalle de uno de los sacerdotes que ostenta el cetro del dios de la lluvia y el escudo solar. *Foto Ruz.*



Tal disposición se encuentra en varios tableros palencanos, y en códices maya y mexicano; en todas estas representaciones, el elemento fundamental es el motivo cruciforme, eje de la escena y objeto de un rito de veneración. La ceremonia puede consistir en una ofrenda que presentan dos sacerdotes, como en los tableros de la Cruz y Cruz Foliada, o en un sacrificio humano —la ofrenda suprema— como en el Códice de Dresden y en el Códice Fejervary-Mayer (sugerido por los cuchillos que cuelgan del árbol). En el altar de Palenque, creemos que la escena también evoca un sacrificio humano, dedicado al maíz o en un sentido más amplio a lo que crece, a lo que el hombre necesita para vivir, y quizá en forma más abstracta, a la vida misma. Sin embargo, la sensibilidad del artista palencano, su sentimiento humano, que no logró aniquilar el dogma como en otras culturas, dieron origen a esta obra maestra, en que el acto del sacrificio sólo se sugiere con símbolos de la muerte y de la sangre vertida, y con haber escogido, en vez del momento cruel del holocausto, el instante preciso en que la víctima se prepara a ser inmolada. En efecto, el personaje, ya no se encuentra sentado en posición de equilibrio, sino que empieza a caerse hacia atrás, como lo revela la inclinación de su torso y el detalle de su pierna derecha que se levanta. Mentalmente también se halla listo para que se cumpla la voluntad divina, con su mirada tensa de mística fe concentrada hacia la cruz, hacia la vida que necesita de su muerte.

Si por su significado simbólico, el relieve del altar constituye una maravillosa síntesis gráfica de lo más sagrado del culto maya, en su aspecto meramente estético marca un punto culminante de la escultura palencana. En la composición de sus elementos, el artista logró armonizar los dictados dogmáticos con las normas de su sentido natural de la belleza. El conjunto es bello porque además de llenar plenamente su función esotérica, está ejecutado de manera a sublimar por su estilo, las sensaciones que el tema provoca, facilitando así su comprensión y aceptación. Dentro del marco rígido de la faja astronómica que da la dimensión cósmica, la escena obedece a mandatos ineludibles, a fuerzas internas cuya dinámica determina las grandes líneas de la composición. Sobre el amplio pedestal del mundo inferior asciende verticalmente la vida, tallo esbelto y firme del maíz, que persigue con el mismo impulso ascendente la mirada del hombre, al que la planta sagrada debe

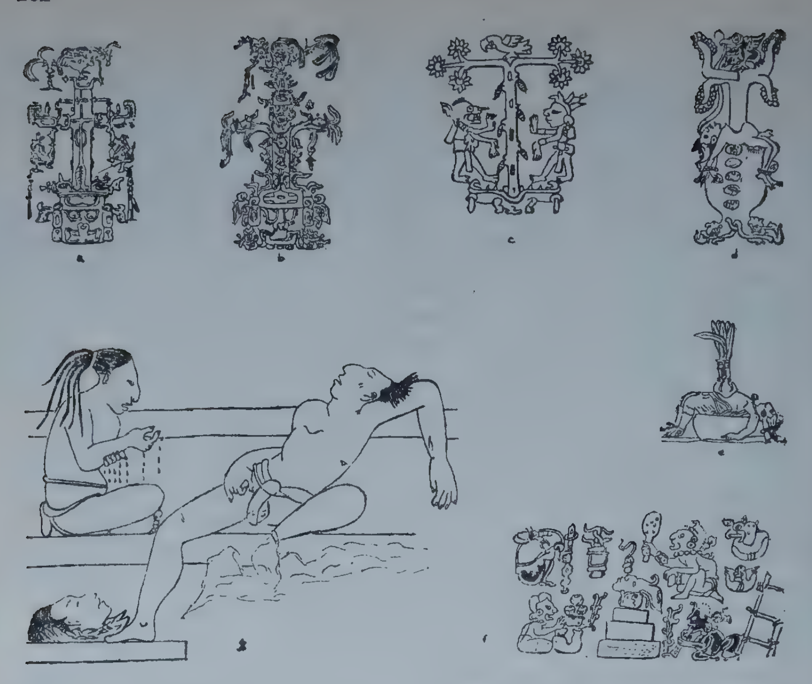


Fig. 3. a) Motivo cruciforme del Tablero de la Cruz de Palenque. —b) La Cruz Foliada, estilización de la planta del maíz, Palenque.— c) Arbol cruciforme que corresponde al Norte en el Códice mexicano Fejervary-Mayer.—d) Arbol de la vida que brota de una mujer sacrificada, en el Códice maya de Dresden.—e) El maíz creciendo sobre el cuerpo de un sacrificado en un relieve de Piedras Negras.—f) Adoración de la cabeza del joven dios del maíz, en el Códice maya de Dresden.—g) Grupo de sacrificados en las pinturas murales de Bonampak.

su nacimiento y crecimiento. El cuerpo del hombre forma ya plásticamente parte del reino de los muertos, completando con la línea superior de su muslo izquierdo, de su pecho y su hombro, los extremos encorvados que lo aprisionan, como en una boca descarnada o en una cueva siniestra, en cuyo fondo mora el monstruo de la tierra. El equilibrio de la composición, la simetría de sus valores, su división en planos horizontales que se superponen, desde el macabro subsuelo hasta el quetzal del cielo, todo lo que constituye su arquitectura, no impone un carácter geométrico o estático a la escena. Por el contrario, cierta agitación febril reina en ella, una especie de estremecimiento como el que provoca el soplo del aire en la selva. Sobre los brazos de la cruz, la serpiente ondula como las hojas

de un maizal; las plumas del quetzal se doblan; las volutas se enroscan o flamean; los regueros de sangre fluyen; las líneas curvas imponen su ritmo, su palpitación de vida tropical, exuberante y sensual. En cuanto a la figura humana, ella ostenta el sello peculiar del arte palencano, producto de una fiel observación de la naturaleza, de un absoluto dominio técnico y de una sutil sensibilidad. Pese al simbolismo dramático de la escena, la futura víctima no deja de ser un hombre de carne y hueso, que el artista dibujó y talló con amor, recreándose en su creación, traduciendo en líneas flexibles y elegantes, su propia delicadeza y ternura, su honda simpatía humana.

A reserva de que al completarse la exploración de la cripta y del altar no aparezcan datos que modifiquen los actuales, puede considerarse dicha cripta como el santuario del Templo de las Inscripciones, probablemente el santuario más sagrado de Palenque, que se construyó dentro de la pirámide, a semejanza de las cuevas que sirven de morada a los dioses, en el corazón de los cerros. El enorme altar, expresando en sus relieves la esencia de la religión maya, dedicado en una fecha trascendental de su calendario, en probable asociación con importantes observaciones astronómicas, parece justificar por sí sólo la edificación de la cripta. En este recinto, se efectuarían los ritos más secretos, reservados a los más altos dignatarios del culto, ritos que con toda verosimilitud comprenderían sacrificios humanos, quizá por decapitación como solían hacerse en honor del dios del maíz, y como lo sugieren las numerosas cabezas humanas esculpidas en el altar dentro del signo de "cuenta vencida", así como las dos hermosas cabezas modeladas en estuco y pintadas de rojo que se encontraron debajo del altar.

En cuanto a lo que causó la clausura de la cripta, pensamos que fué la amenaza de una ocupación extranjera y el consiguiente afán de evitar que el más venerado santuario cayera en manos enemigas. En el curso de nuestras exploraciones, descubrimos testimonios de la existencia en Palenque de una casta militar (figurillas de guerreros debidamente equipados) y de probables obras defensivas escalonadas en la ladera del cerro que conduce al centro ceremonial. El amago continuo que debe haber sufrido Palenque, culminó en una época tardía, en una ocupación por pueblos de la costa atlántica portadores de la cultura de la región totonaca, según lo revelan los numerosos objetos procedentes de esa región, que encontramos el

año pasado. Es probable que en un momento particularmente crítico, los sacerdotes decidieron ocultar para la eternidad la cripta y su valioso contenido. Después de una última ceremonia, arrojaron sobre el altar un collar de pendientes de pizarra y un mosaico de jade, cuyas piezas diminutas se esparcieron alrededor de la cruz, cerca de un reguero de pintura roja que simulaba sangre recién vertida. Al pie del altar, depositaron varias vasijas de barro y debajo del mismo altar las dos citadas cabezas humanas de estuco. Luego alzaron en el corredor la gran losa triangular que cerraba la entrada, y sacrificaron a 6 personas jóvenes, cuyos cuerpos amontonaron en un tosco sepulcro para que cuidaran el umbral hasta el fin de los tiempos. Después, rellenaron el corredor y la escalera, peldaño por peldaño, desde el suelo hasta el cierre de la bóveda, incluyendo los respiraderos que se abrían en un costado de la pirámide; cuando alcanzaron el piso del templo, repusieron por última vez la losa perforada que tapaba la entrada de la escalera. Ningún ser humano podía desde entonces llegar hasta la cripta, pero para permanecer en contacto con las fuerzas sobrenaturales encerradas en ésta, mientras no abandonaran la ciudad, los sacerdotes idearon un canal mágico que brota del altar bajo forma de serpiente, asciende las gradas de entrada, se convierte en tubo después del umbral y sigue como moldura hueca el perfil de los peldaños hasta tocar la losa perforada, en el piso del templo.

El descubrimiento de la cripta del Templo de las Inscripciones, al revelarnos una estructura única en su género, llena de tesoros escultóricos, entre los cuales se destaca el altar como una de las siete maravillas del arte americano autóctono, este descubrimiento tenía que suscitar un interés que rebasara los límites del medio antropológico mexicano. La presencia de una cámara en el interior de una pirámide (siendo ambas estructuras contemporáneas entre sí, y no superpuestas en épocas diferentes) volvió a dar actualidad a la discusión al parecer definitivamente cerrada, sobre las semejanzas y diferencias entre las pirámides de Egipto y América. Limitándonos a los datos suministrados hasta ahora por la exploración de la cripta de Palenque, podemos precisar que las pirámides egipcias y americanas son fundamentalmente distintas en forma y finalidad, pero que esa distinción no es tan absoluta y terminante como se aseguraba. La pirámide egipcia, se decía, es geométrica-

mente hablando una verdadera pirámide, y su función exclusiva la de servir de sepultura; mientras que la pirámide americana, obtenida por la superposición de troncos piramidales, es únicamente un basamento macizo para sostener al templo. En lo que toca a forma, la diferencia no es tan rotunda si se considera la pirámide escalonada de silueta muy parecida a la pirámide americana, que el arquitecto egipcio Imhetep construyó para que sirviera de tumba al rey Zeser, en Zakkara, cerca de 3 mil años antes de nuestra era. En cuanto a finalidad, si bien es indiscutible que la pirámide egipcia es un sepulcro colosal, debe recordarse además que en ciertos casos comprendía en el exterior una capilla accesible al culto, verdadero templo cuya función se aproximaba a la del templo americano, pero que debido a la forma piramidal no se construía en la cumbre, sino en uno de los costados. Respecto de la definición de la pirámide americana, debe aclararse que no es forzosamente (aunque generalmente sí) un basamento macizo para soportar un templo, puesto que se conocen pirámides que nunca tuvieron templos, y otras que contienen cámaras interiores o tumbas.

Al afirmar que las diferencias entre las pirámides de Egipto y de América no son tan definitivas como solía decirse, no pretendo insinuar la posibilidad de conexiones entre civilizaciones que separaron miles de años y de kilómetros. Pero a medida de que nuestros conocimientos se ensanchan y que ahondamos en el estudio de la antigüedad, nos percatamos mejor de que al lado de una infinita diversidad de aspectos existe también entre los pueblos una multitud de semejanzas, lo mismo en la fabricación de herramienta que en la construcción de viviendas, en la búsqueda de recursos alimenticios que en la organización social, en las creencias religiosas que en las manifestaciones artísticas, porque pese a las latitudes y al paso del tiempo, en su esencia, el Hombre es uno y la Cultura, indivisible.

¿COMO ERA -EN REALIDAD- FELIPE II?*

Por *Esteban SALAZAR CHAPELA*

NINGUNA figura de la historia ha sido tan discutida —ni tan deformada— como Felipe II. Otros personajes políticos del pasado —una Isabel de Inglaterra, un Richelieu por ejemplo— fueron discutidos en sus días, cuando era lógico que sus acciones políticas despertaran entusiasmos y odios. Después quedaron en paz, en paz con la Historia, porque se troqueló de ellos una valoración más o menos exacta, que ahora pasa de mano en mano, o de libro en libro, sin que nadie discuta ya su aleación ni su cuño. (Isabel, según su medalla, echa los cimientos de la grandeza inglesa y pone en marcha al pueblo britano hacia su gesta oceánica e imperial; Richelieu, según la suya, da a Francia su ideal y su fuerza de hegemonía en el continente auxiliando a los protestantes). Con Felipe II no ocurre así. Felipe no ha logrado aún (ni acaso logre nunca, que así son siempre de discutibles algunas cosas de España) una valoración permanente ni mucho menos válido para todos. Unos siguen mirando todavía a Felipe como al *demonio del Mediodía,* como a una figura sombría, vestida de negro y solitaria, escondida entre los muros del Escorial, que no pensaba otra cosa que no fuera torturar a sus súbditos y hacer la guerra a Europa; otros siguen mirando a Felipe como al monarca más grande de España y del mundo, *el rey prudente* y catolicísimo, archisabihondo y casi un santo. . .

Pues bien. ¿Cuál de estos dos Felipes es el verdadero Felipe el bueno o el malo? Sin duda alguna, ninguno de los dos. Ni Felipe fué monstruo, ni mucho menos un santo, sino sencillamente un hombre y, como tal, con sus partes malas y buenas, con sus defectos pero también con sus excelencias. Además, fué un hombre de su tiempo, que debió a éste (como a todos nos ocurre con el nuestro) tanto como a sí mismo. Lo

* Se reúnen en este estudio las notas utilizadas en una conferencia pronunciada recientemente en el Centro Hispánico de Londres.

que pasa es que siempre juzgamos mal. En el juicio que hacemos de las personas —no ya de los grandes políticos, sino también de los individuos que vemos a diario— por lo común pecamos por carta de más o de menos. Es decir, siempre creemos que la persona que tenemos delante es más inteligente que lo que es, o más tonta de lo que es, o más buena de lo que es, o más mala de lo que es —porque nunca nos detenemos en el punto ecuánime. Y es que hay en nuestro juicio de las gentes un plus o añadido, algo que sobra, colocado en ello por nuestras pasiones, o por nuestros gustos, o simplemente por nuestro humor del momento. Cuando nos presentan a una persona es verdad que *ipso facto* e involuntariamente estamos obteniendo de ella lo que se llama "una primera impresión". Si en esa ocasión hay por nuestra parte el propósito de enjuiciar creeremos honradamente que estamos únicamente enjuiciando. Pero no es verdad: estamos a la vez reaccionando, reaccionando frente a esa persona con nuestra naturaleza entera, de modo que el juicio que hacemos de ella no es (¡contra nuestras ilusiones de jueces!) un juicio puro, una cifra exacta de nuestra mente, sino no más una mezcla, donde la mayor parte la pone allí nuestro corazón (de aquí nuestras sorpresas constantes con nuestro prójimo y las alzas y bajas continuas que gozan o sufren en nuestra estimación intelectual y de otros órdenes incluso las personas que vemos todos los días). Si esto es verdad, si hay esa posibilidad de error en la vida diaria, imaginen ustedes hasta qué grado se puede multiplicar aquél cuando se trate de figuras complejas, y además distantes en el tiempo, y además políticas. Una figura política representa una política, unas ideas políticas, y éstas nos previenen ya a favor o en contra de aquélla. Pero con Felipe II la posibilidad de error ha sido siempre más grande, puesto que este rey, además de representar unas ideas políticas, representa unas ideas religiosas. Y nada ha separado tanto a los hombres (al menos, en otros tiempos) como los credos religiosos. Al nombrar a Felipe II nombramos en realidad al jefe del partido conservador que se forma en Europa cuando prende en ésta la reforma; esto es, nombramos a la religión católica en armas, a la lucha contra el protestantismo, a la Inquisición en funciones. . . No es de extrañar que en el juicio de este rey se haya mezclado la pasión religiosa. Si somos católicos fervientes, todo cuanto hizo el monarca, in-

cluso cuanto hiciera de malo, lo miraremos con benevolencia, cuando no con simpatía inevitable; si somos protestantes, todo cuanto hizo Felipe —incluso lo bueno— lo miraremos con repugnancia. A esta sensibilidad religiosa se ha unido siempre, por parte de los extranjeros, la sensibilidad nacional (el interés nacional), que siempre ha sido más permanente que los estímulos de los credos. Al fin y al cabo, Felipe asume también la representación de una España en su cenit (es decir, un temible enemigo), aunque este cenit, por otra parte, sea discutido a veces.

FÍSICAMENTE, Felipe era un hombre de mediana estatura, más bien bajito, pero muy bien proporcionado. Tenía los ojos azules y la barba y el pelo rubios. Sus facciones eran muy regulares y su color, en contraste con el rubio de sus cabellos, eran un tanto pálido. Lo menos atractivo de su rostro quizá estuviera en su boca, de labios demasiado gruesos. Su mandíbula inferior tenía el rasgo característico de los Habsburgos: era un poco saliente y descolgada, aunque este defecto no estaba en Felipe tan visible como en su padre (Carlos V) y en sus descendientes. El cronista Luis Cabrera de Córdoba, que tantas veces sin duda vió al monarca, dice que éste *tenía la frente señoril, clara, espaciosa; los ojos grandes despiertos, garzos, con mirar tan grave, que ponía reverencia el mirarlos y le agradaba. La hermosura, digna de imperio; era de gran ornamento en la forma del cuerpo, conveniente a su dignidad, con partes con cierta gracia y perfección entre sí.* Salazar de Mendoza coincide con Cabrera: *Fué el rey don Felipe de mediana estatura y disposición bien sacada, airoso y derecho, de miembros bien proporcionados y repartidos; de buena gracia y donaire, de manera que la vista se recreaba en mirarle.* Otro retratista del monarca, pero ya no del natural, pues escribe en el siglo XVIII, Baltasar Porreño, dice que Felipe *tuvo perfecta vista* (lo que es verdad) *y en el oír tanta sutileza y proporción* (también verdad) *que no sabiendo de música* (sí sabía; su maestro fué nada menos el famoso compositor Luis de Narváez) *juzgaba de ella advertidamente.* Porreño ignoraba o, si lo supo, no quiso decirlo, que Felipe padecía anosmia y por tanto no tenía olfato. *Felipe, mi amo, nunca olió ni conoció diferencia de olores,* escribió Antonio Pérez.

Este rey tan proporcionado corporalmente vistió en su juventud con sencillez y elegancia, usando por lo común colores suntuosos pero apagados, como le vemos en los soberbios retratos de Tiziano y Antonio Moro. Un embajador italiano nos ha dejado testimonio de la impresión que le produjeron los vestidos de don Felipe: *viste con tanta elegancia y tanto juicio* (dice este embajador, Miguel Soriano) *que no se puede ver cosa más perfecta (. . .vesti con tanta politezza et con tanto giudito, che non si puo vedere alcuna cosa piu perfetta).* A partir de la muerte de su mujer Isabel de Valois (1568) —sin duda la esposa que más quiso—, Felipe vistió invariablemente de negro. Esta figura enlutada, casi sacerdotal, de rostro helado y bacinete de fieltro en torre, es la habitual y tradicional del monarca.

Algunos rasgos del rey son conocidísimos, pero quizá no esté además recordarlos aquí. Por temperamento, por educación y también por un vigilante esfuerzo de voluntad, Felipe aparecía siempre de una serenidad imperturbable. Lo mismo las buenas que las malas noticias le dejaban al parecer impávido. Cuando le comunicaron la gran victoria española de Lepanto, Felipe no dijo nada; sólo al cabo de un rato ordenó cantar un *Te Deum.* Cuando le informaron del asesinato del marqués de Almenara, noticia bien grave, pues demostraba hasta dónde había llegado la osadía de los sublevados de Aragón, Felipe se pasó varias veces la mano por la barba, y dijo luego con naturalidad: *¡Conque muerto nos han al marqués!* (pero poco después Felipe daba las órdenes terminantes que habían de sofocar en breve tiempo la sublevación aragonesa). Se asegura que al conocer el desastre de la Armada Invencible, Felipe se limitó a comentar con desdén: *Yo no envié mis naves a luchar contra los elementos,* aludiendo con ello a los grandes temporales que tanto contribuyeron a la derrota. Esta impavidez del rey impresionaba siempre a sus visitantes. Raro quien no perdía la serenidad en presencia de este poderoso monarca, que solía mirar fijamente (así una estatua inmóvil e impenetrable) con sus ojos azules. Cuando el visitante, como de costumbre, se azoraba, el rey acostumbraba decir: *Sosegaos, sosegaos. . .* La propia Santa Teresa, mujer de tanto temple, perdió su aplomo ante esta fija mirada filipina y nos dejó escrita su confusión: *Toda turbada* (dice Santa Teresa) *empecé a hablarle porque su mirar penetrante, de esos que ahondan hasta el ánima, fijo en mí, parecía herirme, así que bajé mi vista y con*

toda brevedad le dije mis deseos. Lo curioso es que este hombre al parecer tan aplomado fuera a la vez sobremanera dubitativo y tardara días y meses y a veces años en decidirse en un sentido o en otro —lo cual fué por cierto uno de sus graves defectos como rey. No era la suya la lentitud, por ejemplo, de Isabel de Inglaterra, proveniente, como se sabe, de la genial marrullería inglesa, tras la cual hay casi siempre una decisión tomada que aguarda su momento aportuno, sino simplemente la lentitud del hombre que necesita mucho tiempo para sopesar el pro y el contra. Un historiador español moderno atribuye estas indecisiones de Felipe sencillamente a timidez.

También es notorio que Felipe era muy pulcro en todo, en su persona (raro en aquellos tiempos) y en las cosas que le rodeaban, pues con éstas no toleraba el menor descuido en la limpieza, ni una mota. Asimismo es sabido que Felipe exigía a todos honradez y laboriosidad —y no digamos religiosidad comprobada. A uno de sus contadores, de quien supo se había comprado una casa, lo separó en seguida del servicio, y como alguien le preguntase después por este contador, el rey dijo: *Haced cuenta de que se ha muerto ese hombre.* En cierta ocasión un sacerdote que tenía una hija pidió al monarca autorización para que aquélla recibiera en herencia 700 ducados; Felipe contestó tajante: *Bastan cien para hija de clérigo.* La honradez le llevó a todo, en primer lugar a la concesión de los cargos públicos. En su reinado se abolió que estos cargos se dieran arbitrariamente o por venta y se exigió además a los aspirantes un título universitario. En cuanto a laboriosidad, el mejor ejemplo del reino era el propio rey. Felipe trabajaba de la mañana a la noche, como el más paciente oficinista, despachando por sí mismo su correspondencia constante con sus embajadores, con otros monarcas, con el papa, con sus gobernadores e incluso con sus propios secretarios. Como todos los asuntos, aun los de menos monta, habían de pasar por su mano, su trabajo de leer, escribir y anotar debió ser imponente. De ningún monarca se conservan tantos despachos, tantas notas y cartas; se le ha llamado por ello, con razón, *el rey burócrata.* También es verdad que este deseo de que todo pasara por su mano, de verlo y decidirlo todo, junto con aquella lentitud, a que antes me refería, en tomar decisiones, ocasionaban constantes retrasos, a veces muy perjudiciales.

Es asimismo de conocimiento común que Felipe fué un sincero amante de la pintura, de la arquitectura y de las ciencias en general. En pintura debió tener un gusto académico o burgués, como lo prueba haber rechazado el *San Mauricio* del Greco —que era entonces poco más o menos lo que sería en estos días rechazar un Picasso... Como amante de la arquitectura, a él se debe una de las creaciones más extraordinarias del mundo, *El Escorial,* mole arquitectónica pensada en grande, *que basta por sí misma para absolver al rey de muchos de sus pecados.* En el orden científico, Felipe fundó la Academia de Ciencias, que funcionó en el mismo palacio real; la Academia de Matemáticas, cuyo primer director fué Herrera, el ingeniero y arquitecto autor del Escorial; el Archivo de Simancas, el Jardín Botánico de Aranjuez y la Biblioteca monumental de su palacio-monasterio. Además, Felipe organizó varias expediciones científicas a las Indias y fundó varios seminarios para ingleses e irlandeses católicos, como el colegio de San Patricio en Salamanca, abierto en 1592, llamado comúnmente *de los Irlandeses.*

Por contraste —por contraste con todo eso, pero consecuente con su política— Felipe prohibió (1559) que los profesores y estudiantes españoles salieran de España para enseñar o estudiar en otras universidades (fuera del colegio de Albornoz de Bolonia y las universidades de Roma, Nápoles y Coimbra), con lo cual la vida científica y en general intelectual no pudo por menos de resentirse de confinamiento y desmedrarse al cabo.

También por temperamento y por educación Felipe era extremadamente desconfiado. *Sospechar y no creer ni confiar* (dice Cabrera de Córdoba) *eran nervios de su prudencia.* Un hombre siempre desconfiado, por muy grande que sea, no puede ser simpático —y es seguro que Felipe no lo fué jamás a ninguno de sus ministros. Antonio Pérez nos dice que *la sonrisa de Felipe cortaba como una espada.* Pero, aparte esa reserva antipática del desconfiado, norma de su conducta en los negocios públicos, es seguro que Felipe tuvo una intimidad sincera y tierna, como lo prueban su comportamiento con sus cuatro mujeres (Felipe, como ustedes saben, casó cuatro veces), su ternura para con sus dos hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Francisca, su afecto a su primer maestro, Juan Martínez Silíceo, a quien hizo con el tiempo primado de España, su cariño inva-

riable a una de sus ayas de niño, doña Leonor de Mascareñas; etc., etc.

Finalmente (y antes de pasar a otras cosas): ¿era Felipe un hombre cruel? Todo depende de lo que entendamos por crueldad. Si por crueldad entendemos un grado muy bajo de sensibilidad ante los dolores ajenos, no cabe duda que Felipe disfrutaba (como todos los hombres de su época, en España y fuera) de una hermosa piel de elefante. Mas la crueldad no es en sentido estricto insensibilidad (¿llamaríamos cruel a la teja que nos cae en la cabeza porque nos descalabra y no se inmuta?). La verdadera crueldad es la complacencia —el placer— en producir un dolor inútil. El médico que nos causa dolor en hacernos la cura nada tiene de cruel: está produciendo un dolor necesario; el aviador que descarga una bomba sobre la población indefensa, tampoco diremos que lo sea: está cumpliendo su deber y una orden; el juez que firma una sentencia de muerte, está sencillamente obrando en justicia. Si en esos casos, como en otros que podrían citarse, no hubo complacencia —placer— en el dolor que se causaba, podremos afirmar que no hubo crueldad, sino simplemente necesidad. Pues bien: examinadas una por una todas las violencias comprobadas de Felipe II, podremos concluir sin graves escrúpulos que nunca fué cruel, puesto que esos actos fueron dictados en opinión suya (que pudo ser errónea, como lo fué muchas veces, pero esta es otra cuestión) por los intereses nacionales, por la llamada Razón de Estado, es decir, por necesidad. Cuando huye a Aragón y después a Francia e Inglaterra el secretario Antonio Pérez, y Felipe pone en prisión a la mujer y los hijos del fugitivo, el rey no hace esto por venganza ni por crueldad: lo hace porque Pérez llevaba papeles de Estado importantes, comprometedores para el rey y la nación, y la prisión de la familia de Pérez era sólo una medida para que éste no hiciera público esos papeles. Cuando ordena la muerte, o al menos consiente en ella, que para el caso es lo mismo, de don Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, Felipe lo hace porque cree que este secretario alentaba a don Juan a sublevarse (luego supo que no era así, que había sido engañado, y Felipe sufrió por ello graves remordimientos). Lo mismo se puede decir de la muerte del Barón de Montigny, uno de los enviados a Flandes. Es cierto que Felipe era implacable en materia de fe, pero, en tal materia, eran entonces implacables en Europa cuantos tenían

fe verdadera, de suerte que lo mismo de duros se producían en este aspecto el protestante como el católico —Calvino como Felipe. Además, por muchas razones, unas religiosas, otras políticas, todas sin duda discutibles, pero todas valederas para un estadista de la época, la base de la política española era mantener católicos a sus estados. De aquí partía todo lo demás. Eso sí, una vez tomada una decisión de tipo violento, a Felipe no le temblaba el pulso. Vean ustedes la naturalidad con que comunica al Duque de Alba, entonces en Flandes, la noticia del Barón de Montigny, estrangulado secretamente en la prisión de Simancas. *Sucedió tan bien* (dice el rey a Alba) *que hasta ahora todos tienen creído que murió de enfermedad, y así también se ha de dar a entender allá* (Flandes), *mostrando disimuladamente dos cartas que irán de aquí.* En este caso Felipe se preocupó que la víctima tuviera oportunidad de confesarse, eligiendo para ello al dominico fray Hernando del Castillo, famoso teólogo, persona de toda su confianza, de quien estaba seguro guardaría secreto de lo ocurrido. Con Escobedo no hubo lugar a confesión porque tuvieron que matarle en la calle y la estocada que le tiraron fué, además, tan certera, que falleció inmediatamente. Pero Felipe se consoló mucho cuando supo que Escobedo se había confesado el Jueves Santo; el asesinato había tenido lugar cuatro días después, el lunes de Pascuas, de modo que la víctima no tuvo muchos días para pecar y acaso se salvase. En un auto de fe, como uno de los condenados, al pasar junto a Felipe, le dijera: *¿Y me vas a dejar matar?,* Felipe contestó tan sereno como de costumbre: *Si mi hijo* (que estaba por cierto al lado de Felipe) *fuera tan malo como vos, yo llevaría la primera leña.*

No. Sinceramente no creo, después de revisar las violencias comprobadas de su reinado, que Felipe sintiera la menor complacencia en producir dolor a nadie. Lo que sí cabe afirmar es que nunca fué generoso. Ni en Flandes, ni en la rebelión de Aragón, ni en su largo duelo con su secretario Antonio Pérez (Antonio Pérez procuró varias veces reconciliarse con el rey, deseoso de volver a su patria y al lado de su mujer y sus hijos), en ningún caso Felipe tuvo uno de esos gestos magnánimos que redimen a un monarca de algunas de sus violencias; al contrario, fué siempre inexorable. Pero esto ha sido por lo común defecto de reyes absolutos, es decir, achaque de dictadores. El dictador cree siempre que no debe ser generoso. Acaso a veces

le gustaría serlo, pero cree que no debe. Y cree que no debe precisamente porque cree que no puede, esto es, porque tiene miedo. El miedo desde el poder debe ser el más ofuscante de los miedos —algo parecido al vértigo que podamos sentir desde una torre altísima... Claro es que al referirme a Felipe no me refiero a miedo por su persona, sino a temor por su causa y por el respeto debido a su representación como rey. Porque esta es otra de las cosas que singularizan a este monarca: su fe ciega —más ciega aún que la de ningún otro rey— en la trascendencia de su misión en el mundo. Todos los políticos absolutistas, sean creyentes o no, concluyen por pensar, por pensar y sobre todo sentir, que el poder —ese premio de la lotería, a veces pesadísimo, que es el poder— no llegó a sus manos por azares de la fortuna, sino por elección divina; todos concluyen por considerar su gobierno un mandato celeste. En Felipe II esta creencia fué absoluta. A ella le llevaba el ser rey por la gracia de Dios, pero también su temperamento y acaso más que nada el gran problema de división de la Iglesia en que se encontró metido desde el principio y en el cual estimaba que España —es decir él, Felipe II— había de cumplir una decisiva misión. De aquí en Felipe la doble vertiente de su personalidad y sus emociones: por un lado, inflexible y orgullosísimo, increíblemente endiosado, como hombre que se siente elegido por Dios para cumplir en la tierra su voluntad política y religiosa; por otro lado, sencillez y modestia sumas, en sus vestidos y en sus hábitos, como cuadraba a un creyente que sabíase humilde criatura de Dios.

FELIPE nació en Valladolid el 21 de mayo de 1527. *El parto de S. M. no fué muy recio* (comunicaba al día siguiente Martín de Salinas al Infante don Fernando, hermano del Emperador), *pero tuvo algún trabajo, desde las tres de la mañana hasta que Dios fué servido de la alumbrar, poco antes de las cuatro de la tarde.* Y seis días después, o sea el 28 de mayo, el mismo Salinas escribía de nuevo al Infante: *La Emperatriz está muy buena y asimismo el Príncipe, y el Emperador tan alegre y regocijado y gozoso del nuevo hijo, que en otra cosa no entiende sino en ordenar fiesta por el bien que Dios nos ha dado; y de día y de noche no se entiende en otra cosa sino en justas y juegos de cañas y en todas maneras de placer; así viejos como mozos.*

De todos los príncipes se dice que son prodigiosos, pero no cabe duda que Felipe lo fué, pues mostró desde el primer momento una aplicación extraordinaria, una gravedad impropia en un niño y al mismo tiempo unas dotes sobresalientes para las matemáticas, el dibujo y la música. Por estas dos últimas aptitudes afirma su biógrafo Walsh, acaso exageradamente, que *born in more humble circumstances, he* (Felipe) *might have been an artist.* Aprendió a escribir bien el latín y llegó a entender perfectamente el italiano y el francés, pero sus lenguas preferidas fueron simpre la española y la portuguesa. Su padre le instó muchas veces para que aprendiera alemán y flamenco (también más adelante, cuando Felipe casó con María Tudor, para que aprendiera inglés), mas el príncipe nunca obedeció en este punto. En realidad Felipe fué torpe en los idiomas; ni siquiera en el suyo propio debió ser de expresión muy fácil, como lo prueba su tendencia a recurrir constantemente a la pluma, que usó incluso *para hablar* con sus secretarios. Martin Hume ve en esto uno de los rasgos más españoles del rey. *He was* (dice Hume) *a Spaniard of Spaniards, and nothing shows the strict limitation of his capacity more than the clumsiness with which he expressed himself even in his own language, although he frequently criticised and alterated the words and expressions employed by his secretaries.* (Aquí Martin Hume sienta dos cosas, ambas erróneas: cree por una parte que los españoles no tienen facilidad de palabra..., y cree además que la falta de facilidad de palabra representa *invariablemente* torpeza mental). Con todo, su primer maestro, Juan Martínez Silíceo, catedrático de la Universidad de Salamanca, estaba asombrado, tanto de la capacidad como de la aplicación y seriedad del discípulo. Esta seriedad a veces frisana en melancolía. Precisamente para combatir este sesgo melancólico y para educarle además socialmente, su padre el Emperador (que nunca tuvo un alto concepto, quizá con motivos, de las dotes pedagógicas de Silíceo), puso a Felipe otro maestro, don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, quien enseñó al príncipe esgrima, equitación, los juegos caballerescos de la época, a danzar y vestir con sencillez y elegancia. Por estos mismos días Luis de Narváez enseñaba al príncipe a tocar la vihuela. A esta educación habrá que agregar la que le diera su padre en sus largas y a veces diarias conversaciones. Sin duda el Emperador inculcó en su hijo en estos primeros años la sensación

de su importancia, cuanto debía a su rango excepcional de príncipe heredero de la corona; además le señalaría la necesidad —como varias veces lo hizo en sus cartas— de ser austero, cuidadísimo en sus palabras y más que nada reservado.

Felipe fué popular en España desde el primer momento. Su buena presencia, su discreción y sobre todo su porte digno —*su majestad*— lo presentaron a los ojos de los españoles como el príncipe perfecto. No parece que esta popularidad —contra lo que han venido sosteniendo hasta ahora los historiadores— la conservase Felipe hasta su muerte, pues ya en 1580, con motivo de los manejos para la anexión de Portugal y ante el temor de una guerra, el padre jesuíta Rivadeneira escribía en secreto a don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, que en otros tiempos el pueblo deseaba *la vida y la salud de Su Majestad más que la propia; lo cual no es ansí angora. . .* Mas también es verdad que la mejor época —la más popular— de un monarca no fué por lo común la de su reinado, sino la anterior, cuando, como príncipe heredero, unió ante los ojos del pueblo la fascinación de la juventud y la incógnita —con la ilusión— de un gran futuro. . .

A los decisiete años Felipe casó (15 de noviembre, 1543) con su prima portuguesa —prima por doble título— María Manuela, hija del rey de Portugal. Ambos príncipes eran nietos de doña Juana la Loca. Este matrimonio, como era de esperar, fué fatal. La princesa murió de sobreparto año y medio después del enlace y Felipe quedó viudo a los dieciocho años, padre además de una criatura completamente degenerada, el famoso príncipe don Carlos. Antes de ese matrimonio el Emperador hubo de ausentarse de España y dejó a su hijo de regente del reino, probando con ello la confianza que le merecía este niño de apenas diecisiete años. Son interesantísimas de esos días las dos cartas secretas, escritas de puño y letra del Emperador, enviadas por éste a su hijo desde Palamós (4 y 6 de mayo de 1543) antes de embarcar. En ellas le encarecía el Emperador a Felipe que no permitiese jamás que la herejía entrase en sus reinos *(nunca permyteys que heregías entren en vuestros reynos)*, le hacía un retrato descarnadísimo de los hombres que dejaba a su servicio, especialmente del Duque de Alba, a quien señalaba de *pretender grandes cosas y crecer todo lo que el pudyere, aunque entró* (cuando fué a ver al Emperador por primera vez) *santiguándose muy humilde y recogido;* le ponía en

guardia contra los bandos de la corte; le exhortaba a ser justo, a ser prudente, a no yacer demasiado con su futura mujer, a no ser nunca colérico; y le daba otros consejos generales que pudieran resumirse así: que escuchara a todos los consejeros, pero que jamás confiase en ninguno, resolviendo en definitiva por sí mismo, según su conciencia y los intereses del Estado. Estas cartas debieron impresionar profundamente al joven príncipe y determinar en el futuro su conducta —su estilo— de gobernante.

Felipe gobernó a España, con evidente acierto, durante unos años, hasta que por orden de su padre hizo un viaje por Italia, Alemania y los Países Bajos (octubre de 1550), largo recorrido que sin duda debió completar su educación, pero que no tuvo el éxito político deseado. Su desconocimiento del alemán, su dificultad de expresarse fluentemente en francés, su porte orgulloso y frío, su misma sobriedad en la comida y en la bebida, todo contribuyó al fracaso personal (por ende, político) del príncipe. Un embajador escribía que Felipe era *poco querido de los italianos, muy detestado por los flamencos y antipático a los alemanes* (aquella gravedad del príncipe sólo podía complacer a los españoles). Por estos años Felipe sostenía relaciones con una señora principal, doña Isabel Osorio, de la que tuvo varios hijos; también en Bruselas entabló relaciones con una hermosa flamenca, de quien tuvo cuando menos uno. En este aspecto —en el aspecto de faldas— parece que Felipe fué un hombre completamente normal, ni excesivo ni corto, que consoló su viudez como pudo, aprovechó cuando quiso sus grandes facilidades principescas y fué cortés y relativamente leal con sus esposas, unas veces por amor, como con Isabel de Valois, otras tan sólo por Razón de Estado, como con María de Inglaterra.

ACASO a los británicos que me escuchan les interese que yo diga algo sobre este último matrimonio. El enlace con María —María la sanguinaria, *the Bloody Mary,* como se la llamaba en Inglaterra— tuvo el siguiente origen: había muerto Eduardo IV, había ascendido al trono María, España estaba en guerra con Francia, y la unión de Felipe con la soberana inglesa ofrecía, según los cálculos del Emperador, numerosas ventajas: en primer lugar, utilizar la marina de este país contra Francia; después, lograr hombres y material de guerra que poner en el

continente, y finalmente —pero esto muy en segundo término—, recatolizar a Inglaterra, apartada de Roma desde el divorcio de Enrique VIII.

Cuando el embajador español propuso el matrimonio a la reina, a ésta *le dió una larga risita...* No hay que ser un Freud para comprender esta risita perfectamente, porque, aparte el poderío político del príncipe y su condición (para María importantísima) de católico, era éste de buena estampa y contaba veintisiete años, cuando la reina, sobre no ser agraciada, estaba ya en los treinta y ocho. En fin, se convino la boda y Felipe desembarcó en Southampton (en Antona, como es la españolización de este puerto) en julio de 1554. Al desembarcar le ofrecieron a Felipe un vaso de cerveza, primero que había de probar en su vida —*un vaso del vino inglés,* según Felipe comentaba en broma con los suyos. Como todo lo que se refiere a este rey, aun los detalles más insignificantes, es motivo de discusión, también ha habido debate y sigue habiéndolo sobre este histórico vaso de cerveza. Hay historiadores (los enemigos de Felipe, por supuesto) que afirman que Felipe no pudo beber el vaso entero, que hizo un gesto de repugnancia, y lo dejó; hay otros historiadores (filipistas, naturalmente) que aseguran que Felipe bebió el vaso sin pestañear, sonrió después con satisfacción y dijo que la cerveza era exquisita... Yo no soy felipista ni antifelipista tampoco (por una vez en la vida me voy a permitir la comodidad de ser neutral), pero me inclino sin titubeo por la segunda de esas versiones. Y ello por dos motivos: primero, porque a un personaje de esa categoría, entonces como hoy, se le da a conocer todo el programa —precisamente para eso, para que no haya sorpresas—; segundo, porque Felipe venía dispuesto a agradar en todo momento a los ingleses. Sabía el príncipe el malísimo ambiente que había hecho en Londres, contra los españoles y el matrimonio, el embajador francés Noille, y tenía además el recuerdo del fracaso de su viaje, hacía cuatro años, a los Países Bajos. De modo que esta vez había de ser el propio Felipe, antes de desembarcar en Southampton, quien advirtiera a los nobles que le acompañaban de la necesidad de ser amable con los britanos, de respetar escrupulosamente todas las costumbres inglesas *(incluso aquellas más extrañas...),* de ceder a los naturales los puestos de preeminencia en los actos públicos, etc., etc... Estos mismos nobles quedaron por cierto asombrados de la transformación

del príncipe en cuanto éste desembarcó, pues jamás lo habían visto tan contento, ni tan sonriente, ni tan complaciente y complacido con todo.

No tengan ustedes dudas: Felipe se bebió la cerveza y dijo luego —quizá no más que por razón de Estado— que era exquisita.

El encuentro con la reina tuvo lugar en Winchester (Vicestra). María no había sido favorecida por la naturaleza, pues tenía muy mal cuerpo, una cabeza gordísima, era más bien chata, su frente estaba bombeada como una olla y además carecía de cejas. Parece que María quedó prendada de Felipe en cuanto le vió. En cambio la reina produjo a los españoles una impresión terrible. A la vista de aquella mujer sin encantos los españoles percibieron claramente que el matrimonio de su príncipe era sólo de conveniencia, de interés político. Mas Felipe, en esta ocasión como en todas, estuvo imperturbable —esto es, dueño de la situación—, de modo que se acercó a la reina con la mejor de sus sonrisas y la besó (como dicen los historiadores británicos *in the English fashion,* es decir, en la boca.[1] Esa misma noche hubo una gran recepción, *un sarao que duró casi tres horas. Y como ya hubiesen danzado gran parte de las damas y grandes con los caballeros, salieron los reyes* (María y Felipe) *y danzaron sendas alemanas muy graciosamente, donde las damas holgaron mucho de ver danzar a S. M.*

¿Cómo cumplió Felipe, durante su estancia en Inglaterra, sus dobles deberes matrimoniales y políticos? Justo será reconocer que los cumplió perfectamente. En el orden matrimonial, Felipe fué en todo y por todo un caballero. Es tan expresiva como graciosa la visión que nos da de la pareja regia uno de los señores que acompañaban a Felipe: *SS. MM. son los más bien casados del mundo y más enamorados que aquí puedo decir. No la deja S. A.; siempre que vamos de camino va con ella y la cabalga, y la apea, y la pone en su hacanea, y come algunas veces con ella públicamente, y van a misa juntos los días de*

---

1 *When she saw Phillip, she went quickly toward him, and took his hand. Phillip, mindful of Renard's instructions, kissed her on the mouth, after the English fashion. The austere Duchess of Alba was shocked when the Earl of Derby greeted her somewhat later in this heartly fashion. Such a thing was undreamt of in Spain. Mary took it as a matter of course, even when Phillip, cap in hand, gave each of her ladies a similar salute as they were presented, two by two.* (William Thomas Walsh).

fiesta, aunque la reina no es nada hermosa, pues es pequeña y más flaca que gorda; es muy blanca y rubia; no tiene cejas; es una santa; viste muy mal.

Políticamente, según testimonio de historiadores ingleses protestantes, nada sospechoso para el caso, Felipe se portó con más talento que los católicos ingleses, que la reina María, que el Papa y que el mismo cardenal Pole (como ustedes saben, este cardenal era asimismo inglés y de sangre real). El ambiente de Londres estaba en contra de los españoles y, por supuesto, de Felipe. *He had only come* (decíanse los londinenses, según Martin Hume) *to beget an heir to the crown, and then he might go —the sooner the better.* Mas con un viento tan contrario, atizado de continuo por la diplomacia francesa, Felipe ganó en poco tiempo la voluntad de los ingleses, aunque los fines políticos inmediatos de su matrimonio —naves, soldados y material contra Francia— no prosperasen con la rapidez deseada. *Although he came heavily handicapped by prejudice against him, and London especially bitterly hated the Spaniards, and did not hesitate to show it* (hubo a veces verdaderas batallas en las calles de Londres entre españoles e ingleses,[2] *Phillip himself became personally not unpopular during his stay in England.* Es más: quizá Felipe habría conseguido en seguida aquellos auxilios militares si la intolerancia de la reina, de los católicos ingleses y del cardenal Pole no desembocara violentamente en la persecución de los protestantes, que Felipe hizo cuanto pudo por evitar. *For nearly six months Phillip's efforts stayed the storm of persecution, and his active intercession saved many condemned to the stake.*

Así se desarrollaban las cosas cuando el Emperador, deprimido por algunos reveses militares y agotado —aunque sólo contaba 55 años— por los largos y continuos viajes y por el peso del poder, cayó de pronto en abatimiento y abulia y pidió a Felipe que pasara en seguida a Flandes. El embajador español en Londres decía al Emperador que no convenía que Felipe abandonara la isla. *En cuanto el príncipe vuelva la espalda* (así

[2] Pero al Emperador no le preocuparon tanto lo sespañoles —los altercados a que éstos pudieran dar lugar— como las españolas. *Dízeme* (escribía el Emperador a Felipe) *que passan mugeres casadas en vuestra compañía y de sus maridos, las quales tengo que serán peores de gobernar y concertar con las inglesas que soldados; mirad si sería bien hacerlas pasar acá* (Flandes) *hasta que las cosas de allá tomasen más asiento.*

razonaba el embajador) *arreciará la persecución y peligrarán todas las ventajas que esperamos del matrimonio.* Este criterio del embajador no se formulaba a humo de paja. Los católicos estaban desmandados. La reina, el Papa y el cardenal Pole urgían que fueran restituídos a las órdenes religiosas los bienes que les habían sido arrebatados durante el reinado de Eduardo IV. Eran esos bienes grandes propiedades, tierra e inmuebles, ahora en manos de personas particulares, todas protestantes. Felipe pedía con ahinco que se anduviera en este asunto con pies de plomo... Para dar una idea de la inconsciencia a que llegaban la ilusión y el furor religiosos, bastará reproducir la frase con que el cardenal Pole, a su regreso de Roma, saludó a la reina: *María —benedictus fructus ventri tui.* Y con análogas palabras, dice un historiador bien ecuánime, Maurenbrecher, el mismo cardenal *había ensalzado al Papa la resolución de Felipe de ser esposo e hijo!!!* (las admiraciones son mías) *de aquella doncella inglesa, comparando con frase de dudoso gusto a Felipe con Jesucristo.*

...Pero el Emperador insistió. Felipe tuvo que marchar. La reina le despidió en Greenwich, llorando. *Los nobles españoles le besaron en la mano* (a la reina), *mientras que Felipe se despidió de las damas inglesas besándolas a todas en la boca...* Renard, el embajador español, estaba en lo cierto: en cuanto Felipe se alejó en su nave se desencadenó más feroz que nunca la persecución religiosa, que ya no cesó hasta la muerte de María (1558). *Phillip was certainly not responsible for this; his influence was exerted in the contrary direction.*

En Bruselas aguardaba a Felipe nada menos que la ceremonia de abdicación de su padre (octubre, 1555). Por este acto conmovedor, en el cual *todo el mundo lloraba,* Felipe se convertía de pronto en monarca de los reinos de España (es decir, Castilla, Navarra, Aragón, Rosellón y Baleares); dueño de los inmensos territorios descubiertos y conquistados en América, desde El Plata hasta México, además de las Filipinas y parte de las Molucas; rey de Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña; de los Países Bajos y del Franco condado; señor de las Islas Canarias, con autoridad en Orán, Bugía, Túnez y Cabo Verde.

A partir de ese momento Felipe II es... Felipe II (hasta entonces sólo había sido rey de Nápoles, título que le diera su padre cuando el príncipe casó con María Tudor y para nive-

larle con ésta). Territorios tan vastos y tan distantes unos de otros traían sus problemas propios y obligaron a Felipe —que no era bélico ni deseaba nunca la guerra— a luchar casi constantemente (en el Mediterráneo con los turcos, en Italia con el Papa; en Francia, en Flandes, etc.). Dentro de España, se vió también el rey ante dos sublevaciones (la morisca, 1568; la de Aragón, 1590), ante el largo y penoso pleito con su secretario Antonio Pérez y además ante la desdicha de tener que encerrar a su propio hijo Carlos, cuya demencia llegó a constituir un peligro para el Estado. En su batallar incesante, la política de Felipe perseguía principalmente dos fines: conservar cuanto había heredado y asegurar en Europa el edificio de la Iglesia católica, que Felipe consideraba consustancial con los intereses hispanos.

Hay historiadores —principalmente protestantes, liberales y anticlericales a ultranza— que afirman que Felipe fracasó en todos y en cada uno de sus propósitos. Yo creo que no —al menos si miramos su reinado desde el mismo punto de vista del monarca. En primer lugar (desde ese punto de vista), Felipe conservó católica a España y dejó católica a Bélgica y a todas las naciones americanas que hablan nuestra lengua; en segundo lugar, Felipe obtuvo varios éxitos resonantes —aunque ninguno de consecuencias permanentes—, tales como la batalla de San Quintín (1557), ganada a los franceses con 8,000 soldados ingleses, la batalla de Lepanto (1571), ganada a los turcos, y las escaramuzas, que no batallas, que dieron por resultado el hecho más importante de su reinado: la anexión de Portugal (1580). Por otra parte, en América, durante el reinado filipino, se continuó la colonización del Plata, se fundó definitivamente Buenos Aires (nombre dado a la gran ciudad en honor de Santa María de Buenos Aires, o del Buen Aire, patrona de los marinos andaluces), se hicieron grandes exploraciones por las tierras del Amazonas y de la Florida y en esta última se fundó la primera villa de los Estados Unidos. San Agustín. No habrá que mencionar la conquista y pacificación de las Filipinas, con la fundación de Manila.

Felipe fracasó en cambio rotundamente en los Países Bajos (este fué sin duda el asunto más desgraciado y peor llevado de su reinado), hasta el punto que hubo de cederlos (1597) a una de sus hijas, convencido de que eran ingobernables desde España; fracasó en su intento de conservar el catolicismo en

toda Europa y al final tuvo que admitir —inmovilizado por la penuria— que Enrique IV gobernase sobre toda Francia; fracasó en la expedición de la Armada Invencible.[3]

En cuanto a las consecuencias, sobre todo en España, de la política de Felipe, también hay división en los pareceres. Los filipistas afirman que aquellas consecuencias fueron bonísimas, primero: porque mantuvo la fe católica en el país; segundo: porque, al evitar la entrada del protestantismo en España, Felipe evitó a la vez las guerras religiosas que padecieron los países que tuvieron Reforma; tercero: porque esa misma paz religiosa permitió entre otras cosas el espléndido florecimiento literario y artístico que llamamos Siglo de Oro; y cuarto: porque también esa paz, hija de la unidad en el credo, facilitó la continuación de la obra de colonización en América, que desde un principio se venía haciendo bajo el signo católico. Los antifelipistas replican a esas razones con estas otras: primero: al no permitir Felipe la entrada del protestantismo, España quedó separada de Europa y no se benefició en consecuencia del movimiento renovador y sobre todo de libertad que representaba la Reforma; segundo: es verdad que Felipe evitó las guerras religiosas que sufrieron otros países, pero por esto mismo España no cobró jamás un asiento seguro y quedó preñada de las numerosas guerras civiles que vinieron después, todas las cuales, incluso la última de este siglo, tuvieron siempre la impronta de guerras religiosas tardías; tercero: de ninguna manera se habría malogrado con la Reforma nuestro renacimiento literario, antes bien se habría enriquecido con científicos y filósofos, personalidades que no tuvimos precisamente por culpa de la presión que ejercía sobre la intelectualidad española la intolerancia religiosa, mantenida mediante la Inquisición y el Indice de los libros; y cuarto: no hay razón para pensar que se interrumpiera con la Reforma la colonización en América, puesto que otros países protestantes (Inglaterra, Holanda) continuaron perfectamente las suyas.

---

[3] *The first panic in England had been succeeded by feverish activity; all that could inflame patriotic zeal was done. The Spaniards, it was said, were bringing cargoes of scourges and instruments of torture, all adults were to be put to death, and 7.000 wet-nurses were coming in the Armada to suckle the orphan infants. Such nonsense as this was firmly believed, and the echoes of it have not even yet* (en 1897 escribía esto Martin Hume) *entirely died out.*

Así está el pleito. Así está el pleito y así seguirá por los siglos... Yo no les voy a dar a ustedes mi particular opinión sobre el mismo, entre otras razones porque sería extensísima, ya que en asunto tan vasto, además tan complejo, no basta decir *sí* o *no* como en un plebiscito. Por otra parte, siempre me ha parecido ocioso entrar en la Historia para especular sobre lo que habría pasado si no hubiera pasado lo que ha pasado... El pasado, como se ha dicho tantas veces, es lo único que no puede modificar nadie, ni siquiera los dioses. Está a la espalda de un pueblo, como está a nuestra espalda nuestro pasado individual, con su faz simpática o antipática, pero siempre inmóvil, es decir, pidiendo siempre el respeto o el olvido a que tiene derecho lo consumado y por lo mismo intangible. Nuestras energías sólo pueden (¡cuando pueden!) con el presente...

Además, no era mi propósito entrar en tales disquisiciones. Sólo deseaba acercarme, hasta donde me fuera posible, a la persona del discutido monarca. No cabe duda que Felipe fué un hombre que tomó la vida en serio, la religión en serio, su pueblo en serio y su misión como monarca perfectamente en serio. Personalidad, capacidad de trabajo, conocimiento de los hombres, claro juicio muchas veces (aunque cometiera graves dislates), voluntad excelente, carácter y estilo —desde luego no le faltaron. Le faltó en cambio la cualidad cardinal del político renacentista. Le faltó la ironía (esta falla es en mi opinión su pecado capital originario). Le faltó la ironía por la cual el político renacentista supo ya aprovechar las pasiones humanas, especialmente las religiosas, sin complicarse personalmente en ninguna. Los políticos genuinamente nuevos, una Isabel de Inglaterra, un Enrique IV de Francia, un cardenal Richelieu, ya no tenían, como se dice en España, *la fe del carbonero;* se colocaron en cuanto políticos por encima (o por debajo, según se quiera) de cualquier credo, atentos sólo a los intereses cuantitativos, con los cuales habían de levantar la verdadera nación moderna —rica, amplia de mente e irónica (es decir, tolerante) con el doctrino y su contrario.

Desde el punto, pues, profesional o del estadista, donde sólo cuentan los éxitos nacionales y los intereses colectivos, la política de Felipe acaso presente numerosos flancos vulnerables e incluso un lastre (como la fe del carbonero) de ingenuidad. Desde el punto de vista del hombre como tal hombre, Felipe

ofrecía muy curiosas contradicciones: era de porte frío pero llevaba dentro un patético; fué en efecto orgulloso pero a la vez humilde; era sencillísimo en sus costumbres, y se hizo edificar empero el más grande de los palacios; estuvo toda su vida pendiente del exterior, pendiente de Europa, pero sus ojos se veían llenos todos los días con los despoblados del Guadarrama. . .

En una cosa fué único, extraordinariamente único: Felipe no tuvo vanidad. Ninguna, según parece. El mismo día de su muerte (13 de septiembre, 1598), el embajador veneciano Soranzo comunicaba al Dux Grimani el humano prodigio: *Aborrecía* (el rey) *la vanidad en todas las cosas,* escribía el embajador *(Ha abborrito la vanitá in tutte la cose).*

EL ESPAÑOL, CONQUISTADOR Y CONQUISTADO

Por *Fernando BENITEZ*

"Averiguar donde el español se vuelve mexicano es enigma digno de Zenón, y tan escurridizo en las letras como después lo ha sido a la hora de las reclamaciones diplomáticas".

ALFONSO REYES.

ENTRE los días intensos, juveniles y arrebatados de la conquista y la redacción de la Historia Verdadera de Bernal Díaz del Castillo media un espacio de cincuenta años. Es decir, entre el rasgueo de su pluma y los hechos que evoca, ha corrido una larga vida. El hecho de que Bernal domine una perspectiva de sepulcros, no le impide relatar los viejos sucedidos como si en vez de pertenecer a un remotísimo pasado, hubieran ocurrido el mismo día de su registro. Ni la edad, ni la amarga presencia de la muerte, ni su relativa pobreza fueron capaces de quebrantar el optimismo vital de este soldado y cronista extraordinario. Tenía sin duda una clara idea de su misión, pues al hablarnos en el maravilloso capítulo CCV de "los valerosos capitanes y fuertes y esforzados soldados" que pasaron a México con Hernán Cortés, termina dando gracias a Dios y a la Virgen de haberle preservado la vida en medio de tantos peligros "para que ahora se descubran y se vean muy claramente nuestros heroicos hechos y quiénes fueron... los que ganaron esta parte del Nuevo Mundo y no se refiera la honra de todos a un solo capitán".

Acicateado por Gómara, uno de los mejores prosistas de su tiempo, se lamenta de no tener la maestría de Apeles, Berruguete, Miguel Angel o el Burgalés, para esculpir y pintar las facciones y las maneras de sus camaradas de armas tal como vivían en su memoria. Estas salidas propias de un estudiante

de retórica, frecuentes en él, ayudan a medir la distancia que separa la evocación de un hombre del pueblo al que su época hizo intervenir en una conquista, de la historia de un profesional de las letras que escribió de oídas acerca de hazañas realizadas por un grupo de hombres de acción en una región del mundo que le era desconocida. En Gómara, el soldado español es un signo, una abstracción, una sombra anónima sobre la que resalta la figura luminosa de Cortés. En Bernal, es Jerónimo Mejía llamado Rapapelo "porque decía él mismo que era nieto de un Mejía que andaba a robar en el tiempo del Rey Don Juan"; es el sevillano Tarifa Manos Blancas, a quien se le puso este nombre debido a que "no era buena para la guerra ni para cosas de trabajo, sino (para) hablar de cosas pasadas" y es, Pedro de Solís Tras la Puerta, que mereció el apodo gracias a su costumbre de "estar mirando a los que pasaban por la calle y él no podía ser visto" o un hermano de éste, Solís el de la Huerta, "porque tenía una muy buena huerta y sacaba buena renta de ella" y a quien también llamaban Sayo de Seda, ya que se "preciaba mucho de traer seda".

Del medio millar de hombres que salieron de Cuba para realizar la Conquista de México, muy pocos alcanzaron fortuna y el destino reservado a los capitanes tampoco fué nada placentero. Pedro de Alvarado, el segundo de Cortés, llegó a ser Comendador de Santiago, Adelantado y Gobernador de Guatemala, pero terminó sus días aplastado por un caballo que le cayó encima durante un combate, y Gonzalo de Sandoval, el bravo capitán considerado como el brazo derecho de Cortés, hombre sin letras "sino a las buenas llanas", murió de una enfermedad extraña en el Puerto de Palos, de regreso a su patria. Al gigantesco Cristóbal de Olid, a quien Cortés llamara "Héctor en el esfuerzo", se le apuñaleó en una cena y luego fué acusado de traidor al Rey y decapitado. Juan Velázquez de León, pariente del Gobernador de Cuba, murió la Noche Triste acribillado a flechazos en los puentes cortados por los aztecas. Cristóbal de Olea —Bernal al recordarlo se le enternece el corazón— recio y apacible, dos veces le salvó la vida a Cortés. Una en Xochimilco, donde los escuadrones mexicanos lo habían derribado de su caballo El Romo y otra, en la emboscada que le tendió Cuauhtémoc durante el cerco de Tenochtitlán. Los caudillos, de acuerdo con la finalidad de su guerra que consistía en tomar vivos a los enemigos para después sacrificarlos,

ya se llevaban herido a Cortés, cuando Olea, en medio de la confusión de la lucha, y de los muertos que llenaban la calzada, hizo un último esfuerzo y se lanzó contra los aprehensores de su capitán. Fué una pelea salvaje. Los aztecas se aferraban a Cortés enloquecidos, y Olea, bañado en sangre, luchó con su terrible espada hasta que los aztecas soltaron su presa. "Y así —concluye Bernal— le salvó la vida y Cristóbal de Olea quedó allí muerto por salvarle".

Juan de Escalante, capitán de la Villa Rica, murió a manos de los indios en Almería y Diego de Ordaz antiguo mayordomo del Gobernador Diego Velázquez, primero en ascender al Popocatépetl, el volcán sagrado en Anáhuac, luego de ganar el título de comendador de Santiago, cayó abatido en el lejano Marañón. Los demás capitanes, los que "murieron de su muerte", de la sucia y triste muerte propia del hombre y no de la hermosa muerte del soldado, fuera de Sandoval, apenas merecieron de Bernal una breve nota necrológica. Francisco de Montejo, Gobernador y Adelantado de Yucatán, falleció en Castilla; Pedro de Ircio —todo palabras, ningunas obras— se apagó tan oscuramente como había vivido; Alonso de Avila murió en Yucatán; Francisco de Lugo, Andrés de Tapia, Juan Jaramillo y Luis Marín, expiraron tranquilos en sus casas, sin pena ni gloria.

La razón y la sinrazón de una fama

Muy distintos se ofrecen los motivos por los cuales algunos de los soldados de Cortés lograron forzar las puertas de la historia. Maldonado, un mancebo de Medellín, el capitán Andrés de Monjaraz, el buen soldado Juan del Puerto, Rodrigo Rangel, persona prominente, y el artillero Francisco de Orozco, aseguraron la inmortalidad a causa de las bubas, heridas ganadas en las batallas que requieren campos de pluma según aconsejaba con buen sentido eclesiástico don Luis de Góngora.

Juan Pérez, Juárez el Viejo y el valiente soldado Escobar, merecieron dos líneas en la nómina heroica de Bernal debido a que el primero mató a su mujer, conocida con el nombre de guerra de La Vaquera en forma harto vulgar pues el cronista no se toma el trabajo de referirla; el segundo, a que se deshizo de su cónyuge, empleando para recobrar su libertad, lo que Bernal designa como una piedra de moler maíz y nosotros

con el nombre familiar de la mano del metate, y el tercero, a que pagó en la horca los crímenes de haber forzado una doncella y el "de ser un revoltoso incorregible".

A otros los salvó Bernal del anonimato fascinado por cierta peculiaridad notable de su carácter. En este grupo debemos señalar al "muy pulido" Francisco de Saucedo, antiguo maestresala del Almirante de Castilla a quien sus camaradas apodaron "El Galán"; a un tal Espinosa, cuyo primer nombre se perdió y sólo recordó el cronista su mote del de la Bendición, a causa de que en sus relatos siempre que ponderaba un hecho, le añadía la muletilla de "con la buena bendición"; a un San Juan que también perdió su nombre para conservar a lo largo de los siglos el de "El Entonado", que le ganó su presunción y Alonso Ruiz, llamado "El Niño" a pesar de su elevada estatura, nombre con el que aparece invariablemente en las crónicas.

De los pocos viejos resistentes y animosos que tomaron parte en las guerras, destacan Solís Casquete, hermano de los otros Solises, al que apodaron así por ser "algo arrebatacuestiones", a un ballestero anónimo, gran jugador de naipes y a otro anciano, padre de Orteguilla, muchacho que hablaba náhuatl y fué paje del Emperador Moctezuma. Estos dos últimos viejos y el muchacho tuvieron un destino semejante. Los tres murieron en poder de los indios.

Su orgullosa y reiterada afirmación de que la mayoría de los conquistadores eran "hijosdalgos", la destruye el mismo Bernal con sus relatos. La humanidad pintada por él es pueblo que todavía no ha perdido su olor a tierra y a cebollas; está muy cerca del villorrio, de la alquería, del huerto y de la cocina adornada con ristras de ajos donde se habla de aparecidos, de guerras lejanas y de santos milagrosos; se les pueden ver las manos encallecidas y se les oyen sus muletillas, sus refranes y sus apodos.

El cronista nunca olvidará a los vanidosos, a los elegantes, ni a los que tienen un ojo quebrado, cojean o les falta una mano. Para estos hombres nutridos de romances y de libros de caballería, lo truculento se reviste de un apasionado interés que los hace referirse a los crímenes cometidos por sus camaradas no sólo sin acritud, sino con acentuada benevolencia. Aman la gloria, el dinero, el valor, pero al mismo tiempo son brutales, codiciosos y mujeriegos, y cuando llega la hora de cobrar las recompensas a las que creen tener derecho, son capa-

ces de emplear medio siglo escribiendo memoriales sobre los servicios prestados a la Corona.

Del campesino tienen además el humorismo socarrón y la finura del oído y de la vista. Describen con el mismo gusto la estrella que mostraba en la frente el caballo de Cortés que el pelo crespo de Gonzalo de Sandoval o el color ceniciento de un rostro cuyos rasgos habían terminado por olvidar sus propios hijos.

La busca del tiempo perdido

A medida que escribe el viejo, acuden a su mesa los muertos. Se acercan, unos cojeando, otros con una cuchillada en la cara o con un ojo vacío; llevan sus sombreros rotos, sus cascos abollados, sus jubones de color, sus medallas y sus armas. Ante él brilla el diamante que acostumbraba lucir en un dedo Hernán Cortés o la cadena de oro de Pedro de Alvarado, pero más asombroso es que estos lejanos espectros, meras sombras de la olvidada edad heroica, no han perdido el acento y el tono que distinguía medio siglo atrás sus inconfundibles voces. Gonzalo de Sandoval, en contraste con su juventud, la tenía "no muy clara, sino algo espantosa y ceceaba tanto cuanto"; la de Velázquez de León "era espantosa y gorda y algo tartamuda"; Diego de Ordaz no acertaba a pronunciar algunas palabras pues era algo tartajoso; Pedro de Ircio, fué "muy plático en demasía y siempre contaba cuentos de don Pedro Girón y del Conde de Ureña por lo que le decían Agrajes sin obras"; la conversación de Alonso de Avila era expresiva, muy clara y de buenas razones; Narváez, el trágico figurón de la conquista, se distinguía por una "voz muy entonada, como que salía de bóveda".

Los cantores y los músicos que figuran en el ejército son, como era de esperarse en un cronista de oído tan sensible, objeto de una especial recordación. Bernal Díaz menciona a Benito de Bejel, atambor y tamborino en Italia y en la Nueva España, a Morón, gran músico y mediano soldado, a Ortiz, tañedor de viola y amigo de mover los pies en las danzas, y a Porras, cantor de pelo colorado que murió, como tantos otros, en poder de los indios.

Una buena parte de los que desfilan ante su mesa, pueden ser descritos como gente sin oficio ni beneficio, amigos de pen-

dencias y aventuras galantes, escapados de la justicia en España, jugadores, estudiantes fracasados, bufones, astrólogos, truhanes y soldados que después de obtener un buen repartimiento de indios renuncian a su encomienda y se hacen frailes o ermitaños.

A los que Bernal dejó en su tintero de cuerno por no haberse distinguido ni en la paz, ni en la guerra, buen número de soldados de los que llegaron con Pánfilo de Narváez o en las expediciones posteriores, eran gentes del común, herreros, carpinteros, marineros, grumetes, criados de casas grandes, labradores o modestos soldados de profesión que no ven la hora de soltar la ballesta o el arcabuz con los que penosamente se ganan la vida.

Concluída la jornada de las armas, se reparte el botín. Un puñado de oro pesado con unas balanzas falsas. Es posible verlos en el campamento de Coyoacán, a la luz de las antorchas, jugárselo a los naipes. La vida oficial de la Colonia en cierto modo se inicia con una comilona en la que los soldados bailan al son de la flauta y el tambor, ruedan borrachos debajo de las mesas o persiguen a las mujeres bajo los árboles de la huerta. Como en los grabados de Peter Bruegel, el pintor del pueblo, sueñan, tirados en la hierba, con gansos y pavos que vuelan asados, con pasteles y capones puestos al alcance de la mano sudorosa, flojo el cinturón y abandonada la ociosa lanza todavía manchada de sangre. A estas imágenes del paraíso europeo se suman las propias del Nuevo Mundo, la encomienda y sus esclavos, los trajes de brocado y de raso, la cacería, el torneo y los briosos caballos ataviados con gualdrapas de terciopelo.

La pasión aventurera los ha unido en la hora de la guerra. Su recio sentido de la camaradería les ha permitido sobreponerse a su acusada individualidad y a la codicia que alienta en ellos por haber presenciado el festín de la vida asomados a la ventana de un palacio iluminado que es el lugar donde el pueblo acostumbra asistir a los regocijos del poderoso.

Este fragmento de pueblo abigarrado es uno de los componentes primarios de la sociedad mexicana. Espíritus formados de excesivos contrastes, en ellos se funde la imaginación llena de color, el ansia de aventura y de gloria, las fuerzas del Renacimiento que los empujan a emprender hazañas de locos, con las supersticiones, el egoísmo de afilados colmillos y las terribles contradicciones de la Edad Media. La sensualidad y la codicia determinan que su vida esté en continua pugna con sus ideas

religiosas. Aman a Cristo y para hacerse ricos no vacilan en cometer las peores atrocidades; son apasionados de la libertad y no pueden vivir sin esclavos; consagran la castidad como una de las virtudes esenciales de su religión y son raptores de indias; viven dentro de un régimen de legalidad y son incapaces de entender la justicia. En el fondo de su conciencia, el diablo medieval libra su batalla eterna contra los poderes del cielo. A veces, en su espíritu el sueño heroico de la caballería andante entabla un diálogo, dulce y severo, entre florestas y cipreses esbeltos, con Amadís de Gaula y la música del romance suena con frecuencia en sus oídos. El romano y el árabe, el Cid y Jimena, el galope de los señores feudales y los pueblos amurallados, el acólito que por mirar a la bella piadosa dice amor por amén, son algunas de las imágenes de su mundo interior.

Su vida va a cambiar radicalmente al concluirse la guerra. Dejarán de ser españoles para convertirse en indianos. En el conquistador conquistado por su conquista ya se insinúan el desarraigo, el choque entre las vivencias y los intereses viejos y nuevos. El aventurero, como la serpiente, deja, con la armadura, una etapa azarosa de su existencia y se transforma en un sedentario, en un noble reciente, en un pequeño barón de la tierra.

Domina el abigarrado conjunto de los conquistadores la figura de Hernán Cortés. El es, el más afortunado y el más desgraciado de todos. Reúne en una mayor proporción las virtudes y los defectos de sus camaradas, a los que dió, por ser suyos, un vigoroso sentido histórico. La codicia, las contradicciones, el desarraigo, la metamorfosis del soldado español en empresario indiano, el proceso aristocratizante que en ellos se opera, las corrientes feudales y renacentistas que los vitalizan, en él alcanzan su máxima expresión. Es con Cuauhtémoc nuestro otro abuelo —el blanco— y para entender a los nietos resulta indispensable fijarlo en el arranque de la nueva sociedad.

La metamorfosis del conquistador

El afán de ostentación, el carácter derrochador, la fanfarronería, eran casi siempre rasgos privativos del español avecinado en las Indias y a la regla no escapaba Hernán Cortés. Ya desde su época de granjero y escribano próspero en la isla de Cuba gastaba más dinero del que ganaba organizando fiestas para sus amigos o comprando a su mujer costosas galas. Las deudas no

le quitaban el sueño a ningún aventurero. Eran, por decirlo así, una fatalidad social de la que nadie lograba evadirse si se quería prosperar en las Indias. En última instancia la conquista de México —y en el mismo caso se hallan las conquistas realizadas en las Indias— debe más a los prestamistas que a la corona española. Hernán Cortés, antes de abandonar la isla de Cuba tenía empeñados todos sus bienes y adeudaba una suma tan considerable a diversos acreedores que en toda su vida, consagrada a la agricultura y a las triquiñuelas judiciales, no hubiera llegado a liquidar.

Sus compañeros de aventura estaban en peores condiciones. Los prestamistas —también ellos confiaban en la buena estrella y en el heroísmo de sus deudores— les habían vendido una ballesta en cuarenta pesos y una espada, en cincuenta. Los caballos costaban de ochocientos a mil y los médicos y los barberos que acompañaban al ejército curaban también a crédito y a muy elevado precio las heridas.

Si en Cuba ya se conducía Hernán Cortés como un "bravoso y esforzado capitán", antes de serlo, en México, no bien cayó la ciudad de Tenochtitlán, logró transformarse, sin violencia y sin los cómicos excesos del nuevo rico, en un gran señor. Sus casas de la ciudad y del campo eran las más espaciosas y ricas de la Nueva España. Torreones y almenas, fachadas de cantera y tezontle, patios circundados de columnas, viguerías de cedro y nobles aposentos establecieron desde el principio un modelo de habitación que habría de prevalecer, sin modificaciones sensibles, durante la Colonia.

La servidumbre se componía de dos maestresalas, mayordomos, numerosos pajes y mozos de espuela. Aunque él no tuviera afición a las comidas y a las libaciones excesivas —comía con sencillez y sólo bebía una taza de vino aguado al mediodía— su mesa era de príncipe. Poseía vajillas de oro y plata, suntuosos manteles y reposteros, y amenizaban sus fiestas, músicos, bailarines y saltimbanquis. Los juegos de azar no significaron gran cosa en su vida. En cambio, amaba los caballos, —montaba como un maestro nos dice uno de sus biógrafos— los ejercicios de las armas y las cacerías. Vestía con sobria elegancia, a la manera de los nobles españoles, y sus joyas consistían en una sortija con un diamante, una cadena de oro de la que pendían imágenes de la Virgen y de San Juan Bautista, y un medallón en la gorra.

Diariamente oía misa y leía su libro de horas. Sentía gran devoción por la Virgen, San Pedro, San Juan Bautista y Santiago el patrón de los guerreros españoles, "daba limosna todos los años por deber de conciencia", y cuando cayó enfermo de gravedad en su trágica expedición a las Higueras, ordenó le tuvieran lista la mortaja de San Francisco para que le enterrasen. De los conquistadores de América fué el más tolerante y el menos cruel aunque muchas veces se infamara cometiendo crímenes tan injustificables como las matanzas de Cholula y de Tenochtitlán, o como el tormento y el asesinato del vencido emperador Cuauhtémoc. Sincero católico, —él mismo se sentía un campeón de la cristiandad— pertenecía a esa extraña época en que el pecado, la injusticia y la insensibilidad ante el dolor ajeno iban unidos al arrepentimiento, el silicio, la cruzada de la fe y la piedad heroica. Nunca quebró la línea moral de su ambiente por más que sostuviera un serrallo en Coyoacán y hubiera sido capaz de estrangular a su desagradable mujer Catalina Suárez cuando supuso un estorbo a sus ambiciones de nobleza.

Hernán Cortés siempre veía las cosas en grande. Hombre múltiple, fué por un lado y en otro escenario un héroe a la altura del Duque de Alba y de Alejandro Farnesio, los capitanes que consolidaron en Europa el poderío español. Lo animó, en mayores proporciones que a cualquier conquistador de las Indias ese espíritu universal, ese no estar en sí mismo en que descansa, de acuerdo con el juicio de Américo Castro, la esencia de lo hispánico. Los ambiciosos sueños rebasaban la realidad por anchurosa que ésta fuera. Al mismo tiempo que edificaba la ciudad de México, organizaba las expediciones a Tuxtepec, Michoacán, Oaxaca, Colima, Zacatula, Honduras y Guatemala y personalmente emprendiera la conquista del Pánuco, lo deslumbraba el resplandor de las minas de oro, las perlas y las piedras preciosas que se descubrirían en el Oriente junto con "otros muchos secretos y cosas admirables". El moderno espíritu de investigación que caracterizaba a los hombres del Renacimiento, lo poseían en gran medida los conquistadores, sólo que para ellos el mundo era su laboratorio, y sus libros, las hojas turbadoras de la Naturaleza y de los países incógnitos que poblaban el mundo desconocido. El secreto de su fuerza residía en el deseo nunca satisfecho de querer revelar el *secreto* de las cosas, de penetrar en el gran misterio del Universo no revelado y este deseo era de tal modo exigente y desmesurado que cada nueva

conquista y cada nuevo descubrimiento en lugar de satisfacerlo, lo exaltaba al grado de que pensaba en Asia como en un fruto mágico puesto al alcance de su mano.

A diferencia de Cristóbal Colón, un soñador que condenaba al desorden y a la ruina sus conquistas por correr tras el fantasma de Cipango, Cortés era un visionario doblado de hombre práctico. En tres años de gobierno ilícito, de 1521 a 1524, fecha de la iniciación de su viaje a las Higueras, logró establecer en sus líneas generales la sólida y peculiar estructura en que descansaría el Virreinato. Desde luego, los señores de las distintas provincias sojuzgadas por sus capitanes se apresuraron a rendirle vasallaje. "De esta manera —dice Lucas Alamán— se formó una nación de todas estas partes separadas, y este elemento precioso de la unidad nacional, vino a ser el fundamento de la grandeza a que la República podrá llegar algún día si sabe conservarla". Allí estaba México, sin unidad nacional, pero allí estaba, con sus paisajes y climas diversos, con sus bosques y sus llanos, sus hombres y sus lenguajes diferentes, sus trajes y sus costumbres arbitrarias, y su misterio sagrado, único e impenetrable, al que se vistió con la piel y se cubrió con la máscara solemne del Imperio Español.

Sobre el mundo indígena, con notable rapidez, Cortés organizó la dominación hispánica. Calles, fuentes, acueductos, monasterios, iglesias, casas y mesones, modificaron el sentido del paisaje; soldados y gambusinos erigieron villas y descubrieron minerales; las naves zarpaban de los puertos distantes, se creó el cabildo, se fabricó pólvora, se fundieron cañones y se implantó la encomienda que fué la base de la economía virreinal.

Una sentencia de esclavitud dictada en contra de millones de indios, es decir, una condenación de proporciones casi divinas, a pesar de su evidente fatalidad, hizo temblar la mano de Cortés. La decisión de establecer oficialmente la encomienda, fiel a una costumbre seguida a lo largo de la Conquista, no la presentó como una resolución voluntaria, sino como una extrema medida que se vió obligado a adoptar coaccionado por las circunstancias. Ante el Emperador se lavó las manos considerándose inocente. Había tenido en cuenta los muchos y continuos gastos del rey "y sobre todo —escribe— la mucha importunación de los oficiales de V. M. y de todos los españoles, y que ninguna manera me podía excusar, fueme casi forzoso depositar los señores y naturales destas partes a los españoles, con-

siderando las personas y los servicios que en estas partes a V. M. han hecho. . ."

Por un lado, según expresa en su Tercera Carta de Relación se le hacía duro "compeler a los naturales a que sirvieren a los españoles de la manera que los de las islas", y por el otro, "cesando aquesto, los conquistadores y pobladores. . . no se podían sustentar". El dilema, así planteado, nos relaciona con una de las actitudes más significativas del indiano español. Ni el conquistador, ni siquiera el poblador, son capaces de vivir en América privados del trabajo del esclavo indígena sobre cuyas espaldas se edifica, crece y prospera, la nueva sociedad. El construye las iglesias y las casas, los caminos y los acueductos, labora en las minas y todavía sustenta la encomienda que satisfacía la doble aspiración de poseer crecidas rentas y la de vivir con los derechos y las preeminencias de un señor feudal.

Lucas Alamán encontraba interesante que las condiciones sui géneris de la encomienda hubieran prevalecido durante los siglos coloniales. Lo que entonces se improvisaba en medio de un vértigo, ayuntamiento, encomienda, sujeción de señoríos indígenas, sistemas de trabajo, aquellas creaciones en fin, miserables o benéficas que salían de las manos de Cortés, habrían en efecto de perdurar al través de los años, idénticas a sí mismas como esas figuras de los antiguos relojes que movidas por la vieja maquinaria continúan desfilando en los campanarios y se repiten siempre, viva contradicción del tiempo alado que proclaman.

El conquistador será la primera víctima de la colonia que ha creado. El horrible proceso del coloniaje que deformará el carácter de sus hijos marcándolos con un estigma, se iniciará en el propio ser del soldado victorioso. Cortés, al igual que los demás conquistadores españoles de Europa o de las Indias, debido a la inflexible política de la Corona, no será el gobernante sino el obediente vasallo de las autoridades que el rey tenga a bien designar en la Nueva España. Es fácil imaginar lo que esto supuso para el orgullo guerrero feudal. Mancillando los frescos laureles que ornaban su frente, estará sujeto a un funcionario que no es un héroe, ni un sabio ni un noble, sino un triste licenciado que veía el mundo asomado a su tintero de cuero.

Cuando Cortés es desterrado de México por el tesorero Estrada, gobernante en turno de la Colonia, expresa su amargura diciéndole a Carlos V "que daba gracias a Dios que de las

tierras y ciudades que había ganado con tanta sangre suya y de sus compañeros, vinieran a desterrarle personas que no eran dignas de bien ninguno, ni de tener los oficios que tenían". No se crea que el episodio de Estrada es excepcional en la carrera de Cortés. De 1521 a 1528, año en que acosado huye de México para sincerarse ante el Emperador, las autoridades españolas trataron por todos los medios de arrebatarle el poder, nombrando gobernadores y visitadores —Tapia, Garay, Estrada, Ponce, Aguilar y la primera audiencia encabezada por el rapaz Nuño de Guzmán— o dictando órdenes de aprehensión en su contra. Si la escena de un Colón encadenado no se repite con Hernán Cortés, esto se debió a meros accidentes que entorpecieron el deseo real de tenerlo alejado de la Nueva España.

La pugna que se planteó entre la política regalista y las tendencias feudales del conquistador se resolvió en favor de la Corona gracias en muy buena parte al espíritu caballeresco del aventurero español que sobre todas las cosas anteponía la fidelidad a su monarca. Cortés tuvo razones y medios sobrados para alzarse con la tierra. Nunca lo hizo. Acalló sus resentimientos, renunció a tomarse por la fuerza lo que se le negaba de buen grado y en vez de convertirse en un rebelde se resignó a no ser otra cosa que un pedigüeño desairado el resto de su vida.

El pálido sol de la gloria

A SEMEJANZA de Colón, Hernán Cortés, vive su única hora de gloria, al regresar a España. Era una gloria bien ganada. Salió como uno de tantos oscuros inmigrantes con su hatillo al hombro y regresaba después de una ausencia de veinticuatro años, convertido en uno de los hombres más célebres de su tiempo. Especie de Marco Polo que por un momento logró embrujar a Europa con la magia de sus maravillosos relatos, sus cartas se leían traducidas al italiano y al latín y en todas partes se hablaba de su valor, de su fría sagacidad, de su rara fortuna al conquistar con un puñado de valientes, dilatados reinos henchidos de prodigios. Y he aquí que este hombre fabuloso, escapado a los cuchillos de pedernal de los aztecas, al cerco puesto por millares de fanáticos guerreros, el soldado que tuvo el privilegio de vencer al emperador Moctezuma, no era una leyenda sino un hombre de carne y hueso que se encontraba en España.

Su cortejo sobrepasó en esplendor al de Cristóbal Colón. Lo acompañaban dos hijos de Moctezuma, tres jóvenes de la alta nobleza de Tlaxcala y con ellos iban indios malabaristas que hacían primores moviendo un palo con los pies y acróbatas capaces de volar como los pájaros atados a un altísimo poste con unas cuerdas que se destrenzaban a increíbles distancias.

Otra vez se sucedían las escenas que presenció España en 1493. Los balcones estaban adornados con tapices y estandartes, sonaban las campanas echadas al vuelo y entre el gentío que llenaba las plazas y las calles desfilaban enanos y contrahechos indígenas, albinos, soldados cubiertos de cicatrices, criados enarbolando rodelas y abanicos de plumas, y los pájaros y los animales descritos en sus Cartas de Relación a Carlos V. Cerraban la comitiva poderosas mulas ricamente enjaezadas donde esta vez, sí se conducían los tesoros de las Indias.

Las mujeres encontraban particularmente interesante la figura de Cortés. Iba a caballo, la gorra de terciopelo ocultaba el pelo que principiaba a encanecer y el vestido negro hacía resaltar la palidez de su rostro en que se mezclaban la dignidad y la severa dulzura propia de algunos españoles. El deseo de casarse con una mujer de la nobleza española lo obsesionaba al extremo de que no le interesaran las plebeyas que lo aclamaban a su paso ni las robustas maritornes de las ventas en que se detenía. Su gloria no le regateaba ninguna posibilidad. En el Convento de Guadalupe, durante su viaje triunfal, conoció a un grupo de mujeres principales. La seducción fué recíproca. Ellas vieron en él al soldado victorioso que había hecho hablar a Europa con sus hazañas y al extraordinario amante que en México sostenía un serrallo abastecido de princesas indígenas y de aventureras españolas. Para él, esas mujeres de nombres ilustres eran el mejor premio a sus conquistas, la meta obligada de un proceso aristocratizante que se opera en el conquistador tan pronto como ganan la tierra. Les habló con su persuasión acostumbrada de ciudades fantásticas, de cortes bárbaras y suntuosas y al final, como lo hiciera Messer Millione en Venecia, les regaló perlas y joyas de oro.

Al arrodillarse frente a Carlos V, el César lo levantó del suelo y charló con él visiblemente complacido. Un año después, en 1529, se le concedía el título del Marqués del Valle que comprendía veintidós villas y veintitrés mil vasallos, "que él prefirió a todo el reino de Michoacán que se le ofreció", el hábito

de Santiago, las dos casas de Moctezuma situadas en la plaza principal de Tenochtitlán y dos cotos de caza.

Sus desplantes de millonario asombraban a Europa y causaron la envidia hasta de la misma emperatriz. Entre las joyas que regaló a su esposa la hermosa joven doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar y sobrina del Duque de Béjar figuraban cinco esmeraldas, una tallada en forma de rosa, otra de trompeta y la tercera de un pez con los ojos de oro "obra de los indios que los autores contemporáneos llaman maravillosa"; la cuarta representa una campana guarecida de oro con una gruesa perla de badajo y la última, una taza incrustada en oro y plata que lucía este orgulloso mote: *Inter natos mulierum non surrexit major.* Las cinco piedras se valuaron en cien mil ducados y sólo por una de ellas ciertos joyeros genoveses de Sevilla ofrecieron cuarenta mil.

Fuera de este segundo embriagador, su estrella declina con rapidez. Bernal Díaz, su antiguo y olvidado camarada considerando la vida de su jefe, juzga con razón que la fortuna sólo le acompañó en la conquista de México. El hecho de que no se le ratificara el nombramiento de Gobernador de Nueva España y su codicia que lo llevó a interpretar el otorgamiento de los veintitrés mil vasallos como si fueran jefes de familia lo que al menos cuadruplicaba la primitiva concesión, le causó disgustos sin cuento.

Grandezas y miserias de la victoria

De vuelta a México en 1530, la lucha abierta contra las autoridades se hizo más enconada. Luchaba por preeminencias, por faltas de etiqueta, por insignificancias. El pleito de los vasallos duraría más que su vida. En 1532 se quejaba "no tengo un peso de oro que gastar en cosas que son menester". Era evidente que exageraba. Las tierras que le concediera Carlos V excedían en mucho a un estado europeo. Su enorme marquesado comprendía porciones de los valles de México, Toluca y Michoacán, por el sur abarcaba Cuernavaca, Cuautla y Oaxaca y además poseía costas en los dos océanos. Este inmenso territorio que ofrecía desde las nieves eternas de los volcanes, los bosques de coníferas y las tierras frías de las altas mesetas, hasta los maravillosos climas intermedios de las cordilleras y las costas tropicales, era pues un reino, un desmesurado campo experimental donde un

hombre tenaz y dotado de iniciativa podía ensayar con éxito todas las industrias y los cultivos conocidos en el mundo. Esto fué cabalmente lo que hizo Cortés. En Veracruz y en Guerrero estableció ingenios de azúcar, inició el cultivo de la seda en Yautepec que después se extendería a diversas provincias, fomentó la cría de ganados, sembró trigo, cáñamo, lino y algodón, explotó las minas de Zacatecas y Taxco y los placeres de oro de Tehuantepec.

En 1540, el estado de sus pleitos lo obligó a pasar a la Corte. Su estilo se volvió jeremíaco. Pedía sólo una "partecica de un gran todo con que sirvió a Vuestra Majestad sin costar trabajo ni peligro en su real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dinero para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió no sólo con la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedras de los despomos que en ella hubo".

Las desventuras que cayeron sobre Cortés las atribuye Bernal "a maldiciones que le echaron los soldados por no haber remunerado sus servicios tan largamente como pretendían" ya que de otra manera no se podía explicar el hecho de que un oscuro fiscal le fuera más dificultoso "que ganar la tierra a los enemigos".

De 1540 a 1547, el año de su muerte, Cortés es una sombra de sí mismo aunque hasta el fin pueda verse en él a un prototipo. El hombre que inició su vida como aventurero y soldado de fortuna, termina sus días entregado a melancólicos pensamientos. Ni siquiera el largo pleito en que se ha consumido parece interesarle. El tres de febrero en una última carta dirigida al Emperador, solicita una rápida sentencia "porque a dilatarse, dejarlo he perder y volverme he a mi casa, porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recogerme y aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la hacienda quel ánima".

La vida es breve, largo el capítulo de las culpas. De hombre triunfó en él la codicia, la sensualidad, el afán de mando —los yerros de siempre— y ahora que está viejo y mira cercana la muerte, le atormenta la idea de arreglar aquella vieja y embrollada cuenta y le acosan sin cesar los remordimientos.

Entre los negocios de la tierra y los negocios del alma —su sentido práctico no lo abandonó nunca— transcurren sus horas

en España. Presidía una especie de academia donde los concurrentes —allí se reunían un cardenal, un virrey y varios letrados de los cuales debe mencionarse a Francisco Cervantes de Salazar— proponían elevados temas de conversación. Uno de esos temas, el de mayo de 1547 suscitado por la gravedad de Francisco de los Cobos, el poderoso ministro de Carlos V, llevaba el siguiente título: "Angustias de un hombre rico y poderoso al dejar esta tierra". Si bien desconocemos las reflexiones que a Cortés inspiró este asunto en el seno de la academia, nos es posible conjeturarlas gracias a su testamento otorgado en Sevilla el 11 de octubre de ese mismo año. Humboldt, que lo tuvo en sus manos durante su viaje a la Nueva España lo consideró como un gran documento histórico digno de ser salvado del olvido", y el señor H. G. Conway, a quien debemos su mejor edición, opinó que en él Cortés "da muestras de una habilidad mercantil nada común; de una memoria excelente y una cordial tolerancia".

El "Indiano Perulero"

"Primeramente —dice— mando que si muriese En estos Reinos despaña mi cuerpo sea puesto y depositado En la iglesia. . . hasta que sea tiempo y a mi sucesor le parezca. . . de llevar mis huesos a la nueva españa, lo cual yo le encargo y mando que así haga dentro de diez años, y antes, si fuera posible".

Con esta disposición solemne encabeza Hernán Cortés su postrera voluntad. Ordena perentoriamente que tan pronto como el último jirón de la carne se desprenda de sus huesos —esos huesos aventureros y polémicos que parecen jugar al escondite a través de los siglos— sean conducidos a la Nueva España. En ninguna cláusula se muestra tan categórico como en ésta, porque Hernán Cortés, el "indiano perulero", como le llamaban en la Corte, es ya un americano, un hombre desarraigado de su patria que se liga al destino de una nueva tierra ganada por él con el esfuerzo de su brazo.

En España se siente un extranjero. De su memoria se han borrado el sonar de las campanas y los gritos de la multitud que lo aclamaba al regresar la primera vez a la Península y en cambio, le duele como una quemadura reciente la ofensa que le hiciera Carlos V de no invitarlo a la junta de capitanes donde se discutió la suerte de Túnez. De España recuerda los mesones

incómodos, los acerbos pleitos judiciales, las hostiles cancillerías reales donde los expedientes duermen el sueño de los justos. España le regatea sus méritos, lo empobrece, lo mata a disgustos, lo considera un extranjero. En México todo ocurre al revés. Aquí ganó fama y riquezas. Los indios ven en él a un dios y a pesar de la audiencia puede vivir en sus dominios a semejanza de un príncipe, ocuparse de cosas creadoras y descansar en su palacio de Cuernavaca, tendido en la galería, contemplando los chorros verdes del bosque, el vuelo de los pájaros y el brillo límpido de la nieve de los volcanes, al mismo tiempo que respirar el aire perfumado y tibio de su paraíso.

Luego le interesa su entierro. Deberán concurrir a él, todos los frailes de todas las órdenes de la ciudad y seguirán el ataúd cincuenta pobres vestidos con capuchas, largas ropas pardas y una hacha encendida en la mano. El día de su muerte —si no ocurría después de las doce— se rezarían misas en todas las iglesias y monasterios de la ciudad y en los días siguientes se dirían cinco mil misas distribuídas en la siguiente forma: mil por las ánimas del purgatorio —Cortés era un candidato seguro a ese triste lugar de castigo y debía complacer a sus futuros compañeros de infortunios— dos mil a la memoria de sus soldados muertos en las Indias "y las dos mil misas Restantes —digamoslo con sus propias palabras— por las ánimas de aquellas personas a quien yo tengo algunos cargos de que no me acuerde ni tenga noticia". Después venía la lista de las fundaciones piadosas que aliviarían su alma de los horrores del purgatorio y le darían un nombre de benefactor. Se erigiría con sus fondos en Coyoacán un convento de monjas y un hospital y en la ciudad de México un colegio donde se estudiaría derecho civil y canónico.

El testamento se ocupa con el mayor detalle de darles un entierro a los muertos y de asegurarles la existencia a los vivos. El sería sepultado junto a su madre doña Catalina Pizarro y sus dos pequeños hijos legítimos, Luis y Catalina que yacían en Texcoco. A su mujer Juana de Zúñiga se le pagarían los diez mil ducados que llevó al matrimonio de dote y él gastó en las flotas lanzadas a la conquista de la Especiería. Como en el momento de extender el testamento se estaba concertando el matrimonio de su hija María con el heredero del Marqués de Astorga y le había entregado a éste veinte mil ducados de los cien mil fijados para la dote— ordenaba se le pagaran los ochenta mil

restantes. Sus otras dos hijas legítimas, Catalina y Juana, recibirían cincuenta mil ducados cada una y sus hijos bastardos don Martín y don Luis, legitimados en 1529 por el Papa, recibirían mil ducados anuales mientras vivieran, aunque en el codicilio redactado días más tarde anuló la pensión concedida a Luis legándosela al poderoso duque de Medinasidonia.

Sentía un hondo cariño por su hija bastarda Catalina Pizarro, hija de Leonor Pizarro y a ella dedica una parte de su testamento legándole el pueblo de Chinantla con sus tributos, rentas y numerosos ganados. A doña María y a doña Leonor les fija diez mil ducados a cada una y se ocupa de sus primas, de las doncellas de su mujer y de sus servidores. Aun los menores detalles de su dramática existencia están presentes en esa hora. A su caballerizo y a su repostero a quienes obligó a pagarle un dinero que ellos juraron les había sido robado, ordenaba se le devolviera y no se olvidó de la cuenta que tenía pendiente con uno de sus sastres.

Naturalmente su cuidado mayor lo centra en su hijo primogénito Martín Cortés. Sobre él se fundaría el mayorazgo concedido por Carlos Quinto y él llevaría el título de Marqués del Valle y heredaría sus riquezas al cumplir los 25 años, fecha en que cesaría la tutoría del Duque de Medinasidonia, el Marqués de Astorga y el Conde de Aguilar.

Bernal Díaz, arrinconado en Guatemala, no se olvidó de poner una modesta corona en el sepulcro de su antiguo capitán. Inclinó la cabeza sobre el papel y su vieja mano rugosa de fuertes dedos, tomó la pluma. "Después que ganó la Nueva España, no tuvo ventura. . . quizá para que la tuviera en el cielo, y yo lo creo ansi que era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del Apóstol San Pedro y de otros Santos. Dios le perdone sus pecados y a mi también".

Dejó de escribir y se hizo un gran silencio. El yelmo roto, la quebrada lanza, el caballo podrido, la espada enmohecida, el cetro del emperador, el indio acuchillado yacían revueltos, comidos de gusanos en el basurero de la historia. Bernal cerró los ojos y sus labios repitieron "Dios le perdone sus pecados y a mí también". Sobre la gloria ajada de este mundo florece la rama verde de la piedad. Una piedad que entonces era un signo de esperanza.

UNAMUNO, DON QUIJOTE Y ESPAÑA[1]

Por *Carlos BLANCO AGUINAGA*

DESDE temprano encontramos menciones del *Quijote* en la obra de Unamuno. En sus primeros artículos de Bilbao (1888, reproducidos en *De mi país,* Austral) habla del *Quijote* casi como de un tema obligado para todo escritor español. Menciona Unamuno a don Quijote y a Cervantes aquí y allá, generalmente en relación con el paisaje castellano y sin pretensión de análisis ni de profundidad. Con los años, el *Quijote* va adquiriendo mayor significado para Unamuno y las referencias a él son más originales, más amplias de visión y, al mismo tiempo, más concretas. En algunos paréntesis de sus ensayos —sólo en apariencia digresivos— vamos encontrando cada vez más observaciones sobre la novela de Cervantes y, lo que es más importante, cada vez más referencias a don Quijote mismo. Empieza éste a crecer como símbolo en el cual Unamuno se apoya para ir desentrañando toda clase de problemas. *En torno al casticismo* (1895) se sostiene ya, en varios momentos cruciales, sobre el simbolismo de don Quijote que empieza a teñirse con la original interpretación de Unamuno. Pronto aparecen los artículos dedicados exclusivamente a comentar el *Quijote* y a don Quijote.

El primero de estos artículos, *Quijotismo,* es de 1895 (en *DyA,* II, págs. 17 y sigs.) y en él encontramos ya intuiciones fundamentales para comprender el posterior desarrollo de la pasión de Unamuno por don Quijote. En estas páginas empieza Unamuno a modelar el don Quijote que luego será tan suyo en interpretación sentimental. Aquí, por primera vez, formula Unamuno su idea —fecundísima para el desarrollo de la *Vida*

---

[1] A propósito de un viejo y muy actual artículo de Unamuno: *¡Muera don Quijote!,* publicado por primera vez el 26 de junio de 1898 y reeditado ahora por Manuel García Blanco en *De esto y de aquello* (citaremos por *DyA)* vol. II, págs. 78-83, Edit. Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

de don Quijote y Sancho— de que la locura de don Quijote es una forma de santidad:

> ...al retornar a su sublime locura, entonces es cuando volvía a la magnánima pureza de intención con que purificaba el mundo, su mundo... entonces cuando purificando sus actos se hacía santo... (*DyA*, II, pág. 19).

Años después, en la *Vida de don Quijote y Sancho,* hablará Unamuno de "San Quijote" y, en 1923, un artículo suyo se titulará *San Quijote de la Mancha* (cf. *DyA,* II, págs. 62 y sigs.). A la santidad por la locura: desde este primer intento de interpretación personal queda claro que la locura de don Quijote es positiva y sublime, y que al serlo es no sólo una meta para el individuo, sino para España, como se nos dirá repetidamente en la *Vida de don Quijote y Sancho*, en 1905. Desde este primer esbozo encontramos ideas y palabras con las que Unamuno va a ir creciendo hasta su originalidad: locura, pasión, arbitrariedad, razón de la sinrazón; temas centrales y puntos de partida del Unamuno maduro que lucha contra el bachillerismo y la fe de carbonero.

Al hablarnos aquí de "intención", también apunta Unamuno una de las ideas centrales de su posterior interpretación del *Quijote*: lo fundamental en don Quijote no es el resultado de sus acciones, sino la intención con que éstas se llevan a cabo; lo importante es la voluntad de hacer, movida por el resorte de la pureza de la locura hacia el ideal.

Y sigue Unamuno bosquejando su futuro don Quijote. Un poco más adelante, en el mismo artículo, indica que la locura de don Quijote va dirigida a la búsqueda de la eternidad. Piensa que en el tránsito de la muerte tal vez don Quijote

> ...viera conquistada su eternidad con el tesoro de sus sublimes locuras (pág. 20).

La locura, la voluntad de acción ideal, es el instrumento para la conquista de la muerte. Con la locura don Quijote hará su cielo.

El artículo termina con una de las primeras apologías de la locura en la obra de Unamuno:

> Predicar cordura suele ser predicar muerte, combatir la locura, el sueño de la vida, es zapar el heroísmo (pág. 20).

Este primer apunte crecerá en dimensiones y profundidad hasta ocupar el centro de toda la obra de Unamuno. Algunos años

más tarde (entre 1900 y 1905) empezará Unamuno a predicar la locura; en todos sus ensayos, ante todos los problemas afirmará el método de la arbitrariedad que se opone al método de la razón y la lógica. Pero en esta época estamos todavía ante sólo un esbozo de lo que será el meollo de la filosofía de Unamuno, y el tema de la locura sólo va asociado a don Quijote. Pero la admiración por esta locura es ya, si no el motor que empuja a Unamuno al irracionalismo, por lo menos el punto de apoyo, el símbolo que anima su "cordialismo". Por algo después que este irracionalismo se hizo doctrina definitiva, allá por 1902, surge la *Vida de don Quijote y Sancho,* en 1905, como remate de la entonces nueva actitud anti-europeizante y anti-racionalista de Unamuno.

Pero estamos todavía en 1895. Empieza Unamuno a darse a conocer al público y a conocerse a sí mismo. No ha tomado aun posiciones firmes. Busca, duda, escoge; pasa por crisis religiosas. En sus ensayos de esta época en una página defiende la ciencia y en la siguiente duda de su valor. Y en sus cartas se declara violentamente anti-cientifista. Estamos en un período de reconocimientos y de alternativas y *Quijotismo* es sólo un pequeño artículo en que una idea se insinúa pero no se desarrolla ni se define. Y, sin embargo, aquí tenemos ya el germen que va a zapar, no precisamente el heroísmo, sino la cordura de Unamuno. Estamos ante un apunte para una obra definitiva que se encuentra todavía a muchos años de distancia. Pero ya tenemos aquí el motivo que va a alejar a Unamuno de su pretendida objetividad juvenil; el tema que lo va a apartar del cientifismo y del europeísmo que por aquellos años defendía. Esta defensa de la locura es un tema unamunesco como pocos y hoy, con la obra total de Unamuno ante nosotros, lo reconocemos bien. El artículo termina así:

> Abandonándonos a la quijotesca locura podremos, en los momentos de cuerda contemplación, santificar los más ridículos molimientos de huesos, y así un día, mejorada nuestra ventura y adobado nuestro juicio, podremos ver la inmortalidad que se conquista a fuerza de trabajos. Hay que dejarse guiar de la sin par Dulcinea, que es la estrella que conduce a la eternidad del esfuerzo (pág. 21).

Unamuno tiene todavía algunas reservas. Espera aún adobar nuestro juicio. Repito: estamos ante un bosquejo. Pero ya Unamuno ha intuído todos los elementos para la posterior interpre-

tación del *Quijote.* Aquí está ya el germen, o mejor, el ejemplo para la locura unamunesca que se desatará unos años más tarde cuando al "africanizarse" y tirar por la borda su actitud racionalista europeizante, tome Unamuno a don Quijote por guía.

Conocemos bien el quijotismo de Unamuno y acabamos de recorrer los primeros pasos de su interpretación y defensa de la locura de don Quijote. Esperamos que de aquí surja una ruta segura que nos lleve sin titubeos, profundizando más en la afirmación de la razón de la sinrazón, hasta la *Vida de don Quijote y Sancho.* Y, en efecto, la ruta progresa definiéndose poco a poco. A lo largo de 1895, 1896 y 1897 encontramos ensayos que explican y ensalzan la locura de don Quijote, "símbolo vivo de lo superior del alma castellana", como dice Unamuno en un ensayo de 1896 (Aguilar, *Ensayos,* I, pág. 193).

Pero, de repente, el 26 de junio de 1898, Unamuno interrumpe, corta violentamente, la ruta que empezaba a trazar con seguridad. Ese día, en la revista *Vida Nueva* de Madrid, publica un artículo titulado *¡Muera don Quijote!* y aunque prescindamos del escándalo (escándalo de los grandes) que provocó en su tiempo este grito contra el "símbolo vivo de lo superior del alma castellana", no puede hoy dejar de sorprendernos: sabemos bien del quijotismo violento y personal de Unamuno; acabamos de ver sus primeras raíces; esperamos seguir su desarrollo y tropezamos ahora con este único paréntesis en la quijotización de Unamuno, tropezamos con este grito y con el apasionado ataque a la figura de don Quijote que se desarrolla intenso a lo largo de cinco páginas como un drama dentro de Unamuno mismo. Ataque extraño para nosotros —cincuenta y cuatro años de perspectiva— que acabamos de ver defendida la locura de don Quijote y sabemos que seguirá siendo defendida y alzada como bandera en el resto de la obra de Unamuno después de la publicación de este artículo. *¡Muera don Quijote!* es el título del artículo; ¡Muera don Quijote! sus últimas palabras. ¿Por qué?

Costa, en nombre del progreso, había lanzado el primer ataque al Cid. Los liberales empezaban sus ataques a Felipe II, también en nombre del progreso. El siglo XVIII (con extraordinarias excepciones como Cadalso, por ejemplo), en nombre del progreso y de las nuevas normas estéticas, había despreciado a los clásicos españoles, a Lope, a Góngora, a Calderón. A don Quijote no se le había tocado. Se le había explicado o aceptado

siempre como dogma; algunos, pocos, tal vez lo ignoraban, pero sin alzar la voz. Cervantes, don Quijote, símbolos, mitos ya desde casi su principio, eran —son— intocables para los españoles cualquiera que sea su bandera: progreso o tradición. Y Unamuno lanza esta primera y última piedra rompiendo violentamente con la tradición de todos y con la trayectoria más personal de su propia obra. No podemos menos que preguntar qué significa este artículo en la obra de Unamuno. ¿Qué significa cuando sabemos que después de publicado este grito sigue Unamuno quijotizándose y quijotizando? ¿Por qué, para qué, ¡Muera don Quijote! a mediados de 1898?

Si tomamos el artículo desde su principio y vamos leyendo serenamente, notamos que hay un elemento positivo que modera el violento tono negativo del título. Se trata de que España entierre el mito del don Quijote buscador de fama y gloria para que renazca Alonso Quijano el Bueno, el silencioso, tranquilo símbolo de la intra-historia española. Y según leemos vamos recordando haber tropezado con esta idea y aun con estas palabras en otra parte de la obra de Unamuno. Recordamos que *En torno al casticismo* (1895) presenta, en algunos momentos, esta misma tesis. En los cinco ensayos de este libro Unamuno ataca el problema de la interpretación y regeneración de España: España ha vivido durante un par de siglos, y sigue viviendo, bajo la engañosa bandera del casticismo, de un casticismo mal entendido casi siempre y que en la mayoría de los casos se sostiene apoyado en lo menos auténticamente español, en una falsa historia de gloria y fama puramente aparenciales. En esta falsa leyenda se toma por español castizo lo más superficialmente histórico y se olvidan las verdaderas raíces y motivos eternos (intra-históricos) de lo español. Toda la vida española marcha, más bien duerme, en su marasmo apoyándose en una tradición cortical. Y Unamuno ataca al casticismo, al falso casticismo y, como aclara cuidadosamente, lo ataca por "supercastizo, o por intra-castizo más bien". Y en apoyo de su tesis intra-histórica se detiene Unamuno varias veces en el símbolo de don Quijote, buscador de fama, y en él ve reflejada la decadencia española que se afana por buscar glorias terrenas, históricas, en lugar de buscar y apoyarse en lo intra-histórico o eterno. Y nos da fe de su admiración por ese último capítulo del *Quijote* en que Cervantes nos destruye toda la ilusión de la locura del Caballero (Aguilar, *Ensayos,* I, pág. 40). Llega incluso a decir que

> Hay que matar a don Quijote para que resucite Alonso Quijano el bueno (*Ensayos,* I, pág. 104).

La idea de *¡Muera don Quijote!,* incluso la frase, no son nuevas, pues, en 1898. ¿De dónde la conmoción que provocó este artículo? Debemos creer, como dice Unamuno, que los españoles leen poco y que cuando leen no se fijan. Pero, tal vez, haya una razón más profunda para que este artículo desencadenara la furia de los españoles como no la desencadenó la frase perdida entre las páginas de *En torno al casticismo*: lo que en este libro era una frase impersonal de análisis histórico, o intra-histórico ("*Hay* que matar. . ."), se ha convertido en un violento y personal ataque ("*Muera. . .*"). Queda, pues, justificada la reacción de los lectores de aquellos años aunque hoy veamos que el contenido del artículo se diferencia poco de algunos comentarios fundamentales de *En torno al casticismo.* La conexión que encontramos entre esta obra y el artículo demuestran, además, la continuación de una idea básica en la crítica que Unamuno hace de España. El grito de ¡Muera don Quijote! tiene antecedentes en cuanto va dirigido al mito de la falsa historia española, y esto, en cierto modo, lo explica.

Pero no basta un antecedente para explicar el ¡Muera don Quijote! Porque *En torno al casticismo* se publica en 1895 por primera vez y en 1895 se escribe y publica el artículo *Quijotismo* que ya hemos comentado y en el que se hace la apología de la locura de don Quijote. En un mismo año, pues, defiende Unamuno la locura de don Quijote afirmando que la cordura de Alonso Quijano es la muerte y en los ambiciosos ensayos de *En torno al casticismo* propone matar al loco para que viva el cuerdo. Y no sólo defiende Unamuno dos posiciones contrarias en dos obras diferentes del mismo año, sino que en una sola de las obras se contradice. Volvamos al ensayo sobre el *Quijotismo.* En este ensayo, junto a las ideas típicamente unamunescas que hemos encontrado, notamos que Unamuno habla de "la *temporal* locura" de don Quijote y que la opone a la "*eterna* bondad" de Alonso Quijano *(DyA,* II, pág. 18) y ya sabemos que desde estos años (cf. *En torno al casticismo)* lo temporal, por oponerse a lo eterno, es cortical, "extraño" a la vida auténtica que es interior. La palabra "temporal" es para Unamuno síntesis de todo lo detestable. ¡En una página don Quijote admirable y eterno en su locura; en la siguiente detestable en su temporalidad! Y en la página siguiente, otra vez el

vuelco: nos habla Unamuno de la "generosa locura" de don Quijote y de la "egoísta cordura" de Alonso Quijano. ¿Contradictoria? Sí. Pero porque estamos ante un Unamuno que no ha definido su pensamiento (ni su sentimiento), un Unamuno sin posición tomada cuya vida se debate entre ideas confusas y contradictorias. El don Quijote de 1895 está concebido, recreado, en una época en que Unamuno, aunque ya irracionalista,[2] todavía vacila y está lleno de amor a la ciencia y a la objetividad.[3] Es la época en que Unamuno todavía cree en Europa y en lo que Europa, con sus palabras mágicas de Ciencia y Progreso, significa a fines del siglo XIX. Son los años de formación, los años de indeciso vaivén que siguen a la crisis racionalista del Unamuno estudiante; años en los que Unamuno no encuentra todavía su personalidad definitiva aunque ésta apunte a veces entre sus contradicciones (esto lo vemos bien en su estilo de aquellos años: un estilo indefinido, a veces reconocible como unamunesco en su violencia y "egoísmo"; las más veces frío y objetivo, impersonal). En el ensayo *Quijotismo* hay, sí, antecedentes del Quijote que Unamuno va a recrear años más tarde, pero son sólo eso: antecedentes, esbozos que pugnan por definirse dentro del caos que Unamuno lleva en el alma; caos que al verterse sobre el problema del marasmo de España lucha por destruir la letanía inactiva del mito y hasta el mito mismo; caos que al reflexionar sobre el individuo y su destino ve en la locura el único método para vencer la muerte que significa la repetición inerme de la vida impersonal, cortical, lógica y limitadora. En la defensa de la locura Unamuno se mira a sí mismo; en el ¡Muera don Quijote! tiene los ojos fijos en el "marasmo actual de España" y en la ambivalencia de los mitos. Su destino personal no se ha unido aún al destino de España como se unirá en la *Vida de don Quijote y Sancho.*

Hay, pues, que tener en cuenta la confusión de estos años y no olvidar que el don Quijote de la *Vida de don Quijote y Sancho* es ya el de un Unamuno de posición tomada, tajante y única: irracionalista, anticientifista, antiprogresista, antieuropeo. Es el Quijote de un Unamuno "africanizante".

En 1905, al escribir la *Vida de don Quijote y Sancho,* Unamuno lleva todavía dentro este grito de ataque de 1898 y le

---

[2] Según atestiguan sus cartas a Ilundaín, cf. Hernán Benítez, *El drama religioso de Unamuno,* Buenos Aires, 1948.

[3] Cf. *En torno al casticismo,* págs. 13-14, por ejemplo.

remuerde la conciencia obligándole a pedir perdón a don Quijote por haberlo lanzado: pide perdón y explica que el grito iba lleno de "sana y buena, aunque equivocada intención". Pero es que en 1905 Unamuno ya ha definido su posición. Un Ganivet, un Antonio Machado, más escépticos siempre, más indecisos ante las parejas de contrarios, sin haber solucionado nunca el problema de las alternativas, no podrían haber dicho que una vieja intención suya era equivocada, pues para ellos todo era y no era de una manera. Recordemos el dilema de Ganivet frente a "Granada la bella", necesitada de progreso y cambio pero hermosa en su atraso tradicional. Pensemos en la Castilla miserable pero "hermosa bajo la luna" de Antonio Machado. Para el Unamuno de 1905 el ¡Muera don Quijote! de 1898 era un grito equivocado porque ya entonces había decidido en la elección de casi todos los contrarios *prácticos,* cosa que no había hecho al dar el grito. Unamuno pudo llegar a decir "¡que inventen ellos!"; nunca Ganivet o Machado. En 1898 Unamuno iba y venía de postura a postura y a veces su interés primordial era España y, a veces, el individuo; unas veces veía a España en su historia con su conflicto de decadencia y progreso; otras, la veía en su intra-historia, en su eternidad sumergida bajo los cambios del tiempo; unas veces criticaba duramente a Europa y otras defendía algo que de bueno veía en ella; y, enfocada esta confusión hacia don Quijote, es a veces la locura de éste temporal, histórica y por lo tanto vana, y, otras veces, es sublime y eterna.

Y es que el hombre ante el acto de escoger tiene siempre dos miradas, por lo menos dos, con las que va recorriendo las parejas de contrarios que la acción práctica no permite integrar. Y, sobre todo, en los momentos de crisis, como de crisis eran estos años para Unamuno; y entonces viene la decisión violenta, sin cálculo, sin integración posible de los contrarios: sobre todo cuando se es violento como Unamuno y se habla como se siente, sin segundas reflexiones, y se escribe como se habla, sin hacer balances objetivos que vayan puliendo las aristas hasta que se dice lo que no se quería decir y lo que se quiso decir se pierde en la balanza de los pros y contra. Y así se puede escribir a favor de algo hoy y contra ello mañana, porque nada es enteramente de una manera y hay oscuras fuerzas que nos empujan a la acción. ¿Qué se debe pesar esto de antemano y, entonces, dar la síntesis en la palabra meditada, dicha a través

del filtro de la objetividad? Sí, pero de repente se hace necesaria la acción sin cálculo, la búsqueda de la verdad no razonada, la palabra o el gesto de pasión que desgarran a la vez que salvan. Por algo decía Unamuno que sus libros marchaban por alternante afirmación de los contrarios. Y esto lo decía en las páginas de *En torno al casticismo,* en 1895, porque más adelante, resuelta su crisis "práctica" (¡nunca la religiosa, que la crisis, duda, agonía, es la vida!), negó casi siempre que su pensamiento y su obra fueran contradictorios.

Y el 26 de junio de 1898, día en que se publica *¡Muera don Quijote!,* era necesaria la acción de ataque irreflexivo. Es el año que estalla toda la contradicción moderna española y se trata de arremeter contra los valores falsos que han llevado a España al marasmo queriendo reverdecer imaginarios laureles; es el año de la guerra absurda que tanto lloró Maragall. Los que han criticado el negativismo, lo destructivo de la generación del 98, y el energumenismo de Unamuno en particular, no han querido darse cuenta de que se trataba de destruir (y a veces de destruir en medio del estruendo, contra las más íntimas convicciones de Unamuno); y para destruir es a veces necesario gritar lo que sólo se cree a medias; gritar porque hay que hacerse oír y España no estaba para disertaciones en que, objetivamente, se pesaran las alternativas; y gritar lo que sólo se cree a medias porque si don Quijote empezaba a ser la verdad para Unamuno, esa verdad era falsa en manos y boca de los que la empleaban oficialmente para continuar el letargo. Se debatía España entre la tradición falsa y la tradición auténtica y el progreso, entre Europa y Africa. Los bandos se definían claramente y no había término medio. La catástrofe que venían anunciando las críticas de Quevedo, de Cadalso, de Larra, de Ganivet, es ya un hecho y el español se encuentra al garete: es y no es moderno, es y no es europeo. Surgen, tenían que surgir, las decisiones violentas, y se ataca todo, principalmente la falsa gloria y la falsa tradición. Los españoles conscientes, la mayoría pesimistas y negativos (aunque con un algo positivo que florecerá luego en Antonio Machado), arremeten contra todo. Y entre ellos, a regañadientes, pero con más fuerza que todos, Unamuno. La lucha es *Contra esto y aquello* en un supremo esfuerzo sentimental de vivencia no objetivada; esfuerzo por despertar a España de sus falsos sueños de gloria, sueños de sueño, de marasmo, no de vigilia como los que

defenderá Unamuno más tarde. Hay que arrasar con todo: la ilusión moribunda de imperios imposibles y el premio Nobel de Echegaray. Pero el principal enemigo es la política vieja que se apoya en un cortical casticismo, política cantora de una falsa historia, apologista del letargo. Y Unamuno se lanza contra la política y a la política, a la guerra de lo temporal circundante porque, decía él, el verdadero pecado original es la condenación del alma al tiempo y todos vivimos todos los días. Y como la guerra es práctica —en el peor sentido de la palabra—, al entrar en ella hay que comprometerse, tomar partido, decidir sobre el momento porque el tiempo de crisis no permite la abstracción. Esto supone muchas veces luchar a ojos ciegos aunque en la batalla, junto al enemigo, caigan seres y sentimientos muy nuestros. Y como los enemigos, los de las glorias de España, se agarran al mito de lo castizo y, en lo particular, de don Quijote, hay que arremeter contra él (que "pecan de quijotismo más de siete veces al día" los que le apedrean al verle enjaulado. *Ensayos,* I, pág. 184) aunque en el ataque sufra Unamuno mismo en lo más entrañable de su ser donde ya está creciendo la verdad del sublime loco. En esta crisis, rompiendo con su más auténtica intimidad, pide Unamuno la muerte de don Quijote como los liberales pedían el fin de la gloria de Felipe II y como Costa pidió el fin de la leyenda del Cid hasta necesitar un Menéndez Pidal que restableciera el equilibrio. El Cid, Felipe II, don Quijote, símbolos ambivalentes de la España que se destruía al parecer para siempre.[4]

Y es que el *Quijote,* libro sobre el que se debe meditar todos los días como sobre la Biblia *(DyA,* II, pág. 32), es para Unamuno, ya desde estos años, el símbolo aplicable a todo, y, en este artículo en particular, el símbolo para comprender la

---

[4] Años más tarde, Unamuno mismo explicará esta curiosa ambivalencia y entre juego de mitos:

"En esa ridícula literatura caímos casi todos los españoles, unos más y otros menos, y se dió el caso de aquel archiespañol Joaquín Costa, uno de los espíritus menos europeos que hemos tenido, sacando lo de europeizarnos y poniéndose a *cidear* mientras proclamaba que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid y. . . conquistar Africa. Y yo dí un ¡muera Don Quijote!, y de esta blasfemia, que quería decir todo lo contrario que decía —así estábamos entonces—, brotó mi *Vida de Don Quijote y Sancho* y mi culto al quijotismo como religión nacional". *(Del sentimiento trágico,* p. 255, *Austral).*

tan traída y llevada decadencia española. Dice Unamuno al principio de *¡Muera don Quijote!:*

> ...el *Quijote* vale para España más que su moribundo imperio colonial. A la luz del *Quijote* debemos ver nuestra historia *(DyA,* pág. 78).[5]

E inmediatamente se lanza a la crítica política:

> Y no por culpa suya, sino de su caballo, solía verse tendido en tierra cuando menos lo esperaba, por culpa de aquel rocín al que dejaba tomar camino a su talante, creyendo que en esto consistía la fuerza de las aventuras. Tampoco por culpa suya, sino por la de los gobiernos que le llevan a su capricho, se ha visto más de una vez tendido el pueblo español y a merced de mozos de mulas que le molieran a su sabor las costillas (págs. 78-79).

¡Hasta el que don Quijote se deje llevar de Rocinante es aquí un dato negativo cuando en la *Vida de don Quijote y Sancho* (Austral, pág. 34) es un elemento positivo! En este artículo Unamuno se detiene en los mismos hechos y palabras que en sus demás estudios del *Quijote* y todo lo que antes de este día de 1898, y después de él, son símbolos positivos queda aquí convertido en negativo por obra y arte de la acción "política" irreflexiva.

Preguntemos otra vez de qué se trata. ¿Cómo está viendo aquí Unamuno a don Quijote para atreverse a decir ¡Muera!? Unas líneas adelante cita Unamuno las palabras de don Quijote al morir y comenta así sobre ellas:

> Así murió, con muerte ejemplarísima, el caballero Don Quijote, el *histórico,* para renacer ante el juicio de Dios en el honrado Alonso Quijano, el *eterno* (págs. 79-80).

Si antes y después de este artículo Unamuno creyó que don Quijote era el símbolo de lo eterno (lo creía y no lo creía en el artículo *Quijotismo* de 1895) aquí cree que don Quijote simboliza lo histórico, y ya sabemos la diferencia que hay para Unamuno entre historia e intra-historia (eternidad sumergida en el tiempo), realidad y realismo, nación y pueblo (sobre los que habla más adelante en el artículo), dentro y corteza, entrañas y "extrañas". Lo cortical histórico es lo falso. La ver-

[5] Mucho tiempo después todavía dirá Ortega que "para nosotros" el *Quijote* es el problema de nuestro destino. *(Meditaciones del Quijote,* pág. 114).

dadera vida va por dentro, tanto en la historia como en el hombre (para esta fecha ya está publicado dos veces *En torno al casticismo* donde han quedado asentados estos principios).

Nos queda todavía la duda de si, verdaderamente, veía Unamuno a don Quijote como histórico y cortical al escribir este artículo. Bástenos saber que así lo veían los que lo alzaban como símbolo del falso casticismo. El Quijote que aquí toma Unamuno es el de los enemigos y en él ataca el sueño falso de la falsa España. Insiste sobre la temporalidad de la locura de don Quijote y de su meta:

> La extraña y temporal locura de don Quijote, fué acaso trastorno de la bondad eterna de Alonso Quijano, pero fué más explosión de soberbia de espíritu impositivo. Creyóse ministro de Dios en la tierra y brazo por quien se ejecutaba en ella la justicia (pág. 80).

Y ya de aquí se lanza a ver en la aventura quijotesca la histórica aventura de gloria de la España que, como este don Quijote, quiso ser brazo de Dios en la tierra y creyó con soberbia en la hueca inmortalidad del nombre y la fama en este mundo.

> España, la caballeresca España histórica, tiene como Don Quijote que renacer en el eterno hidalgo Alonso el Bueno, en el pueblo español, que vive bajo la historia, ignorándola en su mayor parte por su fortuna. La nación española —la nación, no el pueblo— molida y quebrantada ha de curar, si cura, como curó su héroe, para morir. Sí, para morir como nación y vivir como pueblo... ¡Ojalá en España se pudiese olvidar la historia nacional!... ¡Continuar la historia de España! ...lo que hay que hacer es acabar con ella, para empezar la del pueblo español... ¡Terrible esclavitud la de los pueblos guiados por su mezquina imagen en la historia, superficie y nada más de la vida!.. la condenada historia... Preocuparse de sobrevivir en la historia estorba el subsistir en la eternidad; es sacrificar el hombre al hombre, el pueblo a la nación; es una de las más tristes supersticiones que nos ha legado el paganismo, que por boca de Homero dijo que los dioses traman y cumplen la destrucción de los hombres para que tengan argumento de canto las futuras generaciones. "Dejad que los muertos entierren a sus muertos" digamos con Cristo, considerando a la historia un cementerio, un osario de sucesos muertos, cuya alma eterna llevamos los vivos... (págs. 80-82).

Después de estas palabras volverá Unamuno muchas veces a la carga. Seguirá atacando a la historia, acercándose más y más al "pueblo" hasta llegar al individuo concretísimo que era él mismo. Pero ya no necesitará atacar a don Quijote porque lo habrá hecho tan suyo, que ya ni los "casticistas" ni nadie podrá escudarse tras su nombre para predicar las glorias de España. En vida de Unamuno, por lo menos. Y Unamuno seguirá quijotizándose y quijotizando hasta la *Vida de don Quijote y Sancho* hacia *Del sentimiento trágico,* y hacia su muerte.

En vida de Unamuno, por lo menos. . . Hay cosas viejas que parecen nuevas y, de vez en cuando, tropezamos con hombres y documentos que llegan hasta nosotros como voces de intra-historia, que se nos ponen enfrente tocando eternamente nuestro momento histórico. Tenía razón Unamuno en su insistencia: leer es recrear y algo eterno está siempre presente. Tal vez todas estas páginas hayan sido sólo un pretexto para reproducir las palabras de Unamuno que García Blanco dudaba si publicar ("no han sido pocas nuestras vacilaciones", dice); un pretexto para que cada lector vuelva al ensayo de Unamuno y lo recree en sí. "Cada uno con su cadaunismo". Para volver a Unamuno porque nadie como él podía encarnar esta contradicción de la España moderna, este conflicto en el que se ataca lo que se quiere y a veces se defiende lo odiado porque cada valor lleva en sí mucho de su contrario y la integración de lo diferenciado es una imposibilidad práctica. Porque hemos estado hablando de un problema práctico en el que don Quijote es un pretexto, un símbolo falso introducido por una puerta falsa y que, amado entrañablemente, puede encerrar en sí lo odiado cuando alguien lo levanta como bandera de falsas glorias. Contradicción insoluble que hay que destrozar cuando tomamos partido; y lección de Unamuno desde que en los oídos españoles, lejos de nosotros, suenan otra vez cánticos de sirenas.

EL ESPAÑOL DE LA AMERICA ESPAÑOLA

Alguna vez se ha insistido sobre la conveniencia de levantar el mapa de nuestro idioma en América. No un mapa lingüístico, porque se correría el gran riesgo de perdernos en un laberinto en que la cronología de los dialectos y las lenguas indígenas, sigue siendo el rompecabezas de los estudiosos del "americanismo".

Un mapa geo-político en el que se viese con toda claridad, por ejemplo, cómo el nombre azteca de una legumbre —el áyotl— ya no se usa en México, pero sí en tierras al sur que tuvieron con los mexicanos precolombinos relaciones comerciales. En ese mapa veríamos, como en un diorama de geografía histórica, los nombres abolidos de muchas palabras que hoy sólo nos salen al encuentro en libros como el "Periquillo Sarniento". Las palabras, como las ciudades extintas, tienen su prehistoria y también su arqueología. De algunas sólo poseen la clave quienes se entregan al estudio amoroso de esos duendes que se esconden entre los resquicios de los recuerdos o entre las páginas de los libros que sólo consultan los eruditos que salen de casa en días de jolgorio, cuando hasta los seres invisibles se entregan a las delicias de la siesta.

Desde Colón hasta Cantinflas y desde González Fernández de Oviedo —a quienes debemos un nuevo mundo verbal— hasta los poetas anónimos que piden limosna en las esquinas, hay un incesante afán de descubrir en las vetas de la expresión ese oro que a veces se acoraza con el mimetismo del cobre y que sólo en ciertos instantes brilla súbitamente, como cuando se le atisba en las coronas de los santos o en los ojos de las gentes más queridas.

Un escritor —me parece que Agustín Yáñez—, ha dicho certeramente que la América española ha sido hecha con palabras. Desde que fué lanzada aquella alba de 1492, cuando Rodrigo de Triana casi exigía el pago de las albricias, hasta las otras palabras, las que dijeron Bolívar y sus conmilitones y los que antes de Bolívar las encontraron en otros labios. Tierra, democracia, libertad, felicidad. . . Han sido el hombre que muchas veces no tiene nombre y el hombre de letras que conoce su oficio quienes han inventado palabras. Ese genio sigue teniéndolo nuestra América y algunos de nuestros pueblos lo tienen más que otros. Pero el hombre de letras que dialoga con el pueblo, que le toma continuamente el pulso mental y le escucha, es decir Cervantes. Cuando a

Cervantes le citan para solucionar una controversia, parece que se olvidan de que empleó los mismísimos términos que en sus andanzas oyera en los caminos, las hosterías, las bodegas, entre los léperos y los santos las gentes y las gentuzas, allí donde el idioma está fermentando sus mejores mostos para que los críticos lo trasieguen y le pongan etiquetas: "como dijo Santa Teresa", "como escribió Rubén Darío". Los poetas que han revolucionado el idioma son los que han traído a él los instrumentos de expresión que nos faltaban. Galicismos o anglicismos o provincialismos, van cayendo en ese magnífico torrente de oro impuro, hierro, cristal, platino, detritus, cadáveres de rosas, esqueletos de orugas, que van a dar al maravilloso mar de la expresión.

Muchos de los nombres más elementales ofrecen ejemplos de diversidad al denominárseles, de país a país. Este fenómeno radica en la heterogeneidad de los dialectos y en las transformaciones morfológicas que se han operado en cuatro siglos. El conquistador y el explorador tuvieron que usar los nombres indígenas que iban adoptando, así como se vieron obligados a sustentarse con los comestibles y los bebestibles de las tierras recién halladas. Tuvieron que aprender, hasta modificándolos, los nombres de las ciudades y los montes, las frutas y los animales, las bebidas y los utensilios. De Cuauhnáhuac hicieron Cuernavaca; pero también respetaron algunas palabras que hoy circulan en nuestro vocabulario: canoa: huracán, hamaca, pampa, llama, papa. Parecen ser esos los más antiguos vocablos que se incorporaron a su español. Desde las ínsulas caribeñas se fueron desparramando esas semillas hacia los litorales y las tierras adentro.

Habrá que estudiar más a fondo a Fernández de Oviedo y Valdés, Herrera y Tordesillas, Acosta, Garcilaso, Cobo, Juan de Castellanos, y todos los cronistas de los dos primeros siglos del régimen español en América, para precisar el vocabulario floral y frutal en sus fuentes primordiales.

El *molle* peruano al trasladarse a la altiplanicie mexicana, como recuerdo del Virrey Antonio de Mendoza, se convirtió en *pirú,* que más tarde ha resultado *pirul;* la más deliciosa de la familia de las guayabas, se transformó en *guayaba perulera;* el más fragante de los plátanos, por haber aparecido quizá en Santo Domigno, fué denominado *dominico,* y el otro, el banano que "se desmaya al peso de su dulce carga" en la "Oda" de Bello, al llegar desde una isla de Honduras al sureste de México, el el *plátano roatán.* Y el aguacate, la *palta* del Perú, colabora en la preparación de uno de los platos exquisitos de la cocina mexicana, convirtiéndose en el *guacamole* (*molli,* masa); es decir masa de aguacate. El *pataste* de Honduras es el *huixquil* de Guatemala; el *chayote*

en México y la *caigua* en el Perú y pepino de rellenar en Colombia. Y así llegamos a los frijoles, los hechiceros, que también se llaman judías o *porotos* o habichuelas; y si están en su vaina resultan *vainitas* en el Perú, *ejotes* en México, *frijoles verdes* en Honduras.

En esa procesión de regalos del Nuevo Mundo van proclamando sus procedencias indudables: la rosa de Castilla, el *soconusco* (o cacao de dicha región), el té del Paraguay, la flor de Oaxaca (que en los patios de Honduras pregona la sencillez de la abuela floral que llegó desde allá); la marihuana, o marijuana, que quizá comenzó a tener nombre propio, a pesar de su mala reputación, gracias a doña María Juana (tía Juana o Tijuana, en la frontera méxico-estadounidense) y después adquirió el diminutivo con que la nombran sus consumidores: *doña Juanita,* que otros llaman *grifa.* ¿Y qué decir de la *flor de Navidad* en México, o *estrella federal* en el Paraguay, que al ser trasplantada por el primer diplomático norteamericano en México, Mr. Poinsett, fué bautizada, al otro lado del Bravo, y aun se le conoce así, con el nombre de "poinsettia", y está regresando a su país natal con el nombre de "ponciana"? Hay una flor que en México produce un trémulo color rojo en el agua y que brinda delicioso refrigerio: es *la flor de Jamaica,* que algún peregrino o algún horticultor llevó desde la isla a Veracruz, y que habría de ser también sinónimo de fiesta mexicana, con música de cuerda y "amistosidad de los amigos", algo así como la verbena o la romería.

Pero entre todos los animales de la América antigua, es el pavo el que tiene más personalidad: *gallina de la tierra* lo llamaron los conquistadores y los cronistas, o gallina de Indias, *guanajo* en Cuba (quizá porque fué llevado desde la isla de Guanaja), *pípila* y sobre todo *guajolote (huexólotl,* el viejo *xólotl,* el viejo Dios azteca, en México) y al llegar a Centro América es el *jolote* (otros le llaman *diputado,* porque cuando anda en bandada se le cambia el color de la cresta). Si los ingleses lo llamaron *turkey* porque creyeron que procedía de Turquía, los brasileños —por semejante razón— le llamaron *pirú* como los italianos *portogalo* a la naranja, porque les llegó desde Portugal.

Ya debería iniciarse el trazo de los mapas del pan y de la repostería. El célebre *dulce de Arequipa,* como se conoce en México y Colombia, el *manjarblanco peruano,* se encuentra en los recetarios del siglo XVIII mexicano; la panela, *panocha* y *piloncillo* (México), *chancaca* (Perú) o simplemente *dulce* (Centro América) necesitan conocer toda su familia. La variedad maravillosa del tamal, que resulta *nacatamal* en Honduras (es decir *naca* carne y *tamalli,* masa de maíz en azteca), *ayaca* en Venezuela, y luego el *envuelto* y *cojongo* y toda una pobre,

pero honrada progenie que ha de vivir mientras el maíz esté en el solio en que lo han puesto sus panegiristas, desde el milenario poeta del Popol-Vuh hasta don Juan Montalvo. El maíz, que viene caminando airoso desde "la tierra de los mantenimientos" de que habla Sahagún, cuya larga historia narra la tortilla y rejuvenece en el cacao y el azúcar, cuando en la zona tórrida centro-americana le entregan el don del cacao y la vainilla, "que en la espumante jícara rebosa".

Si el maíz y las frutas y los animales del mundo americano han dado al español una muchedumbre de palabras, hay una que durante mucho tiempo se elevó a la categoría de un nombre que aparece aún en la geografía histórica y en el habla popular de la América media. Desde que Colón en 1502 se aproximó a la costa de Honduras, ésta comenzó a llamarse Hibueras, porque el señor almirante vió flotando en el mar muchas calabazas, que las gentes de las Antillas llamaban higüeras (no confundirlas con las higueras), según informa puntualmente el cronista Oviedo. Tal palabra taína (higüero, güiro) fué mal repetida por los conquistadores y durante mucho tiempo hablaron de las Higüeras. Pero el nombre viajó hacia México, acaso con algunos que acompañaron a Cristóbal de Olid y más tarde a Cortés, con tal fortuna para su diseminación, que las gentes del Anáhuac y de Michoacán llaman aún *fruta de las Hibueras,* o *queso de las Hibueras,* a los que provienen de tierras que están más allá de Cuernavaca. Las relaciones precortesianas de los aztecas se extendieron profundamente hasta Nicaragua, y así se explica por qué en Centro América tenemos numerosos nombres geográficos que provienen de raíces mayas o mexicanas. Mazatlán, Mazatenango; Iztaccíhuatl, Siguatepeque, *Siguapate;* Totolapa en México, Totonicapan en Guatemala, Totogalpa, en Honduras, para demostrar que el *totol,* el pájaro, es un personaje. La gran mayoría de esos nombres han sido explicados por Robelo y Peñafiel, Barberena y Membreño, en libros de honda americanidad. También Victoriano Salado Alvarez, en su "México Peregrino", supo atesorar esos conocimientos y esas melodías verbales, dejando así un itinerario que invita a seguir la marcha de las palabras viajeras. No sólo tienen historia sino que la explican, sobre todo los gentilicios: *chalacos, jarochos* y *guachinangos; chapines, catrachos, guanacos, pinoleros* y *ticos* en Centro América; *huachinango,* en México, es el nombre de un pescado famoso, y a la vez el de un pueblo de tierra adentro, lo cual explica por qué en Veracruz llaman a los que de allá proceden *huachinangos.*

¿Por qué a los hondureños nos llaman *guanacos?* Aventuro la hipótesis de haber sido la Isla de Guanaja el sitio geográfico que primero conocieron en el siglo XVI los descubridores. Guanaja, la Bonacca de

los anglo-parlantes, fué la primera tierra en donde Colón se detuvo en su cuarto viaje *sin meterse en Honduras.* Esta expresión es una ironía que en México endilgan a quien corre la aventura de entrar en un laberinto; y allá también, cuando algo se ha complicado, es porque ha ido de Guatemala a Guatepeor.

En esa nómina sobresalen los diversos sinónimos que tiene la palabra campesino: el *payo* de México, el *guajiro* de Cuba, el *penco* (zopenco) de Honduras, el *montubio* del Ecuador, el *cholo* del Perú, el *guaso* en Chile, el *payuco* de Argentina. Los que designan al niño quizá son muy graciosos: *escuintle* (izcuintli, perro, en náhuatl chilpayate), *coconete* o *chamaco,* en México, *patojo* en Guatemala y Honduras, *zipote* y *chigüín* en Honduras, *chacalín* en Costa Rica, *chicoso* en Chile, *pibe* en Argentina, *guagua* en el Perú. Y los que designan al ómnibus nos ofrecen rico repertorio: *camión en* México, *guagua* en Cuba, *góndola* en Chile, *colectivo* en Argentina, y durante algunos años, *baronesa* en Honduras. ¿Por qué *baronesa?* Hará veinte años —y va de historia— apareció una procedente de Francia en busca de concesión petrolera. Era tan voluminosa que viajaba en ómnibus propio, y bien pronto Juan Lanas confirió el rango nobiliario al vehículo novedoso. El forastero se sorprendía al escuchar la indicación del transeúnte: "Súbase en la baronesa que allí va"...

Ya sabemos lo que es *hacerse el sueco;* lo que pocos saben es por qué en México se dice que "ya llegaron los ingleses" cuando se presenta el cobrador. ¿Acaso se explica esa expresión por el disgusto y alarma que producía la presencia de la cobranza puntual de la Deuda Inglesa? Lo que va desapareciendo ya en México es el empleo de la palabra *panamá* para referirse a un peculado; pero ¿cómo pasó de Francia el "c'est un Panamá" cuando en los días de Lesseps los franceses hablaban del malhadado negocio del Canal? Retornemos mejor a los poéticos epítetos, que no por ser viejos siguen palpitando en nuestra imaginación: el oro del Perú, el bálsamo del Perú, el oro del Guayape, la mula de Tucumán, el palo del Brasil o de Campeche, el dulce de Arequipa, el mango de Manila, la raíz de Jalapa, que es tanto como entrar en el huerto encantado en que florecen la flor del lilolá, y se suaviza el *pan de Guatemala.* ¿Cuál es la breve historia de ese nombre popular en el Perú? Fray José Ramón Rojas —el que hizo brotar el agua en el desierto de Ica— llegó a tierra peruana desde su "cara parens, dulcis Guatimala"; y entre las joyas de su saber lucía la receta para hacer fabricar un bizcocho con trigo del país. Fué así primero, para las gentes, "el pan que hace el Padre de Guatemala", y más tarde "el pan de Guatemala" que en Honduras —en donde residió algún tiempo— se llama *patona.*

Hay que recorrer los libros en que palpita aquel saber popular. Hay que revisar los libros de los viajeros que al pasar por nuestros países descubrieron significaciones al conversar con los miserables y los potentados, el aventurero y el truhán; y también ganarse la intimidad de los cronistas que en el siglo XVI, con ojos asombrados, contemplaron el Nuevo Mundo, que no lo era sólo por sus encantos físicos, sino por su complicada psicología. Y ordenar los términos que los costumbristas y los novelistas han empleado para dar color y hechizo a sus creaciones. La tarea ha sido comenzada ya por Augusto Malaret y Francisco J. Santamaría con sus sendos "Diccionario de Americanismos" y han utilizado un vasto arsenal que está disperso en los libros y en las monografías de otros investigadores. También hay que reconstruir la biografía de un vocabulario español ya extinto, y del que, anticuado, sigue escondido en los villorrios y las haciendas, allí donde hay islas humanas que, sin saberlo, han conservado muchos esplendores de ese tesoro.

No haya temor a que nuestro idioma también se disperse frente a la multiplicidad de los vocablos, porque los estadísticos tendrán buen cuidado de informar a quienes procuran fijarlo y enriquecerlo. Bien dijo el Padre Restrepo, en nuestro Primer Congreso de Academias de la Lengua Española: "Hubo un tiempo en que espíritus perspicaces temieron ver deshecha esta unidad poderosa de nuestra lengua, así como en siglos anteriores el latín imperial se fraccionó en una veintena de lenguas romances. Tal vez ese peligro, gracias a vuestra diligencia, se ha retirado mucho, y en estas reuniones hemos de ver si logramos alejarlo mucho más. Es verdad que toda lengua hablada es una gran extensión de territorio que lleva en sí misma gérmenes de diferenciación; pero también es cierto que la civilización moderna ha hecho a las sociedades mucho más compactas y ha dado a las lenguas nuevos elementos de conservación. Las lenguas se fraccionan al correr de los siglos cuando viven aislados los grupos que las hablan. Pero ¿quién puede aislarse en este siglo XX, época del avión, del teléfono, de la prensa, de la radiodifusión? Y hay que agregar también el cine, que es el gran divulgador de conocimientos y de palabras que no aparecen en los léxicos.

Los folkloristas, los lexicógrafos, los maestros de historia literaria tienen allí una fuente que se nutre en recónditos hontanares y que lleva consigo los destellos del genio de nuestro idioma. Ese genio que no se cansa de crear y que antes de Rubén Darío ya buscaba su expresión propia en Andrés Bello, y antes de Bello lucía sus prendas de renovación en los poemas —algunos, de rica esencia y color populares— de Sor Juana Inés de la Cruz. América nació al conjuro de la palabra *Tierra,* y sigue siendo eso, la tierra prometida no únicamente para quie-

nes buscan la dicha provisoria y el poderío sobre las fuerzas naturales, sino la esperanza pura y la atmósfera luminosa para los hombres de estudio que en las palabras encuentran una de las excelencias del hombre y las más fieles aliadas para su liberación.

En el paisaje verbal de la América recién descubierta hay una procesión de sustantivos que iluminan las páginas de los códices indianos. Les llamaremos así para no confundirlos con los códices indios. Indianos, es decir los españoles que regresaban de las Indias a España, aquerenciados en ellas, enamorados de ellas. Códices indianos que redactaron nuestros primeros periodistas, entre ellos Bernal Díaz del Castillo, el que más sobresale junto al Inca Garcilaso. Aún no se ha puesto en orden el idioma de Bernal, no el de Oviedo, ni el del Padre Las Casas, ni el que realza, como en cuadros murales, las mitologías que Sahagún perpetuó en su libro de nombre poético: "Historia de las cosas de la Nueva España".

Los sustantivos que fulguran en la geografía maravillosa de las Indias, tienen acento y matiz insulares: *canoa, bohío, manatí* (equivalente a la sirena que en la luz del poniente, reaparece en el libro de José Durand Flores). Y luego Cuba y Darién, Cozumel o Cozumil (o isla de las golondrinas, en maya), y a medida que se alzan los nuevos altares y San Cristóbal —el primer trasatlántico— cede sus prestigios a Santiago, la geografía católica y sentimental se hace sonora en cuanto el marcial apóstol invade ríos y montes, capillas y pinturas, y es el primer ciudadano europeo que tiene el buen gusto de cumplir el refrán conquistador o lo que Raimundo Lulio aconsejaba: "Vete por el mundo y maravíllate!" Santiago viste el traje de jinete de México, baila con los indios "la danza de los moros y cristianos", y es la primera arma de la cultura occidental; y se deja conquistar como lo hicieron Cortés y Pizarro, Alvarado —el Tonatiuh, el Sol, por lo hermoso y rubio, como le llamaban los indios—. Aquel Alvarado que, al visitar un año antes que Cortés la península dorada de Yucatán, fué el primero que llevó a las Antillas una espléndida noticia: "el tamal existe"; pero no lo llamó tamal, sino "pastel de la tierra".

A medida que surgían villas y ciudades, huertos con pomas y flores en corimbos, Santiago no sólo era santo patrón, sino padrino, y los indios mexicanos le llamaron Santo Santiago. Y surgen el pueblo de Santiaguito, como más tarde aparecería el de San Miguelito. Mientras los españoles conocieron el jade, el pan cazabe y el pulque (de origen araucano, según el Padre Clavijero), y el *güiro* y la *maraca*, los indios hicieron que el nombre de Cuba prevaleciera sobre el de Juana (la tierra "más hermosa que mis ojos han visto", exclamó el alucinado almirante).

Si Juana hubiera prevalecido, como sucedió con Santo Domingo y Puerto Rico, no tendríamos ahora la *Cuba libre,* sino la *Juana libre,* sinónimo de Juana la Loca. El Dorado no estaba en todo su esplendor, campeando en la geografía mitológica que los fabricantes de mapas vistieron con crepúsculos de plata y de oro. Y de súbito, con las naves que llegaban por el Pacífico, la naranja de China, la *chinampina* (uno de los fuegos artificiales) y la *china poblana,* hicieron acto de presencia en la etnología americana de México.

Así como varias grecas y figuras alegóricas del azteca y el maya escondieron su poesía en la nueva arquitectura y en la leyenda religiosa, así también, por obra y gracia del mestizaje, hubo una muchedumbre de palabras viajeras que, imitando al dios alado Quetzalcóatl, han recorrido las tierras del ámbar y los teocalis derruídos. Teocali: he aquí una de esas palabras: el "teos" griego no se sabe cómo se insertó en el náhuatl siglos antes de Hernán Cortés; y se instaló en el *calli,* la casa, el templo, la casa del dios. Y se repite en Teotihuacán (la ciudad de los dioses, Jerusalén), Teocelo, de Veracruz; Teotacasinte en la frontera Honduras Nicaragua; Centéotl, diosa del maíz. Hemos llegado a la región más hermosa de la lingüística americana, en donde un poeta —otro alquimista de la palabra— encontró suma felicidad al inventar para uno de sus poemas el nombre de Acuarimántima. No se la encuentra en diccionario alguno, sino en un poemario, en el que el numen de Porfirio Barba Jacob la puso con la elegancia con que los orfebres engarzan el oro de los cuatro puntos cardinales y las cuatro estaciones: Acuarimántima, ciudad del agua que se recrea en sí misma, con las lágrimas infantiles al final de un viaje en que la rima y la melodía, el dolor y el amor, se han quintaesenciado entre los azahares perfectos.

Rafael Heliodoro VALLE.

Dimensión Imaginaria

LA HUIDA

Por *Pascual PLA Y BELTRAN*

I

La huida

YA no quedaba sombra de mi sueño.
La noche su luciérnaga entreabría
y huir hacia la mar era mi empeño.
El ciego can del odio me seguía.

Detrás miré en mi casa envuelta en llamas,
el río de ancho pecho sosegado,
algún árbol gracioso, en cuyas ramas
había ya un verdor desenterrado,

y nada más. . . Si acaso un cuerpo, un nombre,
una tristeza desvaída, hiriente,
atravesando el corazón de un hombre.
Sin casa, luz ni amigo yo iba ausente.

Quise ponerme pólvora en los ojos.
Quise restituir el alma mía
y entregarle a la tierra mis despojos.
Quise matar mi sombra y no podía.

Entonces, duramente y contra el viento,
alcé mi oscura voz desesperada
hasta quedarme todo sin aliento.
Y el viento me cruzó como una espada.

Y el viento me pasó de lado a lado,
tocándome la fría calavera
e hiriéndome de muerte en el costado.
Ni sombra ya de mí mi sombra era.

Maldije mi cansancio, y con los dientes
partí mi soledad enamorada
y sus cenizas aventé, calientes,
hasta quedar sin soledad, sin nada.

La aurora se pobló de hombres oscuros,
de hombres que fueron claros y ahora fríos
buscaban sus destierros e inseguros
perdíanse en el mar, como los ríos.

Sentí bajo mi piel sus anchas penas,
sus capotes raídos, sus olores
a trigales maduros y azucenas.
Y el corazón se me llenó de flores.

Y fué de pronto el mar, fué su bramido,
fué su vasta presencia prodigiosa,
fué aquel testuz de espuma enfurecido
que acometió al laurel, hirió a la rosa

y ciega y tercamente embistió fiero
la sombra, que a su orilla se agolpaba,
buscándole a la muerte un agujero.
El libre mar del hombre preso estaba.

El mar que el hombre libre soñó un día,
alzaba contra el hombre un ancho muro,
y aunque era mar, muralla parecía.
La muerte iluminó su vientre oscuro,

su vientre bien nutrido, y a la arena
dió muertos, y a la tierra dió amapolas.
Y a solas me quedé yo con mi pena
luchando con la muerte y con las olas.

II

El hombre, acosado, muere frente al mar

El mar y su compacta mordedura.
El mar de blando lomo y diente frío
alzaba contra el hombre su estructura,
su fiera dimensión y poderío.

Detrás, la noche y el puñal, la losa
y el paredón cerrándole el camino;
delante el mar, una invencible fosa
sin luz, sin esperanza, sin destino.

Y el hombre sobre el mar puso su pena;
vertió después su sangre, y un desmayo
sintió que le fundía con la arena.
Y vió en su muerte el fulgurar de un rayo.

III

Desde lo alto de una columna, el hombre repitió una palabra incesantemente

De entre todos los hombres surgió un hombre,
un capote raído, unos harapos,
un rostro térreo, un pálido furor. . .
De entre todos los hombres, surgió un hombre.

Trepó por la columna, ascendió
dejando un reguero de miradas tempestuosas;
la muchedumbre elevó los ojos hasta él,
y un miedo horrible fosforeció bajo las cejas.

El no se inmutó, él siguió allí
y repitió una palabra incesantemente
hasta que la multitud, cansada, se volvió del lado del mar.
Luego llegó la tarde. Después cayó la noche
como un pozo de niebla fría.

No pudo soportar él tal afrenta:
bajó del otro lado
y, ciego y loco, penetró en la muerte.

IV

¿Qué haré con esta voz?...

(VA el toro encadenado a su bramido).
¿Qué haré con esta voz desesperada
si sé que mi destino se ha cumplido
y sé que entre estas sombras todo es nada?

Mi tiempo ha sido el tiempo de un vagido.
De mi nacer a mi morir, no hay nada:
una luz por la sombra amenazada
y un ir desesperado hacia el olvido.

Solamente el amor y el sufrimiento
le dan a mi existir una medida,
le dan a mi razón un fundamento.

Me duele más la afrenta que la herida.
Si he de morir me partiré en el viento
hacia la luz, mi amor, hacia la vida.

EL CABALLO Y EL TORO EN LA POESIA DE GARCIA LORCA

Por *José Francisco* CIRRE

La mayor dificultad de interpretación de García Lorca reside en no ser un poeta acorde al tono general de su tiempo. En ciertos aspectos inicia un retroceso hacia lo estrictamente regional. Hacía lo esotérico granadino. Es raro encontrar en su obra composiciones carentes de colorido local. Y esa etapa, en la poesía andaluza, había sido, tiempo atrás, superada. Baste recordar a Juan Ramón Jiménez que partiendo de un provincianismo depurado evita, cuidadosamente, la referencia concreta.

En García Lorca hay un primer plano lírico brillante y llamativo. De delicada y encantadora gracia. Pero quien no mire sus versos "desde dentro" se quedará sin el meollo de ellos. En efecto, representan un compromiso entre lo popular y lo culto. Entre tradición y renovación. Perfecto equilibrio de elementos subjetivos y objetivos ligados por signos, más o menos caprichosos y peculiares, tomados directamente del país y del paisaje.[1]

El juego metafórico y la referencia localista constituyen la causa de infinitas explicaciones arbitrarias de los poemas lorquianos. Afirma Ortega y Gasset [2] que no hay pueblo tan dado como el andaluz al narcisismo. Y esto surge de mantener, contra viento y marea, la conciencia de su propio carácter y estilo. Peligrosa actitud porque el tal narcisismo es la más exportable de sus creaciones. Y, por supuesto, la raíz originaria del llamado "pintoresquismo", deformador de Andalucía fuera, y dentro de España. Por ello no se entiende a Andalucía y por ello, a menudo, no se entiende a García Lorca.

---

1 Quizá el ensayo más meditado y penetrante sobre los valores poemáticos en García Lorca sea el de ANGEL DEL RÍO "Federico García Lorca", *Revista Hispánica Moderna,* VI, 1940, 193-260.

2 *Teoría de Andalucía y otros ensayos.* Madrid, Revista de Occidente, 1944.

En lo que a éste concierne sería justo poner en claro las cosas. Destruir el mito del "poeta gitano", asegurar como él mismo escribiera a Jorge Guillén hace la friolera de un cuarto de siglo que "los gitanos son un tema y nada más'.[3] Tema, agrego yo, "exclusivamente artístico" y sin las complicadas intenciones que algunos han querido encontrarle.[4]

La Andalucía de Lorca, la única y auténtica Andalucía, viene a ser producto de cuatro mil años de culturas estratificadas, enlazadas por un modo de ser invariable, fundamentalmente campesino. Nacido de un amor a la naturaleza de orden contemplativo y estético, nunca rústico. El andaluz no "hace". Vive. O, mejor dicho, "hace" por el mero hecho de existir. Y, según Ortega,[5] no le va mal, ni le ha ido mal jamás, durante estos milenios abiertos al paisaje. Mundo vegetal con el que se ha identificado en espíritu y casi en materia. Pues bien, el secreto de la poemática de García Lorca consiste en haberse incorporado el ambiente tal cual es, con todas sus partes integrantes.

Un agudo crítico español, Díaz-Plaja, al examinar la obra del poeta en libro reciente,[6] habla de la esencialidad en ella, de Sevilla, Córdoba y Granada. Núcleos indispensables ya, según cita del mismo autor, para los poetas arábigoandaluces, como el compositor de la *Risala fi fadl Al-Andalus*.[7] Pero perderíamos el tiempo tratando de deducir de aquí dimensiones diferentes para ciudad y campo. Las urbes béticas constituyen otra modalidad del escenario campestre. Se dejan invadir por él en jardi-

---

[3] FEDERICO GARCÍA LORCA, "Cartas a Jorge Guillén", *Inventario,* Anno III, I. Milano, Instituto Editoriale Italiano, 1950, 53.

[4] Por desgracia esta tendencia se ha puesto de moda, inclusive entre los mejores tratadistas del poeta. Cf., a propósito, el libro, excelente por muchos conceptos, de ARTURO BAREA, *García Lorca. The Poet and his people.* New York, Harcourt, Brace and Co., 1949, que tiene el inconveniente de interpretar demasiado "políticamente" ciertos aspectos de la poesía de Lorca.

[5] *Op. cit.*

[6] *Federico García Lorca.* Buenos Aires, Guillermo Kraft, 1948.

[7] ABUL WALID IBN MUHAMMAD AL SAQUNDI, *Risala fi fadl Al-Andalus (Elogio del Islam español),* trad. Emilio García Gómez (Madrid-Granada: Escuelas de Estudios Arabes, 1934). Curioso tratado demostrativo de que el sentimiento narcisista del andaluz no es cuestión de ayer. Frente a las pobres características de la civilización berberisca y norteafricana, Al-Saqundí examina y pondera las de las principales ciudades de Andalucía y elogia sin tasa su cultura y las delicias del ambiente.

nes, patios, interiores domésticos y hasta en las flores del tocado femenil. Es indestructible fusión. En suprema armonía estilística.

Por lo tanto no es de extrañar que las ciudades aludidas figuren como clave. García Lorca nos revela su cifra en "Arbolé".[8] Tres torerillos "delgaditos de cintura", marchan a Sevilla. Cuatro jinetes "con largas capas oscuras", a Córdoba. Un joven "con rosas y mirtos de luna", a Granada. En medio de los olivares, insobornable a galanteos, una muchacha sigue enamorada del viento. Prendida del talle a sus brazos grises. No le atrae la alegre Sevilla tartesia con sus míticos toros. Ni la Córdoba estoica y serena, "que no tiembla bajo el misterio confuso". Ni el exquisito oriente de Granada, espléndido de cipreses, torrecillas, suspiros, luz y música. La bella niña sigue entre los olivos y el viento y en comunión con ellos. "Esto" es Andalucía.

La producción lírica y la dramática de nuestro autor fluyen de idéntico manantial y tienen sentido conjunto. Las canciones estaban ya implícitas en los poemas, los romances en las canciones y el teatro en unos y otras. Edwin Honig [9] ha visto muy bien como los símbolos de las composiciones líricas eran susceptibles de posterior desarrollo escénico. Y si los poemas de Nueva York, o ciertas odas, se desvían de la tónica habitual, un estudio serio de los primeros demostraría que, en esta reacción ante un país extraño, persisten temas conocidos.

La arquitectura poemática de García Lorca rebosa vida, su extraordinario sensualismo jamás se enmascara. No es artista universitario, ni intelectual. Su "poesía pura" es "puramente" poesía. Y no otra cosa. Tal vez por esto se la comprenda a medias. Se trata de una violenta lírica barroco-romántica enmarcada en insuperable expresión. Y, entiéndaseme bien, al decir barroca no me refiero al aspecto exterior del barroquismo, sino a la esencia íntima de fuerzas contradictorias que lo caracterizan. A su angustia y a su patetismo. Este hombre vitalísimo llevaba, precisamente por ello, la estampa de la muerte a cuestas. La presencia de la sangre derramada. De la tragedia. Múltiple tragedia que logra calidad religiosa en el *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*.[10] El sentimiento tumultuoso sale a bor-

---

8 FEDERICO GARCÍA LORCA, *Obras Completas,* II. Buenos Aires, Losada, 1938, 175 p.

9 GARCÍA LORCA. Norfolk, Conn., New Directions Books, 1944.

10 Madrid: *Cruz y Raya,* 1935.

botones. Pena, dolor, alegría, carecen de matices intermedios. Porque, para todo andaluz, sea cual fuere su creencia teológica o su convicción filosófica, vida y muerte son hechos absolutos y morir es partir para siempre. Salir, en definitiva, del mágico ambiente terrenal. De la atmósfera vegetal. Acabarse.

Pero, por contraste, ante lo inevitable, un fatalismo secular le hace apagar su gesticulación como antorcha sumergida de pronto en un río. Recógese sobre sí y aguarda con estoica dignidad el cumplimiento de su suerte.[11]

Dinámica y patetismo, imágenes y metáforas responden, exactamente, al momento en la poesía de García Lorca. De manera que tiempo y ambiente se confunden del mismo modo que hombre y paisaje.

Estimo que en García Lorca los colores usuales —negro, azul, amarillo, verde, rojo, blanco— poseen valores convenidos. Como también algunos elementos de la flora —olivos, álamos, chopos, higueras, pitas, chumberas, etc.— y mil objetos más, sin excluir la fauna. En cualquier ensayo referente a sus versos, tropezamos con multitud de glosas y comentarios al respecto.

Por mi parte, y quizá por ser yo andaluz y granadino, dos motivos frecuentes en Lorca me han obsesionado desde antiguo. Caballos y toros. Aquéllos aparecen, a menudo, relacionados con incidentes que evidencian su papel simbólico. Los últimos, sin ser objetivo específico del autor, forman el nervio de la mejor de sus elegías.

Otros han tratado ya de los caballos. Pedro Salinas en primer término, aunque sólo se limitó a señalar el asunto.[12] Más tarde, Alfredo de la Guardia, que adivinó la asociación íntima que el tema suponía. Mas, a mi parecer, erró al querer hallarle antecedentes en la poesía medieval castellana.[13] Recientemente Cecil M. Bowra lo ha interpretado en superficie pensando que el animal sugiere fuerza física, salud, gracia y velocidad.[14]

Convengo con la Guardia en que existan poemas similares en la poesía hispánica medieval y, más aún, en la arábigoanda-

[11] Véase MARÍA ZAMBRANO, *Sentimiento y poesía en la vida española.* México, Casa de España en México, 1939.

[12] *Literatura Española Siglo XX*, 1ª ed. México, Séneca, 1941.

[13] *García Lorca, persona y creación.* Buenos Aires, Schapire, 1941.

[14] Véase el capítulo consagrado al estudio del Romancero gitano en *The Creative Experiment.* London: MacMillan and Co., 1949.

luza,[15] pero el pathos de corcel y jinete y su influencia recíproca, es en ellos superanecdótico y menos fundamental.

Las primeras canciones de este tipo las escribió García Lorca para *Poema del Cante Jondo*.[16] Pero, por la aparición tardía del libro, se conocieron en fecha posterior a las contenidas en el volumen de *Canciones*.[17]

Francisco García Lorca ha publicado un excelente trabajo sobre la que comenta:

Córdoba.
Lejana y sola.[18]

En este poemita los símbolos habituales están presentes. El caballo conduce al jinete a su destino. Hacia la muerte en acecho, "desde las torres de Córdoba". El maleficio de la mirada —saeta destructora— cumplirá la misión trágica. La escena ocurre bajo la luna. Luna grande, cuando quedan esperanzas. *Roja,* a medida que corren las horas y se acorta la distancia. Insisto en lo significativo del contraste. Voluntad del caballista contra el tiempo y el espacio. Carrera de la jaca *negra.* Y Córdoba en la lejanía de sus torres. El conjunto constituye un complejo parabólico de lucha entre voluntad y fatum.

Otro poema del propio libro dice:

En la luna negra
de los bandoleros
Cantan las espuelas.
Caballito negro,
¿Dónde llevas tu jinete muerto?
Las duras espuelas
del bandido inmóvil
que perdió las riendas.
Caballito frío.
¡Qué perfume de flor de cuchillo!

La menor elaboración da al cantar mayor claridad. El caballero difunto afloja las riendas y el caballo marcha sin norma porque el sino ya se ha realizado.

---

15 E. García Gómez, *Cinco Poetas musulmanes.* Buenos Aires: Espasa-Calpe Argentina, 1945. Véanse especialmente, los capítulos consagrados a Al-Mutanabi, "el poeta de los caballos" y a Ibn Zamrack.

16 *Ulises.* Madrid, 1931.

17 *Litoral,* 1ª ed. Málaga, 1927.

18 Francisco García Lorca, "Córdoba, lejana y sola". *Cuadernos Americanos,* IV, México, 1947.

En el *Romancero Gitano* [19] el cuadrúpedo se pliega al momento de la trama. Así, en "Reyerta", armoniza su expresión con paisaje y caballistas:

Una dura luz de naipe
recorta en el agrio verde
caballos enfurecidos
y perfiles de jinete.

Y al terminar la pelea:

La tarde loca de higueras
y de rumores calientes,
cae desmayada en los muslos
heridos de los jinetes.

La magistral capacidad de conjugar factores heterogéneos y unificarlos artísticamente, consigue efectos extraordinarios en el romance precedente.

En el de "La luna, luna", el satélite terrestre juega activo papel como servidor de la muerte. Mientras,

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.

la luna acaricia la agonía del niño. Y, como en "Córdoba", tiempo y espacio se conjuran contra corcel y caballero.

En "Romance sonámbulo" el perseguido, casi moribundo, expone a su compadre anhelos sedentarios de paz y el caballo trocado cifra la renuncia a la aventura:

Compadre quiero cambiar
mi caballo por su casa.

Tardío acuerdo. La luna se ha anticipado otra vez y la gitana —"verde carne, pelo verde con ojos de fría plata"— queda desnuda sobre el agua por "un carámbano de luna".

La silueta del caballo desbocado, utilizada ya metafóricamente en el "Romance de la pena negra", con esenciales variantes, se repite en la "Burla de Don Pedro a caballo".

Por una vereda
venía Don Pedro
montado en un ágil
caballo sin freno.

---

[19] Quinta ed. Madrid: Espasa-Calpe, 1935. La primera edición fué publicada en 1928 (Madrid: Revista de Occidente) con el título de *Primer Romancero Gitano*.

. . . .
Entre los azafranes
han encontrado muerto
al sombrío caballo de Don Pedro.

Como en la "pena negra", al cuadrúpedo desbocado se lo tragan las olas. ¿Y don Pedro? En la última "laguna" del romance se nos dice.

Bajo el agua
están las palabras.
Limo de voces perdidas.
Sobre la flor enfriada,
está Don Pedro olvidado
¡ay! jugando con las ranas.

En el "Romance del emplazado" ni los ojos de la jaca ni los del caballero se cierran de noche. La hora de la muerte marca su ritmo en los martillos "que cantan sobre los yunques sonámbulos" y en fecha precisa envuelve a los fugitivos.

En "Thamar y Amnón", como presagio funesto:

Los cien caballos del rey
en el patio relinchaban.

después de cometido el crimen:

Violador enfurecido
Amnón huye con su jaca.
Negros le dirigen flechas
de las torres y atalayas.

Ciertamente, los negros no hieren a Amnón. Pero la jaca es como preludio de venganza que, aunque tarde, será cumplida.[20]

Otro caballo —sin relación aparente con la anécdota— anticipa el suplicio en el "martirio de Santa Olalla".

Por la calle brinca y corre
caballo de larga cola.

en tremenda noche,

que aguarda grietas del alba
para derrumbarse toda.

---

[20] Según la versión bíblica, (SAMUEL II, 13) Absalón, hijo también de David, venga con la muerte de Amnón —tres años después— la violación de su hermana.

noche en la que,

De vez en cuando sonabas
blasfemias de cresta roja.

El martirio de la virgen coincide, en detalle, con las versiones cristianas y el ambiente está prodigiosamente recreado. Pero la estampa de ese animal, suelto como el aire, por las calles de Mérida discrepa a primera vista. Sin embargo, creo que su papel es manifiesto. Representa *la renuncia a la fuga* y la entrega voluntaria de la Santa a la bienaventuranza del suplicio.

En el "Romance de la Guardia Civil española" los caballos, igual que en "Reyerta", concuerdan con la fisonomía de sus dueños. Los de la benemérita se pintan de este modo:

Los caballos negros son,
las herraduras son negras.

Color funesto. Tiniebla, crueldad. Mientras en la ciudad gitana, para aviso de escarmentados:

Un caballo malherido
llamaba a todas las puertas.

Y, comenzando el éxodo de la gente,

Por las calles empinadas
huyen las gitanas viejas
con los caballos dormidos
y las orzas de moneda.

Es probable que se tome lo anterior por pura descripción. Más, la luna, ausente en los romances de Don Pedro y Santa Olalla, asoma sobre el pueblo en fiesta pregonando la hecatombe.

La media luna soñaba
un éxtasis de cigüeña.

Y hénos aquí, de nuevo, ante el complejo acostumbrado —caballo, luna, muerte— tan grato al poeta.

El Poema del Cante Jondo,[21] redactado años antes que el *Romancero,* ofrece el germen de esa clase de poesía en "Camino".

Cien jinetes enlutados
¿donde irán

---

[21] *Op. cit.*

por el cielo yacente
del naranjal?
Ni a Córdoba ni a Sevilla
llegarán.
Ni a Granada la que suspira
por el mar.
Esos caballos soñolientos
los llevarán
al laberinto de las cruces
donde tiembla el cantar.
Con siete ayes clavados,
¿dónde irán
los cien jinetes andaluces
del naranjal?

Los enlutados caballeros no llegarán a ninguna de las tres ciudades mágicas, sino a dédalos de cruces. Cruces de cementerio evocadas por "el cielo yacente". Laberinto al que les obligan sus corceles, instrumentos pasivos del hado.

Las casidas de *El Diván del Tamarit*,[22] descubren otra perspectiva. En la de "La mujer tendida boca arriba", se afirma:

Verte desnuda es recordar la tierra.
La tierra lisa. Limpia de caballos.

esto es, libre de dramáticos avatares. Y en la de "La muerte clara", exclama:

No hay nadie que al dar un beso
no sienta la sonrisa de la gente sin rostro.
Ni nadie que al tocar un recién nacido,
olvide las inmóviles calaveras de caballo.

A través de esta técnica superrealista el poeta nos comunica sus viejas preocupaciones. Y la meditación de la vida terrenal y amorosa —"limpia de caballos"— se opone a la meditación de la muerte recordada por una calavera equina.

En unos versos del *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*,[23] García Lorca se lamenta ante el cadáver:

Aquí quisiera ver los hombres de voz dura
los que doman caballos y dominan los ríos,
aquellos que les suena el esqueleto y cantan
con una boca llena de sol y pedernales.

---

22 Granada, 1936.
23 *Op. cit.*

a ellos les pide:

Yo quiero que me digan donde está la salida
para este capitán atado por la muerte.

No hay respuesta ni podría haberla. Porque la tal salida no existe. Ni los ríos (carrera del tiempo) se dominan, ni el caballo (carrera del destino) se doma.

Por única vez el poeta, en el mismo libro, devela el enlace simbólico, diciendo:

La luna de par en par,
caballo de nubes quietas,
y la plaza gris del sueño
con sauces en las barreras.

En la agonía apoteósica de Sánchez Mejías, la luna se transmuta en corcel celeste y en su rápido trote entre nubes paradas, arrastra el alma del torero hacia la eternidad. Es como transposición del jamelgo amarillento de la muerte apocalíptica.

La completa imagen había adquirido consistencia y precisión antes de llegar a este punto. Cada vez más presente y obsesionante, el caballo aparece, al principio, de manera lógica y casual en la poesía de García Lorca. Como vehículo de su dueño. Y el caballista transita por montes y llanos de acuerdo con su tarea. Un poco nómada, un mucho aventurero, oscilando entre Sevilla, Córdoba y Granada.

En una etapa posterior, el hombre andaluz se contrapone a su destino y se desarrolla una competencia temporal entre la velocidad del caballo y el cerdo de la muerte. La luna oficia de espía y servidora de aquélla y el cuadrúpedo en la noche no puede ocultarse a la helada mirada que busca, afanosamente, el perfil del caballero.

El símbolo se complica más y tenemos, ahora, que jaca y caballista unifican su estado de ánimo. Pero, la primera, desorientada, se transforma en instrumento ciego de la fatalidad y, a menudo, comparte la suerte de su amo.

A veces el caballo obra, como ciertos reactivos, por pura presencia. Como anuncio y presagio de futuro suceso ("Santa Olalla", "Thámar"). Inclusive desbocado o dormido tropieza con la fatídica meta ("La pena negra", "Camino").

Con excepción de la "Corrida de toros en Ronda",[24] en ninguna composición encontramos al caballo con aire de fiesta.

[24] *En Mariana Pineda. Obras Completas,* V, Buenos Aires: Losada, 1938.

En general galopa por los campos, por el corazón de Andalucía. Sin arribar a Córdoba, ni a Sevilla, ni a Granada. Sin penetrar en puerto alguno de salvación o escape. La inútil dinámica del tiempo en la resonancia de sus cascos, adelgaza la senda de la fuga. Huída en la que, de continuo, figura la sangre. En noches cuadradas y blancas. De luna y de cal. Conviene su paso, mejor que ningún otro signo, a la expresión del pathos regional. De la cálida vida, vegetal y vegetativa, quebrada por la premura de la muerte. No muerte mística, sino orgánica y oscura, que fecunda la tierra con la sangre vertida en "muda canción de serpiente".

El caballo de García Lorca representa el elemento móvil y obligatoriamente trágico de un país estático. Movilidad defensiva porque el tiempo de la jaca es limitado y el de la muerte infinito. El duelo se decide antes de empezar. Ni se doman caballos, ni se dominan ríos. La luna congela voces y ecos y el hombre la sabe estandarte de sino ineludible. Y en su fatalismo ancestral se retira al "cauce oculto y madrugada remota" de la pena estoica y gitana, con la muerte caracoleando entre nubes en el caballo de la luna.[25]

Federico García Lorca ha cultivado mucho menos que algunos de sus contemporáneos la poesía taurina.[26] Hay en sus versos imágenes sugeridas por toros y bueyes y por sus atributos. Pero sólo los citados poemas —*Corrida de Toros en Ronda* y *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*—, hacen del tema su centro.

El asunto se roza, eventualmente, en los romances. En una ocasión se habla de que:

---

[25] Ni qué decir tiene que el caballo actúa como símbolo, en muchas ocasiones, en las piezas dramáticas de García Lorca que, al fin y al cabo, no son sino el desarrollo lógico de su lírica. Los ejemplos pudieran multiplicarse. Claro está que, por el mayor volumen de la acción humana, el animal no parece desempeñar papel tan decisivo como en las poesías.

[26] Tres poetas de la misma generación son muy dados a esta clase de composiciones. Me refiero a Rafael Alberti, Gerardo Diego y, sobre todo, Fernando Villalón. Sin embargo, en ellos la corrida se trata más como espectáculo que como otra cosa. Por eso, aunque los poemas de los referidos autores posean innegable valor estético, carecen de la dimensión profunda y misteriosa del *Llanto*. Muy recientemente un joven de talento, en libro prometedor, ha tratado al toro, aislado de las corridas, como elemento poético en sí y por sí. Aludo a Rafael Morales en sus magníficos *Poemas del Toro y otros versos*. Madrid: Afrodisio Aguado, 1949.

El toro de la reyerta
se sube por las paredes.

Otra vez de:

Cuando los erales sueñan
verónicas de alhelí.

Y en lugar diferente se estructura la estupenda comparación que sigue:

El día se va despacio
la tarde colgada a un hombro
dando una larga torera
sobre el mar y los arroyos.

relacionada, a no dudar, con la ida del protagonista a Sevilla, "a ver los toros". Y haré notar, de pasada, que la asociación del toro con Sevilla y la frecuente del caballo con Córdoba, parece algo más que mera coincidencia. Piénsese, para citar un solo ejemplo, en los torerillos y jinetes de "Arbolé". Nuestro autor ha empleado, igualmente, una discutible y curiosa metáfora relativa a los bueyes:

Los lentos bueyes del agua
embisten a los muchachos
que se bañan en las lunas
de sus cuernos ondulados.[27]

---

[27] Puedo decir, por mi parte, que siendo yo andaluz y conociendo a fondo mi tierra y su gente, jamás he oído, ni en campos ni ciudades, la expresión "buey de agua" para referirse a la fuerza de una corriente. Según Díaz-Plaja *(op. cit.)*, García Lorca afirmaba que era de común uso entre los campesinos. Me inclino mejor a aceptar la explicación de Francisco García Lorca. Al parecer, siendo Federico todavía niño, su aya usó, fortuitamente, la imagen referida para indicar el poder con que un manantial brotaba. El poeta la incorporó a su subconsciente y, posiblemente, su fantasía le llevó a creerla de común ocurrencia.

Cosa semejante —aunque de opuesto resultado— sucedió, de acuerdo con la referencia del propio Francisco, con los tres primeros versos de "La Casada infiel" que el autor oyó, por primera vez, de labios de un arriero en Sierra Nevada. Más tarde, publicado el poema, su hermano le recordó el origen de ellos y el poeta aseguró, molesto, que "nunca los había oído antes". Habiendo sido amigo suyo, como lo fuí, y sabiendo cuán grandes eran su capacidad de asimilación y sus dotes imaginativas, tengo por muy sinceras esas dos equivocaciones de Federico.

Sobre el asunto véase el prólogo, por Francisco García Lorca, a *Three Tragedies of Federico García Lorca,* trad. R. L. O'Connell y J. Graham-Luján, New York: New Directions, 1947.

Pero hasta la publicación del *Llanto* el toro no alcanza la calidad de símbolo casi místico.[28]

En esta elegía se acumulan alusiones tras alusiones al describir los ominosos preliminares del acontecimiento. Y notamos, sin ser muy zahoríes, que el poema sintetiza las maneras líricas de García Lorca. Se combinan toda clase de metros con predominio del octosílabo, endecasílabo y alejandrino. Se mezclan superrealismo y romance popular, impresionismo y elaboración metódica. Todo ello con tal arte y distinción, con tan sin par eficacia, que no existe en la moderna poesía española composición capaz de parangonársele.

Ni obediente, ni sumiso, el toro es potencia por sí mismo. Producto del suelo fecundo e indomable. Está ahí como exponente de una muerte. Mas no de la pasiva, sino de la activa que hay que buscar con plena conciencia. *Pro gloria ludi.* A priori sabemos que, en este juego de asta contra espada, uno de los contendientes ha de perecer. No hay campo para ambos. Y la inmensa llanura, clara de ríos y alta de hierbas, reclama su holocausto. Con dignidad sacerdotal —culto prehistórico— el lidiador se aproxima a los cuernos. Y las religiones olvidadas de Tartessos reflorecen en el rito. Por eso, además del toro material, hallamos fantasmas taurinos en solicitud de sangre redentora.

En la primera parte de la elegía el tratamiento es bastante directo:

> ¡Y el toro sólo corazón arriba!
> . . . .
> el toro ya mugía por su frente.

Más tarde interviene la luna como asistente al episodio:

> Díle a la luna que venga
> que no quiero ver la sangre
> de Ignacio sobre la arena.

Paulatinamente el animal va adquiriendo su dimensión mitológica. Los toros de Guisando son "casi muerte y casi piedra". A través de la escultura tradicional del toro ibérico nos asomamos al "más allá" taurino. Al toro "celeste". Mientras tanto, la sangre de Ignacio va:

---

28 En este sentido lo traté ya anteriormente. Cf. José Francisco Cirre, *Forma y espíritu de una lírica española* (1920-1935). México: Gráfica Panamericana, 1950, pp. 96-101.

Cantando por marismas y praderas,
resbalando por cuernos ateridos,
vacilando sin alma por la niebla,
tropezando con miles de pezuñas
como una larga, oscura, triste lengua,
para formar un charco de agonía
junto al Guadalquivir de las estrellas.

Los cornúpetos celestiales han tomado venganza. En sus yertos pitones —frío de la noche, frío de la luna, frío de la muerte— y en sus miles de pezuñas torpes, la sangre se detiene para encauzarse en un Guadalquivir remoto, con soportes de luceros. Río desbordado de sacrificios. Nebuloso universo. Reflejo impreciso de las bajas planicies béticas. Del paraíso terrenal donde pastaron las difuntas reses.

Negro toro "de pena", matador de Ignacio, Negro caballo agorero. Siempre enlutados para hacer resaltar la palidez de la luna, redondo retrato de la plaza. Del templo donde se ha consumado el drama. Allí se perderá el cuerpo inerte del torero:

Yo quiero que me enseñen un llanto como río
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda
sin escuchar el doble resuello de los toros
que se pierda en la plaza redonda de la luna
que finge cuando niña doliente res inmóvil.

Notemos que el satélite es una "plaza" y simula "cuando niña" —el creciente— "doliente res inmóvil". Ya había utilizado Góngora [29] comparación semejante para designar los atributos frontales del "mentido robador de Europa". Pero la luna "res", como la luna "caballo", pone de manifiesto su condición mortífera. Federico García Lorca, en su postrer y mejor construído poema, conjuga de este modo los dos símbolos máximos de Andalucía con la luna, esclava de la muerte.

[29] En el tercer verso de la *Soledad primera.* El abolengo de las metáforas taurinas es, desde luego, muy antiguo en Andalucía y empleado desde Lucano en adelante. Góngora, textualmente, dice:

Era del año la estación florida
en que el mentido robador de Europa
media luna las armas de su frente.

aunque los elementos comparados jueguen a la inversa, el sentido metafórico es idéntico.

Creo haber demostrado que el caballo es un hilo en la madeja del destino, anudado, implícitamente, a su dueño. Pero el toro es quizá la personificación del hado. Animal totémico inmolado en cerrado desafío con el sacrificante. Con el torero cuya preciosa sangre ha de fluir sobre el circo. Doble sacerdocio —azar y sombra— cobijado por la belleza del ocaso.

Ceremonia y fiesta de la muerte. Ante ella, el poeta se ahoga en lamentos, porque la existencia se diluye en el terror de la nada. A la vista del agro feraz, de la hermosa campiña, de la gentil gallardía del firmamento. Con el gesto frenético de la despedida, embridado, moderado por la elegancia andaluza. Transformado en ademán estoico, ausente y desprendido.

Y si el alma contempla estremecida los umbrales helados, si sospecha de heraldos fatídicos, no importa. Hay que clavar los pies en la arena, como palma en vendaval, y esperar serenos la embestida. Firme el corazón y abiertos los brazos. Así acabó Ignacio. Y la muerte, para reconocerlo, en un eterno laberinto sin salida ni Ariadna, "le puso cabeza de oscuro minotauro". Sombrío laberinto de toros y caballos en el olimpo de la luna. Luna que besa, con triste rumor de hojas, en recuerdo del difunto, los olivares de Andalucía.

DE LA EXPRESION MEXICANA EN EL ARTE

Por *Margarita NELKEN*

Ante todo: ¿qué cumple entender por expresión mexicana, en el arte y fuera del arte?

¿Qué cumple entender, específicamente, por expresión mexicana en una manifestación plástica?

¿Existe realmente, GENÉRICAMENTE, o sea diferencialmente, en sus fuentes y en sus resultados, una expresión mexicana en el arte?

A priori, tales interrogantes —en particular la última— harán clamar de indignación a muchos para quienes, en tal materia, la simple duda, el asomo de la más leve duda, es intolerable ofensa. (Malinchismo, menosprecio de lo vernáculo y todo lo demás). Y, en efecto, si, en cualquier conjunto artístico, en cualquier punto del globo, nos tropezamos de pronto con una obra mexicana, sea cual sea su importancia y mérito, y aún su demérito, su carácter de origen nos asalta en forma inconfundible. A manera de apriorístico marchamo de procedencia superior a toda consideración posterior. Y, por supuesto, independientemente de contingencias exteriores de tema, anécdota, etc.

Tampoco se trata de carácter nacido de la sola exteriorización de un ambiente: el "Aduanero Rousseau", a quien su estancia en México, entre las huestes de Maximiliano, había dejado huella imborrable —huella en la retina y en la actitud adoptada desde entonces frente a la Naturaleza— en muchas de sus obras patentiza esa impronta; hasta el extremo, incluso, de que no faltan, entre sus comentaristas más autorizados, los que relacionan la exuberancia de sus paisajes con aquella exuberancia tropical que sugestionó sus años mozos. Cierto es que el espectador se pregunta de dónde, si no de la estancia mexicana, pudieron venirle, a ese pintor nacido en el corazón de Francia, o sea en la parte más mesurada del más mesurado paisaje, y dedicado, antes de su total entrega a la pintura, a menesteres tan poco exaltantes cual los de empleado y tendero; de dónde

pudieron venirle, decimos, esas visiones de una naturaleza tragahombres. Empero, nadie, por profano que fuere en la materia, confundiría una obra de Henri Rousseau con una pintura mexicana.

Y tampoco nadie, salvo un turista, podría confundir la obra de un extranjero, en rápida visita por México, con la de un artista realmente proyectado por la realidad mexicana: y esto, aun cuando dicha obra no guardara con esta realidad ninguna relación descriptiva, y fuere representación de tipos, o escenas inherentes al folklore local, o de paisajes reconocibles por constituir geográficamente un trozo de México.

Quedemos, pues, como primera providencia, en el hecho patente, irrecusable, de que existe, en forma diferencial, una expresión mexicana en el arte. En todas las ramas del arte en general, y especialmente en las distintas de las artes plásticas. Cabe ahora establecer la índole, o, si se prefiere la calidad de esta expresión. ¿Realista, o imaginativa? ¿Concretamente apegada a la realidad inmediata, o fruto, por sobre todo, del numen del artista? ¿Empeñada en limitar los fueros de este numen a la representación, o imitación, de formas asequibles a todas las sensibilidades, y aun a todas las carencias de sensibilidad, o haciendo uso, sin limitación alguna, de los fueros reconocidos a la creación artística, en todo tiempo y lugar a salvo de imposiciones totalitarias, teológicas o políticas?

Sabido es que, de unos cortos años a esta parte, al igual en México que en otros países, se viene tratando insistentemente de la necesidad de acomodar las formas externas del arte al trasunto de la realidad, y de no admitir de ésta, como inspiración para el artista, más que los espectáculos propios a originar, o exaltar, en el espectador, la indignación por las injusticias de una sociedad con clases, y la devoción por la sociedad que se supone ya libre de desniveles clasistas. Y sabido es, también, que, más quizá en México que en cualquier otro país, del Viejo o del Nuevo Mundo, esa necesidad es presentada, por sus sustentadores, como punto de arranque del único arte merecedor de ser tenido, por expresión plástica nacional. Lo cual, de ser cierto, nos llevaría a la disyuntiva de rechazar, como extraño a todo sentimiento autóctono, e incluso a todo matiz de sentimiento fundido con sentimientos autóctonos, etapas del arte mexicano tan importantes como las que integran sucesivamente las escuelas coloniales. Más todavía: habríamos de prescindir,

en un análisis del sentimiento rigurosamente mexicano en sus manifestaciones plásticas, de toda realización barroca, puesto que, no ya sólo sus puntos de partida, sino los principales de su desarrollo, fueron importados, y de tener por verdad inconcusa, en el examen de nuestro arte, la falta de correspondencia a una intimidad nacional, de unos acentos barrocos que corresponden, sin que ningún triunfo de habilidad manual indígena pueda modificar el concepto, esencialmente a un prurito de hacer del arte una manifestación exotérica de evasión de la realidad directa.

Y si remontamos hasta el hontanar más seguro, más diferenciado, de nuestra plástica, nos encontramos entonces con que, de esa transposición simbólica, de esa interpretación, con frecuencia deliberadamente esotérica, de la estatuaria pre-cortesiana, nada habríamos de considerar consubstancial al sentimiento mexicano, ya que nada en ella aparece apegado a un traslado directo de la realidad inmediata.

Podrá objetarse que el prurito de arte carente de alas —el cual, por otra parte, no es nuevo, ni siquiera en las escuelas contemporáneas, o inmediatamente anteriores a las contemporáneas: Courbet decía no pintar ángeles por que no los veía, sin darse cuenta de que tal aserto no lo era de una realidad patente, sino simplemente de su miopía, ya que los ángeles, de siempre, han sido vistos por muchos, al igual los ya clásicos del Angélico, que los de ciertas estilizaciones extremo-orientales— que ese prurito obedece exclusivamente a reacciones producto de la vida moderna, y por lo tanto no puede aplicarse estimativamente a obras de épocas anteriores a los anhelos catalizadores de los sentimientos del hombre de hoy; mas esto, en vez de lograr compaginar una imposición "sine qua non", de tipo unilateral, con la complejidad admitida para épocas remotas, y cuando más remotas más fácilmente aceptadas, sólo puede desembocar en comparaciones "ab absurdo", y en el reforzamiento de la impresión, penosa si la hay, de la paradoja, cuando no el sofisma, erigidos en línea rectora. (No hay otra verdad que la mía; por ende, al asentar por delante esta regla, y al afirmar a la vez mi respeto a la verdad ajena, y a su libre expresión, no me contradigo, puesto que no viene al caso exigirme respeto sincero para falacias, ni conceda libertad a la expresión de errores "comprobados", etc. . . En suma: la justificación, imposible, de la conveniencia personal, o el interés de grupo disfrazados de defensa

de la colectividad. Y ello vale por igual para todos los antiliberalismos, en arte y en lo que sea).

Insistiendo en la tendencia —pues de una única tendencia se trata— que, al socaire de una pretendida expresión nacional, se le quiere imponer a la plástica mexicana, de ser representación "sine qua non" de la realidad aparente, ¿acaso habríamos de tener por inexistente, en el arte mexicano de seguras raíces, la complejidad de inspiración y de expresión, y, de una vez, sin ambages, de rechazar como divorciada de su trayectoria natural, toda etapa en que este arte fué crisol de variadas tendencias o, mejor aún, fruto de distintas aportaciones, y de tomar en cuenta, en la idiosincrasia mexicana de hoy, únicamente aquellas formas representativas de una verdad limitada a su exterior?

Mas si así fuere, nos encontraríamos con que, precisamente por el prurito de revalorizar lo específicamente auténtico, lo auténticamente vernáculo, habríamos de reconocer como tal las obras logradas con aportaciones europeas, cuando no francamente académicas. O sea, no ya el complemento, sino lo contrario, en punto a inspiración, y lo más distante, en punto a realización, de aquella plástica anterior a los contactos con Europa, con la que se pretende enlazar el arte de hoy.

Pero bien: para desenmarañar tan intrincada madeja, procuremos ordenar, clasificar, y si posible aquilatar, las diversas —harto diversas— corrientes que consubstancialmente forman, en arte como en literatura, o en música, la fisonomía distintivamente mexicana. Procuremos ver si, en efecto, tienen razón los que creen que hoy en día, sólo una representación, por no decir una simple reproducción, de espectáculos más o menos esporádicos, un anecdotario llevado a la pintura, o la novela, puede aspirar a la categoría de expresión nacional mexicana; o si, por el contrario, esta expresión la brindan aquellas realizaciones que, al igual que en los simbolismos esotéricos de otros tiempos, no revelan su verdad sino transmutada. Si nada queda hoy del espíritu voluntariamente hermético que levantó la grandiosidad de los monumentos pre-cortesianos, y nada del super-churrigueresco que rezuma el barroco mexicano; o si, por el contrario, hay aspectos de hoy que conservan para quien penetre en ellos más allá de su superficie primera, los mismos estratos sobre los cuales se asientan las realizaciones de la plástica maya o azteca. Y si esos aspectos, es posible realmente exaltarlos, o incluso depurarlos, a través del cedazo de la sensibilidad contemporánea.

Dicho de otra suerte: procuremos dilucidar si, verbigracia, un Tamayo se ha de oponer a las expresiones que se saben ser fehacientemente auténticas en su mexicanidad, o si es lícito conjugar con éstas su prolongación en un Tamayo, un Mérida, o cualquier otro de los pintores que, en proporciones más reducidas, pretenden continuar una expresión ancestral y obedecerla.

Sabido es que el arte, en sus etapas primitivas, responde a una triple sugestión: al instinto de saciar las necesidades elementales, lo cual origina a la vez que la búsqueda del techo que resguarda, la de la decoración por medio de la reproducción encantatoria de la presa; al instinto de la perpetuación de la especie, que conduce al sentimiento de la belleza; por último al miedo instintivo a las fuerzas ignotas y al instintivo deseo de aplacarlas, que lleva a la creación de cultos y a la representación de símbolos. Todo pueblo, y aun aquellos que aparecen todavía hoy como menos evolucionados, encierran en su arte, o en sus balbuceos de arte, una expresión que responde a este triple punto de partida. Ahora bien, la civilización, o, si se prefiere, las formas externas de la civilización, al universalizarse, le imprimen al arte un carácter que ya no revela tan abiertamente aquellas fuentes primitivas de inspiración. Poco a poco, la impresión de "acto gratuito" parece imponerse en el arte por sobre otros móviles. A lo cual ayuda en gran escala el olvido en que automáticamente incurren los que consideran el arte en sus resonancias universales, de la falacia que esta impresión de universalidad implica. Cuando se habla, por ejemplo, de la universalidad del canon heleno, o de la pasión gótica, o de la especulación renacentista, no se recuerda lo limitado de las dimensiones de esta "universalidad", en relación a las resonancias universales de hoy. Europa, la Europa encerrada antes de los descubrimientos transoceánicos y extremo-orientales y africanos, dentro de sus contornos geográficos, hallábase "universalmente" amputada de toda extensión realmente ecuménica; y si bien es verdad que el marco del Mediterráneo creó formas plásticas y espirituales de las cuales hoy todavía se alimenta el espíritu del mundo, no lo es menos que el más extenso espacio geográfico del mundo las ignoraba, en el desenvolvimiento de unas culturas que no serían lo que los más entienden por cultura, pero que fueron, o son, expresiones correspondientes, cada una en su diferenciación, a núcleos humanos, a veces vastísimos.

Y precisamente aquí, en México, en el Continente Americano, y desde aquí, no es posible olvidar la inmensidad del área cultural que no conoció esa euritmia que, según los helenos, aproximaba los mortales a los dioses, ni ese desbordar de pasión a escala humana que pretendió horadar con las agujas de las catedrales, un cielo poblado de infinitas esperanzas. Hoy, en cambio, en que la tierra cabe en unas breves jornadas, y las adquisiciones de cada día en unos instantes de difusión, el arte de cada lugar recibe, consciente o inconscientemente, deliberada o automáticamente, los efluvios más remotos y dispares: el pintor que trabaja en París sabe de las formas de la plástica polinesia, y no hay artista en Asia ni en América, que no sepa de las soluciones buscadas, o halladas, por la escuela de París. Y sin haber estado en México, un Henry Moore se reconoce deudor de la estatuaria pre-cortesiana. Todo lo cual, en contra de lo que suponen los que limitan el arte a sus formas externas, en nada invalida las expresiones distintivamente vernáculas, pero sí obliga a hacerlas aflorar de los estratos más hondos y persistentes.

Las grandes escuelas se manifiestan por sobre las demás en que, pese a las improntas "universales" a las que no les es posible sustraerse sin fraude, por debajo o por encima de aquellas adquisiciones técnicas que constituyen en ellas el sello de época, imponen, ya desde su exterior, su acento peculiar.

Su inconfundible fondo idiosincrásico y ello, hasta el extremo de apropiarse las corrientes —personales o colectivas— llegadas de fuera, sin perder ninguno de sus perfiles distintivos. La llamada Escuela de París, nutrida con las más diversas corrientes; la arquitectura de un Le Corbusier, fusión genial de aspectos internacionales, a su vez alimentan aspectos que son expresiones genuinas de pueblos y ambientes. Y nos encontramos con esta aparente paradoja: precisamente aquellos pueblos más evolucionados en sus formas de vida, son los que necesitan contrarrestar su engañosa uniformidad exterior con la inclinación hacia las formas plásticas de apariencia más simple, e incluso más ingenua. Paradoja sólo aparente, cual ya queda apuntado: justificación de la teoría de Taine, según la cual la obra de arte es proyección directa de su medio, o —por igual— afirmación de lo contrario: la obra de arte, como reacción contra el medio impuesto.

La psicología, en sus últimos adelantos, sabe que, con frecuencia, la reacción al medio supone un catalizador decisivo para la creación artística. Y no menos para su aceptación. Basta con recordar la mayoría de las biografías de los grandes hombres para comprobarlo. De ahí que no exista concepto más arbitrario que el del arte de inspiración popular como más adecuando para los sectores populares. El minero no desea en su derredor cuadros que le recuerden la mina, y la mecanógrafa gusta de las novelas que le cuentan de amores de duquesas. El triunfo del cine americano proviene, en gran parte, de que proporciona una evasión de la monotonía de lo cotidiano; la ilusión de que la realidad cotidiana pudiera ser distinta, con tonalidades ayunas de los sinsabores de esa gota de agua continua que es, a la postre, la más irresistible de las miserias. Una realidad, no tal cual es para la mayoría, sino tal cual la sueñan los que integran esta mayoría. En una palabra: el anverso, en ilusión, del reverso de la realidad.

El siglo XVIII desprecia el gótico: para su equilibrio, esta pasión carente de mesura es signo de barbarie. El Romanticismo le pedirá por el contrario, a la pasión, que quiebre los cánones y quebrante las reglas. Hoy, lo que distingue al hombre culto, es la comprensión de la razón de todas las expresiones.

Pero, comprender y aun admitir, no es sentir como propio. De ahí la necesidad de distinguir entre comprensión y sentimiento. Ciñéndonos a nuestro tema: entre devoción a formas ancestrales —pre-cortesianas y coloniales— y reconocimiento de lo que de ellas perdura, *puede perdurar,* en una forma de hoy. Entre la inclinación, por ejemplo, que hacia esas formas pueda tener una sensibilidad refinada en otras culturas —de Europa o de Norteamérica— y el sentimiento acuciantemente vernáculo. La necesidad, en suma, de desentrañar lo permanente, de una parte para reconocerlo en formas que le pueden ser superpuestas, y, de otra, para no confundir con lo permanente lo distintivamente pintoresco. Si se permite una comparación, quizá poco elevada: al igual que conviene distinguir entre el sentimiento que de la música de jazz tienen los que sólo gustan de ella por su afinidad casual con sus ritmos, y el de aquellos que la sienten al modo del negro trasplantado de Africa —no importa desde cuantas generaciones—, que en ella puede reconocerse, y en ella vierte incontenibles añoranzas y hace estallar irreprimibles desahogos.

Ahora bien: no basta ser oriundo de un lugar para expresarlo cuando se le interpreta o cuando se crea sin aspirar a interpretarlo. La autenticidad, en arte, es adhesión voluntaria, comunión *deseada,* y, de otra parte, es regla histórica incontrovertible, que un pueblo conquistado se impone espiritualmente a sus conquistadores, cuando su grado de cultura sobrepasa el de ellos. (Ejemplo decisivo: Grecia y Roma). Así vemos como la Escuela de París, o el arte mexicano contemporáneo, se adueñan de las corrientes que les llegan. Estas los renuevan y, a su vez, esparcen por el mundo la renovación que una y otro le aportan.

Los pueblos, como los individuos, van, en su expresión, de la estilización al realismo; del realismo a la síntesis, que es la estilización pasada por el cedazo de la realidad confrontada con una sensibilidad personal. El niño, el pueblo primitivo, estilizan espontáneamente; el hombre cultivado, el pueblo que tiene tras sí una larga tradición de consecuciones intelectuales, voluntariamente traspone las sensaciones irrazonadas en especulaciones deliberadamente realizadas por el intelecto. Cuando, en una representación teatral medieval, y aun renacentista, la decoración se completaba con carteles, o incluso consistía únicamente en ellos, que indicaban: Esto es un bosque, operábase en la mente de los espectadores el mismo fenómeno de invención que en el niño que, al jugar, dispone unas sillas para hacer un tren, o se dirige a cualquier objeto como a un interlocutor. Y hoy, ya de vuelta la escenografía de la meticulosidad realista, en que cifraba la perfección hace unos lustros, un fondo de cortinas, o un juego de luces, o, en todo caso, un esquema de formas, dirígese igualmente a la imaginación del espectador, para suplir unos detalles cuya exactitud resultaría pueril.

Pero cada arte, de cada pueblo, crea bajo un signo particular. En cada escuela hay una imagen transformada a lo largo de su evolución, a compás del decurso de la Historia de su pueblo, y reconocible a través de todos sus avatares. Lo que pudiera decirse *una constante.* Y ésta, pese a todos los cambios exteriores, se la puede seguir, desde sus estratos más remotos, hasta sus más atrevidas innovaciones contemporáneas, y aun como cañamazo de los refinamientos adaptados del arte de otras latitudes. Y bien, no es menester fijarse mucho, ni apelar a

ningún sofisma, para advertir que esa "constante", en la expresión mexicana, no sólo no puede quedar apegada a la representación de la simple realidad externa, de la realidad de inmediato asequible a todos, sino que, resueltamente, se opone a la representación de la única realidad de inmediato asequible, como explayación y testimonio de su numen creador.

La expresión genuina de un pueblo es el pueblo mismo. O sea, lo que ese pueblo espontáneamente inventa. Aunque sólo quedara una única figurita de Tanagra, nos diría de la euritmia categoría suprema de la Hélade; y se ha podido, sin exageración, decir que la copa, cuya forma se originó en la impresión en la arena del seno de una doncella, constituía la más alta expresión, a escala humana, de la plástica creada como proyección natural. Asimismo, del genio francés, una línea, una sola frase escrita por un anónimo del siglo XVII, su "gran siglo", basta para proclamar la mesura como meta de suprema elegancia. Las artes llamadas "menores" (con la literatura cuando existe y persiste), constituyen, en bloque, el verdadero espejo del fondo inmanente de un pueblo: ¿qué nos dicen, pues, las artes menores, el arte popular del México de hoy y de siempre?

Desde luego, si se toma como pauta estimativa de nacionalidad, y hasta de idiosincrasia, la pintura encauzada por la representación anecdótica, o los mil y un objetos fabricados en serie para turistas ávidos de tipismo, la representación a base de sugestiones folklóricas —con frecuencia deformaciones de importaciones coloniales— aparece como signo distintivo; pero, si pretendemos dar con la esencia que, desde los Códices hasta Posada, pasando por las máscaras y por la lírica pre-hispánica, refleja los encogimientos empavorecidos del hombre ante las fuerzas ignotas que le cercan y dominan, entonces nos encontramos con que las más de las pinturas que algunos creen, por su apariencia primera, expresión rigurosamente vernácula, no son mexicanas sino al modo del folklore para turistas, ya que, pese a sus propósitos indigenistas, y fuere cual fuere su mérito como realización pictórica, no guardan relación alguna con los estratos y la constante de una interpretación plástica ordenada por sentimientos en que todo, desde los vegetales y la tierra, y el agua y el fuego, y el mismo aire, revestían apariencias de un antropomorfismo extra-humano.

Dirán algunos: bien, pero ¿acaso esas cosmogonías fabulosas no quedaron ya, en el propio sentimiento del pueblo de México, o, más exacto, de los pueblos que integran a México, relegadas a un acervo legendario, sin vida actuante en las aspiraciones de hoy?

La respuesta nos la da, rotunda, incontrovertible, la perduración de ese antropomorfismo en tantas y tantas formas del arte popular y de las tradiciones realmente folklóricas. ¿Cabe entonces, ante esta permanencia, ante esa inmanencia, decir que la expresión mexicana puede, en el arte, prescindir adrede de esos imperativos telúricos, para entregarse totalmente a pruritos de representación realista o anecdótica —o ambas a un tiempo— remedos de Escuelas que no cuentan con el punto de arranque y la constante de una transposición de la realidad, como realidad fundamental de sus creaciones plásticas?

UNA verdad, por muy dentro que se la lleve, no se encuentra así como así. ¿Será cierto, como lo recoge Faure, uno de los exégetas de arte que mejor han sabido penetrar en las causas de la plástica mexicana (y de todas las plásticas) que la palabra tolteca equivalía a la palabra artista? En todo caso, ya en épocas arcaicas, el México que todavía no era colectiva y unitariamente México, destacaba por su escultura, su pintura, su orfebrería, su cerámica. Y hoy se ha podido decir, apegándose a la estricta verdad: es un pueblo que decora hasta sus escobas. Nos hallamos aquí con un instinto de decoración quizá sin parangón. Ahora bien, conviene desentrañar, en el intrincadísimo enlazado de sus etapas, no siempre sucesivas, sino a veces paralelas, las facetas permanentes de ese instinto. O sea, lo que ya hemos dado en llamar su *constante*.

Rufino Tamayo (y me refiero a él muy especialmente, por ser la expresión mexicana a la que más enconadamente han motejado de extranjerizante, precisamente los que por tal expresión reconocen únicamente un realismo exterior, interpretado con ajuste a normas espirituales y técnicas importadas del exterior); Tamayo define de esta suerte su racionalismo, la razón de ser de su pintura: *"Tener los pies firmes, hundidos si es preciso en el terruño; pero tener también los ojos, los oídos y la mente, bien abiertos, escudriñando todos los horizontes"*. Los horizontes, para estos pueblos de México anteriores al contacto

con Europa, o inmediatos a este contacto, eran singularmente anchurosos, y así se ha podido decir que el arte mexicano era un palimpsesto plástico. Y sabido es que, en un palimpsesto, no es trabajo muy arduo el hacer aflorar el texto primitivo. Basta con sentir hacia éste fervor de descubrimiento.[1]

¿Cuáles eran las corrientes de trama primitiva de esta expresión artística mexicana?

En el arte pre-cortesiano, casi siempre, el realismo aparece en los detalles; la traza general queda hierática, cuando no estilizada, y a veces —con frecuencia— estilizada hasta la abstracción: a tal punto, que es más difícil penetrar cumplidamente el sentido esotérico de las realizaciones plásticas del México del siglo X o XII y aun del siglo XV de nuestra era, que las egipcias, y no digamos ya las caldeo-asirias o las griegas, de varias centurias antes de J. C. Se ha querido explicar, por la fuerza que pudiérase decir totalitaria del arte teocrático, ese sentido, intencionadamente hermético, del arte elaborado al margen de las imposiciones del culto: esto es empequeñecer la cuestión. Simplificarla en demasía, para resolverla sin mayores preocupaciones. Que era un arte, en su esencia dominante, teocrático, ¿quién lo duda? Pero también un arte recreativo. Cuicuilco, uno de los lugares iniciales de la arquitectura monumental arcaica, es vocablo que, en azteca, significa "lugar para cantar y danzar". Existen, desde luego, en todos los tiempos y bajo todos los cielos, ideas universales: la notoria paridad que el más lego en la materia puede advertir entre Netzahualcóyotl, Villón y Jorge Manrique es, sin duda, el testimonio más inquietante de esas asociaciones, o convergencias espirituales, extrañas a toda posibilidad de interferencia. Mas esas mismas ideas "volantes" por encima de las más infranqueables distancias en tiempo y en espacio, cuajan plásticamente en formas específicas a cada pueblo y momento.

Son, precisamente, las que mejor asientan las características definidoras de un arte. En la expresión artística mexicana se advierten de inmediato por igual en el hermetismo de la traza general que en el realismo del detalle.

---

[1] Quizá no sobre aquí estampar al margen la incongruencia de los que toman —o fingen tomar— por desapego hacia México, lo que es justamente prueba de apego más hondo.

PRIMERA característica "constante" en la expresión artística mexicana: un afán decorativo que cifra su objetivo en la insistencia. Que no tolera el vacío y cubre de ornamentación cualquier superficie arquitectónica, y aun cualquier volumen escultórico, y llena de adornos el objeto más humilde, no ya de arte popular, sino de uso doméstico (los palos de las escobas).

Tenemos por tanto, como primera comprobación: el afán decorativo. Afán que hallaremos de nuevo, más adelante, en los perfiles distintivos del barroco colonial. Como segunda comprobación: la estilización, que precede, o acompaña, el realismo en la interpretación plástica. No es ya sólo la serpiente, la que es representada en forma estilizadamente decorativa, sino los mismos cráneos humanos (Teotihuacán). No hay, en toda la historia del arte, estilizaciones más abstractas, más expresamente cerradas al profano, que las de ciertas representaciones simbólicas del dios Tláloc, rigurosamente geométricas. Más aún: exactamente cruciformes. Y el impresionante realismo de cada detalle de la representación de la diosa Coatlicue, no puede hacernos olvidar el esoterismo deliberado de su construcción.

Las máscaras, asimismo, no son nunca representación directa de rasgos fisonómicos determinados, cual, por ejemplo, las que aparecen en las cubiertas de los sarcófagos egipcios. Su abstraccionismo caracteriza un tipo racial genérico. Sus franjas de color obedecen a un código simbólico riguroso.

Tercera comprobación: fuerza de las corrientes extremo-orientales. Conocida es la teoría asentada, va ya para unos años, por el profesor Neuss, de la Universidad de Bonn (Alemania), según la cual, inicialmente, el punto de arranque de la cultura debe situarse en el Mediterráneo oriental, en donde su tronco dividióse en dos ramas que se extendieron, la una hacia Oriente, la otra hacia Occidente. Esto explicaría la de otra suerte inexplicable aparición de reminiscencias helenas en la India, en tiempos anteriores a las migraciones de los períodos históricos establecidos, así como las semejanzas registradas entre ciertas formas —de escritura y de plástica— egipcias y precortesianas. Y esta corriente extremo-oriental, que se advierte claramente en algunas tendencias de interpretación artística del México anterior, con mucho, a los arribos de la famosa "nao de China", y por tanto al testimonio siempre aducido, al respecto, de las lacas michoacanas, tan visiblemente vueltas hacia China y, por China, si bien ya en época relativamente moderna,

hacia las lacas rusas, hoy todavía orgullo de los más finos "artels" soviéticos; esta corriente extremo-oriental, decimos, es la que enlaza las tendencias barrocas "avant la lettre" de la decoración pre-cortesiana, con el barroco colonial que queda como uno de los aspectos distintivos de la expresión artística mexicana nutrida con aportaciones europeas, a las que automáticamente absorbe, fundiéndolas con sus inclinaciones ancestrales. Y entonces, sólo entonces, aparece realmente el realismo en esta expresión, o sea, como fruto importado. Como consecución de mestizaje, que, por contraste con las formas rigurosamente autóctonas, subraya el exotismo, en el arte que prolonga naturalmente el anterior a los contactos con plásticas de fuera, de las representaciones limitadas a espectáculos transitorios de la vida cotidiana.

Ello, por muy elevada que sea la índole de sus temas o su finalidad declarada.

AQUÍ cabe repetir, con Pijoan: "No fueron los conquistadores, sino los misioneros, quienes descubrieron el Nuevo Mundo". De éstos, Fray Bernardino de Sahagún, con —entre otros muchos trabajos notables— su famoso "Vocabulario Trilingüe", en mexicano, español y latín, es quizá quien más contribuyó a desbrozar el camino de la comprensión, por Europa, de la cultura indígena.

Será menester llegar a Humboldt, y, tras éste, a los investigadores más modernos, para alcanzar igual penetración en lo que fué, hasta la Conquista, el modo de sentir y pensar, y de interpretar en formas plásticas ideas y sentimientos, de unos pueblos que al espectador superficial pueden parecerle cortados de raíz de sus fuentes de emoción por la instauración de las ideas y los sentimientos importados de allende el Atlántico, pero que nadie con asomo de comprensión real de los vestigios que nos han legado, deja de advertir palpitantes, y en ocasiones con singular energía, bajo el revestimiento exótico de las apariencias actuales. Y entonces, sólo entonces; cuando la voluntad "fraternal" de los misioneros, y de alguno que otro Virrey excepcional determina, en el antiguo Anáhuac, la intimidad de dos culturas fundidas en un único crisol; cuando, por encima, y a pesar de conversiones coaccionadas y de restricciones y barreras y aun de vandalismos, ignorancias y fanatismos, la estética au-

tóctona apuntala la que se le quiere sumar, es cuando cuaja, en una expresión que en adelante, y hasta hoy, persiste, ese fruto de mestizaje que, al igual en plástica que en humanidad, integra el estilo distintivo del pueblo de México.

Ningún grupo humano puede prescindir, en sus perfiles, de los aluviones que, a la buena o a la mala, en una etapa determinada, o durante un lapso prolongado, le han crecido: tan absurdo como pretender separar, en el español, por muy "castellano viejo" que se crea, el abono árabe o judío, sin el cual lo que por pueblo español cabe entender hoy no existiría como tal, sería pretender desechar, en el mexicano de cuatro siglos acá, el aluvión hispano. Siempre, claro está, que no se trate de indígenas de notoria pureza étnica. Ningún arte, por arcaizante que quiera ser, puede pasar por alto ninguna de sus etapas: este acento del arte salido de los primeros "obradores' instituídos por los misioneros de la Conquista, a la vez que patente de la comprensión del sentimiento indígena por sus creadores, queda como manifestación de las facilidades dadas, a la difusión del nuevo estilo de vida, por las innatas facultades artísticas indígenas. Sabido es que, a raíz de la instauración de la Nueva España, empezaron a pulular, en Sevilla, los "talleres para Indias", de los cuales salían a granel imágenes pintadas o de bulto, destinadas a satisfacer las necesidades de templos y conventos. Fama es, incluso, que en uno de ellos inició su formación técnica el joven Bartolomé Esteban Murillo. Los ejemplares así llegados a México hicieron en un principio las veces de modelos o "patrones", que habían de ser copiados y repetidos en los obradores franciscanos, pero, muy pronto, la fuerza de esa expresión ancestral, persistente a través de todas las vicisitudes que parecían deber aniquilarla definitivamente, impone perfiles específicos, cuya creciente y cada vez más abierta abundancia, crea, con pasmosa rapidez, una nueva expresión no menos distintivamente mexicana que las ancestrales y que, desde luego no puede ni con mucho explicar la tan ponderada destreza manual del artífice indígena.

Más apretados y diversos en colorido los ramos al pie de los altares; más intensos y rebuscados los estofados de las vestimentas de los santos; hormigueante, como en parte alguna, en figuras y relieves policromanos, los estucos, teocalis y materiales de toda suerte de las arquitecturas: cualquier retina habituada a las apariencias artísticas de la metrópoli de los siglos XVI y

XVII, reconoce al punto las que en México fueron creadas en el propio suelo, aun cuando lo fueren a imitación de las primeras.

Ocioso es decir que, por expresión artística persistente en la reproducción de los modelos importados, a compás e inmediatamente después de la Conquista, no entendemos aquellas formas ornamentales cuyo carácter corresponde en absoluto al acervo artístico vernáculo: verbigracia, las realizaciones del arte plumario que, según Fray Juan de Torquemada, rivalizaban y aun superaban en delicadeza de matices, las pictóricas de Europa. El arte del mosaico plumario perduró largo tiempo después de conocer ya el Nuevo Mundo los secretos de la perspectiva, el escorzo y el claroscuro practicados por la pintura europea. Cuando ya en los obradores de la antigua Tenochtitlán podía el arte pictórico demostrar bastarse para las exigencias del nuevo culto, todavía la encendida policromía de la pintura "en plumas" satisfacía mejor los afanes interpretativos de la realidad, en representación de gentes, pájaros y flores. Lo cual nos lleva como de la mano hasta ese barroco mexicano, sin duda alguna la expresión más cabal del mestizaje méxico-español en el arte; expresión tan auténticamente idiosincrásica cual lo había sido, siglos atrás, el fresco o la escultura.

SI desde fuera se evoca la plástica mexicana ¿quién podría decir que Tonantzintla es de acento mexicano menos definido que una pirámide?

El barroco, que se extendió por casi toda Europa con perfiles casi idénticos, al extremo de resultar empresa por demás ardua el pretender distinguir su lugar de origen, cuando se extiende por la Nueva España, lo hace, cual ya queda apuntado más arriba, con acento inconfundible. Esa significación de irregularidad de las perlas llamadas en Portugal barrocas y, según se cuenta, trasladada por Cellini a la obra de arte cuya armonía formal desaparece bajo el exceso de su ornamentación, aquí, en México, adquirió un sentido de límites ya imposibles de sobrepasar. ¿Qué supone la imaginación de un Bernini junto a la de los anónimos que "vistieron" con sus tallas el exterior y el interior de ciertos templos mexicanos? ¿Qué supone, incluso, el desenfreno lírico de un Churriguera? Aquí, la arquitectura quiere ser escultura; la escultura, pintura; la pintura, dinamismo y arrebato. Lo que en Europa fué el arte, que por su riqueza,

asentó el triunfo de la Contrarreforma, es aquí el arte cuyo triunfo hubo de asentar los moldes de la nueva idiosincrasia frente a los rescoldos del antiguo esplendor. Un arte que ya se dirige tanto a los sentidos como a los sentimientos. Que funde en la expresión de una nueva raza, de perfiles espirituales ya netamente diferenciales, el afán de ostentación del criollo, y la inclinación a lo brillante del indígena.

En España, pudo decirse: el barroco es el gongorismo en piedra. Pero Góngora no es sólo un maravilloso orfebre del lenguaje; es también el más imaginativo de los poetas de su tiempo, y el que acusa hoy, desde su tiempo, el sentimiento más moderno, más actual. Ahora bien, será aquí en México, en donde el gongorismo en piedra se explaye en toda su amplitud. Y él nos dice, en forma rotunda, que el fondo vernáculo de la interpretación plástica es, aquí, esencialmente imaginativo y poético.

¿Qué importa el punto de partida o el origen? Las catedrales hispanas son, muchas de ellas, obra de "trazadores" borgoñones, de ornamentistas y escultores italianos o germanos; y, sin embargo, su raigambre hispana es inconfundible. Como lo es inglesa la de las catedrales que los arquitectos franceses levantaron en Inglaterra. El Greco es el más español o, más ceñidamente, el más castellano de los pintores, y Anthonis Mor, convertido en Antonio Moro, fué, antes que Velázquez, el retratista por excelencia del español introvertido. El intercambio de creadores y de tendencias, ha sido, a partir del Renacimiento, uno de los factores determinantes de escuelas nacionales: los maestros flamencos que vienen a España a copiar la celebérrima "Virgen con el Niño" de Alonso Cano, la hacen flamenca. Y al igual que El Escorial que, en el sentido más estrecho de la palabra, "se tragó" a los pintores italianos que vinieron a decorarlo, México doblegó de tal suerte a su esencia profunda los artistas llegados de fuera, que se los apropió sin posibilidad de escapatoria. Los primeros pintores con firma conocida venidos de la Metrópoli: un Andrés de Concha o un Echave Orio, son ya pintores coloniales. Y no hablemos ya, por demasiado próximo a nosotros, del valenciano Tolsá, cuya obra pertenece, en formas y en espíritu, a su segunda patria.

Traían estos artistas, para fundirla con los vuelos de la imaginación y la intuición decorativa proyectados por el trópico y el semi-trópico, la reciedumbre de su voluntad de carácter. La

famosa respuesta de Pablo de Céspedes a quien le reprochaba el escaso parecido de sus retratos: "¿Sabe vuesa merced que los retratos no se han de parecer? Basta, señor mío, que se haga una cabeza valiente", frase que, por lo moderna, puede parangonarse con la de Manet diciéndola a Zolá, "que se iba pareciendo a su retrato"; esa defición, la más "surrealista" de la historia del arte, aquí en México, en donde aparecen yuxtapuestas las estilizaciones de la estatuaria pre-cortesiana y las adaptaciones de las formas pre-cortesianas a la integración de la escultura y pintura a la arquitectura, hoy en día realizadas por un Carlos Mérida,[2] es en donde cobra en verdad su más honda significación.

El barroco se anticipa, por anti-clásico, al romanticismo; y la plástica barroca, en México, aparece como la primera manifestación romántica en el arte. O sea, la primera manifestación anti-escolástica, y anti-realista, que se registra en ninguna Escuela. Churriguera nace en 1665 y muere en 1725. Ya aquí, demasiado pronto para poder relacionarlas con ninguna influencia suya, aparecen las "claves" del barroco colonial. Santa María de Tonantzintla, es de fines del Diecisiete; Nuestra Señora de Ocotlán, de mediados del Dieciocho; la Casa del Alfeñique, de Puebla, de 1790. Antes que de influencias churriguerescas, conviene hablar de resonancias mudéjares: ejemplo típico: el Camarín de Tepotzotlán, con los arcos cruzados de su bóveda. Pero esa profusión de cabezas de ángeles, de ángeles de cuerpo entero o, mejor, de lindas doncellas vestidas como en un ballet del Rey Sol para figurar seres celestialmente incorpóreos; esa maraña de atributos, de símbolos y de representaciones estilizadas de la flora y la fauna, sólo un hontanar evoca: lo intrincado de una selva cual no podría hallarse ninguna en la estructura física, de términos medios, de la vieja Europa.

¿Arte llamado jesuíta, el barroco? En efecto, Tepotzotlán fué levantado por la Compañía; mas ¡qué diferencia estas formas, sin un solo metro que no esté sobredecorado, de las de aquel "Gesú" romano que, por comparación, diríanse neo-clásicas!

---

[2] En este aspecto el "Centro Urbano Presidente Juárez" (México, D. F.), obra de los arquitectos Mario Pani y Salvador Ortega, y del pintor Carlos Mérida, constituye la demostración a la vez más grandiosa y rotunda de una expresión auténticamente mexicana, fundida en las exigencias universales de la vida moderna.

A Churriguera, sus contemporáneos y conciudadanos le llamaban "jerigoncista de retablos", por la excesiva complicación de sus arquitecturas; y también "jefe del retruécano", por su trastocamiento de la misión específica de cada rama de la plástica. ¿Qué hubieran dicho entonces de estos bordados en mármoles, en jaspes, en tecali, en maderas preciosas, de estas sirenas arbitrariamente trepadas a los marcos de altares y a las bóvedas?

La obra de imaginación, en Europa, antes tiende a despojar que a insistir: es siempre una materialización del gesto de Alonso Cano, apartando, en su lecho de muerte, el crucifijo que le presentaban y era de escaso mérito artístico y prefiriendo una simple cruz desnuda. Dos maderos lisos eran, para él, evocación más real del drama del Calvario que la representación mezquinamente realista de Cristo. El esfuerzo de la imaginación costábale menos, al artista moribundo, que la transposición emocional de una realidad vulgar.

El acento aparece incluso en los contrarios. Cuando Tresguerras, genial autodidacta, polifacético cual un Vinci o un Berruguete, impone la reacción académica contra los desenfrenos del barroco, es eco con acento mexicano, inconfundiblemente mexicano, del academicismo francés. Prueba inequívoca: la cúpula del Carmen, de Celaya, con el brillo y alegría de sus cenefas, que basta para situar una obra "que se quería" reflejo de otras harto distantes.

Y ES que el acento popular, el acento de esa intuición única en la historia de la decoración y de la plástica, ha podido siempre más, en México, que las imposiciones académicas. (Académicas son, a la corta o a la larga, todas las fórmulas, por muy subversivas o innovadoras que en un principio se crean). La frase teresiana de "Dios entre los pucheros", donde realmente adquiere pleno sentido es en México. No en el de las grandiosas catedrales, ni siquiera en el de ese San Sebastián de tecali pintado, del tesoro de la catedral capitalina, que viene a ser, en tono mayor, una obra de arte popular, sino en las humildes figuritas de barro policromado de Metepec, o de Matamoros Izúcar, Pue., es en donde este barroco mexicano, que no sería cual es, de no apoyarse en una tradición multisecular, proclama

con más fuerza su autoctonía, y la enlaza directamente con las *transposiciones* de algunas pinturas tachadas de "extranjerizantes", por aquellos que ciñen la verdad a lo más externo.

En las escuelas europeas, la presencia de la muerte, cuando no reviste acentos a lo Kempis del "Finis gloriae mundo", de un Valdés Leal, aparece con el realismo a ras de tierra, a hondura de tumba, de las Danzas Macabras germánicas; pero, aquí, un Posada asocia la despiadada sátira de sus calaveras a las calaveras de azúcar que los niños se comen por juego. Y es que, por sobre la muerte, y por sobre la vida, domina la imaginación; y la imaginación proyectada de un pozo de humor que es, al cabo, la más desenfadada de las piruetas (o el más desconsolado de los escepticismos).

El "humor" como desenvolvimiento de un estilo, que a través de siglos de figuritas de barro, de máscaras, de signos de códices y de juegos que deshacen el drama final en una aceptación casi gozosa —casi golosa—, tiene sus timbres de origen netamente definidos, y situados y sintetizados. No le es menester lanzarlos a lo lejos, para requemarlos y consumirlos, a la aventura mística o a la aventura de Indias, sino que hace de ellos un uso que pudiera decirse doméstico, puesto que procede directamente de aquellas ancestrales figuritas de barro que acompañaban, en tono menor, los acordes solemnes de la estatuaria monumental. No hay paridad, no puede haberla, entre la realidad que apuntala los delirios místicos de Castilla y las exaltaciones del México de siempre. El hombre que allá se consume en su propia lumbre, aquí, al internarse en tierras húmedas y frondosas, se integra a éstas como formando parte de su propio limo y renaciendo en su propia vegetación. Y si quiere aquí vivir como anacoreta, no será de saltamontes, de insectos, como su hermano del otro lado del Atlántico, sino de frutas jugosas que se le vienen a la mano sin necesidad de cultivo; de frutas henchidas de savia, rezumantes de optimismo en la prodigalidad de la naturaleza.

Y LLEGAMOS a la época presente.

Si tomamos como exponente máximo de la plástica mexicana contemporánea a Clemente Orozco, vemos como en sus obras de intención rigurosamente realista piensa invenciblemen-

te en los ejemplos que Francia le brindaba a través de un Daumier y un Toulouse-Lautrec, y que, en cambio, cuando apela a los recursos de su propio numen, es cuando realiza las composiciones que intencionadamente trasponen la realidad directa en síntesis, e incluso en síntesis voluntariamente deformadas. Ese mismo lirismo "arrebatado" del Clemente Orozco de sus composiciones capitales, es el que, por contraste, subraya más inexorablemente el origen "exótico" de la pintura ceñida a representaciones realistas... sea cual fuere la intención de sus temas, o, si se prefiere, su ideología.

¿Que sería absurdo pedirle a un artista de hoy, se atuviera a caminos trillados por los que le precedieron centurias atrás? Nadie lo pretende. Pero sí, puesto que de expresión vernácula se trata, no se quiera presentar, en su lugar, precisamente la que de siempre ha sido su contraria. Que no es ningún precepto distante, sino el Popol Vuh, el libro sagrado de los Mayas (cuya cultura, no lo olvidemos, pertenecía ya al pasado mucho antes de la llegada de los europeos al Continente americano) el Popol Vuh, el que reza:

"Aquí, pues, traeremos la manifestación, el descubrimiento y la aclaración, de todo lo que estaba en la obscuridad"; pero envuelve esa manifestación, ese descubrimiento, esa aclaración, en emoción lírica, y convierte su mítica génesis en un rapto a lo alto, por el cual sigue siendo una de las obras fundamentales, no de la filosofía, sino de la poesía difusa en el universo.

Que no en vano los observatorios eran los monumentos centrales de la cultura precortesiana, para, con las plantas firmemente clavadas en tierra, cual pide Tamayo, pedirles certidumbres al curso de finalidad insondable de los astros.

Realismo, con el apodo que sea, en la expresión artística mexicana, ello equivale, con carácter absoluto, a rebajar a una interpretación despojada de su inmenso caudal imaginativo y decorativo, una de las plásticas de más alta categoría de transposición y poesía. Lo cual no quiere decir que el espectáculo más humilde no pueda alcanzar, a través de su intérprete, su más depurado refinamiento.

Pero sí quiere decir que no hay en arte pecado más imperdonable que el cortar alas. Entre otras razones, por la primordial de que de nada sirve: o las alas vuelven a salir, cual sucedió con el barroco, o el arte se desploma por carecer del trampolín de su expresión propia.

Afortunadamente, México tiene hoy, entre sus mejores artistas, aquellos que han sabido austeramente volverse de espaldas a las halagadoras seducciones de las apariencias costumbristas, gratas a los que no calan en su expresión permanente. Aquellos que saben oír las voces de su trayectoria nacional más profunda y real. (Real: que no es nunca lo mismo que realista, y aquí, hoy, casi siempre justo lo contrario).

TRES PRECURSORES DEL NUEVO REALISMO LITERARIO HISPANOAMERICANO

Por *F. FERRANDIZ ALBORZ*

En la literatura hispanoamericana de nuestro tiempo persiste un sentido humanista, de humanidad vinculada a la tierra, con epopeya política y social. La novela ha sido y continúa siendo la manifestación más recia de ese estilo y contenido humano. Lo que la poesía no ha logrado aún de un modo definitivo: interpretar a nuestros pueblos con el sello inconfundible de su ritmo vital, lo ha logrado ya la novela. Son plurales las corrientes literarias que se han integrado en lo que denominamos nuevo realismo literario hispanoamericano, pero nos dedicaremos, por ahora, a tres de las más destacadas personalidades de nuestras letras. Nos referimos al argentino Domingo Faustino Sarmiento, al uruguayo Eduardo Acevedo Díaz y al ecuatoriano Luis A. Martínez.

Domingo Faustino Sarmiento

"Facundo" es un tipo de novela que todo escritor quisiera escribir, para expresar su preocupación de hombre y tierra, como realidades en el devenir de su pueblo. De la cantera del hombre vivo sacar la tipicidad literaria y convertirla en entidad universal. Hacer de la parcela de tierra que al novelista le ha tocado vivir un escenario de idéntica jerarquía universalista. Esa es la dificultad, que una vez superada trasciende a tragedia de hombre y drama de pueblo. La creación de Sarmiento nos atrae desde las primeras páginas, porque en ellas comenzamos a percibir el viento que nos ha de arrebatar y transportar al espectáculo de la tierra y del hombre, síntesis del pasado y potencial del porvenir.

Como de toda gran obra, se desprende de ella una gran pasión del autor, que se hace apasionante en todos los momen-

tos de la lectura, sencillamente por lo apasionante del tema. Por su condición apasionada y apasionante, el libro resulta polémico. Es otro de los distintivos de las grandes obras. Polémica como la Ilíada, como La Divina Comedia, como Don Quijote, y como en ellas, imponiéndose una misión fundamental en el contacto de otras misiones.

¿Cuál fué la polémica de Sarmiento en "Facundo"? La enfocó en torno a la tierra, al pueblo y al hombre, como integrantes de una nacionalidad nueva, en su realidad económica, política, social y cultural. Asombra cómo con estos postulados previos, pudo escribir la primera novela auténticamente hispanoamericana, que continúa siendo la primera entre las primeras por su calidad literaria.

La obra fué concebida en la plenitud combativa de Sarmiento, en la primera mitad del siglo XIX. La primera edición es de 1845. En plena dictadura de Rosas. Tuvo que expatriarse a Chile y allí la dió a luz como suplemento del diario. El Progreso, que el mismo Sarmiento dirigía en Santiago. Fueron sus días enconados contra la tiranía mazorquera. En el destierro, la cordillera andina como valladar de su nostalgia de tierra, vió el drama de su patria con la profundidad de una perspectiva histórica. Los hechos que estampaba en sus páginas eran la crónica diaria de la agonía de su pueblo, por eso "Facundo" adquiere relieve de un desarrollo en el tiempo que se hace de ayer, de hoy y de siempre.

La teoría de Sarmiento, por cauce de novela, se desarrolla en el paralelismo dialéctico y pugna de civilización y barbarie, ciudad y campo. ¿Cómo interpretaba estos dualismos?

Civilización y barbarie

COMO hombre de su tiempo (1811-1888), Sarmiento recibió plenamente las influencias del siglo. Sus conceptos de civilización y barbarie se bifurcan en dos complejas corrientes valorativas, románticas en literatura, positivistas en política y filosofía. Requiere la civilización al progreso del bienestar económico y social, sin tener en cuenta las relaciones de clase, que una tierra ilímite, con reservas incalculables, ponía al alcance de todos los hombres en su lucha directa con la naturaleza. Como elemento justificativo de esa necesidad de progreso, la razón, "la diosa razón". La Revolución Francesa, con sus dere-

chos del hombre, golpeaba directamente en la conciencia de Sarmiento y en la de sus contemporáneos de formación liberal. Había que dominar la naturaleza con la fuerza de la razón, había que convertirla en entidad racional. Pero la razón la acaudillaban hombres, que son a su vez entidades de naturaleza. El hombre contrario a esta ofensiva racionalista se situaba contra la civilización y se convertía en bárbaro. Si el bárbaro de la antigüedad era el que habitaba más allá de las fronteras de la comunidad latina, el bárbaro de ahora era el que, sin superar su entidad de naturaleza, poblaba el desierto. Evidente contradicción, pues el desierto es inhabitable, y este desierto era hostil a la civilización, no por su vacío, sino por la barbarie del hombre que lo habitaba. De ahí la tesis de, "civilizar es poblar", y la otra de que el mal de América es la extensión. Por eso la verdadera pugna no estribaba en la diferente calidad del hombre argentino, sino en la diferencia de las dos entidades económicas que lo condicionaban.

La ciudad y el campo

CIVILIZAR es concretamente reducir los hombres a categoría ciudadana, limitarles sus posibilidades de expansión inmediata, para fortalecer en ellos la reserva expansiva, como parte de un todo colectivo; el núcleo urbano en la primera etapa, la nación en la segunda. La Argentina fué en la colonia, y continuaba siendo en los años de Facundo, una dispersión de núcleos urbanos: Buenos Aires, Córdoba, Salta, La Rioja, Mendoza, y algunos más, rodeados de un horizonte sin referencia humana, donde el barbarismo (tanto de los indios como de los blancos alzados) campeaba a sus anchas, con un concepto primitivo de la libertad, que tan grata fué a los artistas románticos. Permanecía latente la contradicción entre la ciudad y el campo. Se produjo el equivalente histórico de Europa en los comienzos de la Edad Moderna. Las colectividades humanas bajo la jurisdicción de los señores feudales, se convirtieron en burgos que después alcanzaron la categoría de ciudad. El régimen de encomienda fué dispersado en Hispanoamérica (en teoría más que en la práctica) por la revolución emancipadora, en las regiones donde perduraba (y perdura) el problema indígena. En el virreinato de Río de La Plata, a falta de encomiendas, se necesitaba de una institución económica que diera sentido expansivo

a la independencia. Esa institución fué la estancia. Pero de antemano hacía falta dar estabilidad a la vida del campo, y se organizaron las incursiones contra los indios y el gaucho vagabundo. Se imponía el romanticismo económico, la libertad de dominio de la tierra, contra el romanticismo metafísico de la libertad absoluta del hombre sobre la tierra. Pero La Pampa, el llamado desierto, se iba poblando de estancias, en torno a las cuales se congregaban los hombres para adquirir disciplina económica y preocupación política.

CONTRA la política de encomienda de Rosas (su federalismo no deja de ser un adjetivo), Sarmiento, siguiendo la tradición de Rivadavia, aparece como el adalid del liberalismo económico con postulados de revolución francesa y estructura institucional norteamericana. En las ciudades, la libertad de comercio facilitaba el acrecentamiento de la burguesía, pero en el campo, la despoblación engendra el latifundismo, con lo que se estanca la evolución del liberalismo burgués, obstruccionando el desenvolvimiento de nuevas formas económicas y sus correspondientes instituciones políticas.

Sarmiento concibe la historia como un progreso indefinido. El idealismo alemán, el romanticismo francés y el puritanismo anglosajón, directa o indirectamente asimilados, dan a su pensamiento político una finalidad de eficiencia práctica. La teoría política es valedera en cuanto modifica favorablemente el bienestar y acrecienta la riqueza de la sociedad. Pero la sociedad es para Sarmiento un conjunto armónico de intereses sin contradicciones. Con un gobierno que deje libre la actividad del hombre en la competencia, se llegaría a lo que él había observado en Estados Unidos, deslumbrado ante el progreso mecanicista: el incremento de la riqueza como índice general, sin discriminar el bienestar de cada hombre en el disfrute de esa misma riqueza que él ha contribuído a acumular con su trabajo.

Con estos complejos de idealismo filosófico y liberalismo político, Sarmiento nos ofrece una novela con substancia de biografía, monografía histórica y ensayo de interpretación de la realidad argentina. La conjunción de estos tres géneros hacen de "Facundo" una maravilla de relieve literario. Escribiendo a impulsos de su pasión, a menudo de su odio, el estilo de Sarmiento supera el romanticismo de su tiempo con la fuerza

simbólica de sus descripciones, alcanzando tal grado de objetividad analítica, que se anticipa al naturalismo que se gestaba en Francia, y queda como antecedente fundamental del realismo literario de nuestro tiempo.

¿Cómo y por qué se proyecta el estilo de Sarmiento en la corriente de los estilos de su tiempo y en la realidad literaria del porvenir? Sencillamente porque Sarmiento no era un inhibicionista. Se situó ante el drama de su pueblo en postura militante, tomando partido, adquiriendo ciudadanía, que transmitió a su palabra. A veces parece sermonear con paleta de maestro de escuela, pero en líneas generales su estilo posee calor de combate, de polémica, de lucha. Su literatura fué política en el más elevado y profundo sentido de la palabra. No trataba de entretener sino de despertar inquietudes, y tanto como inquietudes, pasiones, y más que pasiones, una obsesión permanente por el destino de su patria.

Interpretaba a Facundo como fuerza negativa del devenir argentino, considerándolo incapaz de superar la fuerza instintiva que le ataba al ancestro animal. Combatió a Rosas como elemento centrípeto de todas las reacciones instintivas, secuestradoras de la libertad naciente, anuladoras del libre desarrollo de las instituciones políticas y nuevos estamentos económicos. Describe el paisaje como condicionador de esas dos entidades negativas, pero exaltándolo como crisol en el que puede fundirse un nuevo tipo de hombre, bajo un régimen de respeto a la ley, de ilustración y educación de todas las clases sociales. La grandiosidad de La Pampa adquiere en la prosa de Sarmiento una significación mística, mística de paisaje. Por diferente rumbo y estilo, y a tres siglos de distancia, Sarmiento nos da una sensación de paisaje equivalente al de Santa Teresa de Jesús sobre Castilla sin describirla, por lírica transubstanciación de la palabra. Todo enraizado en su fuerza inicial, en el fuego de su apostolado republicano, que supo transmitir a su literatura con idéntico fervor apostólico.

En el "Facundo" de Sarmiento queda planteado y resuelto el tan debatido problema de la significación social de la literatura. ¿Hay una literatura pura, cuyo contenido está al margen de los problemas de la colectividad humana? Sí que la hay. ¿Pero hasta qué punto esa literatura está vinculada a la historia literaria de un pueblo? ¿Qué gran obra hay en la historia de la literatura universal que pueda considerarse escrita al margen

de los temas fundamentales con los que el hombre se enfrenta a la vida? No encontramos ninguna. En esa misma proyección, "Facundo" rezuma humanidad por todas sus líneas, pero una humanidad con transparencia de paisaje y en función de pueblo.

Junto al héroe principal, Sarmiento descubre, en ondas concéntricas de psicología, entidades espirituales producto de la misma tierra, desdoblándose en elementos integradores del paisaje moral: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor. Los dos primeros son pedazos de la misma tierra y el mismo horizonte. En el trasiego de generaciones, la herencia europea se ha ido adaptando a una tipicidad nativista. Puede ser que el porcentaje arábigo que el meridional español importó a La Pampa, resucite con idéntica predisposición al nomadismo. Hombres que, tanto como leer en las estrellas saben leer en las huellas del hombre y de la bestia sobre la tierra.

En el apasionamiento de la polémica, Alberdi llamó a Sarmiento "Plutarco de los bandidos", por sus estudios sobre Aldao y Facundo. Esta calificación despectiva la consideramos ahora como el auténtico acierto de la literatura de Sarmiento. Más que a los héroes de impronta política y bélica, Sarmiento se dedicó a desentrañar el barro humano de su pueblo, pues con él es que se moldean las sociedades. Dió a sus libros una misión civilizadora en un ambiente y un tiempo de prepotencia oligárquica. Fué el primero en descorrer el velo que encubría al auténtico héroe de la aventura y desventura política, mostrándolo en todas sus lacras, con un realismo analítico que llegaba a la entraña viva del hombre y del medio. Por eso lo calificaban de bárbaro en los centros literarios decadentes. No podían aproximarse a la luz de su paisaje, ni a la fuerza de su sangre, ni al ímpetu de su verbo. Su genio asimiló y superó todas las influencias externas, y por eso, siendo el escritor más abierto a todas las tendencias, resultó y continúa siendo el más argentino de todos los escritores.

Permanece en la literatura contemporánea con pulso de hombre y conciencia de destino. Su fuerza le brota del amor a su tierra y del permanente beso de su luz interior a la luz de su paisaje, así como de su preocupación por la vida de sus semejantes. Para nuestro desconsuelo, al cabo de un siglo, los males que Sarmiento latigueaba con el fuego de su palabra, siguen latentes, sin que en el panorama literario de nuestros

días se vea al escritor de idéntica garra, que sepa orientar a las muchedumbres en la lucha definitiva contra la barbarie.

Eduardo Acevedo Díaz

La preferencia de Acevedo Díaz por la novela histórica, parecería dificultad su enfoque analítico de los hechos que narra. La evocación histórica, por sí misma, evidencia una sensibilidad romántica. La disconformidad del romántico ante lo que considera intrascendente, la vida misma que contempla deslizarse ante sus ojos, desvía sus preferencias en dos corrientes opuestas, una hacia el pasado, otra hacia el porvenir. Actualizando pretéritas escenas históricas, con los correspondientes personajes de un simbolismo ideal, los románticos creen sublimar los propios motivos de su vida cotidiana. El romántico sitúa siempre la Edad de Oro en un pasado legendario. Para él, "cualquiera tiempo pasado — fué mejor". Sin embargo, tiene que justificar su dispersión ideal en el plano de un porvenir no menos legendario, que le compense de su "tedium vitae". En ambos casos resulta siempre un fugitivo del imperativo presente. De ahí la impresión de irrealidad que se desprende de la literatura romántica.

En la novelística de Acevedo Díaz, es evidente la preferencia por los temas históricos, y eso, además de su condición temperamental, contribuye a que muchos críticos lo sitúen en la escuela romántica. Pero ¿cuál es su romanticismo?

El romanticismo es una predisposición temperamental del hombre ante la vida. En ese sentido pertenece a todos los tiempos y a todos los estilos. Pero como escuela literaria, desde Goethe a Edmundo Rostand, el romanticismo es un estilo condicionado por la economía burguesa, y moralmente, por exacerbación pasional individualista, elabora elementos contrarios a la vida espiritual burguesa.

Eduardo Acevedo Díaz no fué un romántico de escuela sino temperamental, adscrito al romanticismo biogenético de Hispaonamérica, con sentimiento de fuerza de su personalidad y con luz apasionada en el reflejo de sus sentidos. Con ellos se lanzó al goce y amargura de su paisaje y de su vida. De ahí la pentafonía de su realismo. Porque así como el romanticismo —sustantivamente— es un estado temperamental ante la vida, el realismo es la vida misma exaltada a la categoría de

arte por la síntesis afectiva de nuestros sentimientos, elaborada además como objeto y sujeto de nuestras recreaciones. Hay tantos realismos como escuelas literarias: un realismo clásico, con euritmia proporcional de formas; un realismo romántico, como expresión de nuestra veracidad cordial; un realismo naturalista, como colorido análisis del mundo exterior; un realismo psicológico, queriendo llegar al fondo de las reacciones anímicas; un realismo modernista, en el que los valores literarios se hacen imagen y símbolo, y un realismo realista, en el que se integran los dos mundos, interior y exterior, con todas las complejas verificaciones del acontecer del hombre en lucha con los hombres, con las cosas y consigo mismo.

Un hombre tan completo y complejo como Acevedo Díaz, lógicamente debía derivar su actividad hacia múltiples rutas de la vida espiritual. Fué político militante y activo. Su decisión fué tan grande en los destinos políticos de su país, que dos veces, la primera en 1897, con las armas en la mano, y la segunda en 1903, con su voto, modificó rumbos de gobierno. Creemos fué su condición de político lo que hizo derivar su labor literaria hacia la novela histórica. La política es ciencia y arte histórico, y quien aspiraba a dirigir a su pueblo, natural era que en sus novelas enseñara cómo se había forjado ese mismo pueblo. No se dedicó a escribir novelas para llenar sus ratos de ocio, sino para completar su misión política. Política y literatura son dos corrientes espirituales de todo hombre con vocación de pueblo. No hay literatura despolitizada, por la sencilla razón de que no hay hombre deshumanizado. La política es un hacerse el hombre cada día, reflejándose luego en la literatura, como en las demás artes.

Excepto sus novelas "Brenda" y "Soledad", las demás, "Ismael", "Grito de Gloria", "Lanza y Sable", como en sus cuentos, la historia se hace novela en la misma proporción que la novela se le hace historia. Pero la historia, dato incontrovertible, y la imaginación, se le hacen realidad. Sus entes artísticos son producto invariable del medio. Sin teorizar sobre los hombres y su comportamiento, los presenta con rasgos inconfundibles de hijos de su tierra y de su ancestro. Lo autóctono no es en él nativismo costumbrista sino tipicidad psicológica, narración colorista de paisaje de almas y horizonte terrígeno, desarrollo dramático de la vida del hombre en el antagonismo de las pasiones y los intereses.

En sus novelas presentimos y sentimos fervor de muchedumbre. Es de los primeros escritores hispanoamericanos para quienes la novela es la epopeya de nuestro tiempo. Y no hay epopeya sin pueblo, aunque éste se manifieste en forma de multitud. Pero el pueblo de Acevedo Díaz tiene características muy dignas de tenerse en cuenta. Es un pueblo que actúa forjando una institución política cuando aún no tiene establecidas las fronteras que le limitan como nación y patria. Ni siquiera tiene definida la configuración humana. Con las entidades que forman el aporte sanguíneo de negros, indígenas, zambos, mulatos, mestizos y los blancos acriollados, se definen las entidades psicológicas del gaucho y el hombre urbano. Para el primero, toda la tierra, para el segundo, el recinto de Montevideo. En Uruguay se hallan latentes los mismos antagonismos de civilización y barbarie, ciudad y campo. La revolución emancipadora, no estribaba sólo en independizarse del poder metropolitano, sino a la vez en elaborar una expresión síntesis del alma colectiva, tan diversa entre los diferentes elementos morales y materiales que se desprendían de los distintos hombres. Pero hay un símbolo ideal que los aglutina a todos: La Libertad.

La revolución se halla en el cruce de dos aventuras históricas, que con el material humano a su disposición, ha de dar paso a la que mayor fuerza contenga como disciplinadora del hombre y de la economía. En las narraciones de Acevedo Díaz comprobamos el desdoblamiento de una corriente espiritual primitiva del hombre hacia la tierra, cuya primera fase es la conquista de lo que denominaremos tierra-hembra. Equivale al período de las montoneras. El hombre pasa sobre la tierra, mora sobre ella durante las noches, con las auroras cabalga de nuevo y pasa siempre. Su asentamiento no es sobre la tierra sino sobre la cabalgadura. Más adelante llega el período de la tierra-esposa. El hombre hace auténtica vida marital con su tierra, cansada ésta de noches infecundas. Ahora quiere al hombre sedentario, con noches para el reposo, y el día, no para cabalgar sino para permanecer junto a la tierra-esposa, fecundándola con el trabajo. Es el período de la estancia. En los comienzos de esta nueva etapa, las montoneras aún se atrevían a burlar al estanciero arrebatándole tierra-esposa para hacerla hembra de paso, pero cada vez sus correrías se van alejando más, hasta que al fin se pierden de vista, y más que una reali-

dad hundida en la lejanía de un paisaje tembloroso en los soles de ocaso, son un recuerdo para el comentario en las ruedas de mate cimarrón y rasgueo de guitarra con suspiro de vidalita.

Esta sensación de tierra-hembra que se desdobla en tierra-esposa la percibimos en las descripciones de paisaje de Acevedo Díaz. Son páginas de una prosa masculina, nervuda, morosa, que parece acariciar turgencias femeninas. Transmitir al lector esa emoción de tierra es patrimonio de los escritores hispanoamericanos. La percibimos también en los mejores escritores rusos, por ejemplo, Leonidas Andreiev en "Sachka Yegulev", pero esta recreación del novelista ante su tierra, más que ante su paisaje, es distintivo de los novelistas hispanoamericanos. El hecho sigue perdurando en la literatura de hoy, y es muy fácil de comprobar. Y es precisamente en la posesión de la tierra como entidad recreadora que estriba la fuerza de nuestra literatura. Lo cual no deja de ser una consecuencia espiritual derivada de una realidad, por cuanto la tierra, como en entidad femenina a la que hay que fecundar, es una de los constantes económicas de Hispanoamérica.

Otros dos elementos de recreación literaria de Acevedo Díaz son el sentimiento de pago y querencia. Sus personajes sufren una permanente obsesión de retorno. Están siempre regresando a alguna parte geográfica, de donde parece salieron en persecución de quimeras. Pero roto el encanto de las lejanías, hay en ellos un deseo de retorno al pago donde forjaron ensueños, aguijoneados por una querencia instintiva amasada con jugos nativos. Este encanto poético de las narraciones de Acevedo Díaz proporciona a su estilo un matiz de auténtica melancolía romántica, un romanticismo de retornos sensitivos para recrearse en la misma entraña materna. Pero la vuelta al pago les trae la misma angustia que experimentó Martín Fierro. Dispersión de todo lo suyo, vacío de almas, soledad. Y se impone el rumbear hacia otros pagos imprevistos.

Un ligero paralelismo entre Sarmiento y Acevedo Díaz, nos permite ver cómo en la literatura del argentino apenas si alcanza relieve la mujer. Como si su pudor masculino le vedara entrar en el mundo de las reacciones femeninas. La feminidad parece velada siempre en la figura de su madre, en un lugar sagrado en el que hay que entrar de puntillas para no turbar la pulsación cordial de la que espera siempre. Es incompren-

sible cómo sin elemento femenino, pudo Sarmiento dar substanciosa vida a su obra literaria, aunque nos lo expliquemos al considerar que el aporte femenino le alentaba como reserva espiritual acunada en el recuerdo materno.

¡Cuán diferente el caso de Acevedo Díaz! Su mundo femenino es tan rico como el masculino en cantidad y calidad. Podríamos señalar, como tipos de rara ejemplaridad, la Soledad y Brenda en las novelas homónimas, Felisa, Sinforosa y otras en "Ismael", Natalia en "Grito de Gloria", y tantas otras, cuya clasificación haría indispensable un catálogo de tipos psicológicos. El mundo femenino bulle en la creación literaria de Acevedo Díaz en todas sus gamas de clase social y temperamental. Demuestra que si fué un gran conocedor de los hombres, igualmente lo fué de la mujer. Y a la descripción de su alma dedica páginas de extrema delicadeza, ahondando sutilmente en el misterio femenino. Es otro contraste romántico realista, arpegiando las aventuras de horizonte abierto en el descanso de las cabalgaduras, de vuelta del horror de los degüellos.

Militares, clérigos, españoles criollos con odio homicida contra españoles godos y viceversa; el espíritu independiente forzando los diques colonialistas. Los tupamarus con galope cortado en cada repecho de cuchilla, las pulperías como islas de encrucijada con rumbo a todos los caminos. Las estancias, centros de integración de la nueva realidad económica. Rodeos, hierras, bailes y voleo de polleras. Marchas y contramarchas en la gesta brava de la guerra a muerte, y la desolación de las victorias y derrotas. Todo un rodeo, un inmenso rodeo de multitudes formando círculos concéntricos que el ideal de Artigas conducía a la creación de una patria nueva. Y el chocar posterior de los boleadores, lanzas y sables en la lucha fratricida desintegradora de la misma patria, y el enchipamiento que en cada víctima ahogaba un llanto de tierra deshumanizada.

En la primera etapa fué la revolución que, según Acevedo Díaz, "es un camino que anda". Era un camino porque era una finalidad concreta y constructiva. Después vino la revuelta, el pronunciamiento, el aniquilamiento del hombre y la República. La Revolución dió Independencia y Libertad, la revuelta anarquía y sumisión. Acevedo Díaz, soldado en los tres frentes de batalla, los del fusil, la palabra y la pluma, cabalgaba en ese descomunal rodeo de las multitudes en busca de un centro de

convivencia política. Cada una de sus novelas es un panorama del proceso institucional de la República del Uruguay con todas sus contradicciones.

Vivió, luchó y escribió con sabor de pueblo en sus sentimientos, en sus pasiones, en su palabra oral y escrita. En eso estriba el secreto de su obra y de su triunfo. Su realismo es de epopeya. Si desde el punto de vista político sus contrarios o enemigos pueden señalarle errores en la interpretación de los hechos, haciendo abstracción de las apreciaciones políticas, la tipología humana de sus novelas ha definido al hombre uruguayo como ser literario en el marco de su nacionalidad. Sus personajes iniciaron el paso de un suceder novelístico, que si se refiere concretamente al enriquecimiento de las letras uruguayas, en lo específico es un punto de referencia obligado para la valoración del hombre hispanoamericano. Ha dilatado el horizonte literario del continente con nuevas criaturas simbólicas, con nuevos entes espirituales, con nuevas fisonomías colectivas, con nuevos panoramas de paisaje físico y moral. Es de un realismo con sabor a hombre, a río, a tierra empapada de sangre, a sensualidad desbordada, a corazón con pálpito de aventura inminente, a tristeza por el amor que pasa y la muerte que llega... Es Eduardo Acevedo Díaz.

Luis A. Martínez

ERAN los años polémicos en torno a la literatura ecuatoriana, desde 1930 a 1936. Una generación de novelistas, que pronto había de cruzar las fronteras nacionales para adquirir fama continental, se afanaba por dar un nuevo contenido a la literatura. Iban apareciendo algunos libros: "Barro de la Sierra", de Jorge Icaza, "Los que se van", de Joaquín Gallegos Lara, D. Aguilera Malta y E. Gil Gilbert. Un salto más, y a continuación de estos dos volúmenes de cuentos, paisaje de costa y sierra, de montuvio e indio, aparecen novelas como "Camarada" de Humberto Salvador, "Don Goyo", de D. Aguilera Malta, "La Beldaca", de Pareja Díez-Canseco, y obras de temática definitiva en el nuevo estilo como "Huasipungo", de Jorge Icaza y Nuestro Pan", de E. Gil Gilbert.

Los diferentes grupos de escritores de Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja, en cierto sentido trabajaban en forma de equipo. Discutían continuamente temas y procedimientos, estaban vin-

culados a la política del país, casi todos ellos de tendencia izquierdista, se prestaban los originales, formaban ruedas de discusión, etc. El resultado fué hacer del Ecuador la república hispanoamericana de más intensa vida literaria y de producción novelística más rica de contenido nuevo.

A todos aquellos noveles autores preocupaba el deseo de vincularse a la tradición literaria de su país, buscando los antecedentes que justificasen el fondo y forma de sus creaciones. ¿En "Cumandá", de José León Mera? Esta novela era de un romanticismo calcado de la escuela francesa, falseador del auténtico romanticismo hispanoamericano, lo cual no dejaba de ser contradictorio, ante el hecho de que los epígonos del romanticismo francés buscaban en América temas adecuados a su expresión literaria, como en los casos del abate Prevost con su "Manon Lescaut", Chateaubriand con su "Atalá", Víctor Hugo con su "Buj Jargal", etc. El romanticismo temperamental de los escritores hispanoamericanos de hoy, no podía aceptar influencias de estilos fenecidos, por muy románticos que se llamaran. Indagando en el común acervo literario, hallaron dos novelas, una titulada "Pacho Villamar", de Roberto Andrade, y la otra "A la Costa", de Luis A. Martínez. Dos novelas escritas en el tránsito del siglo XIX al XX. La primera de marcada influencia naturalista, la segunda, aunque dentro de esa misma escuela, con el contrapunto temático de un estilo realista.

La nueva generación de escritores ecuatorianos se sintió heredera de la inquietud y estilo de Luis A. Martínez, viendo en su novela "A la Costa", el antecedente de una nueva literatura conductora del nuevo realismo. Algunos autores, sin sombra de reserva, decían: "Creíamos ser nosotros los creadores del realismo literario en el Ecuador y resulta que Luis A. Martínez, en su novela "A la Costa", se nos adelantó en unos treinta años.

El título es ya una expresión de realidad. Desde el altiplano andino, a unos tres mil metros de altitud, con borrascas granizadas y cumbres volcánicas con caparazón de nieve, el héroe de la novela desciende a la costa, a la tierra tórrida. Desde las cumbres con eucalipto y mascar de mote y máchica, a la tierra húmeda de la banana y el cacao. Dos expresiones geográfica que corresponden a dos tipicidades diferentes de la humanidad ecuatoriana. Este doble aspecto geográfico y racial se desdobla a su vez en otros aspectos psicológicos y políticos,

que dan a la novela de Luis A. Martínez una derivación de militancia política.

El autor ha elaborado su estilo entre dos corrientes contrapuestas, la romántica y la naturalista. En Ecuador, como en líneas generales en todas las repúblicas hispanoamericanas, el siglo XIX y lo que va del XX, presentan un proceso de oposición entre las influencias literarias que llegan del exterior y el desenvolvimiento de las estructuras económicas y políticas. En estas repúblicas no podía darse la correlación existente entre la literatura y la sociedad francesa, como ejemplo más destacado. En Francia, la literatura romántica es la floración espiritual de un estado de conciencia que rompe con el convencionalismo de siglos anteriores, concordante con el movimiento económico y político de la burguesía, desplazando la economía y la política feudales. En ese mismo sentido, el naturalismo literario corresponde a una estructura económica y política burguesa, capitalista, segura ya del poder, que más que de la exaltación de las personas trata de desentrañar y resolver problemas. El modernismo subsiguiente y otras escuelas, son manifestaciones espirituales de la descomposición de una estructura social, que lleva consigo la deformación y deshumanización de los estilos literarios.

En Hispanoamérica no se producen esas armonías. Llegan las influencias, se convierten en temas literarios, pero el romanticismo, de raíz esencial en el alma hispanoamericana, como expresión de condiciones de existencia del hombre en contacto con la naturaleza, no tiene el equivalente de una clase que económicamente rompa los moldes coloniales. La estructura latifundista cambió de manos pero no se transformó en capitalismo industrial. Llega después la influencia de la escuela naturalista, pero la debilidad de un régimen económico-político burgués determina la correspondiente debilidad de una literatura naturalista.

Por estas causas, en Hispanoamérica, más que en Europa, se observa una confusión de estilos literarios, romanticismo y naturalismo se mezclan en la interpretación de hombres y hechos, muy comprensible cuando hoy observamos que el mismo Emilio Zolá presenta idéntica confusión, tanto por lo romántico permanente en el alma del hombre como por la necesidad de exaltar los entes artísticos, que nunca pudo lograrse en el estricto molde

de una copia fiel de la realidad, como pretendía la escuela naturalista de los primeros tiempos.

En la novela "A la Costa", se observa el cruce de las dos tendencias literarias, romanticismo y naturalismo. Del primero adquiere la fuerza descriptiva y del segundo el sistema en el desarrollo de los temas, y por el color. Pero ambas tendencias adquieren en el ecuatoriano Luis A. Martínez un sello inconfundible de americanismo, de sabor de tierra ecuatoriana, de sol filtrado en el altiplano para el claroscuro de una sociedad conventual, de sol radioso en la costa, para la rotunda expresión de una sensualidad de verdes vegetativos.

El autor de "A la Costa" fué un militante político de tendencia liberal. En esta escuela hay que buscar los antecedentes de su inquietud en torno a los problemas de su tiempo. Con la misma proyección que Emilio Zolá en su novela "La faute de l'abbé Mouret" y Eça de Queiros en "El crimen del padre Amaro", Luis A. Martínez desarrolla el determinismo pecaminoso de su personaje el padre Justiniano. Dentro de esa misma tendencia naturalista, se deja llevar a veces hacia la polarización de virtudes o defectos en torno a los personajes. Reaccionando contra el romanticismo, el naturalismo pecó, a la postre, de los mismos defectos. Así como para el romanticismo la moral de los hombres se polarizaba en los símbolos ángel o demonio, entes más allá del plano real de nuestra vida, el naturalismo no hizo sino crear esa misma dualidad a ras del suelo. Los hombres de la vida cotidiana eran también entelequias buenas o malas, la eterna pugna entre el bien y el mal que se extendía a la literatura del siglo, como herencia del predominio dogmático en la formación espiritual del hombre. Había de llegar el realismo psicológico eslavo —y más que psicológico psicoanalítico—, el de los grandes maestros de la novela rusa, de tanta afinidad —aunque con diferente procedimiento— al realismo de la picaresca española, para que la literatura abandonara paulatinamente ese esquema de la polarización moral. La introspección rusa, con las nuevas ciencias psicológicas, hicieron comprender que el hombre no es malo ni bueno en sentido absoluto, sino tal como las condiciones de vida le obligan a ser, y que no puede haber una moral apriorística que haga de los hombres mecanismos sin reacción propia. En la literatura naturalista, a pesar de su presunta objetividad, vemos entes encadenados a un determinismo inconciliable con las múltiples reacciones conscientes

y subconscientes que mueven los íntimos resortes de la vida humana.

Luis A. Martínez salva la influencia mecanicista de las interpretaciones por la riqueza impulsiva de su estilo. Vemos en él fugas románticas cuando se entusiasma en el esfuerzo expansivo de sus personajes, por ejemplo, en la descripción del padre Justiniano; psicológicas en el análisis contradictorio, como en los casos de Luciano y Salvador, protagonistas de la novela; de tesis políticas, en su interpretación de la lucha entre la sociedad y la Iglesia; de preocupación social, en el atisbo de nuevas inquietudes de su personaje Salvador.

Las descripciones del medio ambiente ecuatoriano guardan una perfecta armonía entre el paisaje físico y el de las almas. La descripción de la sociedad quiteña alcanza profundidad y matices de compleja interpretación. El aspecto conventual de Quito resalta en la nerviosidad de una prosa incisiva. Las escenas del "ejercicio del Tejar" son transcripciones artísticamente logradas de un clima espiritual sombrío, en una sociedad que no acaba de superar la herencia levítica de la colonia. El combate de San Miguel de Chimbo alcanza una vivacidad de movimientos, resplandor de colorido y ascendente ritmo da acción, concebible en un acabado dominador del lenguaje en el desarrollo narrativo de las emociones.

Como escenas de tierra caliente, las de la hacienda "El Bejucal" inician, en la literatura ecuatoriana, una nueva y definitiva captación de la realidad del trópico como sujeto y tema. Cuadros plásticos de tanta intensidad como la muerte del peón Rana por la mordedura de una equis, lo mismo que la antipatía entre el administrador Fajardo y Salvador Ramírez, que se convierte en odio ante el amor de Consuelo. Todo de una vitalidad narrativa que asombra en un autor que estaba escribiendo en un medio de literatura retórica, desvitalizada.

En la novela de Luis A. Martínez el hombre del trópico deja de ser *pastiche* para convertirse en obra de arte. La naturalidad sustituye a la afectación, la veracidad al convencionalismo, la pasión literaria por el deseo de desentrañar el ser y el acontecer de los hombres a la literatura como entretenimiento, sin finalidad social. Luis A. Martínez desembocó en la literatura por cauces de pasión política, y en ese aspecto es un continuador de Sarmiento, y enriqueció su pasión política con el impulso alado de la literatura. Fué un realista por las reacciones

románticas de su idealismo político, que le obligaban a indagar en la intimidad de los seres la auténtica raíz de su razón de ser. Su amor a la libertad fué el otro polo de atracción de sus afectos. De ese amor a la libertad dimana el vértigo de su estilo. La libertad, siempre acosada en nuestro clima político, expresa su desesperación con voz clamante en el auténtico romanticismo hispanoamericano.

Parece un obligado recurso lamentarse del aislamiento en que viven las literaturas de cada república hispanoamericana. Es una sentencia que viene repitiéndose desde hace muchos años y continúa permanente. No obstante la difusión continental de algunas editoriales, el buen libro difícilmente salva las fronteras de su patria para llegar al conocimiento de lectores preocupados de nuestras cosas. Hay ingenuos que aun confían en la difusión del libro hispanoamericano desde Europa o Norte América, pero eso no deja de ser una ingenuidad. Lo cierto es que falta una edición sistematizada de las mejores novelas que ahondaron en la realidad del alma colectiva de nuestros pueblos, precursoras de nuestra inquietud de hoy, con los accidentes de color y aventura, precedidas de estudios serios que orienten al lector.

En esa serie, la novela "A la Costa", del ecuatoriano Luis A. Martínez, ocuparía lugar preeminente. En ella empieza la verdadera novela ecuatoriana. La generación inmediata no supo recoger su magisterio literario, y buscó en el exterior temas exóticos. La belleza estaba ante sus ojos, pero no supieron ver porque no sabían mirar. Luis A. Martínez les dió una lección de sencillez que no supieron aprender, por eso no queda nada de ellos, mientras que de la novela del ambateño queda el fundamento del resurgir literario de su país, con sabor a tierra y a pueblo, mensaje que hicieron suyo los escritores que desde 1930 iniciaron el vuelo continental de la nueva literatura ecuatoriana.

La lección de Luis A. Martínez no sólo se dirige a los descastados, despreciadores de nuestra realidad, sino también a los pseudorrevolucionarios dirigidos por consignas cosmopolitas. La prosa de Luis A. Martínez, si recargada de precipitados por la tensión de su polémica política, es sustantiva, nerviosa, máscula, de palabra clara, limpia y segura en su sintaxis castellana. Y siendo tan sencillamente castellana que se puede leer y entender en cualquier latitud hispánica, es conductora de un sabor local con jugo de trópico, sin recurrir al costumbrismo regionalista.

Su ecuatoriedad e hispanoamericanismo no es adjetival sino substantivo, por eso no necesita adjetivos para llegar a nuestra zona sensitiva.

Para los escritores preocupados por la dramática, la ética y la polémica de nuestra cultura, obsesionados en la busca y rebusca de temas y procedimientos para llegar a un auténtico estilo, dando forma y fondo al desarrollo novelístico, la novela "A la Costa" es una obra ejemplar, que algún día servirá de referencia obligada en la historia de la literatura hispanoamericana. En ella comprobamos que los temas y símbolos que alcanzan categoría universal, son los que más hondamente se enraizan en la particularidad de la tierra de su aventura y en el corazón apasionado de quien la concibió. No hay literatura grande sin un gran amor a la tierra en que vivimos y al hombre con el que compartimos la vida.

EL VIAJE

Por *Enrique* *ANDERSON IMBERT*

DIOS había amasado a ese muchacho con la tierra de Santiago del Estero: descolorido, apocado, pequeño, con un perfil de piedra, pero en el fondo blando y a punto de deshacerse como un terrón. Hasta los ojos, negros, sin brillo ni humedad, se hundían inexpresivos en las carnes terrosas. Bajo el cielo bobo parecía un montoncito del suelo al que una lluvia violenta disolvería en barro.

Un día le dieron una beca para ir a estudiar a los Estados Unidos.

Era la primera vez que salía de Santiago.

El asombro ante Buenos Aires fué parte de ese gran asombro de viajar. ¡Y de viajar nada menos que a Nueva York! Nadie hubiera advertido su asombro, sin embargo: sobrio, inerte, callado, como hecho de arena. Tenía el orgullo de los pobres: la imperturbabilidad.

En la Embajada de los Estados Unidos. ¿Nombre? Jacinto Lizárraga. ¿Edad? Veintidós años. ¿Raza? ¡Ah, qué sabía Lizárraga de razas! "No sé", respondió. La empleada miró esa piel color de campo y tampoco supo qué anotar.

Lizárraga fué al puerto con sus valijas. Emoción del puerto. Barcos, barcos, barcos. Changadores. Grúas y guinches que van y vienen, balanceando por el aire sus cargas. Olores a verano. La escalerilla que tiembla, frágil, sobre la faja grasienta del agua. Y el agua, apretada a un costado del muelle, casi muerta a estrujones, que hace fuerzas, se estira y va empujando el barco, en viaje ¡ya en viaje!

Y desde ese momento Lizárraga cerró todo su ser para el barco y no vivió sino para el agua. Se apoyó en la borda y mientras a sus espaldas se movían a gritos los marineros él miraba el agua con ojitos de nutria. Vió la línea oscura de la costa argentina, con la ciudad de Buenos Aires, hosca. Pero la emoción se la dió el Río de la Plata, con sus aguas

pardas como la tierra seca de Santiago y, bajo los últimos resplandores del sol, doradas y rosas como la piel desnuda de las mestizas. Cuando, muy tempranito en la mañana siguiente, volvió a asomarse, ya vió el mar verde. Durante horas y horas contempló su matiz versátil. ¡Qué pobre parecía allá arriba el cielo azul, aun con sus nubes y sus gaviotas! Cielo duro, duro... Lo flúido era el mar. Y pasó otro día. Y el mar, gris pizarra. Y siempre Lizárraga atento a las ondas: a veces saltaba una que, al adelgazarse en el aire, se encendía en una lumbre verde, rápida y graciosa, como un pez hecho de agua iluminada. Hasta que empezó a llover; y viendo el mar indiferente al cielo que bajaba para tocarlo, indiferente al hombre, al barco, a Dios, le tuvo miedo. Al mediodía los nubarrones se desgarraron en blancos celestes; y a lo lejos, en medio del mar azul, tan azul como la chaqueta de un marinero alegre, Lizárraga vió islas verdes con palmeras en la cima. El barco se metió entre ellas, serenamente; y ya frente a una costa pararon las máquinas, cayó el ancla y todo quedó en silencio. Ahora se veían los detalles: casuchas apretadas alrededor de una iglesia o trepando por la ladera del cerro.

Un marinero rubio se acercó a Lizárraga y fumó su pipa en silencio, absorto en la quietud de la bahía.

—Angra dos Reis, fundada el 6 de enero de 1527 —dijo al cabo de un rato—. Aquí fondearemos durante unos días. Tenemos que cargar café, y el muelle está ocupado por otro barco. ¿Qué le parece si nos vamos a nadar? Mañana por la mañana una lancha llevará a tierra la tripulación.

Lizárraga, adivinando el inglés del marinero más que comprendiéndolo, juntó algunas palabras inglesas y contestó con esfuerzo:

—No sé nadar. Además, no tengo malla de baño.

El marinero se rió:

—Aunque no sepa nadar el agua le hará flotar. Es agua tranquila y densa. Ni un suicida podría ahogarse allí. ¿Y para qué malla? Zambúllase desnudo. O con un calzoncillo. ¿Qué importa? Pero yo le prestó un pantalón de playa.

Fueron. La miseria lo había roído todo, hasta los huesecillos de la historia. La naturaleza vivía a todo color: en cambio, hombres, mujeres, apagaban la luz con sus pobres ropas grises y cada casa era como una tumba. Sólo en los

rostros de los negros brillaba algo hermoso, pero era el brillo del café y del carbón. Naturaleza, no historia.

Lizárraga y el marinero echaron a andar. El marinero, blanco, amarillo, azul, rojo, estrellado y flameante como una bandera del imperio del dólar, insolente sin advertirlo, tirando monedas a los chiquillos desastrados, riéndose a carcajadas cuando le hablaban en portugués, fornido y seguro; y Lizárraga, como una veta de suelo santiagueño, muda, humilde, que surgiera en Brasil, asombrada del verde lujurioso de la vegetación y de las heridas rojas que chaparrones torrentosos habían abierto en la tierra. Y cuando después de muchas vueltas por la sierra se detuvieron entre bananos y a través de sus palmas descubrieron de repente, allá abajo, el escorzo del mar, Lizárraga se asombró de nuevo al ver a sus pies los colores azules que en Santiago eran lujos exclusivos del aire alto, y bajó ávidamente: el cielo se había hecho suelo, el suelo se había hecho mar.

En la playa había una señora con su hijito en las faldas, dos esbeltas muchachas en malla y un niño de nalgas desnudas que corría al mar cuando lo veía arrastrarse en retirada y volvía riéndose, perseguido por el goloso lengüetazo de la ola.

El marinero se acercó a las muchachas y les habló. Sabían algo de inglés y, encantadas de tener con quien practicarlo, aceptaron la amistad. Lizárraga sintió que su español, aunque hermano del portugués, lo alejaba de las muchachas como la exhibición de una pobreza; y calló, observándolas. La menor tenía un mar en los ojos. Luego se fueron ambos al hueco de la barranca y se quitaron las ropas. El marinero, poderoso como si todo el mar fuera suyo, avanzó hacia las muchachas hendiendo la mañana con la proa de su torso tatuado de azul. Lizárraga se vió escuálido, feo; y se lanzó a la carrera, para esconderse en el agua. Al pasar cerca de las muchachas oyó que se reían con el marinero: hasta en inglés se reían. Fué hacia donde el mar rompía su oleaje. Todavía pisaba el fondo blando. Y toda la cabeza le sobresalía. Hizo lo único que sabía hacer: atravesar la cresta palpitante, tenderse al otro lado sobre la onda dormida y flotar quieto, como el madero de un naufragio, lejos de las muchachas, libre del marinero. Poco a poco fué aflojando la tensión de los músculos. Ya pudo respirar; y todo el mar parecía respirar

con él, a grandes ritmos, levantando el inmenso pecho de agua y sosegándose. Y era emocionante estar sobrenadando entre las dos inmensidades del cielo y del mar. A un costado de sus ojos vió emerger el cráneo blanco de la luna: "del otro lado del cielo celeste —pensó— estarán entrechocándose los huesos de un gran esqueleto". ¡Qué idea macabra! Casi se rió, pero se contuvo porque temió que el peso de la sonrisa sobre su cara se la hundiría en el agua. Y sí que la hundió, porque algo como una lágrima la cubrió y entró salada por la boca entreabierta. "Quizá las lágrimas de los hombres sean un mar secreto, que se nos ha quedado sumido en las cuencas desde el tiempo en que éramos peces, antes del mamífero, el ave y el reptil", siguió pensando. Subía y bajaba, subía y bajaba, acariciado por la tibia ondulación del mar; y siempre cara al cielo vacío. ¡Ah, su cuerpo debió de haber cambiado de posición, pues ahora pudo ver cómo desde los cerros verdes empezaban a salir nubes. Cuando el sol llenaba de blancura a las más altas, parecían vivas, animales: "¡cómo me las iría arreando a silbiditos y chasquidos de látigo hasta Santiago!", se dijo Lizárraga. ¿Y el cráneo de la luna? Allá estaba todavía, pero era apenas una nubecilla blanquecina, desvanecida a la distancia. Cerró los ojos. ¡Cuántos rumores! El rumor del mar, el rumor de sí mismo. Y los abrió asustado: ¡ya no oía los gritos del niño de las nalgas desnudas! La luna había desaparecido, como si una ola de azul la hubiera cubierto, llevándosela al fondo del cielo, ahogada. Irguió la cabeza: allá, muy lejos, estaba la playa. Y las muchachas con el marinero. El mar se contrajo y volvió a hincharse con su ronca respiración; y Lizárraga avistaba la playa desde lo alto y en seguida la perdía de vista y todo alrededor era mar y cielo, mar y cielo. Encogió las piernas y quiso enderezarse. La angustia le estrujó el corazón: ya no hacía pie. Nadó hacia la playa, quiso nadar hacia la playa. ¿Cómo era el ejercicio de natación que sabía?: brazos y piernas extendidas; después, abrir los brazos y encoger las piernas; y patear la masa líquida mientras se la aparta con las manos. Sí, así era. Pero se cansaba sin adelantar, brazos y piernas no armonizaban, se le acalambró una pantorrilla... Quizá si gritara... Quizá un chillido agudo, muy agudo... Se imaginó el ridículo, los comentarios en la playa, la humillación del salvataje, el marinero hecho un héroe al lado

de su cuerpo de ratón extenuado... Y el mar, plácidamente, plácidamente (con la placidez con que las manos de un conductor dirigen en el concierto una barcarola), lo elevaba y desde lo alto él volvía a atisbar a las muchachas, al marinero. No, no... ¿Para qué gritar? La fatiga vencía. Arriba, abajo; arriba, abajo, suavemente, lentamente. Y a cada ascenso miriba hacia la costa como un espía. El marinero se puso de pie en la actitud del grito. Una de las muchachas (¿la que tenía el mar en los ojos?) le hizo señas de que volviera. Lizárraga movió el brazo: que no podía, que no podía... Pero ¿cómo iban a entenderle? Desde la orilla debían de creer que él era feliz, boyante en la marea como un niño mecido en su cuna. Esperó la próxima dilatación del mar, y vió que el marinero le gritaba otra vez algo. Descendió. Y cuando volvió a alzarse ya todos se iban por la playa. Quedó solo, por mucho tiempo. Y las carnes se le fueron disolviendo en el mar, como un terrón.

CRONICA DE POESIA

CUATRO libros de importancia entre otros, se han publicado, en los últimos meses, en la poesía de nuestro idioma: *Los Jardines Amantes* (Cuadernos Americanos) de Alfredo Cardona Peña; *Lucero sin orillas* (Cuadernos Americanos) de Germán Pardo García; *El desterrado en el océano* de Otto de Sola (Brodr Jorgensen, Oslo) y *Artigas* de Sara de Ibáñez.

LUCERO SIN ORILLAS

DEBIDO a la forma restringida como Germán Pardo ha publicado su obra (a pesar de haber dado a la imprenta catorce volúmenes), su poesía no ha alcanzado aun el rango de primera fila que merece. Desde 1930 (*Voluntad*), el poeta ha publicado un nuevo poemario casi cada dos años, y cada uno ha ido aumentando su estatura de creador profundo y original; cuando se estudie el proceso de su poesía, se verá cuánta originalidad contuvo desde el principio; alejada de tentaciones fáciles, su obra ha sido un constante devenir; empero, ella no alcanzó dimensión universal sino hasta la aparición de *Los Voces Naturales* (México, 1945), libro singular, publicado simbólicamente después de su segunda *Antología Poética,* hito que cierra el primer ciclo de su obra.

Los Voces Naturales constituyeron el comienzo de uno de los más grandes ascensos líricos de nuestra época; desde entonces el nombre de su autor pudo contarse al lado de los más grandes poetas americanos:

Bob Maimes era un mozo verdaderamente singular.
Como todos los hombres que navegaron desde niños,
Bob Maimes en tierra sé balanceaba al andar.

Sus dos libros posteriores *(Los Sueños Corpóreos* y, especialmente, *Poemas Contemporáneos)* confirmaron categóricamente un imperio poético indiscutible; ahora *Lucero sin orillas* marca "un nuevo hito en su vida y también en la poesía americana". No es posible analizar este libro magnífico, sin considerar la obra anterior del autor, pues como él mismo ha escrito, *Lucero sin orillas* es "la apoteosis de la soledad", de una soledad largamente vivida. Nos decía al comienzo de su obra:

Porque ya mi corazón
es el corazón de nadie...

Hablando una vez con Germán Pardo García, el poeta me dijo, que en su obra —como en cualquier vida— cabía distinguir tres períodos; el primero: "la adivinación de las formas": el hombre, solitario ante el mundo, empieza a explorar las cosas; (en su caso esta etapa abarcaría desde *Voluntad* (1930) hasta *Presencia* (1938); el segundo período corresponde a "la vida entre las formas": el hombre pleno (desde *Presencia* hasta *Los Sueños Corpóreos*); la tercera época constituye "la despedida de las formas", o para decirlo en otros términos, el preludio del acabamiento; *Lucero sin orillas* pertenece a esta etapa crepuscular.

Por eso, aunque contenga poemas de amor, *Lucero sin orillas* es un canto de muerte (muerte-vida, no obstante, como veremos luego); todo el libro está destinado a aceptar la sombra: aquí ya sólo alumbra el último sol de las cumbres. Ya es inútil intentar "conquistar el infinito a solas". Quizá este hermosísimo "Nocturno Menor" sea el poema que más reveladoramente nos muestre su tremenda vocación de muerte:

He olvidado. Es verdad. He olvidado con extraño olvido.
Hay hombres que olvidan como lo hacen todos los seres,
y apenas si vuelven los rostros para ver lo que amaron o aman.
En ellos está escrita la palabra nunca,
o siempre,
y ¡adiós! les gritan desde acantilados tempestuosos.
Atrás sufren habitaciones con efigies que luego se borran.
En las paredes ocultos rastros y en las páginas de los libros
flores que viven existencia de disecada sangre
con olor a disueltos jardines y a cutáneos aromas.
Yo nada tengo que olvidar. En mi casa no hay ausentes que habiten
el cuerpo de las horas.
No hay señales de seres amados y las páginas
de mis libros antiguos carecen de fechas como algunos sepulcros.
Detrás de mí no quedan bosques más hermosos cuando el otoño
con las últimas lluvias del verano los lava.
Cuando yo muera no habrá recuerdos míos custodiándome
ni devolverán las aguas tanta cosa mía hundida.
Aún así olvido. Lo siento mientras escribo este nocturno
como un ciego que pinta con carbón su nombre en las murallas.
Olvido. Es verdad. Olvido extrañamente
y cuando salgo en busca de cuerpo y de formas

para recordarlos,
revivirles
y amarles,
camino entre la sombra y las piedras se vuelven
como algodón negro que se hunde debajo de mis plantas.

Después de la lectura de *Lucero sin orillas* hay que reconocer que Pardo García es un gran poeta; su nombre se cuenta al lado de los de Neruda, Vallejo, José Gorostiza y Gabriela Mistral; y por supuesto, junto al de sus compatriotas Barba Jacob y Eduardo Carranza; tal vez sea menos rico en matices que el autor del *Canto General,* o menos dramático que Vallejo; no obstante, pocos como Pardo García han sido más fieles a una norma de estricta belleza. Por eso, con mucha razón, Enrique González Martínez escribió que su obra "constituye uno de los más altos ejemplos de América".

El último libro de Pardo García será particularmente útil para quienes, en el futuro, estudien detenidamente su poesía; en él se contienen al máximo: el trágico panteísmo, el sentido de muerte y la constante presencia dramática de la naturaleza, características esenciales de la obra del colombiano. Especialmente la naturaleza siempre alcanzó en Pardo García matices originales:

Pocos hombres entendieron como yo la profundidad de un valle
o la arquitectura cósmica de las canteras,
Sentí la tempestad batiéndome con todos sus designios.
Me apoyaban cimientos y proporciones de la más terca tierra,
y comprendí que pude ser árbol antes de alcanzar cuerpo de espíritu,
y convertirme en alguna rebelión de la selva contra el cielo,
en capitán de araucarias o caudillos de robles.

Mas, como podrá observar cualquiera que conozca la totalidad de esta gran poesía, el poeta no sólo se identifica con el paisaje, tiñéndolo con su drama, sino que lo traspasa, hallando en él caminos que lo conducen más allá de la vida:

En mis manos cayó un poco de nieve.
Me quedé contemplándola sin poder al principio entenderla.
Era el advenimiento de una densidad lejana.
Sin embargo sentí que mi roce no la derretía
y comprendí que esa nieve estaba en contacto con otra zona
física, o simplemente de la existencia, ah, sí, de la existencia,
o con alguna porción del hombre, ah, sí, del hombre, nada más del
[hombre,
congelada en quién sabe qué tiempos confusos y vacíos.

Esta es una forma de muerte que, sin embargo, se parece mucho a la vida; como Germán Arciniegas ha observado agudamente "lo que él llama muerte es la vida de sus misterios". Importantísimo atisbo que nos exime de creer pesimista esta poesía dramática, que ahora culmina con tan bello y fuerte libro.

LOS JARDINES AMANTES

Como Germán Pardo García, que ha publicado todos sus libros en México, Alfredo Cardona Peña, costarricense, ha vivido y escrito su mejor poesía a la sombra de este gran pueblo; mexicano por espíritu —sin olvidar su pueblo— México le ha inspirado muchos de sus mejores versos; un libro entero: *El Valle de México,* ha testimoniado ya de esta afección entrañable. De la poesía de Cardona puede decirse también que es un constante esfuerzo y un constante fruto. Su nuevo libro, sin duda, es el mejor que ha escrito. Tal vez el poeta ha sido demasiado benévolo con la inclusión de poemas escritos en diferentes épocas —la diversidad de motivos también confunde un poco—; no obstante, muchos de los poemas de *Los Jardines Amantes,* alcanzan tonos memorables. En nuestra opinión, el mejor es aquel que da título al libro —ya conocido por su publicación anterior en CUADERNOS AMERICANOS—; sobre la belleza de este poema ha llamado la atención don José Moreno Villa; y es que se trata de un canto de singulares méritos poéticos:

Oh, joven diana, reina de las hojas,
escúchame esta cítara enlutada:
el deseo tiene espinas,
el deseo es como la sed en el desierto:
pone telones de agua,
imagina riachuelos en la sombra.
Azulado y violento, como loca endrina,
es el deseo.
Camina por la tierra y no comprende
ni el dolor impasible de los frutos
ni el prodigio del soplo que germina.
Su tacto se reúne con las llamas
para martirizar las azucenas.
Yo golpeaba con furia sus murallas
gritando: ¡Abrid, abrid que el viento me persigue! . . .

Digamos de paso que el amor ha inspirado siempre los mejores versos de Cardona Peña, poeta esencialmente lírico; cuando aventura sus pasos por otros campos no es tan afortunado; en cambio, cuando recorre sus jardines, entonces sí logra inconfundible tono propio, enriquecido constantemente con delicados matices; esta opinión parece confirmarse por lo que conocemos de su próximo libro los *Sonetos recién cortados;* tengo para mí que muchos de los incluídos en este volumen pueden parangonarse, sin mengua, con los más afamados entre los labrados en nuestra lengua. Sin embargo, volviendo a *Los Jardines Amantes* diré que estimo que Cardona Peña —en la flor de su talento— nos debe aún la obra maestra, que sus dotes magníficas nos anuncian, reiteradamente. Lo cual no quiere decir, por supuesto, que su libro no sea ya un fruto dorado. Y esto, no sólo emotivamente (¡cómo olvidar su *Homenaje a mi madre*!) sino, también, estilísticamente; porque Cardona, poeta modernísimo por sus hallazgos metafóricos, es clásico por la cincelada urna que talla para sus versos; poeta de auténtica raigambre castiza, ambula con facilidad por los más difíciles metros; no puede ser de otro modo en quien ha escrito (*Los Poemas Numerales,* Guatemala, 1950), este elogio de nuestra lengua:

Cuánta riqueza tiene el verbo
castellano, cuánta riqueza!
Quevedo le dió los puñales,
Cervantes las piedras preciosas,
y las aves de cerrería
don Luis de Góngora y Argote;
Santa Teresa los pucheros,
los deliquios Juan de la Cruz;
Calderón y Tirso de Molina
grandes espejos para verse;
ambos Luises la melodía
y Garcilaso la dulzura
de la ribera querenciosa,
sin contar investigadores,
Rinconetes y Cortadillos,
navegantes, cronistas, reyes
que todos dieron: unos luces,
otros tinieblas y relámpagos,
los más amor y entendimiento. . .

EL DESTERRADO EN EL OCEANO

Otto de Sola nos sorprende con un libro impecablemente editado —¡sin erratas!— en Oslo, Noruega; se trata de *El desterrado en el océano,* no sólo su mejor libro (antes publicó: *Acento, Presencia, De la soledad y las visiones, El Viajero Mortal* y *En este nuevo mundo*), sino también un libro singular en la poesía venezolana. En efecto —y no sólo en la venezolana— son escasos los poetas que han encontrado en el mar motivos de inspiración profunda; pues casi siempre el Océano, en nuestros poetas, es sólo pretexto metafórico, a lo más paisaje. El libro de De Sola es un canto donde habita el mar; en tan difícil tema, glosado tantas veces, el poeta ha sabido encontrar acentos nuevos no obstante algunas reminiscencias nerudianas, pero lo más importante es que aquí, el mar no es paisaje, sino tremenda realidad humana; sus ojos no han buscado la blanca huella de la gaviota, ni la cicatriz que la nube deja en el cielo; han buscado siempre al hombre:

Aquí estuvieron todos, como perros hambrientos;
aquí jamás la luna
tiró sus ramilletes de sueños penetrantes,
y sólo un personaje, el viento solamente,
entraba estremeciendo las sombras de la cueva.

Los veleros trajeron las malditas cadenas
y detrás de sus ruidos
de carreta nocturna
apareció de pronto la barba del negrero,
y sus botas sacaban
fósforos inservibles del fondo de las piedras.

Así empezó la historia, el largo sufrimiento
rodeado por el mar.
Todo un hombre completo, con sus manos,
sus piernas,
su cabeza llorando en la luz del ocaso,
fué vendido por nada,
tal vez por unos cuantos granos de trigo que llegaba
a las manos del puerto
luciendo su camisa de seda matinal.

Todo un hombre completo: una vida con hijos,
esperanza y amor, una vida perfecta

cambiada por un cuero
de vaca o por un saco
de arenas estrujadas por el violento mar...

(El calabozo de los esclavos).

Por estas razones recordaremos este libro humano, original y fresco, pero dramático también como el mar.

Algunos críticos piensan que nuestra poesía americana no ha alcanzado aún las cimas mayores del arte universal; y nos citan a Bretón, a Eliot o a cualquier poeta europeo, como si nosotros no pudiésemos ostentar también creadores de primera magnitud; así se exagera a favor de otras literaturas; pero la verdad es que existen en América grandes poetas (la poesía española desde el modernismo no ha hecho sino recoger el eco de los grandes creadores americanos como Darío, Neruda y Vallejo, verdaderos surcos de sangre en la poesía ibérica); y esta floración no se detendrá; antes bien, creciendo y madurando, nos prepara un mediodía más hermoso y profundo. Libros como los que comentamos nos hacen ser optimistas respecto a este futuro.

UN POEMA EPICO DE SARA DE IBAÑEZ

Sara de Ibáñez es reconocida como una de las primeras poetisas de América; en cuanto al dominio de la forma, sin disputa, es la mayor de todas; su aparición (*Canto,* 1940) fué saludada con alborozo; de este libro dijo Pablo Neruda: "Quien conozca estos productos humanos verá que esta mujer recoge de Sor Juana Inés de la Cruz un depósito hasta ahora perdido: el arrebato sometido, al rigor, el estremecimiento convertido en duradera espuma". Su obra posterior confirmó esas excelentes cualidades; en especial *Pastoral* fué admirada por su limpidez absoluta. Pero, ahora, abandonando el mundo familiar que siempre habitó se aventura a confines más lejanos: ha ensayado la épica en su último libro *Artigas,* dedicado al héroe nacional de su país; desgraciadamente, aun reconociendo sus mayores bellezas formales, creemos que Sara de Ibáñez no ha logrado escribir el canto que su talento hacía esperar, al abordar un tema como la vida del libertador oriental. Por eso, debemos considerar este libro como la parte más débil de su obra.

La voz de Sara de Ibáñez parece ser demasiado tierna para entonar un canto épico; en pocos momentos (hay uno magistral: *La Muerte*) logra alzar la voz hasta las alturas en donde quisiéramos ver al héroe;

quizá la poetisa abusó un tanto de sus habituales recursos; *Artigas* suena un poco a *Pastoral,* aun salvando las distancias. Para exaltar los días ardientes del héroe, Sara de Ibáñez recurre a las flores, a las aves, a los frutos, difuminando la emoción en un paisaje casi preciosista. Por ejemplo, al describir "El Exodo" del pueblo, en lugar de darnos la visión salobre del cielo que, por última vez, contemplan los desterrados, nos dice que:

el cielo se destrenza en mariposas,
y la llanura en leve competencia
lirios esgrime y enaltece rosas.

Livianos pueblos de sutil presencia
en oleaje de escamas y olores,
compartiendo la frágil residencia... etc.

En la misma forma el "destierro" del héroe significa vivir:

Gozando las labores del rocío
que en ardiente cristal custodia el huerto;
cuando levanta su cogollo frío
la pálida hortaliza, al sol despierto;
y en constelada lengua el labrantío
su verde calendario luce abierto,
lirios pronuncia la mirada zarca
y asoma la sonrisa del Patriarca...

¡Qué duda cabe que son versos hermosos, impecablemente escritos!; pero también, de ningún modo, pueden ser un retrato del impulsivo libertador que nos ha legado la historia. Y es ahí donde el poema se resiente, a la larga. Por supuesto, los versos han sido delicadamente labrados, como corresponde a quien, como Sara de Ibáñez, domina categóricamente las formas, pero la forma no basta siempre; y en cierta medida hasta sobra, cuando la perfección nace en detrimento de la fuerza: preferiremos siempre un vivo poeta desbordante, hasta lleno de defectos, si se quiere, a un estilista perfecto.

La autora de *Pastoral* ha escrito versos admirables, repetimos; pero, ahora, nos nos convence enteramente. El poeta que no se renueva, muere. Un libro debe ser diferente de otro; de lo contrario —usando los mismos recursos— cae en el peligro de ser monótono; ni siquiera los más grandes creadores están exentos de tan traidora asechanza. De ninguna manera decimos estas cosas como censura a la eximia poetisa uru-

guaya, a la que consideramos —ya lo dijimos—, una de las primeras del Continente; quizá no seríamos tan exigentes con otro poeta que careciese de sus dotes admirables; pero, al contrario de lo que creía Rodó —que pedía reservar la benevolencia para juzgar las caídas de los grandes—, al contrario, creemos, que sólo la censura debe ser más exigente con los grandes.

Manuel SCORZA.

I N D I C E S

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 5 2

Año XI. — Vols. LXI al LXVI. — Nos. 1 al 6.

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

Notas

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Notas

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Notas

DIMENSION IMAGINARIA

Ensayos

POETISAS DE ESPAÑA Y DE HISPANOAMERICA

Argentina:

Costa Rica:

Cuba:

Chile:

Notas

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

(Abrev.: N. T.: Nuestro Tiempo. - A. del P.: Aventura del Pensamiento. - P. del P.: Presencia del Pasado. - D. I.: Dimensión Imaginaria).

SUMARIO

Printed in Mexico.